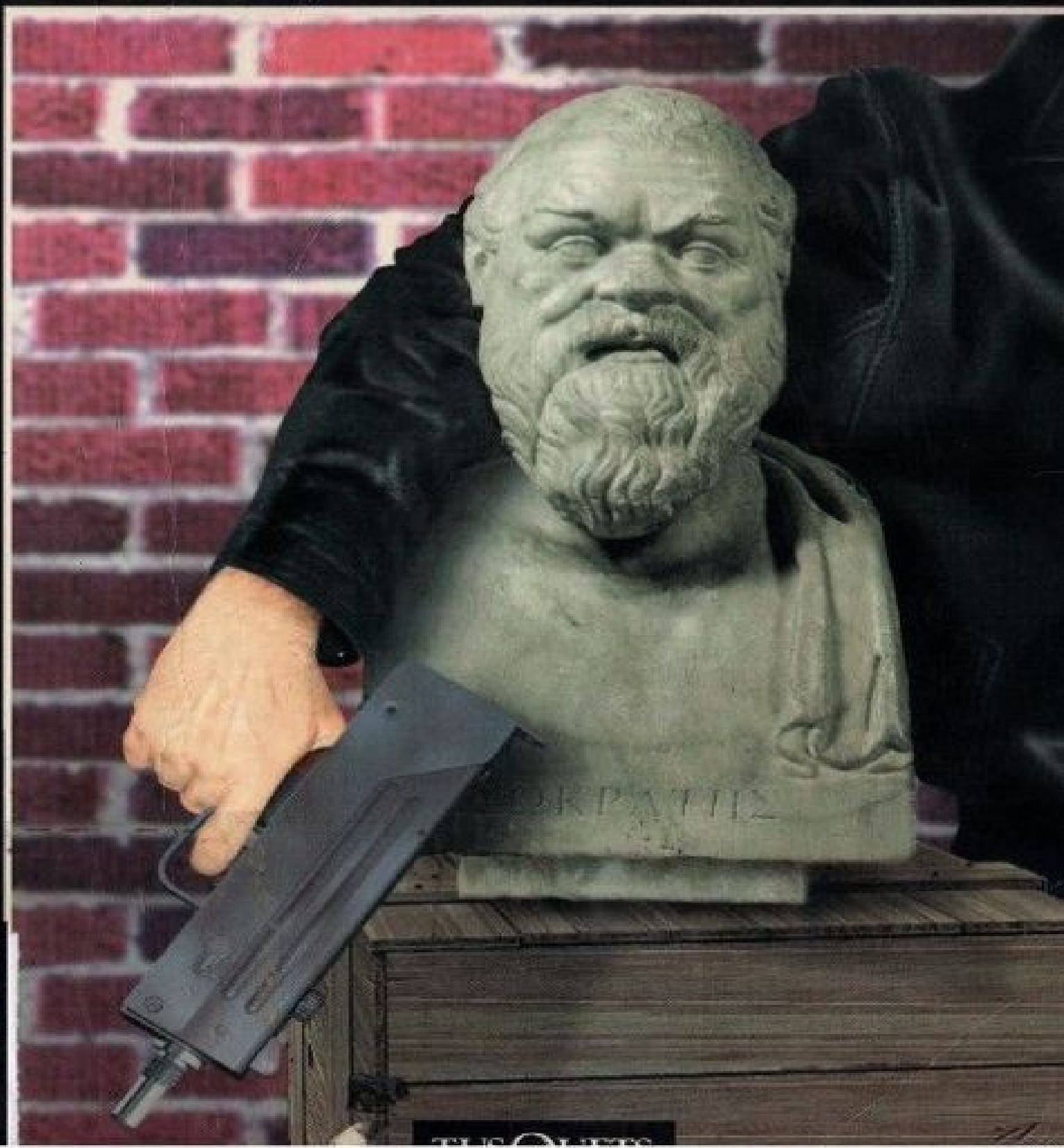


Tibor Fischer
FILOSOFIA
A MANO ARMADA

colección andanzas



Annotation

Eddie Coffin, profesor universitario y filósofo desencantado, depravado y borrachín, perseguido por la policía de su país por un asunto más bien hosco, llega a Francia, patria de Montaigne, pensador de su elección, y decide emplear sus conocimientos en tareas más lucrativas y aleccionadoras que «en el terreno, árido desde hace siglos, de la especulación filosófica». Tibor Fischer nació en Stockport, Gran Bretaña, en 1959. Hijo de padres húngaros, creció en Londres y, tras estudiar en Cambridge, trabajó como periodista. Con su primera novela, *Bajo el culo del sapo*, obtuvo en 1992 el Betty Trask Award; al año siguiente fue finalista del Booker Prize y la revista *Granta* lo incluyó en la lista de los mejores novelistas jóvenes de los últimos años. Desde entonces, cada uno de sus títulos no ha hecho sino confirmarlo como «uno de los escritores más divertidos del momento» (*The Daily Telegraph*), y se cuenta entre los más brillantes e imaginativos del actual panorama literario británico.

TIBOR FISCHER

FILOSOFIA A MANO ARMADA

Traducción de Cecilia Absatz

TUSOUETS

EDITORES

1.^a edición: junio 1997

© 1994 by Tibor Fischer

© de la traducción: Cecilia Absatz, 1997

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. — Cesare Cantú, 8 — 08023 Barcelona

ISBN: 84-8310-025-8

Depósito legal: B. 13.524-1997

Fotocomposición: Foinsa — Passatge Gaiolá, 13-15 — 08013 Barcelona Impreso sobre papel
Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. — Guipúzcoa Liberdúplex, S.L. — Constitución, 19 — 08014
Barcelona Impreso en España

A mi madre

lóimau: los propios compatriotas.

Greek-Engluh Lexicón, de Liddell y Scott

El pasado 1.1

El único consejo que puedo ofrecer, si se despertara usted sobresaltado en un apartamento desconocido, con una profunda resaca, sin nada de ropa y sin que recuerde cómo ha llegado hasta allí, mientras la policía tira la puerta abajo a golpes acompañada de perros excitados, y se encuentra usted rodeado por fardos de revistas de lujo que muestran niños en actos adultos, el único consejo que puedo darle es que trate de ser amable y jovial.

Presumiblemente me había desmayado, de modo que cuando mi consciencia despertó con este cuadro, simulé amigabilidad mientras trataba de averiguar qué tenía que ver yo con todo ese alboroto. Mi empeño en la buena voluntad era resultado de mi creencia de que así es como debe tratarse a todos los hombres; incluso, tal como descubrí subsecuentemente, en caso de que uno *a)* no sienta ninguna buena voluntad o *b)* no tenga ganas de mostrarla a causa de poderosas sensaciones de mala voluntad, es todavía más imperativo exhibir cordialidad y hospitalidad puesto que la policía entonces se preocupa por la posibilidad de haber hecho alguna cosa mal.

Recuerde, ellos sólo están haciendo lo que consideran su trabajo, tal como yo intenté recordar cuando me alzaron lo suficiente como para que valiera la pena tirarme con fuerza al suelo. Luego apuntaron una gran cantidad de armas de fuego hacia mi carne desenfrenada (desagradablemente pálida y con piel de gallina) mientras yo dudaba si ofrecerles una taza de té u otra infusión. Muy pronto se

me ocurrió que ignoraba si en el lugar había cocina y dónde podría estar. No digamos ya si tendría los utensilios necesarios para la preparación de un té. Dado que conservaba vigor suficiente para realizar las funciones vitales mínimas, admiré el trozo de suelo próximo a mi cara (y una tarjeta de visita del Banco Zenshinren), mientras aguantaba con firmeza a que pasara el chaparrón.

Suelos insatisfactorios del East End 1.1

Estaba muy frío.

Pero era un suelo al fin y, siendo como soy propenso a las propensiones, a menudo he logrado extraer de ellos alguna comodidad; me han soportado y ayudado en la adversidad. Son muy estables los suelos. Están llenos de cualidades admirables: se puede confiar en ellos, te sostienen, son pacientes, sin complicaciones. Y no importa cuán torpe sea la postura, cuán doloridas estén las articulaciones o puntos de contacto, uno sabe que ha esquivado la herida grave, que ha burlado los peligros de la gravedad en cuanto llega al suelo.

Con las manos esposadas a la espalda, y después de un rápido zeteo al calzado de los oficiales que me arrestaron, no pude evitar recordar el aserto de Nietzsche, *lo que no me mata me fortalece*. Podría agregarse que lo que no te mata puede ser extremadamente incómodo y provocarte un resfriado muy feo. Estornudé sin manos y descargué algo de mucosa nasal, y dada la corta distancia entre mi nariz y el lustroso calzado del detective a cargo de la operación, allí se desplegó como un águila y se puso cómoda.

El problema con Nietzsche —quien, en cualquier caso, nunca dio instrucciones sobre el comportamiento que debe seguirse mientras se está esposado sobre un suelo helado en circunstancias indignas— es que uno nunca puede saber con seguridad cuándo está diciendo una imprudencia y cuándo no.

La policía tenía el mismo problema conmigo. Mis respuestas a su interrogatorio no le convencían ni por asomo.

Nos estancamos en la mismísima primera pregunta. Mi nombre. Féretro. No puedo culparlos. Puedo entender que es un nombre que con facilidad podría calificarse de extemporáneo y provocativamente absurdo. Es, si se tiene en mente la definición que lo acompaña en el diccionario, un nombre estúpido.

No tan estúpido como, digamos, Féretro de Pino, de los que hay unos cuantos por ahí. No tan estúpido como Verga, Vergatiesa, Lamuerte, Loquito, Culasso, Semen, Pititto o Ladilla (mire en la guía de teléfonos, es asombroso lo que la gente soporta por culpa de su genealogía, no hablemos ya de los genes que heredan), pero idóneo para reírse un rato. A lo largo de todos mis años escolares proporcioné mucha diversión, y luego vino un periodo en el que consideré la idea de cambiarlo por algo más suave o más placenteramente exótico. Pero pensándolo mejor, cuando reflexioné acerca de las penalidades sufridas, decidí que sin importar lo difícil que era deletrearlo, sin importar la frecuencia con que recibiría cartas dirigidas al doctor Premetro, doctor Pétreo, doctor Vaderretro o doctor F. Retro, lo iba a conservar. Uno no quiere dejar que el cosmos lo sorprenda retrocediendo en ninguna cosa.

Además, mi padre habría lanzado generosa espuma por la boca ante la sugerencia de que, después de las carcajadas soportadas durante siglos por los Féretro, yo iba a amilanarme. También es cierto que existen misteriosos significados en los supuestos orígenes del apellido: está relacionado con cofre, como los cofres de oro. Ciertamente, hasta donde puedo recordar, siempre he tenido debilidad por el dinero. Nunca pasé por una fase en la que, por la razón que fuese, quisiera renunciar a la pasta, despreciarla o fingir que había cosas más importantes (a pesar de que otros intereses tenían la misma prioridad). Lo más probable era que hubiera querido deslizarme por un zigurat de billetes aun cuando mi nombre hubiese sido Jesús Mohamed McBuda.

Otro presunto origen de mi nombre hay que buscarlo en la palabra francesa que se usa para calvo

(no me pregunten cómo se descubren estas cosas), y es extraño no sólo porque soy de lo más calvo que uno pueda imaginarse, sino que además lo he sido desde los veinticinco años. Sin heroico folículo de resistencia en parte alguna, sin isletas imbatibles en la zona de atrás dispuestas a desdeñar toda rendición.

Y si bien tener la cabeza tan lisa como una bola de billar digamos a los cuarenta o cincuenta años podría invitar al chiste obsceno, a mi edad en cambio no se ve sospechoso. Cuando te entregan en una comisaría envuelto en una manta con una cabeza lustrosa a los treinta años, sólo en parte contribuye a tu deshonor.

Luego vino la fecha de nacimiento. Satisfacción general en ese punto. No hubo lugar para la controversia.

Sin embargo... ¿Ocupación?

—Filósofo.

—¿Filósofo?

—Filósofo.

¿Para qué preguntan si no les gusta la respuesta? Esta contestación remató la convicción de los agentes de que yo estaba inventando cosas para divertirme. ¿Qué relevancia tenía, o le daban? ¿Estaban contratados para arrestar una determinada cuota de cada profesión? «Tendremos que soltarle. Ya tenemos dos existencialistas en el calabozo.» ¿Por qué no preguntan por nuestra novela favorita, si hay que distinguir entre dos Eddie Féretro nacidos el 5/9/45?

No fui de mucha ayuda para la policía, como se pudo deducir de su evidente irritación. Puesto que me proporcionaron una manta con tanta rapidez, me sentí en realidad un poco culpable. Nuestros diálogos eran más bien trillados y unilaterales: una variedad de preguntas de las fuerzas de la ley y el orden, y generalmente las mismas respuestas por mi parte, con cierta variedad en las inflexiones de disculpa.

Les dije una y otra vez que no podía decirles nada acerca de la trampa puesta en el apartamento de la calle Zetland porque nada sabía del asunto. Ni de sus ocupantes. La policía, les indiqué, me llevaba ventaja informativa porque al menos ellos conocían la dirección. Todo lo que yo podía ofrecer era una descripción detallada del parquet.

La policía recibió todo esto con un considerable y muy ensayado tono de burla, porque tal como afirmará cualquiera que esté involucrado en el negocio del crimen (aunque yo en ese momento lo ignoraba) la frase *No sé nada del asunto* suele emplearse casi exclusivamente por aquellos que, paradójicamente, lo saben todo acerca del asunto; que esa concatenación de palabras es un código, una jerga, una forma camuflada de decir: pruébenlo. En criminalés significa: no esperen que yo les haga el trabajo.

Ir a un pub, el Zodiac, en Tower Hamlets: ahí fue donde se amputaron mis recuerdos, después de haberme lanzado a mi ración diaria de diez minutos sobre la naturaleza del conocimiento, producto del inevitable interrogatorio acerca de la filosofía. Yo ya estaba, lo admito, adelantando el colapso antes de entrar en el local.

Después de pasar un día detenido, sin embargo, se me echó de la comisaría porque, pese a todos sus esfuerzos, la policía no logró encajar a este conferenciante de filosofía de Cambridge en el esquema de un hecho delictivo: no conocía a ninguno de los propietarios de esos bienes malvados y además, como se descubrió después, cuando posteriormente se persiguió y arrestó a algunos de los culpables, tampoco ellos sabían nada de mí. Enigma ubicuo. Especialmente considerando que mi ropa nunca se recuperó.

El escándalo, si es que hubo escándalo, nunca llegué a conocerlo. Algunos colegas académicos me miraron con gesto pensativo pero no dijeron nada. Extrañamente, el director no pareció sorprendido ni molesto por la llamada de un detective referida a uno de los miembros del collége.

«Ah, Féretro», decía al verme, antes de salir disparado en dirección claramente opuesta a la mía. Salvo esa observación, parecía no tener nada más que decir.

De hecho, a pesar de que fue conmigo descortés, frío y muchas otras cosas extraídas del repertorio de cualidades que desaprueban los filósofos de cabeza monda como una avellana, estoy completamente seguro de que sólo me dieron la patada en la cátedra porque en círculos académicos más vastos me reconocían diciendo: «¿No es éste el que encontraron en un apartamento del East End con fotos obscenas de niños por valor de unos cientos de miles?». Eso te hace famoso. La gente quiere conocerte.

Continuemos con esto

Se podría argumentar fácilmente contra los comienzos, despreciar el determinismo y hacerle morder el polvo a la casualidad, pero éste es un buen punto para puntualizar y decir que fue ahí donde quedé atrapado por la filosofía, enganchado en este negocio.

El presente 1.1

De manera que sentado aquí, en el aeropuerto, a punto de escapar del país, esa escena presenta sus credenciales. Quizá porque es un buen punto para puntualizar y decir, éste es el fin de mi misión en la filosofía, o al menos el fin de mi carrera como pensador de nueve a cinco.

Cuando uno escapa de su país, cuando está a punto de aventurarse en la condición de fugitivo, uno espera una música dramática, cada vez más fuerte, un alma conmovida.

El avión se retrasa. Fuera ya ha oscurecido. Tétrico. El tipo de noche oscura y miserable, encapotada y húmeda que puede esperarse cualquier noche en Inglaterra, aunque apenas estamos en abril, de modo que en realidad no puede emitirse una sustancial diatriba acerca de lo desagradable que es el clima. No comprendo por qué la gente insiste en mantener la pretendida idea de que hay cuatro estaciones en este país. Lo que tenemos es cuatro tipos diferentes de invierno, todos tan lluviosos que resulta difícil distinguir uno de otro.

La mayoría de los desplazamientos son excitantes y lujosos comparados con éste. Trágicamente, al haberme quedado sin material de lectura, escribo esto con dificultad en los márgenes de mi diario. Estoy rodeado de hombres de negocios franceses, todos tan zinjantropicos que cualquiera de ellos podría por sí mismo torpedear la noción de que los franceses son amables y elegantes.

Todo es mediocre y olvidable: me sorprende que mi consciencia se moleste en hacer su trabajo. Este sería un buen momento para tomarse un descanso.

Ahora que espero que aparezca la policía, no aparece. ¿Querrán seguramente decirnos adiós a mí y a mi carrera? Una tragedia mayor es que esta puerta está demasiado lejos de un bar para ir y llenar el depósito. Abro mi botella de *duty free* y escondo en mi cuerpo algunos miligramos de vodka; pero es sólo una botella y no es suficiente para sobornar mi consciencia.

Detecto mi imagen en el vidrio, mientras balanceo la botella como un amplio signo de exclamación frente a mi cara. Parezco un adoquín con demasiados siglos encima. Un francés me mira con reproche pero su desaprobación carece de valor puesto que lleva un portafolios tan risible que ni un niño de seis años querría quemarlo. Además, yo soy inglés: una raza conocida por sus progresos con el césped, por decir disculpe cuando la gente nos atropella, por hacer cola bajo la lluvia y una miscelánea de otros rasgos, pero no está escrito en ninguna parte que debamos tener un aspecto distinguido en las salas de espera de los aeropuertos, especialmente cuando uno le dice adiós a lo que queda de su carrera.

Sin demasiado futuro para dar media vuelta

Escasez de futuro. O una parte del pasado que me ha pasado. Elijan. Ya antes he tenido muchas veces estallidos de oscuridad.

Cuando mi carrera como banquero llegó a su fin. Una carrera tan breve que fue transparente. No duró ni siquiera veinticuatro horas, aunque corrió la carrera de obstáculos de un día entero de trabajo.

Un intento, condenado en su raíz, de escapar de la vida universitaria, de evadir el mundo del saber de nueve a cinco. Sucumbí al impulso de querer hallar el mundo real, una idea extravagante que a todos nosotros, a la mayoría, nos atrapa en uno u otro momento: la de creer que ciertas partes de nuestro mundo contienen más cosas. En gran medida como el polvo se convoca a sí mismo y forma montículos en algunos rincones más que en otros, del mismo modo navega en nosotros la idea de que la realidad es más real al otro lado del horizonte. (Del mundo real hablaremos más adelante.)

La brecha mnemotécnica tuvo lugar *a)* otra vez de noche, *b)* sobrepasado el umbral de las diez cañas de cerveza. Aún tengo una imagen muy clara de mí mismo, de pie frente a una mesa de billar. Esta mesa de billar estaba en el salón de la residencia donde se nos daba el curso de introducción a las altas finanzas. Mi memoria es inusualmente meticulosa en este punto, casi como si se hubiera concentrado con tal intensidad en ese instante que luego titubeé demasiado tiempo y quedó atiborrada de esa representación; como si entonces hubiera tomado un atajo hasta la mañana siguiente.

Una voz gritaba a los que estaban allí reunidos algo acerca de la vida inexplorada y amenazaba con reventar de un golpe a cualquiera que no estuviera de acuerdo. A partir de *a)* el esfuerzo realizado por mis pulmones, *b)* un timbre familiar de la voz y *c)* el taco de billar que yo blandía de modo inexcusablemente agresivo, deduje que era la mía.

Entonces el presente no fue presente. Mis sentidos quedaron censurados. El futuro dejó de proveerme.

De forma gradual se me presentó el presente del presente, y retomé el registro de la cosa considerada realidad. Era la mañana siguiente, y lo primero que noté fue que sólo mis pies recorrieron el camino hasta el final y llegaron a mi cama. Como una zeta extendida, el resto de mí yacía en el suelo con una entumecida incomodidad (que de forma estable iba perdiendo su entumecimiento), con mi cara vuelta hacia arriba, hacia dos de los organizadores del curso que bajaban su mirada hacia mí, una mirada de la que emanaba un claro desagrado.

—Es éste —le dijo uno al otro, y este último asintió.

Qué fue exactamente lo que sucedió nunca lo he logrado reconstruir. Sin embargo, a juzgar por las miradas de horror y asombro que recibí de mis colegas mientras me escoltaban, desaliñado, desde el edificio hasta arrojarme en un taxi (al taxista le dieron instrucciones, pero no el dinero para retirarme de allí), fue algo que no se olvidará fácilmente.

Años más tarde me encontré con uno de los que estaban a punto de ser lanzados a la banca como yo. Fue en pleno viaje interurbano a bordo de un tren. «Yo lo conozco», dijo él. A pesar de lo fulminante de mi empleo, aún era sujeto de anecdotario en la compañía, me informó. Mi recordador tuvo que bajarse del tren pero me dejó su número (que por supuesto perdí) con la promesa de reconstruirme la historia completa de mis payasadas, que él presenció en persona.

Resumen: ¿cuál fue el resultado de mi arresto en estado adánico? ¿Qué es lo que desea servir mi memoria? Es difícil olvidar la apertura del portón y la forma en que todos los policías de la estación venían a verme, uno por uno, el modo en que comentaban «es ése», las asperezas que me dedicaban mientras acumulaban su desprecio, los insultos cuando me escupían.

Conocí alguna gente interesante. A saber, un albañil que tenía tatuada en su pene la alineación completa del equipo inglés que ganó el Mundial de 1966. El mismo me proporcionó esta información con bastante presteza a los pocos minutos de conocernos, junto con su lamento de que lo tenían enchironado por ebriedad y por escándalo público.

—¿Ebriedad? Pregúntele a cualquiera. Sólo tomé ocho pintas y un par de whiskies.

Tener un ornamento como ése no cuenta para nada si la gente lo ignora, supongo. Le pregunté por qué.

—O se es un hincha, o no se es.

También conocí a Zak, probablemente uno de los contrabandistas vivos más grandes y de mayor

éxito. Su nombre no circula públicamente, lo cual testimonia con más contundencia su habilidad. Trasladó de un lado a otro toda clase de cosas, desde las más hermosas hasta las más increíblemente ilegales, y sumas de dinero que muchas naciones pequeñas soñarían tener como PIB. Para hacer méritos, estaba ayudando a la policía en sus investigaciones sobre un asunto de exceso de velocidad en el Mile End Road.

Ni siquiera has comenzado todavía

Así son las cosas. Cuando yo estaba inocentemente inconsciente cae la policía, me maltrata hasta la extenuación, pero ahora soy conscientemente culpable, y no pienso ocasionarles más molestias para que se presenten y eviten que me vaya del país.

Vámonos.

Dirijo la mirada a Bordeaux, el paisaje que frecuentaba Montaigne.

La vista que tengo desde el café es buena. Cada pueblo o ciudad tiene el sabor de la gente que uno conoce, y aunque él no ha andado por estas calles en los últimos cuatrocientos años (por razones de defunción), no puedo pensar en este lugar más que como la ciudad que ha tenido de alcalde a Montaigne. El primer gran compilador que conocemos (aunque Ataneo tal vez pueda reivindicar su primacía en ese sentido). El primer enciclopedista del empeño humano.

Fue el primero en examinar cuidadosamente la totalidad del saber humano (como se presentaba entonces) para ver qué respuestas podría dejar él a la posteridad. El primero en descifrar el código y destacar la estructura.

Alrededor de 1560, sentado en su amplia biblioteca, se preguntó: ¿qué sé yo? Su método zetético: elegir interrogantes y luego ensartar juntos fragmentos de pensamiento como un kebab, bocados obtenidos de comentaristas y meditadores de primera línea, aderezados con unas pocas opiniones y experiencias propias. El señor Basededatos. El interrogador de la historia y de las letras. Que no daba una respuesta, pero las daba todas.

Agrego pero no corrijo. Todo lo que diga puede ser registrado y usado como evidencia. Un método inteligente, un hombre con un gran *château* y un gran viñedo que visitaré de inmediato.

La tarea de Montaigne era hercúlea, pero posible. Ahora uno puede pasarse la vida intentando establecer por dónde comenzar. Oí a uno de los bibliotecarios de la universidad declarar melancólicamente la necesidad de una buena dictadura quemalibros. No creo que haya época o región alguna cuya puerta intelectual yo no pueda abrir a patadas si quiero investigar sus costumbres, hallazgos, meditaciones. Ya sea un zaotario o los parásitos en el intestino de un chimpancé de la familia de los pottos, puedo abrirme camino en la bibliografía y exigir: «Dame tu información, entrégame tus profundidades». Mi visión es más amplia, más honda, más larga que la de Montaigne. Todos tus logros previos podrían desaparecer sin dejar rastros en sólo un ala de la biblioteca de la universidad. Se avecina un estado de conocimiento, como una ciudad, donde el saber se vuelva inmanejable, donde hierva y se derrame. Ni siquiera nuestros data-sabuesos, dedicados por entero a husmear hechos para nosotros, serán capaces de controlarlo. La palabra se desborda. Estantes de libros ignorados imploran por un lector. Estantes, estantes y estantes. Los bosques se esconden en las bibliotecas.

¿Qué sabemos?

Echo un vistazo fugaz a Bordeaux. Un peripatético muy rápido. Salir de la ciudad colina abajo es una distinguida tradición filosófica. A escape, pero cómodamente sentado.

Todos necesitamos, o en todo caso encontramos útil, un modelo, alguien del pasado que corra delante, al que sigamos de cerca o con fe. Montaigne es quien a mí me marca el paso. Todo pensador ha formado equipo con nombres del pasado, aun cuando haya sido principalmente para enlodarlos; todo pensador ha elegido algunos compañeros de página. Hasta el venerable M buscaba la complicidad de Sexto Empírico. El encanto de este arreglo es que los filósofos fallecidos no pueden negarse a

bailar.

Montaigne no puede arrugar la nariz cuando yo me pongo cómodo. No puede preguntar: ¿quién es este gor-dito pelado? (Nunca mejor dicho, pues él también había renunciado a usar su propio pelo.) No puede inquirir o protestar sobre mi posición en la clasificación mundial de la filosofía mientras yo estoy sentado a esta mesa. Ese es el contratiempo de estar muerto y publicado: uno está abierto a todas horas. Entrada libre. Cualquiera puede entrar a dar una vuelta, hacer comentarios despectivos o estúpidos y quedarse todo el tiempo que quiera. Una intrusión textual. Rodeo con mi brazo a Mikey, ofrezco una sonrisa obtusa y levanto los pulgares hacia la cámara. ¡Flash! ¡Fiiut! Una foto de recuerdo.

La pregunta

Como soy un profesional, la gente siempre está haciéndome preguntas. No tanto acerca del negocio. Pero cuando se enteran de que filosofo profesionalmente, parecen creer que tengo una gran bolsa de respuestas y que pueden gorronearme una panacea gratis, como un niño que desplumara a Santa Claus.

La gente se dirige a mí acongojada, y me expone sus angustias, facturas impagadas, dilemas, nudos emocionales. Fuera del negocio uno encuentra ese preconceito de que existe algo así como un artefacto mental que puede proporcionar la infelicidad. Cada vez me pregunto más para qué sirve la filosofía. Después de todos estos años ¿qué puede decir a su favor la filosofía, de hecho el conocimiento humano? Estamos a unos pocos años de El Gran Dos. 2000 es una fecha adecuada para hacer balance.

De ahí que me encuentre aquí criando barriga al sol, con una copa de Zédé, rodeado de migajas, los restos de

dos sándwiches *merguez* que me he zampado. Mi situación física es probablemente muy parecida a la de aquellos que inventaron la profesión. Sol, un buen vaso de vino, un poco de tiempo.

¿Qué ventaja tienen sobre mí ellos, que fueron los primeros en esparcir su razón por el horizonte, que tuvieron un hato de hechos para respaldarlos? Eran más inteligentes que yo. Ellos entraron primero, cercaron el territorio. Por cierto, las cosas no se han movido demasiado desde que la idea llegó a Atenas en el siglo quinto. No somos más que adictos a Platón, podría decirse.

Mi ventaja: tengo dos mil quinientos años sobre ellos. En las puntas de mis dedos dispongo de toda la extensión de la historia registrada (o podría tenerla, en una buena biblioteca). Tengo a mi disposición los trabajos preparatorios de miles de mentes brillantes, la servidumbre de una banda de genios.

Y un montón de tiempo. Bueno, de eso no puedo estar seguro, pero lo que sí tengo es un buen pedazo de tiempo; tiempo sin marcas, sin tropiezos, listo para hacer mis propuestas. Un camino abierto ante mí, si bien un camino corto.

Uno de los mejores libros que nunca escribí fue uno para ganar dinero con el tema del milenio. Lo más lejos que llegué fue a formular el título: *El Dos se encuentra con los Tres Ceros (en el centro)*.

De modo que, encantado con eso, me tomé un año libre antes de adquirir y designar un cuaderno de ejercicios para aprisionar mis pensamientos sobre el tema. Diez años más tarde lo hojeé para arrojar luz sobre tres tersas anotaciones, una hormiga aplastada y una dirección que una vez quise tan desesperadamente que vacié por completo mi estudio en el frenesí de localizarla. Dos de las anotaciones eran ilegibles y la tercera era el intento de una biografía para la polvorienta solapa de otro libro que no escribí.

Concedido: el año 2000 es simplemente otro conjunto de 52 mañanas de lunes, otros 366 días, otra hornada de 31.622.400 segundos, pero es como un cumpleaños, puede ser un día sin sobresaltos para los demás, pero es un punto de referencia, la ocasión para los inventarios. Parte de mi morosidad tendía a dejar las cosas para el último momento por si llegaba a aparecer una idea que revolucionara la

civilización después de que yo comenzara a trabajar. Desde luego, esta prevista morosidad podría ser tan difícil de detectar en medio de mi monumental pereza como las lágrimas de un pez en el océano.

Hubo épocas en que tenía montones de cosas que decir. Tuve mucho que decir a la policía antes de irme. ¿Acaso mi efusividad en esa ocasión se debió a sentimientos de culpa por haber desperdiciado antes el tiempo de la policía? ¿Era la revancha por mi probidad perdida tanto tiempo atrás? ¿O era mi energética pereza? Lo malo de mentir, incluso si se hace mal o con descuido, es que requiere esfuerzo. La verdad, en cambio, tiene eso de recomendable, que no requiere pensar demasiado.

La proposición

Trabajo sobre el supuesto de que la haraganería de toda mi vida no ha sido tal, sino un muy bien disimulado almacenamiento de brío creativo para la obra asesina que deje con la boca abierta a la civilización conocida. Un libro y basta. Lo incluyo todo. Las trivialidades. Las digresiones. Las melancolías. Las obviedades. No voy a correr riesgos. Rodeo a todos los sospechosos, habituales y no habituales, y voy tomándolos a medida que surgen, uno por uno.

Eso en el caso de que no pueda detectar de entrada una línea que contenga un filón. No tanto por la posteridad como por la satisfacción, aunque sería agradable que alguien leyera esto dentro de unos cuantos cientos de años. Y no llegar a la conclusión a la que llego con muchas obras mohosas y manchadas con las que tropiezo al azar en tiendas de anticuarios: cuánto cero, cuánto desperdicio de tinta, cuánto regurgitador, cuántas ondas dejadas en el agua por la piedra imaginativa de otro. Páginas de pura simulación de escritura. ¿Por qué se habrá tomado nadie la molestia de escribir esto o publicarlo o venderlo o comprarlo o conservarlo? Si alguien fuera a leerlo...

Mensaje al lector futuro

Lamento que esto no sea más interesante. Lo lamento si usted encuentra inconsistente o previsible este fin de milenio. Verdaderamente típico del 2000. Pero me alegro de que lo haya logrado, de que esté usted ahí. Espero que el sufrimiento humano se encuentre en niveles tolerables, que las situaciones proporcionen un agradable nivel de estimulación, y que la felicidad no haya desaparecido del todo.

é Tarjeta postal ridículamente larga?

Esto es ciertamente lo más largo que he producido en treinta años de permanencia en el negocio del pensamiento.

Nunca es demasiado tarde para llegar tarde

Desde luego queda excluida la cuestión del suicidio, tal como se define convencionalmente. Mi conciencia no será mucha, pero es todo lo que tengo.

Sin embargo, si nunca ni siquiera lo has concebido significa que tu vida ha sido aburrida. En una negra y desequilibrada coyuntura llegué incluso a comprarme píldoras, pero al entrar en casa ya las había perdido. Volví a salir bajo la lluvia, compré más, mientras murmuraba una y otra vez: «naces, fracasas todo lo que puedes, luego mueres», de un modo que ahora me hace reír.

Estaba a punto de tirar de la cuerda del R.I.P. cuando me asaltó una espeluznante preocupación: ¿y si uno tiene que trabajar en el más allá? ¿Más fatiga tras el tumulto de la vida? Flotar por ahí de manera nebulosa o reventar la burbuja estaba bien. A esa edad había logrado, cierto que ninguna otra cosa, la habilidad para filosofar con tan poco esfuerzo que ni lo sentía. Una década de minucioso estudio filosófico lo pone a uno en situación de pulverizar estudiantes cuyas lecturas consisten en diez minutos del libro de bolsillo más cercano. No importa lo agudos que puedan ser, uno puede zaherirlos. Sí, me dio pánico la idea de trabajar después de la muerte. Las uñas sucias. Deslomarse. Pulir las puertas nacaradas del cielo o avivar las llamas eternas. Me transportarían a un lugar donde mis estudios serían una idiotez, o donde se me despojaría de mi memoria, y por lo tanto de mi habilidad para timar y hacer de ello un medio de vida. Esto detuvo mi intento.

Por otro lado, salvo comer abundantemente, no hago demasiado para prolongar mi vida. ¿Quién va a reclamarme primero, la poli o la cirrosis? ¿O será un elemento externo, un disparo de lejos, un gran piano que se precipita, un árbol impropriamente arrancado de raíz, una apisonadora, un perverso microbio que acecha en un queso o haraganea en una chuleta?

La policía, en efecto, se quedó con mi pasaporte. Pero lo que no hizo fue asegurarse de que no tenía otros. Traspapelar pasaportes: una de mis debilidades. Me presentaba para obtener uno nuevo (los doctorandos de la facultad son excelentes para hacer la cola en tu lugar en la Oficina de Pasaportes) y luego descubría el viejo bajo una bandeja de desayuno o tapado por un libro. Uno incluso se adentró en el compartimiento de verduras del congelador.

Y por supuesto no esperaban que yo y mis otros dos pasaportes nos fugáramos. Yo mismo me quedé ligeramente sorprendido. Mi abogado mantenía la promesa de una sentencia excarcelable. Porque yo había salido con las manos en alto, y porque parece que en estos días meter a la gente en la cárcel se considera algo demasiado pasado de moda. Pero incluso como opción improbable seguía siendo un riesgo, y un día entero entre rejas debe evitarse. La comida no está a la altura.

Sándwiches de queso deplorables 1.1

Guardo todavía un vivo recuerdo del sándwich de queso con que me crucé la primera vez que estuve bajo custodia. Bien, el gran poder de un sándwich de queso consiste en que se trata de un artículo que no requiere un realizador altamente entrenado; parecería imposible considerarlo incomible. Pongamos que sea un queso revenido, un queso que no inspira una lealtad fanática, con poco pan, duro o mohoso; pongamos que no sea un sándwich de queso que pase a la historia, pero a pesar de todo debería ser un sándwich de queso, por humilde que fuera.

De ahí que, en medio de las palizas, me aproximé confiadamente al sándwich de queso proporcionado sólo para descubrir que existe una cosa parecida a un sándwich de queso que no puede comerse.

Probé un bocado y, por no querer admitir lo malo que era, probé otro. Pensé en los grandes prisioneros que habrían devorado de un mordisco mendrugos mucho menos sabrosos; en los grandes pensadores que, encontrándose a sus anchas en la adversidad, habrían acogido dicho sándwich con los molares abiertos. Reflexioné sobre la debilidad de las razones de mi rechazo y, después de haberlo reconocido como tal, satisfecho por conocerme a mí mismo, arrojé el sándwich de vuelta a su medio como un disco de juguete. El sabor no era tan desagradable, pero no era el sabor de un sándwich de queso: tenía el gusto de una alfombra húmeda y grasienta. Esa era mi objeción principal: no le veo la utilidad a un sándwich de queso que no sabe a sándwich de queso. Pero las cárceles están llenas de gente que, evidentemente, no le temen a los sándwiches de queso falsificados.

Yo podría muy bien ir a parar a ese lugar. Pero antes tendrán que atraparme. Después de considerarlo todo, preferiría estar tomando el sol en algún lugar cálido como un zomísido y emborracharme en un café francés de primera calidad.

¿Qué dejaba atrás? Una casa que necesitaba tantas reparaciones que se requeriría un dictador del Tercer Mundo bastante importante para encarar la tarea. No mucho más. Uno revisa las citas perdidas, las patatas mal peladas, las amistades fallidas, los platos sin lavar, las noches a solas en los restaurantes, los atascos de tráfico, los trenes cancelados, las llamadas sin respuesta, los cepillados de dientes y te das cuenta de que no son simplemente citas perdidas, patatas mal peladas, amistades fallidas, platos sin lavar, soledades en restaurantes, atascos de tráfico, trenes cancelados, llamadas sin respuesta y cepillados de dientes: es tu vida. Muchos de nosotros, supongo, vemos nuestras existencias no como vidas, sino como envases de vida, zarfes a la espera del uso, la persona, el acontecimiento que los llene.

Observo a los que toman el sol a mi lado: se quejan, critican ásperamente, ríen a carcajadas, corrigen la política del gobierno. Esa es la maravilla de estar en el extranjero. Aun cuando uno esté

versado en la lengua, bien instalado en la cultura, esas conversaciones que en casa son demasiado zafias para que valga la pena perder en ellas tiempo-oreja obtienen un interés extra sólo por el hecho de producirse en un idioma diferente.

Las cosas son más interesantes en el extranjero, incluso morir.

Pauillac

Justo a la salida de la hacienda Chateau Latour

El único intercambio franco y remotamente agradable que tuve con el decano de mi facultad fue muy breve, después de uno de mis deslices.

—Me deja perplejo —peroró— que se las haya arreglado para hacer carrera como filósofo.

—Le aseguro —respondí— que no tan perplejo como estoy yo.

La gente me dice: «Eddie, eres un haragán». Gente a la que no le gusto mucho (en particular Featherstone, un colega mío) y que ha evaluado sin caridad mi progreso ha dicho de mí: borracho, jugador compulsivo, una nulidad, traficante de drogas, un fiasco, un desastre, un patán. La gente a la que le gusto dice más o menos lo mismo.

Mea Culpa 1.1

Que conste en acta: soy consciente de que no he ejecutado ninguna de las tareas que como profesional, como traficante oficial del pensamiento, debía haber hecho. No he escrito ensayo o libro alguno. No me he entregado demasiado a la enseñanza, a pesar de que en ese aspecto me he hecho más bien popular. Muchos estudiantes estaban ansiosos de que yo los examinara: no protestaba cuando ellos no se presentaban porque yo tampoco estaba allí.

Daba conferencias, sin embargo, si había quien pagara. Y era buenísimo para suscribirme a revistas. Ofrecía la misma disertación, año tras año, sin sucumbir a la tentación de introducir cambios.

Culpo a las autoridades. En un mundo la mitad de razonable me habrían despedido hace ya mucho tiempo. En un mundo que fuera un sexto de razonable me habrían dado la patada en el culo antes. Aun en un mundo que fuera una centésima parte de razonable no habría llegado muy lejos.

Hice todo mal. Saqué un sobresaliente. No era mi intención (tal vez ése es el secreto). Para cuando llegaron mis exámenes finales yo había elegido meterme en el negocio bancario y sabía que sin esfuerzo alguno podía conseguir calificaciones suficientes para eso. Estuve a punto de no hacer mi última monografía. Sólo por no ofender a Wilbur, mi tutor, quien ya había recibido muchas palizas por defenderme, seguí adelante con dificultad. Tal vez el sobresaliente fue una forma sutil, amañada, de alentarme a que me quedara, tal como Wilbur trató de persuadirme.

No, me fui (aunque no llegué lejos). Nick, que había estado en el banquillo de los suplentes, siguió la huella de joven filósofo zeteador, pero después se superó a sí mismo. Fui expulsado de las torres de la altas finanzas y de regreso caí en paracaídas en Cambridge, meses después de haber hecho votos de no volver jamás.

Hice de los jonios mi especialidad. Muy poca gente se da cuenta de que uno puede leer la obra completa existente de los jonios, lenta y cuidadosamente, en una hora. La mayor parte de esta obra viene en cómodos paquetes de adagios. Importante en extremo: ellos fueron los primeros a quienes atraparon en un intento de hacer algo con su razón, los inventores del pensamiento y la ciencia remunerados —cualquier cosa que uno encuentre en una universidad— y maravillosamente concisos.

¿Es esto lo mejor que puedes hacer?

No es tan mala vida la del fugitivo. He estado vagando durante cuarenta y ocho horas y no encuentro quejas.

Mientras tenga dinero. Es lo que pasa con el desfalco: de hacerlo hay que hacerlo a lo grande, que sea suficiente para una lujosa vida nueva. Desafortunadamente, además de la opción de ser arrestado o la de liquidarme con líquidos, también está la más desconcertante posibilidad de quedarme sin rupias. Fugitivo sin efectivo.

Exilio

Bueno, en realidad no. Francia no cuenta como exilio. A lo largo de los años, con mi consumo de letras, lenguaje y vinos franceses, ya soy casi medio francés. Galizado por dentro. Ciertamente estoy más imbuido de cultura local que cualquier zigo de por aquí, salvo un *agregé*. De hecho, dado que éste es el único país del mundo donde ser un filósofo, aun con mi ínfima posición en la clasificación mundial, puede procurarte un medio de vida, me siento más cómodo aquí que en cualquier otra parte. Y los muchachos siempre fueron itinerantes. Los filósofos, como todos los charlatanes, tienen cierto gusto por el camino abierto y los oídos nuevos.

Château Latour. Vino superior. Un vino tres veces más caro que mi caldo habitual. No tres veces mejor, pero mejor. Toda reputación es exagerada por exceso o por defecto; uno tiene que ser rápido como una cobra para atrapar una reputación en el punto correcto.

Dispongo del dinero. Dispongo de papilas gustativas. Voy a entrar.

Más Bordeaux

También salí.

Una mañana gris, poco característica de la región y de la estación. Un tipo de gris que me recuerda a Cambridge: plomizo y persistente. Por qué alguien puso ahí una universidad, en primer lugar, es algo que se me escapa, a menos que fuera un acto de malicia. Alguien que disfruta del ronco son de los clérigos que tosen en pantanos llenos de neblina. El lugar sensato para un lugar de estudios habría sido Dover: lo más al sur posible y lo más cerca de un país con un clima y una cocina apropiados.

Cuando salgo a comprar el periódico paso por delante de unas pompas fúnebres. Lucho contra una poderosa urgencia de entrar y darme por vencido.

Uno nunca sabe cuándo le va a llegar la hora, pero reflexiono que aquellos con los que tropiezo por la calle tienen mejor aspecto que yo, llevan más aliento dentro de sí. Los médicos me han dicho durante tanto tiempo que ya debería estar muerto que me he aburrido de ir a verlos (por un tiempo fue divertido irritarlos con mi existencia continuada, pero la diversión pasó).

Mi médico clínico, un zanzíbaro sin sentido del humor, era especialmente censor. Estaba empeinado en tomárselo con seriedad.

—¡Adiós! —me dijo—. Me temo que ésta es la última vez que nos vemos.

Un último intento desesperado por asustarme y ganarme para la abstinencia. Sin embargo tenía razón. A la semana siguiente fue asesinado por su mujer.

A veces me gustaría poder razonar con mi hígado. ¿Acaso no comprende que se está cortando su propio cuello al cerrar la tienda? Así a mí me quedaría alguna oportunidad, alguna ocasión transitoria. No puedo decretar el reciclaje de mi alma, que mi yo escape y se refugie en otra parte. ¿Pero mi hígado y otros órganos colegas suyos? Ellos

se dirigen hacia una redistribución de átomos, de dudosa ventaja para ellos. Lo que más me altera es que mi corazón está en vías de pudrirse.

Montpellier

No sabes cuán resistente es una jarra hasta que la rompes.

Este siempre fue uno de mis favoritos: con reminiscencias de violencia doméstica. Lo oí en un punto de pintas en las afueras de Zennor. Revelaciones de la adversidad.

Pero en estos días, cuando logro terminar una frase, no puedo recordar por qué la comencé.

Rastreemos el recorrido. Dejé Bordeaux en dirección a Vélines, el teatrillo de Montaigne. No sé cómo surgió la idea de visitar el lugar. Después de todo, antes de partir ya sabía que me lo había perdido durante cuatrocientos años. El tirón del fetichismo.

Para cuando llegué a Vélignes ya había cambiado de idea, y en cambio era plenamente consciente de que este viaje no iba a dotarme de agudeza alguna. Micky no estaría esperándome en la puerta con una bandeja extendida: «Toma, prueba alguna de estas profundidades». No iba a insuflar vida alguna a mi envase de vida.

Desde el aparcamiento pude ver la torre del estudio de Montaigne. De alguna manera yo había tenido la esperanza de que me dieran algo. Un grupo de visitantes salía erráticamente por los portones. Visitar la torre de Montaigne no iba a hacerme más efecto que escalar la torre Eiffel. Dejar que te vean los muebles de padres inteligentes no ayuda.

Seguí hasta Cahors. Elegí esta ruta indirecta a Montpellier porque nunca había estado allí. No creí toparme con nada digno de notar, pero considero que vale la pena explorar cada lugar al menos una vez, sólo por si aparece un cartel llameante de diez metros que divulgue el secreto de la vida, un secreto del que nadie me hubiese hablado.

Iba al volante de mi tipo favorito de automóvil: un coche alquilado. Iba rápido. Nunca termino de ponerme cómodo en un coche hasta que el acelerador no está a fondo. Es algo que inquieta a alguna gente. A menudo los coches conducidos por mí suelen vaciarse súbitamente de pasajeros en la primera parada.

Incluso Zak, un hombre que coleccionaba riesgos, declinaba mis ofrecimientos como conductor y siempre me negaba mi segundo tipo de coche favorito: el coche de un amigo.

—Conozco otra gente que está preparada para conducir a más de ciento sesenta kilómetros por hora en una zona urbana. Por el carril prohibido. Bajo la lluvia. Después de haber tomado unos tragos. Sin respetar los semáforos. En zona de curvas. No muchos, pero puedo pensar en un par de personas. Pero tú eres el único que considera eso perfectamente natural.

Estoy seguro de que a estas alturas habría perdido mi permiso de conducir si alguna vez me hubiera tomado la molestia de sacármelo.

Para evitar el deterioro de mi reputación al volante, quiero declarar: no fue culpa mía. Reunía las condiciones idóneas para una conducción correcta: sobriedad, buen clima, una ruta recta y vacía. A menos que fuera un diestro asesinato propuesto por intervencionistas cósmicos, el auto simplemente se hartó de mí y se dedicó a corcovear. La rueda izquierda reventó. Hay veces en que la vida te hace saber el poco control que tienes sobre las cosas.

Sin control

El coche rodaba como si estuviera dándose un baño de polvo, y mientras esto sucedía, demasiado rápido para poder apreciarlo, fui eyaculado a través del parabrisas, renacido del útero automotor.

Yacía en la cuneta de la carretera, con la conmoción de aún poseerme a mí mismo (o que mi ser tenga un cuerpo). Aparte de un sordo dolor en la cabeza, mi cuerpo funcionaba tan bien que hacía su trabajo como cuando comencé el trayecto. Ningún miembro había desertado, no se me había arrebatado nada valioso—. Tenía, eso sí, la dirección algo desviada por recibir fortuna tan grande tan tarde en la vida, cuando no la necesitaba de manera inmensa, y tampoco estaba yo haciendo nada para maximizar mi expectativa de vida.

El parabrisas había abandonado su puesto en el momento justo. Lo vi no muy lejos de mí, intacto; una actuación mucho más acertada que la del resto del coche, reducido a dimensiones tales que nadie, salvo un enano excepcionalmente bajo, podría volver a entrar en él. Estaba a unos diez metros de distancia, en una pendiente.

El coche esperaba que yo intentara volver a meterme dentro, con mis ropas y mi piel lacerante en la maleza. Aguardé pacientemente y entonces, cuando estaba a punto de inclinarme para recuperar mis pertenencias, con un estampido suave pero vigoroso, como un quemador de gas, estalló en llamas, provocando una excesiva descarga de calor sobre mi parte frontal.

Mientras contemplaba cómo ardía (noté que las botellas de Château de Michel Montaigne no

tenían un efecto ralentizado sobre la combustión) mi pasaporte, mi dinero en guisas varias, mis ropas, el conjunto de mis posesiones desfiló por mi mente en sus formas no humeantes. No habría podido hacer nada aunque hubiera tenido humor para atreverme, pero, como todo esto sucedía antes del almuerzo, evité incluso toda pretensión de hacerme cargo de ello. Demasiado temprano para una calamidad de semejante magnitud.

Regresé fatigosamente a la carretera, donde encontré la maleta de la civilización, que también había arrojado el coche. La compré treinta años atrás cuando todavía no me había graduado; ya entonces estaba gastada y al fondo de la tienda. Durante veintinueve años por lo menos estuve conspirando para comprar una nueva: comprar elementos no líquidos es otro de mis puntos flacos. La maleta nueva quedó hecha cenizas junto con mi efectivo y mis tarjetas de crédito, pero el matusalén de los receptáculos, como todos los objetos baratos que uno no quiere, poseía una indestructible indestructibilidad, y alojaba mis libros, lo cual no era de mucha ayuda para mis ansias de emborracharse-hasta-morir-en-un-desenfrenado-zenit-de-lujuria.

Ji-ji

Afortunadamente nadie se había detenido a hacer de samaritano, de modo que tuve la oportunidad de esquivar el sitio del choque. No quería que me asociaran con nada ni con nadie que pudiera atraer la atención de la policía, pues esto último no podía hacerle ningún bien a mi libertad.

Después de haber creado una distancia disociadora entre mi propia persona y mi ex coche, me volví más entusiasta ante un posible contacto con colegas motoristas.

Ahí estaba yo, un filósofo entrado en años, calvo y chamuscado, con una camisa hecha trizas y una maleta gastada. Cuatro francos con veinte en mi bolsillo izquierdo. En lo más profundo de ninguna parte. Admito que no era el candidato ideal para conseguir plaza viajando a dedo. Ciertamente el tráfico que pasaba a mi lado no mostraba vacilación alguna en alejarse a toda velocidad.

Comenzó a llover. Al igual que los automóviles, no me detuve. Me tomé un tiempo para sentir lástima de mí mismo mientras el zumo del cielo me marinaba a mí junto con mi maleta, que había adquirido una pesadez que sobrepasaba su volumen. No era así como había idealizado mi vuelo al sur de Francia.

Seguí caminando, sólo porque caminar bajo la lluvia no era tan estúpido como quedarse parado. No podía culpar a los automóviles por no detenerse. ¿Quién querría recoger a alguien tan loco que se empeñaba en ir a pie durante una tormenta?

Arizona

No me había mojado tanto desde mi viaje a Arizona años atrás. Allí también tuve un contratiempo de tipo automovilístico. Yendo tras la pista de un estudiante de la Zona (nunca me ha preocupado ser uno de esos despreciables maestros que se hacen responsables de sus responsabilidades; yo siempre me he esforzado por ser uno de esos despreciables maestros que no se hacen responsables de sus responsabilidades), mi coche expiró en medio de lo que podría describirse, sin temor a una acción legal, como un desierto. Un desierto desertado, sin más viajeros a la vista que yo y el zacatón.

Escruté a fondo el motor, mientras esperaba una voz celestial que se compadeciera y me guiara en medio de tantos problemas. No funcionó. La idea de que iba a morir deshidratado se encaramó como un buitres en el borde de mi copita. No es muy útil tanta imaginación en un desierto. Sin embargo, no me había alejado mucho más de un kilómetro del coche cuando empecé a recibir toda el agua que necesitaba. Llovió sin interrupción hasta que llegué al alojamiento más próximo, a dieciocho kilómetros de distancia (conseguí que me recogiera alguien cuando faltaban ochocientos metros y para entonces había contraído una neumonía). Todo el mundo dijo que nunca llovía en julio. Es todo lo que oí en el hospital.

Ja-ja

Una vez confirmada mi ineptitud para el autoestop, seguí caminando sin dejar de maldecir, a medida que aumentaba el número de coches que viajaban del modo preciso para no detenerse por mí. La discriminación contra los pensadores concienzudos era enervante e injusta. Estoy seguro de que si mis cromosomas hubieran sido más jóvenes y mujeriles, mi data-sentidos ya estaría viajando en posición sedentaria.

Pero todos acabamos consiguiendo un club de admiradores.

Un camión se detuvo dando resoplidos. No podía creer qué le había atraído de mi pulgar mojado y corriente pero corrí, dispuesto a abordarlo, con o sin invitación. Sin embargo, una puerta se entreabrió y cuando subí un hedor de conductor de camión de largo recorrido me asaltó con tal potencia que casi se me caen los dientes. Sólo la desesperación me empujó a seguir adelante. La fisonomía del conductor era tan atractiva como su olor, pero aun así no me desviaría de mi propósito.

Dondequiera que fuera, no me importaba. Mi plan era saltar en cuanto llegáramos a algún lugar incontrovertiblemente urbano. Los problemas de naturaleza financiera parecían más salvables en un contexto pavimentado. «Montpellier», me dijo, era su destino. Yo estaba aliviado por encontrarme vehiculizado y protegido de la lluvia, y no agregué demasiado a la trivial charla introductoria, zombificado todavía por su expresión.

Qué le había sucedido no me sentía capaz de adivinarlo, pero un congreso mundial de cirujanos plásticos no podría desdesastrar lo que resultaría alarmante si apareciera pegado en las posaderas de un mono zambo. Su nariz se había ausentado sin previo aviso, y los rasgos que estaban presentes no cohabitaban demasiado bien. Una asombrosa cantidad de matices violeta se habían acomodado sobre este semblante, sin dejar lugar para los más tradicionales tonos carne. Su edad era indiscernible a partir de su cara (estragos de la edad avanzada, una verdadera mierda), pero a juzgar por la blandura de los brazos de energúmeno que exhibía junto con el asqueroso chaleco, este cuerpo era multimillonario en momentos de crápula. Su aliento daba paso libre a muchas cosas podridas; sus dientes esgrimían una refutación notable a los logros de la odontología de fin del milenio.

—Soy un filósofo —respondí a la ineluctable pregunta, demasiado perezoso para mentir o inventar.

El asintió con aprobación, halagó mi francés y me habló de los ladrillos que llevaba a Montpellier. Los ladrillos no son mi especialidad y tampoco presté atención a su exé-gesis; disfrutaba observando cómo desfilaba la carretera.

Seguía yo mensurando nuestro avance cuando le oí decir algo que sonaba como «eres guapo». Pensé que había oído mal, o que estaba tarareando alguna canción popular, pero entonces vi que tenía una mano jugueteando en su entrepierna en un gesto que era demasiado prodráctil para calificarlo de rascada, y que adoptaba la forma de desenvuelta masturbación.

—Eres guapo, mi pequeño filósofo —agregó, con expresiva amplificación, con lo que desterraba toda duda auditiva o elocutoria. Se lamió los labios, mientras su mano trazaba zetas sobre mi muslo, y comentó con voz penetrante que, aunque él no era una chica, conducir tenía sus buenos momentos—. ¿Por qué no pasamos la noche juntos en Montpellier? —propuso.

Me volví la incredulidad en persona. Había recibido propuestas en mi juventud, antes de que acabara mi dedicación a la profesión, pero ahora honestamente sentí que estaba una o dos décadas más allá de mi fecha de caducidad, y ya muy pasado del tiempo de incitar incontrollable lujuria en conductores de camiones. En segundo lugar, de haber estado yo ansioso por encontrar a alguien con deseos de alojarse en mi traspuntino (y las mujeres deben estar familiarizadas con esos seguidores que se toman enormes esfuerzos para volverse intragables y luego esperan que los agarren de un manotazo), Gustave ni siquiera hubiera tenido opción de reservarse el último turno. Hasta los más promiscuos de mis conocidos (y Cambridge tiene una orgullosa herencia de sodomía salvaje que se remonta al siglo trece) habrían presentado sus excusas y se hubieran ido.

—Muy amable por su parte, pero no.

—¿Por qué no?

Dijo esto con tal celeridad que tuve la certeza de que no era la primera vez que había mantenido esta misma conversación. «Porque antes preferiría morir» parecía un poco brusco como respuesta a una proposición de intimidad. Toda criatura tiene derecho a solicitar algunos favores en la arena genital, pero si uno quiere hacer el papel tiene que tener una mínima familiaridad con las normas de higiene y los triunfos de la cosmética del fin del milenio. Podría pensarse que un ofrecimiento siempre es halagador, pero me daba la impresión de que Gustave se perdería por cualquier cosa que palpitara, y, si bien esta especie de apetito pantóforo tiene su lado admirable (hace la vida más fácil), a uno no le apetece encontrarse encerrado en una cabina junto a él. Sin embargo, no quería recomenzar mi carrera de recolector de lluvia, teniendo en cuenta además que la impetuosa aparición de la lubricidad no había permitido el transcurso de demasiado tiempo de viaje.

—No hago eso.

—¿Esto no sucede en Inglaterra?

—Continuamente, pero no a mí.

—Podríamos hacer temblar las ventanillas —detalló él.

Yo decliné con una sonrisa que exteriorizaba que, si bien tal oferta era una delicia y el punto culminante del día, por una variedad de lamentables razones yo no la podía aceptar.

—¿Porque no he ido a la universidad? —preguntó furioso. Otra vez: presumo que ésta es una circunstancia a la que muy pronto se acostumbran las señoras: cuando tu no funciona. Cuando disparas un no tras otro y tu blanco aún quiere zefaniarte y te has quedado sin munición.

—¿Porque conduzco un camión? —Me refugié en la silenciosa contemplación del camino menguante entre yo y Montpellier.— Es porque no he ido a la universidad, ¿verdad? ¿Esta no es bastante buena para ti? —dijo, desenvainando algo que parecía uno de esos plátanos aplastados que permanecen tirados dos días después de que el mercadillo haya partido, y que él comenzó a menear.

—Creo que debería apearme —anuncié.

—Oh no. Lo menos que me merezco, mi arrogante filósofo, es un auto-masaje.

Analiqué la situación con lógica y, considerando *a)* que era su camión, *b)* que estaba muy lejos mi deseo de seguir absorbiendo lluvia en el desierto, decidí que, si tenía en mente *c)* el hambre, *d.)* el asesinato y *e)* los sufrimientos menos fotogénicos que andan chapoteando en torno de nuestro globo, no podía yo escandalizarme tanto por una de mis muñecas. Accedí entonces y dirigí mi mirada al exterior.

—Ey, tienes que mirar —protestó él, azorado por mi falta de cortesía.

—Tengo que escuchar —eludí—, pero no voy a mirar.

—Pues quítate la camiseta. Por favor. Te lo pido como un favor —era difícil negarse.

La civilización, después de todo, está basada en el compromiso. Tenemos nuestro contrato social: él quería una paja con clase, yo quería llegar a Montpellier (aunque no me sentí capaz de atender a su petición de tocarme yo mismo los pezones).

—Has estado magnífico —me elogió después de evidenciar los síntomas de un placer de dimensiones zamzummímticas.

Seguimos avanzando con renovada camaradería y la tensión relajada, sin incidentes (aparte de haber rebanado Gustave el retrovisor a un coche más pequeño y más frágil, cuando peroraba —a alta velocidad sobre la N6— sobre la gloria extrema de la carrera de gusanos al galope en el centro de Lyon, la única actividad que merece la pena si uno atina a estar allí).

—Trabajamos duro —enfaticó cuando nos separamos en las afueras de la ciudad.

Me proporcionó su dirección en el interior del envoltorio de una chocolatina, junto con la información de que él frecuentaba por lo general la N6. Una escritura con el estilo realmente

cuidadoso de aquellos que de veras tienen que pensar al escribir. En un principio sentí la inmediata compulsión de quemarlo, pero luego razoné que era mejor conservar la información para asegurarme de que nunca accidentalmente *a)* visitaría su ciudad, *b)* su calle o *c)* su edificio de apartamentos en el minifuturo que me quedaba.

Dinero

No sabía qué hacer. Algo inútil, viajar hasta el sur sólo para contemplar cómo se incineran tus cosas en el brasero de un coche accidentado que para mayor mortificación acababas de llenar de gasolina.

El hambre hizo su aparición a la hora prevista, pero me sentía incapaz de empujar mi conciencia hasta la experiencia de un restaurante francés. Con el poder adquisitivo que tenía, lo mismo daba que estuviera en la cima del Zambeze.

Siempre me han disgustado los que menosprecian los encantos del dinero, que suelen ser los que están a pocos latidos de corazón de heredar un castillo. Turistas en la indigencia. Los muchachos no se pusieron de acuerdo respecto a este asunto: Bías, Aristipo y otros se han inclinado a elogiar el bien de los bienes, pero una cantidad de ellos (por lo general bien acomodados) lo miraron con desdén; luego estaban los Perros, la escuela del «nada se gana sin esfuerzo», la tropa del «encara alegremente tu ejecución», Diógenes (él mismo fugitivo de Sinope por haber usado monedas falsas) y Crates, el único comerciante de ideas de la historia mundial conocido por haberse pulido toda la guita a favor de... sus conciudadanos. Pero la verdadera desgracia siempre se perfila como pobreza, porque la verdadera desgracia involucra falta de poder.

Ponderé la posibilidad de que alguno de mis compañeros del norte estuviera en condición prestadora. Ponderé la posibilidad de dar algunas conferencias. Una vez en mi juventud monté el espectáculo en París, en el Boulevard Sain-Germain. Estaba borracho como una cuba, pero de hecho obtuve una abultada bolsa de francos de una gran multitud, con lo que irrité a un zigo con zancos y a un traga-fuegos, que habían venido a ordeñar a los turistas y a los desocupados del asfalto. Lo que quería era conocer qué se sentía al ser un itinerante que sólo tiene como arma la retórica. No dejen que la gente les diga que la gente no se interesa por las ideas, o como el vicerrector académico me dijo una vez sobre la filosofía, «una de nuestras áreas problema».

Con todo, sentí que no era una noche para echar a volar ideas en una esquina de Montpellier y luego pasar la gorra. ¿Qué hacer? Ya daba por descontado que mi hígado fallaría antes que el dinero.

Jo-jo

Encontré un sórdido hotel no lejos de la estación, en el lugar donde es lógico encontrar uno. Francia tiene algunos de los mejores hoteles sórdidos del mundo. La elegancia tiende a ser uniforme: la sordidez sorprende. Me gusta encontrar tres o cuatro tipos diferentes de empapelado en la misma habitación, y adivinar qué aparato no funciona o se te va a quedar en la mano.

Expliqué en la recepción que acababan de hurtarme mi dinero en el tren y que me gustaría una habitación barata. Comprendieron. Era obvio que trataban con clientes mucho más extravagantes que los filósofos melancólicos con problemas graves de localizarse en la clasificación mundial, y por extraño y peligroso que yo mismo me creyera, manejaban rarezas más raras.

Un pasaporte extraído de la maleta de la civilización pareció satisfacer al recepcionista.

—Los ingleses son siempre bienvenidos aquí —dijo, como si hubiera alguna razón. No creía que fuera el modo de llevar un negocio. No estoy muy seguro de haberme dejado entrar a mí mismo, pero el lugar no parecía atestado de clientes. Un joven desgarbado con una cazadora barata de cuero negro y medio corte de pelo estaba despatarrado en un sillón, esperando de forma evidente, como si le pagaran para que se sentara allí a intensificar la mala reputación del establecimiento.

Subí a mi habitación, abrí mi maleta (de la manera mecánica en que uno lo hace, aunque no tenía equipaje que deshacer) y me eché en la cama. Puedo pensar mejor de ese modo, y una posición

horizontal permite un perfil más aerodinámico antela vida. Prácticamente todos los problemas de la vida vienen de ponerse de pie.

Golpearon a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté, perplejo ante mi súbito atractivo social.

—Se olvidó de firmar algo.

Lo que me saludó cuando abrí la puerta no fue un documento sin firmar sino un revólver zamzummítico apuntándome, empuñado por el muchacho quintaesencia del peligro que estaba abajo.

—¡Tu dinero! —demandó con admirable concisión, una cualidad de la que, creo, carece en demasía la filosofía moderna. Ignorante como soy en armas de fuego, pude ver con la más elemental de las ojeadas que ésta era un arma suficiente para matarme a mí y a otros tres o cuatro filósofos importantes. Es preciso declarar que momentos como éste constituyen una excelente justificación de décadas de gruesa intemperancia. Imagínense qué grande habría sido mi turbación si hubiera dedicado mis mañanas a jaderar por ahí en carreras aeróbicas, a abstenerme del vino y la cerveza, a evitar las pastelerías, a eludir la rotundez con una única y adecuada comida al día, sólo para ser agujereado como diana de un parque de atracciones en un hotelucho de mala muerte.

Saqué de mi bolsillo mis cuatro francos y se los alargué. El hombre me empujó hacia dentro como respuesta y cerró la puerta para darle un poco de privacidad al robo.

—No te hagas el vivo. Dame tu dinero.

—Es lo que tengo.

—Pero eres un turista.

—Sí, pero un turista sin un centavo.

—No existen turistas sin un centavo.

—Bueno, acabas de conocer a uno. Si quieres echar un vistazo, con mucho gusto —dije, indicando mis posesiones mundanas del momento.

—Pero eres un turista —insistió él, aunque me alivió oír que lo decía con un tono de desgarrada incredulidad más que de amenaza.

Pero

Su tono me recordó mucho al de Tanizaki cuando decía «pero eres un filósofo». El cerebro japonés de Tanizaki había estado rebanando sus extremos tratando de acomodarse al concepto de que un filósofo podía cometer un fraude. Era un alma decente, y en ese momento simpaticé con él. Apresado en la general incapacidad nipona para comprender todo lo que se sitúe a más de diez kilómetros fuera de la costa de Japón, era un malentendido bastante común el de considerar la filosofía como una suerte de calistenia moral. Se había dirigido a mí con la esperanza de que pudiera proporcionarle alguna explicación inconcebible pero omnicomprendiva que convirtiera un desfalco prolongado y enrevesado en estrafalaria contaduría. No mentí porque *a)* era antes del almuerzo y por lo tanto representaba demasiado esfuerzo y *b)* porque sólo habría postergado el problema por unos días o semanas.

El notable aspecto de este enfrentarme con la evidencia de la falta de dinero era que él era la persona verdaderamente avergonzada, avergonzada por mí. Jugué con la idea de hacerle una oferta, de meterlo en la cosa, dado que eso me permitía un poco de espacio para respirar: uno nunca sabe con seguridad cuándo la tierra puede llegar a anegarse por una lluvia de asteroides planetocidas que podrían volver académicos mis hurtos académicos. Pero me di cuenta de que la sola propuesta lo haría caer de rodillas del susto. Incluso mi oferta de invitarlo a tomar una copa lo sobrecogió de horror, puesto que pensó, estaba claro, que simplemente serían más monedas del dinero de la fundación que se escurrían de su puño.

—¿Por qué? —preguntó, para mi extrañeza, pues tengo la impresión de que el robo de dinero sólo puede ser motivado por el deseo de dinero. Había dos atenuantes que me gustaría denunciar en mi

descargo: primero, culpo a la profesión médica, que me aseguró repetidamente que estaba en óptimas condiciones para estirar la pata. Esto coloca las consecuencias bajo una luz diferente.

Y lo segundo es que nunca he comprendido por qué razón deben tener una relación exclusiva con los billetes de altas cifras los negocios peligrosamente ignorantes y estúpidos tales como los agentes de bienes raíces, presentadores de televisión, asesores financieros, diseñadores de moda, vendedores de doble cristal, propietarios de clubes nocturnos y albañiles. Mis necesidades siempre han sido modestas, pero mis deseos, por compensación, se han vuelto cada vez más caros. Una vieja entidad necesita éxitos cada vez más contundentes.

Lo mismo que con mi salud, me las arreglo para defraudar a la fundación mucho más tiempo de lo que había pensado. Durante años los predecesores de Tanizaki vinieron a verme, asentían con gesto aprobador mi administración y dirigían sus energías a la adquisición de la marca correcta de palos de golf y whisky. Irónicamente, Tanizaki se zaibatsuaría el culo por ser más eficiente que ellos.

Pude haber actuado de forma más honorable en mis años juveniles. El idealismo y la fe en mi negocio se fueron por la borda de consuno en cuanto me volví profesional; la dedicación y la decencia, incluso antes de la etapa final, fueron desplazadas por el deseo de mirar el mundo exterior desde un balcón de oro macizo. De haber logrado confiar en que aún quedaban muchas cosas cuyo rastro valía la pena seguir, quizá no habría perdido las riendas de mi in-nobleza. Pero durante años aquel murmullo distante —tenía la impresión de que como pensador lo único que hacía era actuar como un lacayo de museo que le saca el polvo a unos pocos pensamientos y cambia de lugar algunos de los objetos exhibidos— se había convertido en un estruendo ensordecedor.

Estaría encantado de que me demostraran lo contrario. Sería espléndido que se presentara algún genio y pusiera en orden la historia del pensamiento, que nos dejara estupefactos al mostrarnos cómo todas las piezas encajan perfectamente entre sí. Pero me temo que sólo han quedado unas amargas escaramuzas en las notas al pie de página, algún cambio de lugar de los signos de puntuación, intentos de sobresalir en las páginas escritas.

Años atrás había reparado en algunos dominios inexplorados que nadie había investigado, pero la cuestión sobre esas áreas en las cuales nadie ha hecho trabajo alguno es que *a)* no hay nada por hacer, *b)* es extremadamente difícil hacer algo o *c)* el trabajo se ha hecho pero uno lo desconoce porque se descuidó al investigar la primera vez. Además, como especialista en la historia de la filosofía, puedo asegurarles que no existe pensamiento alguno sobre el que los griegos no tengan registrado derechos de autor; ellos acorralaron todos los conceptos mucho antes de Cristo. Esa es una posición que usted puede defender con toda comodidad. Y toda creación craneal que pueda asegurarse que no hayan detectado ellos, con toda seguridad se la habrán apropiado los equipos franceses, alemanes y británicos.

Con todo, si cree que abusar de una posición de confianza es fácil, debería usted intentarlo. La deshonestidad puede ser un trabajo duro.

Tomemos a mi investigador favorito, el brillante John Smith (trate de constatar algo sobre ese nombre), cuya existencia de ermitaño alcanzó con rapidez cotas legendarias. Una existencia legendaria de ermitaño que era necesariamente legendaria y ermitaña, pues John Smith no existía.

Cuando digo que no existía, uso el verbo en su sentido más crudo y legal. Por ejemplo, no existía en el sentido de que pudiera presentarse a mi puerta una mañana y exclamar: «Por el *Zeitgeist* de tu madre, dame el dinero que la fundación con tanta generosidad ha estado enviándome pero que ha ido a parar a tu cuenta bancaria».

Como profesional, me gustaría subrayar el hecho de que sólo porque John Smith estuviera algo escaso de funciones metabólicas, ¿puede uno decir que es menos real, digamos, que Montaigne?

La gente ha leído y, tal como se ha dicho, disfrutado de la obra de John Smith. Han visto su acreditación. El hombre tenía un despacho en la facultad (arreglado por mí y elogiado por los de la

limpieza por su prolijidad). La gente tenía recuerdos específicos de él. Se celebraron reuniones a las que no asistió, almuerzos que canceló misteriosamente en el último momento mediante formas extrañas de comunicación indirecta. Y aun si era, en esencia, una ficción pergeñada por mi ingenio, ¿dónde estaba escrito en el formulario de postulación que uno tenía que ser capaz de hacer que la cama sonara?

Y naturalmente también estaban los zeteadores *bona fide* (electromagnéticamente discernibles de los otros) que conseguían la cáscara de la fruta financiera. Estarán aquellos capaces de afirmar que yo bloqueaba el avance de la gente de talento en la causa del negocio. Muy bien, me alegra, como dicen los políticos, que se mencione este tema. Eso era exactamente lo que estaba haciendo. Tres años en la universidad haciendo filosofía es suficiente para cualquier individuo sano.

Hmmm

Entonces, una advertencia contra todo supuesto.

Considerado caritativamente: no tenemos mucho más. Tenemos que presumir que el agua va a hervir a los 100 grados la próxima vez que lo intentemos, que la señora anciana que se te acerca, que se parece a tu madre y viste las ropas de tu madre es tu madre y no el presidente de Zambia disfrazado, que en los próximos diez segundos seremos seres humanos y no vamos a metamorfosearnos en contra de nuestra experiencia en zalambondotes metidos en zoológicos miserables.

Considerado sin caridad: las presunciones son los confortables almohadones que nuestro señor feudal, la Pereza, elige para su trasero.

En todo caso, una advertencia contra todo supuesto acerca de la moralidad de los filósofos y los fondos de los turistas.

—Eres un turista —resumió por tercera vez mi asaltante armado, como si este dato fuera un abultado paquete que estuviera tratando de meter a través de una estrecha casilla de correos— y no tienes nada de dinero.

Me disculpé, me habría gustado tener algo de dinero para que él pudiera robarme, pero así eran las cosas. Por suerte no había indicios de violencia, apenas la irritación murmurada, la malhumorada resignación que la gente muestra cuando advierte que se ha subido al tren equivocado.

El pistolero no me amenazó, pero tampoco salió de la habitación. Se sentó y se inclinó hacia adelante para descansar su frente sobre las manos, con lo que su cabeza parecía una pelota de golf mutante sobre su soporte.

—No, no, no —dijo. Lentamente. Con pausas exactamente distribuidas. Yo no sabía qué hacer. Otra brecha lamentable en nuestro sistema educacional. El revólver descansaba sobre un ángulo no supervisado de su regazo.

—¿No deberías tener cuidado con el arma? —propuse.

—No tiene balas —dijo él, muy serio, con el tono de un hombre cuya familia entera acaba de morir en un accidente automovilístico (una familia que él amaba, diría yo).

—No tengo ni para comprar las balas —aclaró, mientras mordía la negrura.

Yo iba a decirle que se estaba quedando más tiempo del que correspondía a su visita de bienvenida pero considerando que, técnicamente, no había tenido ninguna, suponía más ajustado decirle que se estaba quedando más tiempo del que correspondía a su intrusión. ¿Cómo debe comportarse el filósofo de buena crianza ante un fallido ladrón armado? En estos días tiendo a mantener en silencio mi profesión, pues tal como se ve provoca la petición de consejos gratis (del modo en que se fastidia a los médicos friera de servicio, supongo, con molestias de pinchazos y otras formas que tiene el dolor para importunar), y mueve a la revelación: una descarga de confidencias, la mayor parte de las cuales uno preferiría no oír (en una taberna de Leeds, por ejemplo, un caballero buscó mi bendición a su predilección por el zefaneo de dálmatas. «¡Dálmatas! ¡Dálmatas! Los amo a

todos»). Sin embargo, aun sin el incentivo de un público filosófico conocido, el pistolero procedió a contarle todo.

—Él no quería venderme el arma. Yo sólo tenía la mitad del dinero. «Pero, Hubert», dijo, «puesto que acabas de salir y media arma es tan útil como no tener ninguna, te extenderé un crédito, como un favor.»

Sin expresión alguna de interés por mi parte, procedí a recibir una generosa porción de la historia de su vida. Había salido de una cárcel esa mañana, y había empleado el dinero que le dieron en obtener lo que describió como un revólver pequeño hasta la decepción. Entonces buscó una víctima apropiada, nada personal.

—Me complace pensar que tengo el aspecto de ser tan acaudalado —intercalé para mostrarle que no le guardaba rencor.

—Tengo mucho que hacer para recuperar el tiempo perdido —dijo, pero no mostró ninguno de los signos que tradicionalmente se asocian con una partida inminente: permaneció más firme que un zonítido. Yo quería ofrecerle una copa, ahora que había pasado el intento de robo y descendíamos a los relatos, quería ofrecerme una copa a mí mismo, pero, ay, no había copas en la habitación.

Me dedicó una mirada evaluadora y me di cuenta de que lo que había considerado estrabismo era un ojo izquierdo de vidrio.

Entonces su mano derecha se cayó y golpeó en el suelo con un chasquido apropiado a su tamaño.

—Siempre hace eso —dijo él, sin hacer esfuerzo alguno por recuperarla, y sin incoar ninguna otra acción que se dirigiera a prepararse para partir. Su fuga era tan fallida como su bandidaje.

—Y tú —dijo—, tú hablas buen francés. ¿A qué te dedicass?

Me endurecí como un profesional.

—Soy un filósofo —dije, y ponderé el hecho de usar el verbo en tiempo presente. No se iría hasta que fuera muy tarde.

—Ah. ¿Se gana algún dinero con eso?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De qué tipo de filósofo sea uno.

—¿Tú no eres del tipo rico? ¿O alguien te robó antes de que yo te alcanzara?

Le conté las partes menos embarazosas de mi día.

—Tú también tuviste padres, supongo —preguntó él, cambiando de tema.

—La gente tiende a tenerlos.

—Yo no.

Nos permitimos un silencio que no quería yo romper profesando curiosidad en cuanto a su árbol familiar.

—¿Y qué te parece Francia? —retomé, finalmente, el celoso anfitrión.

Esbocé un recuento brevísimo, pero su atención volvió a sí mismo como un bumerán. Me correspondió la representación de una hora del espectáculo «Conozca a Hubert». Estaba claro que no lo esperaban en ninguna parte.

Hubert: un criminal algo corto, pero con una larga carrera penal. Ducho en desgracias, torpe en anatomía trabajadora.

—Vine a este mundo con la vuelta mal dada. Una mano de menos. Es lo que me dicen. —Su niñez: lo encontraron inexplicablemente abandonado en un cubo de basura y lo metieron en un orfanato—. Siempre les gusta recordarme lo del cubo de basura. —Una infección le hizo perder el ojo izquierdo. Ahorraba los detalles en cuanto a la asistencia pública, presumía que yo daría por sentado que fue infernal.

Mientras anotaba mentalmente la lástima de no encontrar la forma de ganar dinero por escuchar

—parece que soy una buena oreja—, él saltó un poco hasta los dieciocho años y su debut criminal importante. El y un cómplice con más antigüedad en la jerarquía felónica acecharon y emboscaron a un conocido avaro y empresario local, cuya primera reacción fue de supremo terror en cuanto salieron de su escondite en la vivienda, lo atacaron y lo ataron, porque creyó que Hubert y su socio eran una unidad de servicio de las autoridades de Hacienda. Cuando se dio cuenta de que eran delincuentes comunes, simplemente se rió entre dientes mientras ellos lo pateaban por todas partes y lo amenazaban con un cuchillo para que revelara la combinación de la caja fuerte.

«No voy a hablar», había dicho el hombre alegremente. La lata de gasolina de la que se encargaba Hubert fue entonces volcada sobre el cascarrabias encordado. Acto seguido el *confrere* de Hubert encendió ostentadamente un cigarrillo y pareció contrariado por no saber qué hacer con la cerilla que aún lucía la llama en su cabeza.

El avaro habló. Habló con tal velocidad que Hubert y su mentor no podían comprender los detalles mientras él los repetía furiosamente antes de desplomarse, víctima de un ataque cardíaco.

«Este es un interesante punto legal», comentó el compañero de Hubert. «Me pregunto de qué nos van a acusar.» Partieron con las manos vacías, a excepción de unos sellos de Correos que Hubert había visto sobre la mesa de la cocina.

Hubert reflexionó entonces que sería un buen momento para seguir solo. Partió entonces al *arriere-pays* a recoger un poco de uva y vivir en un granero, meditando sobre el hecho de que sus huellas digitales habían quedado impresas por todas partes en la lata de gasolina que abandonaron en la escena del crimen.

—Además —observó—, tuve que pagar la gasolina con mi propio dinero.

Después de descansar, Hubert estudió un bonito banco, pequeño pero sustancioso, donde el personal se había comportado de la manera más displicente con él cuando trató de obtener un préstamo para agenciarse una prestigiosa arma de fuego (por la que acabarían reparando en él).

De modo experto robó un coche con propósito de fuga. Provisto de un arma que representaba la mayor parte de sus ganancias en la vendimia, entró en el banco y le resultó fácil robar, tan fácil como respirar (fácil si uno no tiene un problema médico que le haga difícil respirar, o algún bloqueo en la tráquea, en cuyo caso, admito, respirar puede no ser fácil; como tampoco puede serlo, pensándolo bien, si uno se encuentra sumergido en un gran volumen de agua con un bloque de hormigón a sus pies; excepción hecha también del mal rato que representa respirar en las grandes alturas, por no hablar de la lucha que supone inhalar en las bajas alturas si se infiere que uno está en pleno trance de ser estrangulado).

Hubert pensó que había encontrado su vocación; tomó el dinero, aclaró su garganta y anunció a la pequeña congregación de los empleados del banco y a dos fontaneros argelinos: «Señoras y señores, atiendan un momento por favor. Han tenido el privilegio de ser testigos de mi estreno. Sus nietos tendrán de ustedes la mejor opinión por haberlo presenciado; sólo por eso los cuidarán y respetarán».

Y salió zumbando del banco con su botín para descubrir que le habían robado su robado medio de fuga.

Había dejado la puerta abierta y la llave de contacto puesta. Un zam-zum-mim de contratiempo, aunque con un poco de calma podía haber encontrado algún medio alternativo para ausentar su data-sentidos del vecindario, como secuestrar un nuevo coche o cualquier otra cosa.

«Salí disparado.» Comenzó a correr. La policía siguió una serie de dedos indicadores que los condujo a la sección de alimentos congelados de un supermercado, donde Hubert estaba acurrucado entre cajas de judías congeladas en un vano intento de reducir la visibilidad de su anatomía. Se entregó al primer requerimiento y, al dejar caer su arma, ésta disparó una bala en la pierna de un policía.

Aquí, insitió Hubert, su suerte cambió drásticamente, porque no le dispararon. Le cayeron en cambio diez años. La cárcel era mejor que el hogar de niños. «Nadie pretendía hacerle creer a uno que era libre.» Y: «Sabía que iba a tener otra oportunidad».

Noche. Le propuse salir y buscar algo de comer por cuatro francos. La hermandad del hambre. Hubert aceptó. Me dio su franco y sugirió prestarme la pistola si yo la necesitaba.

—No voy a arriesgarme a otro fracaso esta noche.

Había una tienda abierta hasta tarde que estuvo dispuesta a vendernos algunas *baguettes* por cinco francos. Las comimos, y tras haber distraído su hambre, Hubert (después de pedir permiso educadamente) tomó algunas colchas y un almohadón y renunció a la verticalidad por el resto del día.

íjii????????????????????

Regreso a la conciencia

Me desperté consciente, como lo estoy a partir de ahora, de que mis despertares son una especie en peligro de extinción. Consciente de que si quería meter en vereda la civilización tenía que levantarme y ponerme a ello. Pero la verdad era que no me sentía zetético o listo. para volverme tectónico, para desplazar esos continentes de pensamiento.

Lo que en realidad tenía ganas de hacer era ir a tomar un guiso a una fonda grasienta en Leytonstone, donde la grasa es precisamente lo que es. No existe una fonda grasienta como la de Leytonstone. Esta es una de las agonías más terribles, uno de los golpes más crueles que la contingencia puede producir, el deseo de devorar algo que sólo puede hallarse a muchos cientos de kilómetros de donde uno ha sucumbido a sus anhelos.

Sin advertencia alguna, a medio camino mientras cruzaba un parque en Cambridge, me podía retorcer de deseos de comer *moules bonne femme*. No unas *moules bonne femme* cualesquiera, no unas *moules bonne femme* bien preparadas que podría encontrar en tantos restaurantes de buena calidad a tiro de un rápido viaje en taxi, sino las *moules bonne femme* de un pequeño restaurante próximo a Le Levandou.

Y si está uno en Le Levandou, sitiado por la mejor cocina del mundo, ¿qué sucede? Te asalta, te contorsiona la necesidad, una necesidad desesperada de comer la *terrine* de chocolate que sólo se encuentra en algunos lugares, otros no, en la zona de comidas de South London. Algunos podrían decir: ve y cómprate una barra de chocolate, pedazo de fofo fantoche fracasado, el chocolate es chocolate. Yo digo que uno come esa *terrine* y sabe que hay un Dios porque puede ver su cara. La prueba está en el budín. Algo tan bueno sería imposible que existiera en un universo sin otra función que ser un universo.

Hubert yacía tranquilamente en el suelo, y casi lo hacía parecer confortable. Podía saber por su respiración que también estaba despierto, pero tampoco estaba demasiado ansioso de enfrentarme al día. ¿Por qué tolerar la verticalidad cuando uno puede permanecer horizontal?

El día había deslizado una muestra de su gestión a través de las cortinas y sobre el tragaluz. No estaba impresionado por el brillo del sol. No me atrapaba ese viejo truco.

Partes de Hubert adornaban la habitación. El audífono estaba entronizado sobre su cazadora de cuero. La pierna artificial, en un modo que no hablaba bien de su piernidad, se apoyaba contra el presunto sillón. La mano estaba sobre el lavabo, como si estuviera esperando la orden de abrir el grifo para las abluciones matinales. Con semejante aparataje, podía comprender por qué Hubert no saltaba a ponerse en pie: sin duda se preguntaba cómo elevar su mundo y tomar distancia del suelo.

Yo también estaba profundamente empantanado. Mi plan de disolverme fuera de la vida se frustraba si no contaba con una cantidad razonable, ya que no desmesurada, de dinero. Llega un tiempo en que uno se considera autorizado para no tener que preocuparse nunca más por la pasta. (Un poco de esfuerzo en su juventud, bueno, se ve bien.) Yo había llegado a ese punto.

Algunos universales

Puedo estar equivocado, pero me parece que hay ciertos impulsos de una naturaleza no carnal comunes a todo el mundo, o a casi todo el mundo, en una civilización mínimamente desarrollada.

En un orden no establecido: el libro. Yo estoy de acuerdo con la opinión de que la mayor parte de la gente tiene un libro dentro de sí. Muchos son lo suficientemente amables como para mantenerlo bajo arresto craneal. Pueden ser memorias, ficción, efusiones de amor o una guía a Zululandia, pero la mayoría juega con la idea de dejar tras de sí el sello impreso de su mente. Afortunadamente para los editores y para aquellos de nosotros constreñidos a leer para ganarnos la vida, sólo una fracción recorre todo el camino autoral. (Algunos hacen carrera con un solo libro cambiándole el título en periodos regulares.)

Otra inspiración común: el restaurante. ¿Quién no querría un billete de diez por cada ocasión en que un conocido saca en una conversación de sobremesa la idea de abrir un restaurante, café o algún tipo de servicio de *catering*? x) No parece demasiado difícil, y) a todos nos gusta la comida y z) uno tiende a ver el mejor lado de las personas cuando están sentadas a la mesa.

El tercer sueño no realizado y recurrente: el robo de bancos. Los encantos son obvios. Casi todos nosotros, la mayor parte del tiempo, nos encontramos cortos, o penosamente cortos de efectivo. La solución: las casas de efectivo rara vez están a más de unos minutos de distancia a pie. Uno se da una vuelta por allí y sale corriendo con puñados del remedio en su forma más escueta. Tu fortuna traza una curva en forma de U. El procaz espectáculo financiero, sólo un cristal entre usted y esas finas y coloreadas rebanadas de libertad. Unas cuantas libras de libras, unos pocos kilos de efigies locales, esos retratos de bolsillo, y rumbo a cualquier destino que se te antoje.

Luego, como sucede con las actividades ilegales con largas penas en la cárcel, el robo de bancos se ve bastante inofensivo. Los bancos parecen tener más dinero que el que necesitan —está tirado por todas partes—. Y todo el mundo odia a) los bancos y b) a los banqueros. Parece un asunto más bien sin víctimas. Por supuesto, la gente que no está cometiendo el robo al banco paga, pero lo hace de un modo que apenas-se-nota. Más todavía, a causa de b), la idea de provocar una ola de terror en las zonas más bajas del aparato digestivo de los banqueros resulta atractiva.

Lo que nos detiene en lo principal no es una creencia en el orden o una escaramuza con la ética. No, nos apabulla la posibilidad del castigo, el cepo del miedo. Y además de todo esto, pragmáticamente hablando, es improbable que un solo golpe te sitúe de por vida; cualesquiera que sean sus beneficios, son a corto plazo. No puede uno volverse rico robando bancos. El dinero grande y las condenas cortas naturalmente están en el fraude, donde con un poco de suerte nadie se dará cuenta siquiera de que se ha cometido un crimen. Pero el fraude carece de la calidad directa, la belleza simple del robo de bancos.

En varias coyunturas de billetera flaca de mi vida, la tentación me había asaltado, pero ahora, incitada por la presencia de Hubert, la invité a entrar para beber una copa, acomodarse y contarme todo al respecto. Otro mérito del robo de bancos es que se cotiza alto en los valores de yo-también-puedo-hacerlo. El gran robo de bancos puede requerir algún talento y dedicación, pero un simple atraco no.

Aparte de la necesidad de fondos, también estaba la curiosidad... y no encontraba alternativa en que pudiera pensar para ganar o adquirir dinero. No había mucha demanda para un lloriqueante filósofo inglés con un puesto en la tabla mundial de seis cifras un viernes por la mañana en Montpellier. Mis compañeros estaban convenientemente fuera de alcance, y de todas maneras no quería incordiar a mis amistades con demandas injustificadas. Quería mantener mi agenda de direcciones todo lo entera que fuera posible.

La verdad última: el atraco

Como el agua que se arremolina alrededor del desagüe, mis especulaciones dieron paso a la idea. No hay nada como la muerte en el horizonte para contrarrestar la inhibición. Y los zetéticos me

empujaban a revisar los rincones aún inexplorados de la existencia.

Mi principal objeción a la pobreza es que resulta aburrida y te va erosionando hasta convertirte en arena; yo ya tuve mi ración. Ser pobre es igual en todas partes. No estoy seguro de que pase lo mismo si se es rico: sólo muy brevemente el trampolín de mis ensoñaciones me lanza a esas alturas. Pero yo estaba deseoso de investigar un poco más. Tenía poco que perder, tan poco que ni podía verlo. Contemplaba de todas maneras la posibilidad de pasar una temporada dentro, pero ya que estaba fuera,-quería gastar.

Equipamiento

Tenía suerte en el hecho de que la desgracia me había proporcionado el elemento más difícil-deconseguir del equipo para un atraco: un arma.

—Pásame la pistola, Hubert. Creo que voy a salir a robar un banco.

—No es tan fácil, profe.

Demarcación. Tienda cerrada. A los iniciados no les gusta que los de fuera crean que simplemente pueden decidirse a entrar y listo.

—No dije que fuera fácil, pero llega un punto en la vida en que uno tiene que salir y robar un banco.

—¿No puedes conseguir el dinero de otra manera?

—No, no tengo un centavo. Y estoy huyendo.

—¿Huyendo? ¿De la pasma? ¿Scotland Yard? Profe, en cuanto te eché un vistazo supe que había algo agradable en ti. Y es mucho más agradable robarle a gente agradable, sabes —Hubert se colocó la pierna, movilizado por mi propuesta— Yo no he tenido mucho éxito, eso es cierto, pero sugiero empezar con algunos turistas. No tener éxito con un turista es mejor que no tener éxito con un banco. ¿No podrías filosofar un poco, o algo? ¿Cómo te has ganado la vida hasta ahora?

—Podría filosofar, pero no creo que eso nos consiga el almuerzo.

Hubert trató de disuadirme durante todo el trayecto hasta el banco. (El recepcionista dijo: «Tarifa de habitación doble», cuando nos fuimos.) Insistió en acompañarme a pesar de que le indiqué que asociarse conmigo en mi actividad robabancos no le haría ningún bien a su libertad.

—¿Qué me dirías tú a mí, profe, si yo decidiera convertirme en un filósofo así como así, eh? —repetía Hubert, mientras enfatizaba mi falta de antecedentes. Lo cierto es que me faltaba destreza para saber si un banco era eminentemente robable; me tentaba la idea de pedirle asesora-miento a Hubert, pero no quería manifestar nada que se pareciera a la irresolución. Di vueltas en círculo y escruté algunos bancos, lo cual tranquilizó a Hubert, quien dio muestras de aprobación al ver que yo me tomaba el trabajo de apreciar la mercadería.

Pero me di cuenta de que siempre encontraría motivos de vacilación: el banco ideal ciertamente no existía en Montpellier. O, como habría mantenido Platón, en parte alguna de este mundo. Pude haber elegido un banco a una distancia más alejada del hotel, pude haber esperado hasta la tarde, cuando había menos clientela, pude haber sopesado una docena de otras consideraciones, pero pensar en el robo de bancos no lo hace en absoluto más fácil, y yo no podía afrontar la hora del almuerzo sin almuerzo.

Me decidí por una sucursal del banco donde habían sido más ofensivos y menos serviciales a lo largo de los años. ¿Qué haces si un banco se comporta groseramente contigo? Vas a otro banco. Que tendrá las mismas tarifas, los mismos servicios, la misma grosería de la A a la Z. Los bancarios tienen un cartel de desprecio, un acuerdo para tratar como mierda a todos los clientes que no son descaradamente ricos; la revancha, sin duda, de tener que ir por la vida como bancarios.

En el robo de un banco la primera decisión que uno tiene que tomar es dónde esconder el arma. En un acto de tremendo simbolismo, vacié mi maleta de sus libros y coloqué dentro la pistola. La segunda decisión que uno aborda es hacer una gran entrada o esperar en la cola. Dentro del banco

había tres figuras solas y mal vestidas (con peinados pasados de moda una o dos décadas), con aspecto de docentes tomándose un descanso de sus crisis depresivas para realizar algunas transacciones financieras.

Una mujer con una cantidad de pequeños infantes zazadores dejaba que gatearan e invadieran todo el espacio a su alrededor —su aire sugería que no le habría molestado exageradamente perder alguno—. Hubert hizo algunos trucos con su mano desmontable a un par de ellos. Uno levantó la mirada hacia mí con curiosidad; tal vez esperaba que yo me interesara por él (como los niños pequeños tienden a asumir que todo el mundo debería hacer, no mucho tiempo después de haber perdido la atención que tenían veinticuatro horas al día en el útero), o tal vez nunca había visto a un filósofo dándose importancia para robar un banco.

Decidí esperar a que los clientes hicieran sus negocios; no veía por qué razón debía yo arruinarles el día. Había dos cajeros. Uno, un ajado veterano que se dirigía con calma a la calvicie; consentía demasiado las pocas mechass que le quedaban y las dejaba crecer en absurdas espirales que no hacían más que subrayar su escasez capilar. Se movía de forma vigorosa, con triunfante alegría, como si estuviera tratando de convencernos a nosotros y a sí mismo de que realmente le gustaba ser un empleado de banca y que estaba haciendo lo que quería hacer.

La otra cajera era una mujer. Tenía ese aspecto...

Lo sé. Es espantoso. Todavía sigo esclavizado a ello. Ahí estaba yo: desplomado, a punto de empezar a rodar por la otra vertiente de la mediana edad, una carrera extraviada fuera del camino, los sepultureros midiéndome con la mirada, casi revolcándome en mi villanía. Y aun así tomándome el tiempo para pensar en la posibilidad de darle trabajo a mi especialista en regocijos. En lugar de concentrarme en mi tarea, descubrí que a mi parte sensible la invadían planes amorosos.

Me quedé en la fila y recé para que me tocara el maestro de las mechass y no la bella. He pensado a menudo que localizar el asiento del pensamiento en la cabeza es un error: en los hombres está más cerca del auténtico asiento, ahí abajo, en la cabeza blanda que pendula, con sus hemisferios sueltos, zona de capital secreto. Lo que tenemos sobre nuestros hombros es una fachada.

En los varones, uno pierde el interés sólo cuando está

a) muerto, o b) muy cerca de estarlo. Encajonado en la mónada de la gónada. Esa ha sido siempre la regla casera para medir mi estado de salud: si el concepto de una joven rubia sin demasiada ropa encima no hace reír mi sangre a carcajadas, sé que es hora de llamar al médico.

Era extraño; yo quería encontrar la manera de conocerla, pero al mismo tiempo era inevitable considerar que robar su banco no sería la mejor manera de presentarme.

También, como un manipulador del razonamiento, me había encaprichado con la noción de que debería ser capaz de convencer a la gente de que éste era un robo de banco sin la banal concurrencia de un arma. Como un guiño a mi clasificación mundial. Había, noté, una cámara de vídeo. Hubert le dio un zarpazo con una gran sonrisa. El cajero que estaba a pocos pelos de la calvicie se ocupó de la familia numerosa.

Me acerqué a ella.

—Buenos días, Mademoiselle —dije—. Esto es un atraco. —No me habría sorprendido que me contestaran que estaba en la caja equivocada.

—¿Un robo? —no parecía molesta. Ni indolente ni estridente: una estoica. Podía haberle preguntado la hora. Su aspecto seguía allí, como mermelada desparramada alrededor de la boca. A través de los años, detener el tiempo ha resultado lo mejor para la belleza femenina, pero hay mujeres que pueden burlarse del tiempo, especialmente cuando tienen ese aspecto, que podría describirse como difícil de sacudir—. ¿Está seguro?

—Estoy seguro —dije, mientras abría mi estuche exageradamente grande para revelar mi fauce hambrienta de efectivo y el arma. Ella comenzó a meter fajos de dinero dentro de la maleta, ni lenta ni

rápida. Dejé descansar la pistola sobre el mostrador.

—¿Quiere el cambio también?

—No, gracias.

—Sí, será mejor que deje algo —dijo una voz irritada detrás de mí—. He venido esta mañana hasta aquí especialmente para hacer una extracción. Alguna gente tiene que ganarse la vida, ¿sabes?

El casi-calvo de al lado no se había dado cuenta del robo. Discutía acerca de un tecnicismo de órdenes de dinero con la mujer muy-zigoteada.

Mi despachadora metió todo el efectivo a la vista, luego agregó una pequeña tira de papel en la que había escrito algo.

—Esto es todo —dijo—. Mi colega tiene algo más.

—No, no lo moleste —dije yo. Hubiera parecido codicioso—. Muchas gracias. Lamento haberla molestado. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo ella, mientras esperaba el próximo cliente.

Hubert y yo salimos, Hubert rebosante de admiración; pude percibir que quería soltar algunos comentarios, pero se refrenaba de hacer algo tan poco profesional o friera de lugar.

Una vez en la calle me miró expectante, esperando que yo indicara alguna dirección; estaba claro que pensaba ¿y ahora qué hacemos? Recordé que había un muy buen restaurante de pescado a la vuelta de la esquina. Decidí dirigirme hacia allá. Hubert susurró inquieto:

—¿No vamos a correr un poco?

—No —dije.

Obviamente Hubert no había reparado en el hecho de que yo era *a)* demasiado viejo, *b)* demasiado gordo y *c)* demasiado perezoso para correr, y que, si iba a atraparme la policía, quería ser capturado en postura y estado dignos.

La policía fue lenta. Ya estábamos considerando los entrantes y bebiendo a sorbitos un aperitivo cuando el primer coche de policía pasó a toda velocidad, bien visible desde nuestra mesa junto a la ventana.

El camarero no simpatizó con Hubert. Me pareció que Hubert era inexperto en las lides de los restaurantes de pescado de primera clase y el camarero se había formado la misma opinión. No tenía dudas de que a Hubert había que llevarlo a un campo abierto y napalmearlo.

—Déjeme decirle cuáles son las especialidades del día —se apresuró el camarero.

—No, no quiero oír nada acerca de las especialidades —dijo Hubert—, Quiero zarzuela. No somos turistas, ¿entiende? —Concluyó por levantar su labio en el rictus que uno asocia con perros muy agresivos a punto de morder a alguien.

Nos pidieron que nos mudáramos de mesa cuando llegó otra gente. A Hubert le trajeron el plato equivocado y tuvo que reclamar cinco veces su cerveza. Para nosotros, criminales en un restaurante criminalmente caro, el servicio fue pésimo, a pesar de que el lugar estaba semivacío; tuvieron poca fortuna mi concesión a tomar una de las especialidades del día como una ofrenda de paz y también nuestras bebidas. Este es otro elemento de la vida que te rompe el corazón: no importa lo bueno o caro que sea un restaurante, tarde o temprano padecerás la improvisación. El camarero redondeó su actuación derramando un poco de salsa amarilla sobre Hubert. Pensé que Hubert iba a pegarle, pero en cambio insistió en que le dejáramos una propina en consonancia con la cuenta.

—Eso le enseñará —dijo.

—No te sigo.

—El cree que yo soy un tarado, y no hay nada tan irritante como un tarado con dinero. Ni siquiera un puñetazo en la boca.

Entremezclado con el dinero, encontré el trocito de papel que ella había dejado. En una caligrafía de grandes rasgos, tan excitante que cada letra valía mil imágenes, estaba el nombre Jocelyne y un

número de teléfono. Se lo mostré a Hubert. El también se había dado cuenta.

—¡Uau! —dijo, mientras sacudía su mano no desarmable como si se quemara—. Bueno, eso es una mujer..., una mujer difícil de impresionar.

Cuando salíamos, Hubert levantó del perchero de los abrigos la gorra de alguien y me la pasó.

—No debemos abusar de nuestra suerte —dijo, mientras yo escondía mi calvicie.

La policía trataba de compensar ahora su ausencia anterior con una exagerada presencia: andaban por todas partes, se veían serios, hablaban por radio y actuaban como si tuvieran cosas importantes que considerar y hacer. Nosotros danzamos entre ellos, y sólo nos detuvimos cuando Hubert preguntó qué había pasado a un policía motorizado apoyado en su motocicleta.

—Robo de banco.

—¿Los han atrapado? ¿Saben quiénes son? —preguntó Hubert con la voz animada que usaba para hablar en público.

—No van a llegar muy lejos —fue la respuesta.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté cuando ya no podía oírnos.

—Sólo quería averiguar.

De vuelta en nuestra habitación, Hubert pateó el almohadón contra la pared.

—Lo único que quiero saber es lo siguiente: ¿eres un genio? —exclamó—. ¿O es esto lo que la filosofía puede hacer por uno? En una sola mañana das un golpe a un banco, inventas un almuerzo y estás en peligro de ser vampirizado por una mujer que podría dejar seco el Zuider Zee con una paja. Nunca he visto nada parecido.

El post-atraco

¿Quién puede negarse al elogio, por más que sea inmerecido? Sin embargo, el robo no había hecho nada por llenar mi sensación de vacío. Había sido como retirar dinero sin la molestia de una libreta de ahorro, y me sorprendía haber salido por el otro lado sin haber desplegado la zetética.

El problema ahora que tenía dinero era que no podía preocuparme por no tener dinero. No había emergencia pecuniaria alguna que me mantuviera alejado de la ley de leyes, la última palabra, el punto de referencia, el $E = mc^2$ de las ideas. Una historia universal compuesta al estilo de Johannes Zonaras (para él era fácil, como el burócrata bizantino del siglo doce que fue) es algo que me encantaría; pero una historia universal en una sola frase. Tal vez en dos (para darle a la gente la sensación de que están recibiendo algo de valor a cambio de su dinero).

La vergüenza me la había bebido en botellones. ¡Ah, mi juventud, cuando el zeteo era bueno! No es algo que le cuente uno a nadie, pero yo fui a la universidad confiado en que podía adquirir el saber humano, que podía ser el mejor, el dueño de la playa, la gran polla ondulante del negocio entero y todo ese cuento. Olvídate de ser el número uno. Ahora me conformaría con figurar en la lista.

El botín sólo había sido la paga mensual de un gerente de banco, pero era suficiente para mantener mi trato con los *sommeliers* durante un tiempo (que el vino fuera el adecuado era algo por lo cual valía la pena enfadarse, supongo).

Lo que parecía ser más o menos la mitad del dinero se lo di a Hubert (se me ha pasado la edad de contar dinero). Después de todo, había sido su pistola la que me había empujado a saltar la valla que separa el mirón del recolector de pasta (y también me había dado apoyo inmoral).

—Voy a salir a hacer algunas compras, si no tienes objeción, profe —dijo, manteniéndome ascendido—. Más tarde tendremos que hablar de filosofía.

Yo no compartía el optimismo de Hubert en cuanto al resultado de marcar el teléfono de Jocelyne. Que me arrestaran no estaría tan mal, pero que me arrestaran como a un patán... A nadie le gusta ser el hazmerreír de los policías. Desfilaron por mi mente visiones de las carcajadas en el tribunal, cuando se relatara cómo había telefoneado a Madame X con la expectativa de mover la pelvis y cómo la policía me esperaba. Luego llegaron sobrevolando las visiones de aquellas zonas en las que

yo quería mojar los labios. Cogí el teléfono.

No hubo respuesta. Quizás estuviera todavía en el trabajo, o recibiendo instrucciones de la policía.

¿Qué importa?

Bueno, estoy considerando todas las posibilidades.

Cuando uno está fuera de control, está fuera de control. Más tarde, respondieron al teléfono. No había sentido tanta torpeza en una llamada desde hacía años.

—Diga. —Una palabra. Muestra sonora de una voz, serena, confiada, sin apuro; una sola exteriorización que llevaba en su plumaje las cualidades de su emisora.

—Espero que me recuerde —dije, pero era una voz con tal carga emocional, que recibía tantas llamadas, que tenía tanto peso, que me sentí en la obligación de aclarar más allá de toda duda quién era yo—. He robado hoy su banco.

No hubo apuro para responder.

—Ah, sí. Por supuesto que lo recuerdo. Hoy sólo hemos tenido uno.

—Me gustaría disculparme por cualquier inconveniente.

—Esperaba que me llamara. Presumo que esta noche no va a trabajar.

Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en lo que se me aseguró que era el mejor (y más caro) restaurante de la ciudad.

—¿Está seguro? Es muy caro, y, admitámoslo, no se llevó usted tanto.

Tuve tiempo de salir y comprar algo de ropa. Mi aspecto no es algo de lo que me ocupe demasiado últimamente. Uno de los pocos beneficios de la lustrocabecidad de una cúpula Cromada es que x) no necesitas lavarte el pelo, y) no necesitas peinártelo, z) no necesitas preocuparte por lo presentable de tu aspecto. Una cabeza como una bola puede ahorrarte horas en una semana, semanas en un año, años en una vida (si te las arreglas para durar lo suficiente). Tampoco son despreciables el ahorro de champú y peluquería.

Es posible que la providencia me haya rapado hasta lo más profundo, más allá de las raíces, para que no tuviera yo que perder mi tiempo con preocupaciones referidas a arreglos extracraneanos, y así me diera más crono para el giro espiral de las ideas. Mala suerte, providencia.

Reflexión sobre mi imagen reflejada 1.1

Después de asegurarme de que mis reflejos aún funcionaban, logiqueé que uno de los pocos beneficios de la extrema edad mediana (o del aprendiz de viejo) es que uno sabe que no hay demasiado que pueda hacerse en unas pocas horas para mejorar el envase (se necesitaría la visita semanal de una deidad sólo para los retoques); la satisfacción sólo podrá obtenerse mediante encuentros con admiradores de filósofos gastados.

La cena 1.1

Llegué tarde; razonaba que si la policía estaba ahí para enchironarme, al menos tendría el placer de haberlos hecho esperar (aunque cuando iba de camino, la encarcelación había comenzado a presentarse tentadora: podría darme la incitación necesaria para escribir un poco, para enderezar mi carrera ágrafa).

Ella ya estaba en la mesa; una vez que me sobrepuse a mi aprensión a la aprensión, comencé a disfrutar los prolegómenos de la velada.

—Mi nombre es Eddie.

%

Decenas de cenas

En ella, sentada frente a mí, vi, como sucede cuando un espejo espejea un espejo, una cadena de parejas idénticas, parejas cenando que se alejan encadenadas hasta la imperceptibilidad. De pronto fui consciente de x) cuánto dinero había gastado en restaurantes con mujeres, y) la poca alegría que me

había proporcionado y z) lo demasiado viejo y demasiado cansado que estaba para entrar en el galanteo. Pero no hubo nada de ese disparar salvajes verbales (palabras con nada dentro), el tramo en que se produce el reconocimiento social, cuando nadie quiere decir nada no vaya a ser que asuste a la otra persona y la aleje.

—Es un lugar aburrido —dijo ella y me echó una mirada como la del sargento de un ejército sexual—. Casi nunca trabajo en el mostrador. Soy la gerente adjunta. Pero me alegro de haber estado hoy, es difícil conocer gente interesante.

Compañía

La verdad es que, incluso para los más callejeros, es complicado encontrar gente a la cual poder unirse. Aun cuando uno sea joven, una de las consideraciones más importantes es la g/h (gente por hora); pero a medida que uno se hace mayor, no sólo acusamos recibo de los años marchitos y desinflados, también los relojes tictaquean demasiado deprisa (o así nos parece a nosotros, yonquis de la realidad que necesitamos más y mayores volúmenes de espacio cronal para conseguir el mismo efecto del que participábamos en la juventud) y no se tienen plataformas de experiencia común que funcionen como adherente: ir juntos a la escuela, ir a la universidad, los primeros empleos, los primeros amores, las primeras residencias, las primeras caminatas. Las amistades necesitan atemperarse con temporadas de ascenso y caída.

Pero uno igual encuentra alguna que otra rendija. En una parada de autobús en Taipei estaba yo cerca de otro europeo, y su modo malintencionado insinuaba que nos reiríamos de las mismas cosas, que nos indignarían las mismas cosas, que los dos íbamos a estirar la pata en cinco años exactos. Yo no quiero parecer encorsetado ni hambriento de severidad, pero no hubiera podido simplemente decir «vamos a amistarnos, seamos buenos amigos». Un autobús se lo llevó.

La cena 1.2

—¿De modo que el robo de bancos es su ocupación principal? —preguntó ella, no excesivamente preocupada por la respuesta que pudiera obtener.

—Muy rara vez. Soy un filósofo.

—¿Es una forma difícil de ganarse la vida? ¿Ha tenido que comprar algunas nuevas ideas? ¿O es simple codicia la que lo trajo a nosotros?

—La codicia es una urgencia. La policía fue lenta.

—Eso fue porque estaba tan alarmada que olvidé apretar el botón de alarma.

¿Tu casa o la mía?

Entre mis animadversiones en filosofía, los pronósticos de decadencia masiva que bajan en picado hasta mi hangar mental y los motores temblorosos de la conversación, había también especulación en cuanto a qué llevaría debajo de su ropa mi compañera de cena (a mi edad uno ya tiene alguna idea razonable, pero aun así nunca puede disipar del todo la curiosidad). A pesar del hecho de tener una vitalidad dudosa, una clasificación mundial no muy diferente de cualquier estudiante lleno de granos que haya leído media monografía sobre el zenonismo, no pude evitar ofrecerme para retozar mi lengua en su regazo. Descarté de inmediato la idea de hacer la prueba como el máximo de los disparates: ¿quién querría llevarme a casa? (A menos que sintiera una gran fascinación por los jonios.) A Jocelyne le gustaban las conversaciones de sobremesa insólitas, eso era.

Zzzzzzzs abstenerse

Pero también está siempre ese momento en que el deseo queda al descubierto bajo la amigabilidad.

—¿Dónde te alojas? —preguntó cuando la acompañaba a su coche—. Mi casa está en las afueras, bastante lejos de la ciudad. Creo que hemos esperado bastante, ¿no te parece? —Este es el giro de la conversación por el que uno padece a los veinte años, que anhela a los treinta, pero no el que espera oír cuando anda por el medio siglo, tiene demasiada barriga y se encuentra agotado en un

aparcamiento de Montpellier, con dos patrullas policiales que lo buscan para meterlo en la cárcel.

Cuando anticipaba un apretón de manos encontré un apretón de pene (del tipo que, se me ocurrió, podría matarme).

Moraleja: entra profundamente en la edad mediana, echa a perder tu carrera, malversa grandes sumas, dirígete a países extraños para hundirte en la botella hasta morir, da un golpe a un banco, y tu vida amorosa no encontrará fin.

Para ser honesto, siempre me ha sorprendido el momento en que las mujeres me hacen saber que quieren conocerme íntimamente. Aun cuando yo era antes más potable en términos de mercado, aun con las que eran menos perseguidas, era grande el porqué que se instalaba entre mis orejas; pero también es cierto que las mujeres tienen ese suministro inagotable de ternura.

Confiesa tus romances 1.1

No abandonaba yo demasiadas cosas cuando salí de Inglaterra. Las últimas presiones de tibieza provinieron de una secretaria francesa en la City, que de vez en cuando viajaba en tren a Cambridge a pasar el fin de semana. Hablaba durante horas, maldiciendo el clima, la comida, la gente y sus alojamientos (a lo cual yo no tenía los argumentos o la oportunidad de objetar) antes de que buscáramos la forma de mejorar el mundo. En general tenía la impresión de que el aspecto audiencial de la visita era el más necesario. ¿Qué les parece? Comparen con su propia experiencia.

Ficha técnica de Jocelyne

1. 35

2. Dos veces divorciada.

3. Posiblemente fatal para filósofos con hígados fatigados.

Cuando entramos en el hotel vi que en la puerta había dos pesos pesados y tuve el impulso de pedirles que me echaran una mano, porque temía que mejorar el mundo con Jocelyne pudiera costarme la vida. Morir adecuadamente es importante para tu carrera. Seamos francos, el nombre de Sócrates, por nombrar uno, habría cubierto mucho menos papel si hubiera expirado a causa de una ostra en mal estado o un grave resfriado. A Bruno sólo se le recuerda en general por su cremación pre-muerte, y Séneca se masacró a sí mismo afiladamente cortándose las venas en la bañera.

Jocelyne se desvistió: no demasiado rápido, no muy lentamente. No importa hasta qué punto uno es un veterano lascivo, siempre hay algo en ese último ítem de vestimenta que deja al descubierto las superficies de trabajo.

Se quitó las bragas, estiró hacia atrás el elástico sobre su pulgar y las disparó a través de la habitación; me dio, como un tirador emboscado, en la frente (una frente, como alguien comentó una vez, que ha conquistado su camino hasta la nuca).

¿Qué fue lo que me proporcionaron mis décadas de retórica, dialéctica y estimulación de las ideas? Todo lo que pude hacer fue quedarme con la boca abierta como un zanso y croar como un monstruoso sapo destructor:

—Toda la noche.

Me atiborré de datos sensoriales muy sensuales.

Confiesa tus romances 1.2

Realmente no he tenido mucho éxito con las mujeres. Lo que pueda testificar un estado de soltero, eso puede discutirse en un sentido o en otro, pero la verdad es que si ellas te quieren, te tienen. Sin embargo, uno desarrolla una mirada de halcón cada vez más aguzada en cuanto a detectar qué atracos tienen esperanza y cuáles no; con frecuencia, sin embargo, esta agudeza es desalojada por la desesperación de tener tu consciencia traicionada por el placer, no importa cuán efímero o estropeado

pueda ser éste.

Realmente no había tenido mucho éxito antes en Montpellier, incluso décadas atrás, cuando, con la luz adecuada, no me veía tan mal. Si recuerdo ese suceso en Montpellier es porque fue un batacazo que orinó en la boca del olvido.

Se había producido la siguiente situación en una fiesta. Yo: veintidós años, preparado para hacer cualquier cosa que pudiera darle una alegría a mi fuente de regocijos; virtualmente el único que estaba sin pareja, ciertamente el único varón de pie y sin ataduras.

Esta es una estrategia de seducción que he utilizado con frecuencia: sigue bebiendo, por cierto, pero mantente de pie porque incluso las mujeres inclinadas a bajar su listón muy abajo fácilmente pasarán por alto a alguien desplomado a sus pies.

No puedo resumir las cosas que dije en aquella fiesta, pero no fue nada más sustancioso que «¿Podrías pasarme ese vaso medio vacío de vodka que nadie está bebiendo?»; sin advertencia previa, sin embargo, encontré carretadas de atención en una señorita que debía de tener una gran imaginación para encontrar ingenio en mi banal conversación. Era atractiva en extremo, y enfatizo esto, no porque atraiga yo a las atractivas, sino precisamente porque no las atraigo. Incluso los filósofos gordos consiguen una *attractivette* una vez en la vida (si se mantienen erguidos en suficientes fiestas).

La habitación tenía el aire espeso, calentado con indulgencias de todo tipo; muchos de mis colegas juerguistas habían zozobrado y se habían retirado hasta ver el interior de sus propios cráneos.

—Fuera se está más fresco —dijo ella, mientras saltaba fuera de sus vaqueros y de la habitación al antepecho de la ventana. Muslos encomiables: si me fueran a ejecutar, con toda felicidad pasaría la víspera masajeándolos con mi electricidad.

Saqué la cabeza fuera de la ventana y observé cómo avanzaba por el antepecho con movimientos bruscos y se lanzaba hacia un mástil que pertenecía a un edificio municipal adyacente. De nuestra breve conversación había yo entrevisto que era una experimentada montañista: su cuerpo echado al viento con un top blanco (que destacaba el color moreno de su piel) se balanceaba sin esfuerzo, como una artista del trapecio o una bandera humana.

—Ven acá, Edouard. Hagamos el amor.

Desde esa época he estado muy alerta ante las mujeres que me llaman Edouard. Los años te arrojan unas pocas monedas de saber sobre tu palma extendida, y uno sabe qué va a funcionar y qué no.

Ahora, yo habría enfatizado la poca viabilidad de los mástiles para mejorar el mundo y habría intentado convencerla de que regresara del aire.

Pero ella era mucho más bella de lo que se merecía un torpe filósofo con mi clasificación mundial. No había tenido antes experiencias desgraciadas con mástiles, estaba borracho en gran medida y como la mayor parte de los varones de mi edad estaba dispuesto a llegar a cualquier extremo por mi extremo.

Que fueran las tres de la mañana, que estuviéramos a unos cinco metros por encima de una plaza pública, que hubiera sido repetidamente caracterizado como un orangután sin serlo, a nada de eso presté entonces atención. Con todo entusiasmo desenvainé mi hiperhipodérmica y probé el poste.

Oscilé colgado de tal modo que habría sido un prestigio para cualquier primate. Durante aproximadamente seis segundos.

El mástil no cedió, pero sí mi agarre. Ella me había envuelto con sus piernas, y durante esas breves respiraciones, cuando yo era un suspendido calificado, recibí el calor y las fragancias que se alojaban en su piel. No fui sin embargo capaz de disfrutar de mi cosecha erótica porque me encontraba completamente ocupado con las sensaciones de tensión e incomodidad que dominaban mis brazos. No tenía oportunidad de entibiar su tibieza.

De lo que sí dispuse fue de un breve momento para admirar su musculatura de abajo, un momento aún más breve para ponderar que ésa pudo haber sido la fotografía que me llevaría conmigo a la eternidad, y un par de cronones para juzgar con el pensamiento la clase de mono en que me habían convertido mis deseos (uno no muy bueno) (otra razón para no ser monista).

Si hubiese saltado por mi propia voluntad o calculado el momento de dejarme ir, la caída me habría lastimado seriamente o me habría roto el cuello, pero como no participé en la creación de la caída me reencontré conmigo mismo en el nivel del suelo de forma bastante amistosa. Después de caer en picado desde una mujer, aterricé con la gracia de un gato (si se entiende por gato uno con exceso de peso, ebrio, torpe y decidido a aterrizar de cabeza).

Con buen juicio, ella me lanzó mis pantalones y yo me los arreglé para volver a la fiesta, pero el momento, el ímpetu del intento, habían desaparecido; sólo seres en celo fallido que se cruzan en la noche bajo el mismo cielo.

Hubert entró cuando estábamos ocupados entrechocando nuestros ijares. Jocelyne lo miró con curiosidad, como si fuera una parte no anunciada de mi técnica.

—Disculpen —dijo—. Necesito la pistola.

Supuse que eso sería lo último que sabría de Hubert, pero sólo se desvaneció hasta la mañana siguiente, cuando reregresó y me atrapó en el momento de usar la cama para hacer zetas, y Jocelyne se vestía para ir a trabajar. Desconocía el concepto de llamar a la puerta, lo eludía. Al fin y al cabo estábamos en esa clase de hotel, en esa clase de fin de milenio.

—Fue un placer robar su banco —dijo Hubert mientras sacaba armas de un bolso al tiempo en que Jocelyne empaquetaba las suyas.

—Me alegro de que le gustara —respondió ella con toda la cortesía de una lápida mortuoria (¿dirigida a Hubert o sólo era parte de su calentamiento previo a las horas de oficina?)—. Veo que tenéis trabajo. Ya sabes dónde encontrarme.

Mujer: el último trabajo de Dios. El zeb.

Hubert estaba muy excitado. Yo no. Sostuvo en alto un estuche circular de balas.

—Hay luna llena —dijo—. Fui a ver a mi armero para comprar municiones, pero entonces pensé ¿para qué comprarlas? Sencillamente me he servido todo esto. El no me rascó la espalda cuando necesité que me la rascarán.

—Yo suponía que tu armero, alguien que arma a ladrones armados, estaría bien preparado para sus clientes.

—Sí, Frédéric es un cabrón muy astuto, es verdad; tuve que esperar a que no estuviera mirando.

—¿Qué lo distrajo el tiempo suficiente para que te levantas con todo eso?

—Dos botellas de pastís en la cabeza.

Hubert hizo girar sus armas.

—Oh, y he alquilado un apartamento —que era su manera de decirme, como descubrí al instante, que también había dispuesto de lo que quedaba de mi dinero en la maleta. Cuando me levanté para pelear cuerpo a cuerpo con el universo, descubrí que volvía a tener sólo cuatro francos en mi bolsillo (aunque diferentes). Mi delito me había permitido tomar de la vida dos buenas comidas, y contar con un techo sobre mi cabeza para el futuro visible.

Las moscas zumban en tomo a mi clasificación mundial.

—Hay luna llena —dijo Hubert, mientras deslizaba un cargador de balas estremecedoramente grandes dentro de una pistola grande hasta el estremecimiento—. Cuando hay luna llena, los ladrones de banco roban.

Otra vez Montpellier

Nunca comprendí por qué Platón insistió tanto con la vida reflexiva. Que la vida no reflexiva no vale la pena vivirse, démoslo por sentado, pero lo mismo puede decirse de la vida reflexiva. Uno zetea

su vida y ve que es una montaña humeante de estiércol: una cosa es ver la falta de valor de tu existencia, mojar el dedo en el fango de tu alma, y otra distinta trabajar en pro de alguna clase de mejora. Es más fácil metamorfosear un banquete en excremento que convertir el excremento en algo sabroso.

O el oráculo de Delfos: Conócete a ti mismo. ¿Qué pasa si uno no es la clase de persona que le gustaría conocer? Ir hasta el espejo y asestarle tu cara a tu cara no es algo incuestionablemente agradable. Estamos obligados a guisar ahí las salsas de nuestro propio ser, logremos o no echar los sabores en la forma precisa. Es, sospecho, más frecuente de lo que se admite, como tener que permanecer en la misma agua de la bañera toda tu vida.

Imagen huérfana

Avanzamos con dificultad a través de preguntas y respuestas que nos llegan hasta la cintura; han inundado el mundo, hay tantas que si logramos emparejar unas pocas es un buen avance. Y una tarea tristemente difícil.

Todavía Montpellier

La mañana no presentaba buenos augurios. El queso de cabra por el que Hubert había estado delirando, y que yo soñaba con tomar en el desayuno, había desaparecido casi por completo, aparentemente roído. La guarida de Hubert estaba en la parte vieja de la ciudad: el empapelado de las paredes tenía una sombría pátina que transmitía un mensaje de vivir y morir en una forma no agradable ni memorable, con incrustaciones de miseria planchadas encima que eran mucho más descorazonadoras que las paredes desnudas.

Hubert seguía tratando de hablar sobre filosofía, de un modo muy parecido al que tenían mis estudiantes, y, de un modo muy parecido al de entonces, yo no estaba de humor.

También me insistió para que diéramos otro golpe.

—Tenemos una reputación que mantener. Somos invictos.

Yo pensé en x) protestar, y) almorzar y z) no perder el tiempo de Hubert obligándole a persuadirme.

Atracar bancos parece crear hábito.

Pudimos haber ido un poco más lejos, pero eran las once de la mañana y yo odiaba la idea de infringir la hora del almuerzo con la exploración de la central de un banco: para qué, si sabíamos que había una sucursal a la vuelta de la esquina.

—¿Qué método filosófico vamos a usar? —preguntó Hubert.

—¿Estás tomándote esto en serio? —comenté, cuando vi que sacaba un cuaderno. Especulé acerca de lo que podría impartir en los diez metros que nos separaban del banco—. Muy bien. Vamos a tomar la escuela del sentido común. Un nódulo zetético muy subestimado. Los muchachos la silenciaron como si amenazara con llevar el negocio a la bancarrota. John Locke, 1632-1704, fue su mejor representante. Está la obra de Thomas Reid 1710-1796. Lee *Investigación de la mente humana sobre los principios del sentido común*, de Reid. Respaldado por *Gemeinsinn* de Mendelssohn en su *Morgenstunden*. Créeme, podría seguir. El sentido común nos dice que entremos ahí con una gran pistola y nos llevemos el dinero.

Hacer bien el mal

No hubo nada excepcional en la atmósfera del número dos.

Una pequeña fila nos esperaba y, justo cuando iban a atendernos, alguien se escurrió delante de nosotros. —Disculpen, tengo mucha prisa.

No era una disculpa o un intento de disculpa; el intruso avanzaba tan rápidamente en dirección contraria que

la mayoría de la gente podía haber hecho que una grosería descomunal sonara amable en comparación con esto.

—¿Adónde va? —preguntó Hubert, tomando al zigo por el brazo.

Era voluminoso, podía hacer dos Huberts, y todavía le quedaría de sobra para formar un Hubert de ocho años. Bajó la vista hacia Hubert, no sólo física sino también moralmente. Tenía un traje llamativo que hablaba de altas finanzas, mientras que el atavío de Hubert gritaba correccional.

—Tengo mucha prisa —dijo con malos modos, mirando fijamente a Hubert con repugnancia, como si un escorpión estuviera saliéndole de las fosas nasales, y dirigiéndose al mismo tiempo a la arpa de detrás del mostrador—: He venido por los dólares, Madame Robert.

—Déjeme mostrarle algo —propuso Hubert cuando el salta-filas trataba de sacudírsele de su brazo como gotas de lluvia. Hubert se mantuvo calmado mientras el que había aferrado se quedaba en camisa. Era como si estuvieran representando alguna coreografía moderna (por una de esas compañías que logran malversar fondos públicos sin riesgo alguno de sentencia carcelaria). Aunque parezca curioso, el hombre amenazaba con llamar a la policía cuando Hube lo plegó como una tumbona mediante un rápido rodillazo en inglelandia—. Déjeme mostrarle algo —Hubert desnudó el arma—. ¿Ve esto? ¿Tiene usted una como ésta? Si no es así, creo que va a tener un mal día.

Nos llevamos sus dólares y su traje.

—¿Cuándo sonó la alarma? —Hubert interrogó a la pastora de billetes, que actuaba como si se hubiese tragado un reloj despertador—. No se preocupe, sólo quiero calcular el tiempo que tardan.

Salimos andando del lugar, ladrones peripatéticos, delincuentes amistosos con el medio ambiente; atajamos por una manzana de edificios y esperamos las sirenas.

—Diez minutos —exclamó Hubert—. ¿Qué te parece? Es indignante. Creo que hago bien en no pagar impuestos.

Hubert se fue a hacer algunas compras más, yo a llamar a Jocelyne.

¿Has aprendido algo?

En medio de los datos útiles y escasos que he recogido durante mi internado en este Eddie Féretro: no importa si tienen la mirada fría de un esbirro, son pocas las mujeres que no aprecian w) flores, x) invitaciones a restaurantes elegantes, y) jugar a yo-chupo-tú-gimes, z) solícitas llamadas telefónicas.

Todavía Montpellier

Después de haber gustado de su cocina casera, volví al apartamento al día siguiente considerando que para muchas parejas del siglo veintiuno la experiencia culinaria personal es el estadio final de la unión.

Hube me recomendó con insistencia que probara un poco del queso de cabra que había recomprado. Al abrir la puerta de la nevera, encontré una rata comiéndose el queso. Mis relaciones con roedores, particularmente los que tienen pinta de piojosos, han sido escasas, pero por lo general la norma ha sido que cuando aparece el hombre, el amo, el encargado de la creación, el nombrador, las criaturas inferiores ponen pies en polvorosa.

La rata, resplandeciente y tan serena como si estuviera en un monasterio zen, estaba cubierta por el papel del envoltorio, y no desistió de su manducación cuando yo me hice presente. Me quedé mirándole fijamente a la espera de que se escabullera, pero al parecer no se dejaba intimidar por filósofos de moca monta.

Pedí asistencia armada.

—¡Hube! —Ahora la rata se dignó reaccionar de un modo que me recordó a Hubert cuando preguntaba por la alarma el día anterior: la rata sacudió suavemente sus bigotes y luego, con movimientos relajados, se deslizó precipicio abajo hacia el fondo de la nevera; había ya desaparecido por una pequeña brecha cuando apareció Hubert, enfurecido por la pérdida de otro queso.

Pasó la mayor parte del día dedicado a mover los muebles de lugar, auscultar las paredes con un vaso y arrancar tablones del suelo; incluso, después de aplicar un silenciador, disparó unos cuantos

cartuchos contra una sección de mampostería de mala calidad.

Luego se acercó la hora en que tenía que elegir entre auscultar la civilización o ir a tomar una copa.

No era una decisión complicada. Hubert sugirió su bar, donde me aseguró que podría encontrar Blanche de Garonne.

Copas

Dicen que los alcohólicos pueden dejar la bebida; yo digo que, si pueden dejarla, no son alcohólicos. Uno puede espaciar las pausas entre las copas, pero una vez que eres prisionero de la botella, ya no tienes escapatoria. Un auténtico matrimonio.

Yo me había desesperado, no por el hecho de ser un borracho (porque en las graduaciones de las degradaciones no resulta tan malo: uno puede ahogarse tranquilamente en lagos pequeños), sino porque no podía hacer nada al respecto.

Con la sensación de que las cosas no podían empeorar, asistí una vez a una reunión donde se me animó a que hablara sobre lo que encontraba tan fascinante en la bebida. Debí demostrar una convincente elocuencia porque al rato todos salimos de allí y nos fuimos al pub más próximo.

Todavía Montpellier

El bar de Hubert era la clase de lugar que uno se habría imaginado que sería: paredes que piden a gritos una nueva capa de pintura, vejetes sarmentosos y estrafalarios aferrados a esa única copa que era la paga de su día.

—Aquí la gente me conoce —dijo Hubert orgullosa-mente.

Ya que no estaba yo en casa ocupado con las pandectas, me obligaron a tomar varias cervezas. Me sentía en deuda con la bebida, así que bebí un poco más. Tenían una reserva de cerveza Trapista que, poco menos que golpearte la cabeza contra la pared, es la forma más eficaz de obtener ese desapego necesario para la meditación.

Hubert tenía razón en lo de su celebridad entre la parroquia. En cuanto salió del baño fue interceptado por cuatro pugilistas que lo levantaron contra la pared por las solapas de su cazadora y le registraron.

—¿A que no adivinas, Hubert? —dijo el que mandaba—. A Frédéric le gustaría que le devolvieran sus cosas. Te proponemos un trato: nos das todo lo suyo y tu dinero, y sólo te rompemos la pierna. Que no tienes sus cosas, te rompemos todo. —Tiró de la mano de Hubert y la arrojó por encima de su hombro— Eres realmente frágil, Hubert. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Pendencieros de bares

Nunca tuve mucho que ver con ellos. Creo que la palabra pendenciero implica dar (o al menos intentar dar) tanto como recibir; yo sólo estuve en el bando de recibir.

Por supuesto, hay ciertas partes de Londres donde tomar una copa es andar pidiéndolo a gritos. Por algún descuido burocrático esas zonas no están marcadas: uno sabe que ha tropezado con un lugar así en cuanto está en el suelo a cuatro patas y, cuando los otros la emprenden a patadas, trata de ser considerado reaccionando con una simple hemorragia interna.

Recuerdo que estuve tirado sobre el pavimento en Catford (donde me había dejado la policía después de arrastrarme fuera de la taberna) y contemplé la forma en que caían los copos de nieve en la víspera de Navidad, mientras pensaba qué hermosos eran y cómo, de encontrarme sobrio, me habrían preocupado demasiado mi dolor y mi dignidad para disfrutar de la visión.

La única vez en que traté de tomar parte (en el papel de asesor) fue cuando estaban estrangulando a Zak sobre una máquina del millón. Zak era uno de esos estadounidenses incapaces de encontrar la manera de volver a su país. Había peleado en Vietnam (mientras su familia entera había muerto en un accidente de automóvil), donde participó en tres campañas y tuvo como asignación final la de instructor de combate sin armas.

Estaba claro que su contrincante no tenía idea de que Zak estaba entrenado para matar a mano limpia puesto que no parecía tener dificultad alguna para ahorcarlo. Yo estaba sentado en la parte de atrás y disfrutaba de la escena, porque esta clase de conmoción no era lo que uno esperaba en Cambridge, y porque estaba ansioso por ver cómo Zak se lo quitaba de encima.

Después de un rato, cuando Zak comenzaba a ponerse azul, se me ocurrió que sus talentos para la autodefensa podrían haberse tomado la noche libre y que yo debería hacer alguna cosa. Toqué el hombro del estrangulador.

—Me parece que sería justo decirle que mi amigo aquí es un experto en el combate cuerpo a cuerpo.

Sin duda el estrangulador no se dio cuenta de que mi participación era puramente caucionaria. De pronto, olfateé nariz rota. Sin embargo, al meterse conmigo, imperfeccionó su ahorcamiento y le dio a Zak la oportunidad de enviarlo al hospital por medios no contemplados en el reglamento del conde de Queensberry.

Todavía Montpellier

—Te lo advierto —dijo Hubert, hablando a través de las solapas de su chaqueta—, ni se te ocurra hacerlo.

El cuarteto se echó a reír. No era una risa falsa. Era evidentemente un viejo número favorito en su especialidad laboral.

Con mi filantropía henchida por las cervezas, yo tenía la convicción de que podía persuadir a todo el mundo de que se sentara y disfrutase del amor fraterno. Miré al cabecilla, no parecía un mal sujeto. Probablemente tenía una familia. Probablemente ésta tampoco era su idea de pasar un buen rato. Probablemente no disfrutaba pasando sus noches dedicado a buscar gente, amenazarla, arrancarle sus miembros artificiales y luego aporrearla. Seguro que prefería estar en casa mirando la televisión y ayudando a sus hijos a hacer los deberes.

Me acerqué para intervenir pero mis piernas habían adquirido una forma extraña, de manera que llegar hasta allí me llevó más tiempo del que había previsto, y me dejó en la mejor postura.

—Realmente no hay necesidad de esto —aconsejé con mi voz más jovial en cuanto atravesé los umbrales de su presencia.

—Ahora sí que estamos en apuros, muchachos —dijo el jefe—. Ha llegado el matón que espanta a la gente.

Con el ánimo muy alto yo intentaba insistir en que no había necesidad, mientras el líder opinaba que era necesario y apagó el cigarrillo en mi cabeza.

—Tener tres amigos no va a salvarte los dientes —dijo Hubert, aún varado a medio camino hacia el techo.

Al cabecilla esto le pareció muy gracioso y apartó a sus secuaces para tocar a Hubert con un dedo pesado.

—¿Qué vas a hacerme, tullido? ¿Sangrar encima de mí? —Hubo en la pregunta ese aliento entrecortado, conocido por aquellos de nosotros versados en conversaciones de taberna, que presagiaba la paliza desatada.

Hubert echó una ojeada al barman.

—Lo siento, Jean —fue lo que dijo.

Habían cometido un error. Le habían dejado una mano libre.

Hube fue increíblemente rápido. Agarró una botella de la mesa de zinc y con ella se pegó a sí mismo en la cabeza. Fue tan rápido que no hubiera parecido un problema, digamos, usar la botella para golpear en cambio la cabeza del jefe. Yo, y todos los demás, dimos por sentado que se había equivocado. Los trozos de la botella rota cayeron y un pulpo de sangre comenzó a bajar por su frente.

—Bravo —dijo el cabecilla con una risita aguda, corriendo peligro de salpicarse él mismo—.

¿Vas a romperte tu propia pierna para pedir otra?

—Tengo algo, muy fatal, muy de moda, que se transmite por mi sangre —dijo Hubert. Hizo una experta pausa de un segundo o dos para dejar que lo dicho se entendiera. Entonces dio un salto y le pegó al líder un cabezazo. Fue el cabezazo de un cabeceador mundialmente famoso, con el sonido distintivo de una cara comprimida y la consciencia cerrada. Un bello tributo al poder de la mente cuando se aplica de forma apropiada, detrás de una frente sólida.

Los otros no salieron corriendo. Reflejo, supongo.

Eran figuras voluminosas, de manera que si hubiesen golpeado a Hubert lo habrían hecho puré. Pero no lo golpearon. Uno de ellos por cierto me golpeó a mí, persistentemente, pero yo estaba encantado con que me patearan por todas partes mientras Hube se encargaba de los otros dos. Uno de ellos se encogió con un gemido cuando Hube le hundió una navaja en el muslo hasta tocar la arteria (no lo habían registrado con cuidado). El segundo recibió dos dedos —más cerca de lo que se considera aceptable— en los ojos y zónulas de Zinn, más los dientes de Hube en su cuello. A mi asaltante le arrancaron de un mordisco la nariz, y luego él y sus compañeros, preocupados por el dolor, recibieron el tratamiento de patadas de Hube, con lo que ahuyentaron temporalmente sus data-sentidos fuera de Montpellier.

—No se olviden —dijo—, estuve con los de cadena perpetua. —Este recordatorio cayó en saco roto.

Aun en su mejor momento Hube no tenía demasiado buen aspecto. Pero ahora su pinta era horrenda: estaba empapado en sangre y respiraba fuerte su rabia; un buen ejemplo de cómo, en peleas ilegales, el que más resiste, gana.

Me ayudó a ponerme de pie, mientras el barman le extendía su mano. Vi en el espejo que como resultado de la escena me había quedado no sólo con un ojo negro sino con una cara negra. Me puse de pie a medias: no me podía enderezar. El suelo se veía bien.

—Se lo advertí —dijo Hubert—, El me estafó. Por eso lo hice. ¿El revólver que me vendió? No funcionaba. El mismo me lo dijo cuando volví a buscar balas. —Le lanzó al barman un fajo de dinero.

Dar golpes y recibirlos es una tarea agotadora. Nos retiramos y dejamos a los demás entretenidos en descubrir qué sangre era de quién.

—Explícame sólo lo esencial —me decía Hubert una y otra vez.

Sólo porque damos por descontado que se necesitan varios años de estudio de la filosofía en la universidad para poder tener un empleo ¿es de veras así? Seguramente, si uno sabe algo, debería ser capaz de diseminarlo en una muestra de precio reducido.

Considerado caritativamente: Lo mejor de Eddie, editado, las teorías de Eddie, lo mejor de Occidente, semidescremado.

Considerado sin caridad: regalitos sorpresa, alimento en papilla, enanos de jardín del intelecto.

Se me ocurre que con las demandas que se nos hace en nuestro tiempo de ocio, una cartera de mano del tamaño de una billetera capaz de contener los Diez Principales éxitos filosóficos podría ser una empresa rentable. Garabateé algunas de las prosificaciones más sobresalientes:

1. «*Hoc Zenon dixit*»: *tu quid?* (Séneca).

2. *On ne saurait rien imaginer de si étrange et si peu cro-yable, qu'il n'ait dit par quelqu'un des philosophes* (Descartes).

3...xa/ *Ttavx eivi aAr|0r|* (Protágoras)

4. *Stupid bin ich immer gewess en* (Hammann).

5. *Sxettopa/* (Sexto Empírico).

6. Temístocles al mando de una cuadriga tirada por cuatro ramerías a través del ágora de Atenas, en el mejor momento del negocio.

7. *Wenn ich nicht das Alcbemisten-Kunststück erfinde, auch aus diesem — Kothe Gold zu*

machen, so bin ich verloren (Nietzsche).

8. Ceno, juego un partido de backgammon, converso y me alegro con mis amigos; y cuando después de tres o cuatro horas de diversión me propongo retornar a estas especulaciones, me parecen tan frías y tensas y ridículas, que no puedo encontrar en mi corazón la manera de avanzar más en ellas (Hume).

9. *Infirmi ammi est pati non posse divitas* (Séneca).

10. ¿De cuán pocas de nuestras acciones pasadas tenemos memoria? (Hume).

11. Dios lo sabe todo (Ibn Khaldun).

12. *Secundum naturam vivere* (Seneca).

13. *Si fallor, sum* (San Agustín).

14. *La lecture de tous les bon livres est comme une conversation avec les plus honnetes gens des siècles passés* (Descartes).

15. *Impera et dic, quod memoriae tradatur* (Séneca).

De modo que éste es el escuadrón que debo cercenar. Es interesante que Séneca figure con tanta frecuencia. Un cero como pensador, un fracaso en el nuevo frente de la materia gris, es preciso admitir que como comentador y vendedor de ideas es imbatible.

1. Esta puede defenderse como la sentencia máxima en el negocio. La máxima máxima. «Esto es lo que dijo Zenón; ¿y tú?» Se podría tener algún problema para decidir a qué Zenón se refería Séneca, pero esta cuestión incuestionablemente captura la esencia. No es la ilustración lo que cuenta, sino el tomar parte. Los grandes pesos pesados de la antigüedad no están ahí para ser admirados sino para que los levanten, para ser probados con la musculatura de tu mente. Las prosificaciones de los grandes no son más útiles que las pesas bajo la cama si no se usan para hacer ejercicio.

4. «La estupidez soy yo»: Hamman haciendo su número socrático (mientras emite un recordatorio de que ninguna cantidad de inteligencia puede salvarte de la estupidez) y, a menos que tenga uno tanta suerte como para ser portero de una inmensa arrogancia, una sensación cotidiana, la sensación claramente glorificada por San Agustín en el 13 («Si estoy en la cama con el hipopótamo, soy»), abarcada luego con más éxito por René, quien produjo una de las mejores frases de una sola línea. Uno tiene que conseguir el monólogo adecuado. La posteridad no va a cargar con nada que no quepa en un posavasos de cerveza. Necesitas una frase con gancho. Para las camisetas.

12. «Vive de acuerdo con la naturaleza.» Esta es otra imperecedera. La encuentras por todas partes: el problema es decidirse sobre qué es la naturaleza. Consigue quien te lo diga y dale tu dinero. Magnífico comodín de empleo masivo por parte de estafadores e impostores de todas las naciones. Este senequismo encapsula también al filósofo del viejo estilo que promete hacer de ti un hombre real, eliminar el conflicto de tu vida, ofrecerte un tónico, en oposición a Ludwig y su luz de alquiler, su clarificación del tipo lo que ves es lo que obtienes.

11. «Dios lo sabe todo.» Una buena manera de admitir el error, y un buen pretexto siempre listo para evitar ser lapidado, quemado en la hoguera, ametrallado y demás, a menos que viva usted en una sociedad donde los clericales se hayan dedicado al trabajo social. Esto debería ir escoltado por: «audacter deum roga», Séneca. Acércate a Dios con audacia, un movimiento de ninguna manera limitado a los practicantes del negocio, el único recurso con que cuenta la mayor parte de nosotros. Lo que tiene el negocio de impactante es que a pesar de que uno ejerza el control de la racionalidad, el alboroto alrededor de la prueba, la balandronada de la mente, uno no puede meterse en la historia de la filosofía sin tropezar con el misticismo, esos espectaculares del espectro con gimoteos ante las autoridades celestiales para que nos resuelvan nuestro universo plagado de acertijos.

6. Temístocles sale disparado por el ágora en un carro tirado por unas furcias. Nada que ver con la filosofía, desde luego. Pero ¡qué idea!

›?????????????????????‹

Todavía Montpellier

El único consejo que puedo ofrecer, en el caso de que compre usted un diario antes de despertar completamente, y descubra en la primera plana una fotografía suya bien compuesta que lo identifica como un malhechor consumado, junto con el mensaje dirigido a toda la ciudadanía respetuosa de la ley para que colabore en apresarlo, es no llevarse por delante un poste de alumbrado (que es lo que hice yo). Uno no debería reaccionar exageradamente ante diarios regionales.

Tenía curiosidad por saber cómo habían conseguido la fotografía. Era bastante vieja, y me veía de lo más impactante (para ser yo). Todavía podía adivinarse alrededor de los ojos la leve esperanza de hacer negocios en el negocio. La promesa no se había evaporado por completo. Una cabeza que aún no se pronunciaba como la de alguien que no iba a triunfar.

Pronto me di cuenta de que era la foto publicitaria de mi libro. Mis editores debían de haberla proporcionado alegremente.

Repasando el pasado 1.1

El juego literario. La desventaja de una carrera en filosofía es que se espera de uno que papelee: eres tu letra impresa. La calidad no te hace daño alguno, pero el espacio en el estante cuenta. Tu estatura se eleva por los papeles que se deslizan debajo de tus pies.

Rerererererere regresé a Cambridge desde Londres un lunes y encontré una carta que contenía un contrato para escribir una historia del pensamiento. Perplejo, supuse que había impresionado a alguien en una fiesta. Era un periodo en el que pasaba muchísimo tiempo diciendo tonterías en las fiestas. Dinero: ¿un zam-zum-mim de anticipo por una firma? Parecía un buen trato, una bonificación por ser borracho.

Sin embargo, pronto quedó claro que se esperaba de mi pluma algo más que un simple trazo. ¿Tal vez un rápido

recorrido por la sangre filosófica derramada a través de los tiempos? Problemas.

El anticipo por el libro era extraordinariamente sustancioso y despertó agradables cantidades de resentimiento entre mis colegas, con Featherston a la cabeza. Compré una caja de Château Lafite del 61 y la guardé durante dos días (la ironía del asunto es que ni siquiera me gusta el Château Lafite; no estoy seguro de que le guste a nadie). La consumí de una sentada y tirado en el suelo. Me oriné todo el dinero, principalmente encima de mi mejor traje. Me estaba convirtiendo en un asentamiento maduro para las aflicciones del mundo, que buscaban en mí acomodo.

Borrachología

¿Por qué bebes?, me preguntan. Porque a) me gusta y

b) es difícil detenerse. Cuando uno siente un agujero, no puede ir a la tienda de la esquina y pedir un par de libras de significado, un paquete de panacea, una lata de resolución. Es difícil encontrar la solución al aprieto en que uno se encuentra, pero no las soluciones. No se puede avanzar cien metros sin obtener un puñado de soluciones proteicas: tabernas, supermercados, restaurantes. La civilización es una cuidadosa construcción para la producción y distribución del alcohol.

El armario de la profundidad está vacío

Dos mil quinientos setenta y nueve años y seguimos contando. Un tiempo largo para andar sin un trago o para esperar el autobús, pero ni siquiera un pestañeo para el planeta, nuestro anfitrión. Ni siquiera un saros babilónico. Tomo la fecha de 585 a.C. como el punto de partida, cuando Tales anticipó un eclipse a los jonios.

Tales, el número uno cuando se trata de tener los triunfos en la mano, ciudadano de Mileto sobre la costa jónica, el primer hombre a quien la posteridad sorprendió en el acto de pensar de forma sistemática, el primer filósofo. Naturalmente, él tomó sus ideas de alguien; no se toca el suelo si uno corre de esa forma, pero no tenemos la evidencia. Cualquier conclusión a la que hayan llegado los equipos de Kmt, los mesopotamios, los indus y los chink, no nos ha nutrido de forma directa. Todo el

mundo en este negocio, lo haya tomado o no como modelo, ha recibido el testigo de la mano de Tales. Mensaje para aquellos trabajadores olvidados en las obras de la buena materia gris: consigan un mejor servicio de relaciones públicas o material escrito más resistente.

Aunque por supuesto 776 a.C. también es buen candidato: la creación de los Juegos Olímpicos. Muchas ciudades, un solo lenguaje, competición. Vítores a los victoriosos, abuceos para los vencidos. Los codazos y los insultos son el combustible de la civilización. Rivalizar, desde las praderas del Olimpo hasta los áridos campos de la luna. Los griegos y los persas. Atenas y Esparta. Roma y Cartago.

Si se suponía que todo esto iba a conducir a un punto decisivo, lo he olvidado.

Encadenado a las letras

Eventualmente los editores me localizaron y me preguntaron acerca del libro, cómo iba, cuándo iba a entregarlo. En respuesta yo pedí más dinero, simplemente para tener algo que decir que no fuera, no puedo encontrar la máquina de escribir, y aunque pudiera encontrarla, no tiene cinta, y la a y la z no funcionan.

No sé si de un modo involuntario tengo el don de parecer encantador, o si acaso me topé con un editor singularmente pródigo, pero se me envió más dinero.

Compré tres cajas de tequila, verdadero lavacerebros que me habría lavado todo hasta quitarme la vida si una cohorte de beodos no se hubiera ofrecido voluntariamente a pasar conmigo el fin de semana en una cabaña cerca del South Zeal.

No es algo que haya sido ampliamente comercializado, pero ese fin de semana, y durante varias horas, creamos más de diez metros cuadrados de simple benevolencia intergaláctica, eufórica, eterna y fraternal.

Lo malo de firmar un contrato es que puede confundir y hacer creer a la gente que se ha llegado a un acuerdo con respecto a alguna cosa.

En respuesta a sus misivas, yo ladré pidiendo más dinero, de forma más grosera. Confiaba en que se cansarían de mí, pero no, los cheques llegaban de forma regular.

Hasta cierto punto, llegué a considerar la posibilidad de hacerme cargo. En un momento de debilidad les envié una sinopsis del trabajo (preparada para mí por un colega investigador de lo más principiante). Ellos respondieron enviándome su catálogo, en el que se anunciaba mi título próximo a salir. La llegada del catálogo se convirtió en un acontecimiento anual. Hay una parte de mí a la que le gusta hacer feliz a la gente, de manera que cuando me preguntaban si el libro estaría listo yo decía «sí», y con eso les aseguraba una temporada de alegría.

Alternando con los catálogos había también llamadas telefónicas de mujeres perturbadas, algunas de las cuales estallaban en llanto, otras me amenazaban con ese odio tenso y callado que precede a ciertos ataques febriles con un cuchillo de cocina de buena calidad. Tan grande era mi culpa que después de cuatro años fui a la biblioteca de la universidad y copié unas pocas páginas de una obra del siglo diecinueve sobre el pensamiento medieval, hecha por un reverendo, y de la que actualicé algunos de los verbos.

Entonces un día recibí la llamada de una voz escocesa que se presentó como mi nueva asistente social.

—¿Por qué no tomamos una copa? —Una mujer que sabe cómo manejar filósofos malhumorados, pensé.

Así fue como llegué a las oficinas para ser el blanco de esas miradas que sólo recibe alguien que lleva siete años de retraso en la entrega de un libro y que ha sido el beneficiario de pequeños pero acumulativamente obscenos y ruinosos anticipos.

Mi llegada a la editorial y el acto de sostener una copa de zinfandel fueron mis últimos recuerdos útiles durante algún tiempo. Traspapelé mnemotécnicamente un lapso bastante considerable. Tengo

una idea neblinosa de haberme preguntado por qué en los aviones tiene que hacer tanto calor o tanto frío, y sensaciones más distantes de desorientación e incomodidad.

Frío e incomodidad: mi cuerpo me remitía más informes de ese tipo y, a medida que mi consciencia los consideraba seriamente, mis sentidos me entregaron una imagen de mí mismo esposado a un radiador en un edificio de apartamentos vacío y de paredes blancas. Las esposas parecían un artefacto oficial de restricción de filósofo, así que deduje que estaba en alguna cárcel atrasada y sin un céntimo. Me pregunté cómo reaccionaría ante mí el consulado británico más cercano.

En ese momento entró la joven que era entonces mi editora.

Juergas, consideradas sin caridad: entre las muchas contrariedades a las que uno se expone por salir de juerga está el serio inconveniente de ser fácil de secuestrar.

Juergas, consideradas caritativamente: no puede refutarse que la consumación consumada del néctar te lleva a todas partes, muy a menudo a lugares en los que jamás habrías soñado con reservar un pasaje.

Una vez desayuné sobre el andén de una estación de tren en Zúrich (y lo de sobre lo digo en serio) con un pollero de Glasgow, quien, antes de que la policía nos expulsara del lugar, encomió los efectos trotamundos de un destilado especial (traduzco): «Sólo surgen problemas cuando te pones sobrio; en ese caso no consigues el viaje gratis. Y es cierto que si quieres llegar a casa te puede costar algún tiempo. Pero continúa bebiendo, que llegarás». El venía navegando por el río más largo del planeta, la Bebida, que fluye a través de cada ciudad del planeta, e hizo escalas en Oslo, Tánger, Suva, Alice Springs, Venecia.

Juergas, promueven el entendimiento universal: En Seúl, en una fiesta en la que no estaban presentes ninguna de las personas que me habían invitado, o simplemente no vivían allí, fui atrapado por un caballero que me llevó al apartamento vecino y comenzó a señalar sus productos eléctricos (tenía estanterías llenas de radios, relojes despertadores, radiocasetes) y luego abrió la nevera para mostrarme las copiosas cantidades de carne que allí guardaba. Su mujer veía la televisión. No sé con seguridad si comprendía que yo no comprendía ni una sola palabra de lo que me estaba diciendo, porque también él estaba borracho. No podría decir si su discurso era económico o filosófico, pero yo estaba lo suficientemente ebrio como para encontrarlo cautivador.

Luego anduvimos en coche durante dos horas a toda velocidad hasta llegar a otra ciudad, donde me dejó, en medio de la noche, sin dinero, nada de beber, ni idea de dónde estaba y ni una sola palabra de coreano. Por la sonrisa que me dedicó al marcharse deduzco que estaba convencido de hacerme un favor.

Juergas, o cómo ganar amigos: Una vez conocí a un Premio Nobel en un banco de una plaza en Kilburn. Era el Premio Nobel de Química o Física del mil novecientos veintialgo y su nombre era Zsigmondy, creo; mi compañero de banco había ganado en un juego de cartas. «Si alguien va a Francia después de mi divorcio, lo mataré», dijo entre otras cosas, mientras daba a sus labios la repetida oportunidad de aferrar el cuello de una botella.

Fue una verdadera ciénaga: me sentí como si me hubiesen arrojado desde una altura de ochocientos metros, y yo aceptaba un trago de metílico, y lo escupía cuando llegaba a medio camino de mi lengua. Estaba disgustado conmigo mismo por probarlo, y también por no ser capaz de ingerirlo. Me di cuenta de que la vida académica, si se lee Zagabenus en la Z, me había vuelto demasiado decadente para tragármelo como un verdadero borracho. El ganador me ofreció una tableta de vitamina C: «Hay que cuidarse a uno mismo, ¿no es cierto?».

Esposas contra filosofía

Ciertamente, en una situación tipo sujetar-un-filósofo-a-un-radiador, ganan las esposas; constituyen el artefacto retórico supremo para lograr la yuxtaposición.

Ser secuestrado

Si tienes que pasar por esto, recomiendo como secuestradora una joven atractiva, aunque sería preferible una que no quisiera que escribieses un libro.

Encadenado a las letras

Así que me encontraba privado de copas, secuestrado en un cuartucho y a raya del líquido hiperespacial que podría proporcionarme el acceso a los viajes sin billete.

—Doctor Féretro, es usted perezoso..., inconsciente..., un crápula..., despreciable. —Yo me reservaba hasta que se presentara algo que pudiera objetar, pero nada surgió en su desprecio que pudiera realmente discutir—. Usted está en Barra. Aun cuando pudiera desesposarse, está a kilómetros de distancia de la tienda clandestina más cercana. Tiene un problema: yo. Y yo tengo un problema: usted. Podemos desproblemarnos mutuamente. A mí me gusta el trabajo editorial, pero usted está obstaculizando, de hecho amenazando mi carrera. Nadie ha sido nunca tan reticente como usted para emborronar el papel, nadie ha sido tan absorbente de fondos ajenos. Ahora yo tengo la tarea de conseguir un libro suyo. No la he solicitado, pero de ello depende mi carrera. He intentado ser amistosa, he intentado ser severa, he intentado dejarlo en paz, he intentado importunarlo con insistencia...

—Puedo recordar la parte en que me dejaba en paz, pero no puedo ubicar la parte de importunarme o...

—Su memoria es extremadamente selectiva.

—Toda memoria es extremadamente selectiva —dije, como buscando una salida—, de otro modo estaríamos en medio de un desastre, para eso está la memoria, para no recordar, porque si no estaríamos hundidos por el peso de números telefónicos, cepillado de dientes, zouk, de sonarse la nariz, techos, muebles, compras, esperas de transporte público, nuestro trabajo... —Me agoté, dado que estaba empobrecido y me sentía incapaz de lanzar un bombardeo retórico desde el suelo.

—Aunque corra el riesgo de agotar su memoria, déjeme reiterarle los hechos destacados. Usted ha tenido un plazo de siete años y el anticipo más grande que hemos otorgado nunca. Recibimos a cambio treinta páginas mal mecanografiadas a triple espacio, sin demasiado sentido.

—Podemos contratar a alguien para que busque buenas ilustraciones..., así lo engordamos un poco.

—Doctor Féretro, nosotros, pero particularmente yo, necesitamos un libro. Los libros comienzan con una extensión cuatro veces superior a lo que usted nos ha enviado.

—Podríamos hacer algo diferente.

—No, lo que podemos hacer es sentarnos y escribir. Diez páginas una comida. Cuando haya hecho doscientas páginas puede decirle adiós al radiador.

Tendré mis faltas (no hay muchas que no tenga), pero en muchos aspectos soy razonable e inmovible. Había estado conduciendo un coloquio desde un frío suelo, secuestrado y maniatado a un radiador, y lo hice de buen humor. Tal vez no se había manifestado mi personalidad, pero de pronto mi ego se liberó de su perrera y ladró. Me volví loco y largué un buen sollozo.

Pero ¿sabes quién soy?

Este es un sistema arriesgado. Tiene puntos de contacto con el paracaidismo: uno tiene que estar seguro de que va a funcionar, porque si no todo lo que se logra es multiplicar escandalosamente la incomodidad. Fue la única vez en que hice una observación de importancia; mi juego de la dignidad acabó sólo en pura indignidad.

Aun así, si va usted a perder toda su dignidad, si se dispone a caer en un extraordinario ridículo, a ser despojado de todos sus atributos cultos y a balbucear de forma patética, hay pocos lugares mejores que un cuartucho en Barra con un solo espectador.

Todos pasamos por momentos en que nos gustaría tener zapatos de granito y hundirnos en el

olvido más profundo. Si en una segunda vida mi existencia tuviera que ser proyectada a cámara lenta en cualquier pantalla, éste es el único trozo que realmente me quemaría la piel (junto con un episodio de mi adolescencia en el que intervino un melón, después de que me aseguraran que las relaciones románticas eran posibles).

Encadenado a las letras

Eché espuma por la boca durante cuatro minutos. Después me sentí demasiado descuartizado para seguir echando pestes, así que en cinco minutos armé suficiente pataleo para una ciudad pequeña. Sin embargo, como profesional que soy, no podía engañarme a mí mismo con respecto al desesperado deseo por un trago que se aproximaba a toda velocidad. Hice un intento de negociación. No funcionó.

—Yo no lo secuestré, doctor Féretro. Nadie podría creer que una chiquilla como yo podría forzar a un coloso de la erudición como usted, un hombre con su historial de violencia, a hacer semejante cosa. Hay multitud de testigos de su viaje que saben que lo hizo de la manera más jovial y con una botella de malta en la mano.

»No puedo obligarle a escribir, pero le advierto, estoy de vacaciones dos semanas y eso es mucho tiempo para un hombre en su posición.

Sopesé las cosas: ¿qué desvío tenía el cartel de «indolentes, siga la flecha», el de los que bufan y se rehúsan y aguantan, o el de los que capitulan y garabatean? Quizá sea éste el origen inducido de una obra magnífica.

—Olvide la comida —dije como un heroico estoico—. Consígame una bebida.

Hicimos un nuevo contrato. Permanecí en el suelo inclemente y, con un volumen del *Shorter Oxford English Dictionary* (Marl-Z) como escritorio, traté de escribir con una botella de whisky puesta frente a mí al otro lado de la habitación, un estado oneroso cuando se siente uno como si estuviera bajo diez metros de agua.

Echando mano de grandes palabras y grandes letras y del recurso de algunas repeticiones, conseguí llegar al confín más alejado de la página diez cuando ella volvió a entrar.

—Aquí tiene el Renacimiento —dije, y señalé resentido los papeles—. La botella, por favor.

Mientras yo la importunaba a preguntas ella escrutó las hojas.

—No puedo leer esto —pronunció—. No puedo leer una sola palabra de esto, salvo una que parece decir geranio y que no puede estar bien. —Le recordé, mientras me revolcaba por el suelo y descendía a nuevas profundidades de la degradación, que no habíamos hablado de diez páginas legibles. Ella fue a buscar una máquina de escribir y una mesa baja.

Yo estallé en otra rabieta de ordago porque no me resultaba atractivo mecanografiar las páginas, y tuve un momento todavía más angustioso cuando me di cuenta de que yo mismo tampoco podía leer mi propia escritura. Avancé apresurado a través de las páginas, porque no importa lo que hagas, el deseo por la bebida resiste pacientemente.

Mi olor comenzaba a atormentarme, pero ella continuó leyendo el material de forma implacable.

—¿Usted hace esto para ganarse la vida? ¿Me equivoco al pensar que su especialidad es la historia de la filosofía? —para entonces todo residuo de dignidad había desaparecido, y simplemente me había desplomado sobre mí mismo, del modo en que uno ve que hace la gente en las zonas de desastre, cuando saben que nunca más van a disfrutar de ellos mismos.

Llegó la oscuridad y me dieron un cuenco de cereales y un plátano. Me sofoqué durante toda la noche como un primate maltratado, y comencé a hacerme a la idea de perecer en Barra. Pero a la mañana siguiente, cuando ella apareció con unas tostadas, me entregó un capítulo.

—¿Qué le parece?

—Es muy lúcido —comenté.

—Bien —dijo ella mientras me desesposaba—. Entiendo que no tiene objeción a que yo escriba el libro por usted.

—No puedo acceder a un subterfugio como ése, a menos que me prometa una férrea garantía de que cobraré todos los derechos de autor.

ííí?????????? P??????????????

Adelante, Montpellier

También, cuando su foto lo saluda en la primera plana del diario, asegúrese de llevar puesto (como llevaba yo) un disfraz de abundante magulladura facial. Ya fuera por la eficacia de mis ojos ennegrecidos, ya por el fracaso del gesto cívico en nuestro vecindario, el caso es que logré regresar al apartamento para encontrar a Hubert en vigilia de rata, con una caja de balas de fogeo cerca de él, un revólver con silenciador preparado y montones de queso de cabra desparramados por las habitaciones.

Comenzaba a formarme la opinión de que no era tan buena idea dejar a Hube por su cuenta. Le arrojé el diario.

El problema de cuando te acercas a tu sexta década es que, salvo unos pocos mamíferos pequeños y algún grupo de invertebrados (zyzzoguetones, zorápteros y otros por el estilo), crees que lo has visto todo y que, cualesquiera que sean los problemas que vas a encontrar, no te afectará la sorpresa. Cuánta razón tenía Solón al decir que la pelea no había terminado hasta que uno estaba de vuelta en el vestuario. Podía haberme dedicado los siguientes diez años tratando de adivinar qué había pasado sin llegar nunca a descubrirlo.

—Es un buen artículo — fue el veredicto de Hubert—. La página entera.

—¿Cómo consiguieron mi nombre? ¿Y a qué viene eso de la Banda del Pensamiento?

—Yo se lo dije.

Hay momentos en los que, a despecho de la fiabilidad general de sus oídos, uno tiene dificultad para dar pábulo a su credibilidad.

—¿Tú se lo dijiste?

—Sí.

—Tú se lo dijiste.

—Sí. Sí —esto era contrario a los principios del correcto delinquir tal como yo los entendía. Hubert estaba operando bajo algún extraño imperativo categórico—. Los llamé por teléfono después de que te fueras. Es muy importante que comencemos bien. Si yo no les hubiera avisado que fuimos nosotros quienes dimos los dos golpes, ellos podrían no haberlos asociado. Y si uno no les proporciona un nombre, los periodistas o la policía pondrán uno de todas maneras. Debería ser nuestro privilegio.

—¿La Banda del Pensamiento?

—Eso es. Les dije que un distinguido filósofo nos asesora en cuanto a cómo robar bancos sin correr ningún riesgo de ser atrapados.

—¿Y les diste mi nombre?

—El honor te corresponde a ti, profe. Me dijiste que de todas maneras estabas huyendo.

Me encontré en el extremo equivocado de un diálogo socrático. Ciertamente Hubert podía exponer sus puntos de vista, pero yo no podía evitar la sospecha de que las autoridades francesas harían un esfuerzo mayor para atrapar a un ladrón armado que a un filósofo en fuga con el zeteo torcido.

—No te asustes —exhortó Hubert—. No somos turistas.

Inmovilizado por la aceleración de los acontecimientos, me los podía imaginar allá en el gran C leyendo los diarios. «Veo que Féretro se ha dedicado a asaltar bancos franchutes.» «Ah sí, siempre fue más retorcido que una zeta, pero todavía no ha publicado nada que valga la pena, ¿verdad?» Risitas disimuladas por todas partes. El problema con la cosa de tomar en serio la escritura es que cuanto más seriamente lo toma uno, más difícil resulta escribir. Es posible que yo me tome la escritura más seriamente que ningún otro ser humano que jamás haya vivido. Eso podría explicar muchas cosas. Algo corto. Eso sería precioso. Entro y salgo.

¿Qué dirá la gente de mí? Mayormente nada. O ¿No era ése el sujeto que robaba bancos? ¿El que comía cantidades asombrosas en restaurantes asombrosamente caros y bebía una asombrosa cantidad de vino asombrosamente caro, y se acostaba con más mujeres que el promedio de los positivistas lógicos?

Tal vez no debía ponerme tan nervioso. Después de todo, ya antes hubo chicos malos en el negocio. Pensemos en Dionisos el Renegado. Su idea básica: el placer es el fin de la acción. Y en su condición de estoico converso, no se refería a ñoñerías tales como andar por ahí dedicado a las contemplaciones o simplemente esquivar el dolor, que era lo que más le gustaba. Frecuentaba casas de mala reputación y se permitía toda clase de excesos, sin disimulo, y vivió hasta los ochenta años. Ahí tenemos a alguien con quien uno se iría de copas un sábado por la noche... pese a todo se las arregló para figurar en los libros.

Aunque mostraba cierta indiferencia hacia la cárcel, anoté no olvidar dejarme barbear la barba, puesto que ésta es la marca de origen de los pensadores comprometidos del mundo antiguo y el primer recurso del fugitivo que se precie.

Y no nos olvidemos del ejemplo del inmortal Agri-pino, el único romano en mi opinión que puso algo en la cacerola. Cuando oyó que el Senado estaba discutiendo su caso, tomó un baño. Cuando oyó que iba a ser exiliado, su única pregunta fue «¿Han confiscado mis propiedades?». No las habían confiscado... así que salió a almorzar.

Me convertí en su discípulo.

?????P????P????????????

En realidad traté de buscar ayuda.

Un año me tocó preparar todos los exámenes finales.

En el despacho de la facultad, mientras robaba un poco de papel para un libro sobre el Zodíaco que nunca escribí, fui arrinconado por el Profesor. Su conversación ideal conmigo: «¡Lamento tanto que haya perdido su trabajo, Eddie!». Su forma ideal de contacto conmigo: él en un coche grande, extremadamente pesado y sin frenos a una velocidad dos veces superior al límite, yo delante.

Sin embargo, por entonces participaba en una cacería millonaria, y necesitaba a alguien rápidamente que se hiciera cargo de los papeles. Responder sí me sorprendió tanto a mí como a él el habérmelo pedido. No fue en absoluto difícil, sin embargo. Al contrario. Para los exámenes de filosofía uno simplemente pone un signo de interrogación. A cualquier cosa. La moral. ¿La moral? Platón. ¿Platón? También es bastante chic para las pruebas de filosofía cierta incomprendibilidad, un toque de opacidad. ¿Zaire? ¿Jeroboamo? ¿Zedoario? Después de todo son las respuestas, no las preguntas, lo que importa.

También corregí los trabajos. Según una tradición apócrifa, los examinadores arrojan los papeles por las encantadoras escaleras de Cambridge, y los puntúan conforme a la altitud del escalón en el que caen. No me habría importado adoptar ese método, pero juntar luego todos esos papeles desparramados parecía oneroso. Los recorrí (sin leerlos, puesto que eso habría resultado cargado de prejuicios e injusto para aquellos que eran perezosos e infracerebrales) subiendo y bajando las notas mecánicamente de sobresaliente a notable y suficiente. Hubo un momento en el que rogaba que me despidieran, pero nadie discutió mis calificaciones.

En la prueba de Ética me había tomado cierto trabajo:

«¿Tiene algún derecho a la autoestima un filósofo gordo, agotado y sin un céntimo?»

Nadie intentó responder a eso. Hasta algún tipo de respuesta inmadura habría sido bienvenida.

«Si enviara usted al examinador, doctor E. Féretro (1,

Road Tennison) cincuenta mangos para mejorar sus notas, ¿haría esto su vida más feliz?»

No hubo envíos.

«Si no fuera por el suicidio, ¿nos habríamos matado todos hace mucho tiempo?»

No hubo respuestas.

Con ustedes, Montpellier

La desventaja del almuerzo es que uno sólo puede disfrutar de cierta cantidad por día. Se impone una pausa meditativa. Tomo unas pocas notas sobre una servilleta, me extendo hasta el botellón y

contemplo mi abotagamiento.

Pero me rindo a las sugerencias de Hubert con la esperanza de que un poco de aire fresco aliviará el disgusto que siento por mí mismo, y también de que podría encontrar alguna cosa zetable en un banco.

Alquilamos un coche con uno de los alias de Hubert (él viene coleccionando documentación falsa con la misma premura con la que adquiere armas de fuego).

En el camino a Frontignan, bajo un sol glorioso, Hubert explica cómo, en la visita a Frédéric, la filosofía le cambió la vida.

—Iba a dispararle. Iba a volarle los sesos. Pero entonces lo pensé más filosóficamente. Pensé: ¿le enseñará eso algo?

»De manera que cuando se despertó y me encontré ahí con las bolsas de cemento, se cagó encima. Es verdad, el mayor miedo del hombre es a lo desconocido. El sabía que mi revólver podía matarlo; no era algo que le gustara, pero sí algo que conocía bien. Lo que era incomprensible para él era el cemento.

»No comprendía por qué lo obligaba a afeitarse todo el pelo, su pecho, sus cejas, todo. Costó algún tiempo, lo aseguro. Podían haber rellenado uno o dos sofás con todo ese pelo. Tampoco comprendió por qué lo obligué a mezclar el cemento en la bañera. Pero tuvimos un par de horas para hablar mientras el cemento se fraguaba a su alrededor, de manera que le expliqué claramente que ésta era una lección y que el hecho de que perdiera todo su pelo era un símbolo de su renacimiento y que esperaba que el nuevo Frédéric fuera un hombre mejor.

»Yo había llevado un pato de goma para darle el toque adecuado. Luego, cuando Frédéric quedó sepultado me fui al bar e invité a todo el mundo a que subiera a tomar un trago a su cuarto de baño. El echaba espuma por la boca. Le dije: “Frédéric, ¿puedes ver dónde te has equivocado? ¿Alguno de tus amigos te está ayudando? ¿Te das cuenta de que has vivido tu vida tan pésimamente que no hay nadie entre nosotros que tenga ganas de rescatarte con un escoplo? Se están tomando tu coñac, pero no levantan un dedo para ayudarte”. Espero que le haya hecho algún bien.

Me pregunté si sería así.

Nuestra técnica de selección para elegir un banco al que pudiéramos asaltar consistía en avanzar con el coche hasta divisar un banco. Hube insistió en otra píldora filosófica antes del golpe, de modo que, después de haberle informado debidamente, hicimos un socrático.

—Entonces, Hubert, ¿qué es lo que propones?

—Propongo que busquemos trabajos honestos.

—¿Cuál sería, Hubert, el motivo para ello?

—Ganar dinero.

—¿Te parece posible que tú, una ruina sin talento e in-fraeducada, y yo, una ruina sin talento y sobreeducada, podríamos conseguir algún puesto de sueldo razonable, o si vamos al caso, irrazonable?

—Lo dudo muchísimo.

—¿Y no sería más eficaz caminar hasta ese banco que tenemos delante y despojarlo de su lucro? ¿No es acaso el dinero una ayuda indispensable para lograr el bien más alto, es decir, una vida de contemplación?

—¿Debería protestar un poco más?

—Ya es bastante. Preparémonos.

¡Ay!

Ya se estaba convirtiendo en algo un tanto latoso. No nos molestamos en esperar. Hicimos toda la caminata hasta dentro y Hubert anunció la cosa. Uno de los clientes saludó a Hubert.

—¡Hubert! Hace años que no te veo. ¿Qué estás haciendo por aquí? Perdón, no te estoy abochornando, ¿verdad?

Se dieron la mano y Hube charló con él mientras recogía el dinero de una joven cajera de lo más encantadora.

En el coche evaluamos nuestra actuación.

—Un minuto veintisiete segundos para hacer el trabajo, y veinte segundos para relatar veinte años de mi vida —reflexionó Hube.

—Pensaba que diez años en la sombra serían bastante memorables.

—Lo fueron, especialmente con Emile.

—¿Emile?

—Era uno de mi última cárcel, Les Baumettes. Lo llamaban el rey de los de perpetua. Pero no puede explicarse qué significan todas esas cosas. Y aun si uno pudiera, no querría hacerlo.

Su lengua desistió. Lo aguijoneé acerca de la chica bonita: le pregunté por qué no le había pedido el número de teléfono.

—Vamos, era bonita.

—Era bonita. Pero yo quiero una chica que no tenga nada. Ni siquiera buen aspecto.

La policía se había esforzado en trabajar mejor. Detectamos un coche de la pasma que venía hacia nosotros por uno de los angostos caminos costeros. Supongo que venían por nosotros, puesto que las luces de la alarma giraban. No era un gran reto: ellos querían vivir. Cuando conduje directamente en su dirección manifestaron ese deseo mediante una maniobra por la que salieron del camino.

Yo no lo había planeado, pero me di cuenta de que si no se hubieran acobardado yo no habría movido el volante. La policía no regresó al mundo de mi espejo retrovisor. Nos fuimos quemando aceite hasta las afueras de la ciudad y luego tomamos un autobús de vuelta a casa.

))))))>??? i*????>))

El teléfono sonaba muchísimo en casa de Jocelyne.

—Estás convirtiéndote en toda una celebridad —dijo ella, después de haber recibido su segunda propuesta matrimonial del día.

Habían llamado a un policía fantástico, explicó, un experto anti-bandas, un corso. Lo convocaron para que se hiciera cargo y para asegurarse de que se administrara alguna justicia zaleucusiana contra la Banda del Pensamiento. Había estado visitando los escenarios de nuestros delitos, y dedicó gran parte de su tiempo en entrevistar a Jocelyne. No podía uno culparlo.

—Me gustas —dijo ella—. No me dices que me amas.

Yo me mantenía callado junto a Jocelyne porque *a)* reducía las posibilidades de decir algo que pudiera irritarla con efecto Richter sobre nuestra unión y *b)* mi silencio podía inducirla a creer que estaba pensando las cosas correctas. El hecho de ser el ladrón de bancos de la mujer pensante no alteraba el hecho de que yo tenía suficiente equipaje de amor como para una fábrica de maletas amorosas.

Puesta al día acerca de Jocelyne.

1. Ganó dinero como modelo, exhibiendo el cuerpo más que los vestidos. Luego entró en el negocio bancario «porque pensé que las finanzas podrían ser interesantes». 2. Las autoridades bancarias no le reconocen sus méritos a causa de su carrera anterior. «Están tratando de sacarme del negocio de puro aburrimiento.» 3. Primer marido. «Era aburrido. Pensé que era amable. Pero era demasiado insulso para ser cruel. Siempre preguntaba antes de hacer algo. Uno no debería preguntar antes.» 4. Segundo marido. «Este nunca preguntaba. Nunca decía por favor. Nunca decía gracias. Nunca venía a casa. Yo había querido el opuesto absoluto, y lo obtuve. Al principio era intrigante, pero incluso los perfectos canallas se vuelven aburridos.» 5. El matrimonio se rompió después de que ella se metiera en la cama con el mejor amigo del marido, ante la sugerencia del marido. «A él le divertió. Pero lo que le molestó fue que yo también me divertiera.»

La larga polla de la ley

El timbre de la puerta tisonó.

Jocelyne no era muy amiga de usar ropa. Cuando bajó a abrir llevaba puesto un largo chaleco que no cumplía realmente con los deberes que se supone debe cumplir la vestimenta.

¿Cómo habrían sido las cosas si nos hubiéramos conocido antes de estar los dos tan chamuscados, casi quemados? En todo caso, ella era demasiado solicitada, tenía demasiado éxito como mujer para molestarse demasiado por mí. Un poco de maternidad va bien con cualquier mujer, pero ¿quién querría adoptar los sextillizos de problemas que yo represento?

Jocelyne hablaba en voz baja, con tono de cosa concreta, no tan seca como alguien lo haría con, digamos, un testigo de Jehová o un vendedor ambulante, pero no tan cálida como lo sería con un amigo o conocido.

Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo.

Había un zigo allí que trataba de no lanzar su mirada al torso de Jocelyne. Instintivamente, supe que era el corso. Uno podía oír sus chasquidos como si fuera un trozo de panceta sobre el fuego, a pesar de que Jocelyne había sacado a relucir su lápida mortuoria.

—Tengo un problema, verá usted, Jocelyne —disparaba él—, tengo que seguir el rastro de una cantidad de criminales peligrosísimos, pero todo lo que puedo hacer es pensar en usted. Mi trabajo se ve severamente obstaculizado. Como buena ciudadana debería usted ayudarme.

Jocelyne tenía los iris de granito.

—Se lo dije. Estoy con alguien.

—Nadie es perfecto —replicó él. Tuve que saludar su energía y franqueza—. Usted debería apiadarse un poco de mí antes de hacer algo que me ocasione la desgracia.

Pude ver que la hora del portazo estaba cerca. No era un hombre sin atractivos, así que era más bien extraño que lo eliminara de la carrera un filósofo que era un zifiído avejentado, con un puesto en la clasificación mundial que en términos de aparcamiento subterráneo estaría en un nivel —20 y cubierto de aceite.

—Va a obligarme a irme a mi casa y hacerle el amor por mi cuenta.

—Mi amigo está esperándome arriba —dijo ella, incisiva como la sierra de un forense.

—En otro momento —dijo él, sin dejarse abatir por su fracaso a la hora de meter un pie.

—Lo que yo pienso es No —dijo Jocelyne, y dejó que la puerta dijera adiós.

—No estoy seguro de que vaya a hacerte ningún bien —observé yo, un viejo reincidente de la catástrofe, cuando ella volvió a subir.

—Bueno, sobre eso se puede discutir —dijo ella sonriendo.

Esta es una brillante obra filosófica disfrazada de frase.

?)???????)???)>))>))

De vuelta a casa, me encontré a Hubert echado en el suelo metido en el interior de una enorme maleta y cubierto por una manta, como un cazador de primera línea en su puesto. El comando roedor había salido de su retiro durante la noche; había acabado con mi paté trufado, evitó el veneno para ratas que Hube le había servido y dejó algunos *souvenirs* metabólicos.

Hube, a través de sus informantes secretos, ya había percibido que el corso estaba tras nuestros pasos. Se enardeció al enterarse de que el corso había estado rondando a Jocelyne puesto que *a)* era poco profesional y, *b)* con uno de los trajes que le había proporcionado su amigo el modisto, él había ido al departamento de policía a buscar al corso.

—¿Por qué?

—Porque tenía curiosidad por conocerlo. Quería evaluar a nuestro oponente.

—¿No era arriesgado hacer eso? —Yo no estaba preocupado; ya habíamos superado ese estadio en el que la preocupación sirve para algo, como una botella de agua en el fondo del océano. Sólo zeteaba la conducta de Hubert.

—Somos los intocables. Somos invencibles.

—Pero sólo hasta que ya no lo seamos. De todos modos, la idea es que la policía nos busca a nosotros, no que nosotros busquemos a la policía.

—Más libros —dijo Hubert y salió de su escondite—. No me siento suficientemente culto. Puedo sentir cómo crece mi estupidez.

Yo no tenía especiales ganas de salir pero se me ocurrió que un par de volúmenes pesados tendrían a Hubert encarcelado con toda felicidad y le darían la pereza suficiente para abstenerse de crear problemas y robar bancos. Hubert leía muy lentamente (pero con mucho cuidado: uno podía ver cómo se convertía en uno de esos estudiantes peligrosos que te obligan a trabajar).

—Elige algunas cosas para mí —dijo, cuando entramos en la librería.

Yo abogué por un par de Diógenes Laercio: eso le haría callar. Pero era una librería pequeña, con un montón de libros sobre dietas y memorias de políticos y actores, y unas cuantas novelas con mujeres semidesnudas en la cubierta.

Hube recorrió los estantes y luego se volvió hacia el vendedor, que tenía el aspecto y la ropa de un joven conferenciante de sociología.

—No encuentro la sección de filosofía —dijo Hube, con el ligero retintín de lo que yo comenzaba a reconocer como su voz de hacer teatro.

—No hay —contestó el vendedor, muy poco vendedor y minimalista en sus respuestas, pues concentraba toda su atención en una revista.

—Entonces ¿dónde voy a encontrar a Diógenes Laercio? —preguntó Hubert, con lo que ahora podía confirmar como una leve esperanza de que DL no hiciera una repentina aparición. El vendedor estaba detrás de un mostrador bajo y se me ocurrió que tal vez estaba a punto de apreciar ocularmente el muy celebrado pateamiento de mostrador.

—No lo va a encontrar.

—¿Quiere decir que no tienen nada de Diógenes Laercio? —dijo Hube, indignado y complacido al mismo tiempo. Zapateo zeb en preparación.

—¿Quién lo tiene? —dijo el vendedor sin apartar sus pupilas de la revista, ni decorar sus palabras con revestimiento alguno de lamento, ni hacer nada como ofrecerse para pedir un DL, o recomendar un lugar a la vuelta de la esquina que pudiera tenerlo en el depósito, y empleando en cambio un tono que aspiraba a bloquear como si fuera una calle toda continuación en el interrogatorio o la conversación. Uno de los rasgos del capitalismo avanzado es que generalmente está ejercido por gente no muy preocupada por vender nada: una de las consecuencias de una sociedad en la que, es triste decirlo, la gente no se muere de hambre si pierde su empleo.

Hubo un zam-zum-mim de una pila de libros sobre dietas.

—¿Cómo hago para perder peso, profe?

—Menos comida, más ejercicio. —Soy bueno para las sentencias.

—¿Oíste eso? Este hombre sabe acerca del saber. ¿Por qué no limpias el lugar de esta basura y traes algunos libros? Si la gente necesita consejos para perder peso, puedes darles esta fórmula fácil-de-recordar. De ese modo harás un servicio más eficiente tanto a tus clientes como a las letras.

—Se venden.

—¿Así que llamas a esto librería?

En ese momento el vendedor levantó la cabeza. Sus ojos recorrieron el lugar de manera inquisitiva.

—A mí me parece una librería.

Yo estaba sorprendido de que el muchacho no percibiera las señales de peligro: Hubert ya tenía aspecto de perro harto y hambriento al mismo tiempo.

La patada al mostrador, calculé, estaba a punto. Hubert me había narrado con detalle cómo pasó

años de su vida perfeccionándola en la cárcel. El esplendor de la patada reside en el hecho de que los que están detrás del mostrador no se esperan una bota en los morros. Yo casi estaba esperando que sucediera, a pesar de que tenía bajo el cinturón dos décadas de pereza y mala conducta profesional mucho peores que las del vendedor, pero unos cuantos años de hacer compras pueden volverte muy cruel.

—Veo que tienes ojos en la cara —respondió Hube, y buscó dentro de su gastada pero espaciosa cazadora de cuero—. Tengo una pregunta para ti. ¿Tendría yo razón si llamara a esto un arma?

Había sacado una ametralladora, la Mac-10 9 mm, y la ejercitó sobre los libros de dietas: los adelgazó junto con toda la escoria adyacente y los tiró abajo con treinta y dos tiros de su cargador Zytel a 1100 descargas por minuto (yo también estaba recibiendo algo a cambio de mis píldoras filosóficas) mientras hacía zetas con su mano sobre la culata. Los libros saltaron alrededor como habichuelas saltarinas que definitivamente tienen ganas de saltar.

No hay nada como la amenaza de una herida grave o de la muerte segura para atraer la atención de la gente, particularmente un martes anodino en una pequeña librería de Montpellier.

—Tiene toda la razón —dijo el vendedor, con lo que debo acreditar como una rápida y excepcional consecuencia, que apareció corriendo de la nada impulsada por la Mac-10—. No podría tener más razón. —Y agregó como muletilla—: Jamás he conocido a nadie que tuviera más razón que usted.

—Fuera dice librería —sermoneó Hubert—. Si hubiese dicho mierdería yo no me habría molestado. Pero cuando la gente entra aquí, espera algo. Belleza. Verdad. Escape. Usted está vendiendo papel encolado, no libros. Le recomiendo que cambie su mercancía o que la amplíe de forma considerable. Necesita una sección de filosofía. Algo que estremezca el corazón y caliente el cráneo.

«Vendremos a revisar. Y no será la semana próxima, no cuando la policía ande rondando, no cuando usted lo sospeche. Y si las cosas no han cambiado, no van a ser los libros los que reciban los agujeros. Son mil francos por las balas y la consultoría.

Había quinientos francos en la caja, y el vendedor sólo tenía trescientos encima, así que Hubert le cogió su bolsa de comida y un diccionario.

Nos esfumamos de allí con algo menos de vigor que después de trabajar bancos, pero con elegancia.

—Debimos haberle cobrado más —comentó Hube retrospectivamente—. Estrellas como nosotros no deberían trabajar por calderilla. Ese cretino se va a gastar la lengua contando esta historia. Acabamos de darle el momento más excitante de su vida. —Me imaginé que Hube estaba pensando en volver y establecer con el chico un pago semanal.

—La gente no valora las cosas hasta que paga por ellas. Sólo las amenazas pueden ser gratis. No cuestan nada, pero pueden funcionar.

Yo por mi parte tenía una extraña sensación de logro, por una vez mis trampas habían encontrado el cómplice correcto. Hube no estaba satisfecho con los procedimientos.

—Fue demasiado fácil. Un mono pudo haber apretado el gatillo. —Desprendió el magazine, vació la cámara y luego arrojó el arma a un cubo de basura—. Vamos a tener que elaborar algunas reflexiones sobre esto..., cómo lograr este mismo efecto sin balas.

Siguió caminando.

—No me siento nada bien —dijo.

Todavía Montpellier

Estoy saludable hasta la preocupación. Debo de estar verdaderamente enfermo si no me siento enfermo.

Incluso atrapé a la rata.

Hube entró y me anunció que teníamos que mudarnos. Frédéric, que aparentemente seguía quitándose cemento de entre los dedos de los pies, ofrecía una recompensa sin precedentes por la cabeza de Hubert, de hecho por cada parte de su cuerpo. Dado que la gente del barrio comenzaba a pedirle a Hubert un autógrafo, finalmente acabó reconociendo que lo apropiado era la técnica consagrada por el tiempo de poner distancia entre uno y sus problemas.

—Pero no me voy a ir hasta que atrape a la rata —insistió.

—No seas retrógrado, Hubert. ¿Por qué entregarle a Frédéric lo que queda de tu vida? Debimos habernos marchado de aquí hace mucho tiempo.

—La rata me recuerda a Emile —dijo él.

Le ordené que saliera y alquilara un coche. Mientras estaba ausente, para mi propia diversión, preparé la jaula de un loro que había dejado el ocupante anterior. Era obvio que el ocupante anterior permitía a su zigodáctilo aleteos por la casa, puesto que tropezabas con sus plumas y excrementos por todas partes, principalmente en los lugares donde uno no querría encontrar pluma y hez de un loro.

Preparé la jaula como una trampa a la antigua, con cebo y un largo trozo de cuerda. Fui al otro cuarto y, cuando apenas comenzaba a reflexionar acerca de las leyes universales de las cosas, oí un sonido escurridizo en la jaula. Tiré de la cuerda y oí el golpe sordo de la jaula sobre la alfombra.

Más que arrepentida, a la rata se la veía muy abatida por haber caído en algo tan obvio. Difícilmente podía saber ella que yo estaba más abatido todavía ante la idea de que esta incursión en la cacería de ratas era uno de los momentos de mayor éxito de toda mi vida. Le serví una última comida de pan de centeno fresco.

Cuando volvió Hubert le ofrecí como regalo la rata enjaulada para que la condenara a su gusto, y así podíamos irnos.

—No, eso no está bien. No voy a dispararle así como así —rechazó Hubert.

Yo protesté que no era el momento apropiado para que él se pusiera a perseguir ratas. Si él quería darle una oportunidad deportiva, le sugerí que le pasara a la rata un arma o que la llevara con nosotros para disponer, en fecha posterior, un entorno equitativo en el cual tratar con ella.

—¿Sabías que en la India hay gente que venera a las ratas, que las ve como espíritus guardianes, porteros de la buena fortuna? —La India es un poco como Nueva York, puede encontrarse cualquier cosa que uno busque.

Esto dejó a Hubert sin voz. Guardamos nuestros bienes, empaquetamos a la rata (siempre atentos al riesgo de zoonosis) y nos fuimos en el coche sin que Hubert esparciera sus pensamientos. Se mordió el labio y arrastró la mirada a lo largo de las calles que pasaban a su lado.

—Creía que habías sido tú quien había cambiado mi destino, profe. Pero, ¿sabes?, mi suerte cambió en el momento en que alquilé ese apartamento. Yo te conocí después de haber conseguido el apartamento.

—Pensé que habías encontrado el apartamento después de nuestra primera salida.

—No, lo he pagado después de nuestra *premiere*, pero ya había firmado el contrato. Por eso me dejaron salir, para buscar la fianza. En Les Baumettes había alguien que tenía un hurón de la buena suerte. Se le cayó una pared encima después de que a Emile le hirviera el hurón en el café.

Así fue como la idea de que la rata podía estar ratificando nuestro éxito arraigó en Hubert. La rata fue bautizada con el nombre de *Tales*.

Tríptico

Naturalmente, no tenía sentido seguir conduciendo un largo trecho sin asaltar algunos bancos en el camino.

Mientras avanzábamos hacia Marsella a toda velocidad, yo estuve abrigando la idea de cogerme un sabático de la villanía.

—Me alegra que podamos tomárnoslo con calma durante un tiempo —comenté. Hube miró por la

ventana de un modo que trasuntaba que no estaba mirando fuera por la ventana enteramente por un deseo o capricho de hacerlo.

—Tuve que encargarme de Frédéric —dijo Hubert, que era su manera de decir que había x) localizado el efectivo que yo escondí en el forro de mi maleta, y) comprado y plantado dos bolsas de heroína en el depósito del baño de Frédéric y luego z) contado su existencia a la policía—. Si te hace sentir un poco mejor, profe, me costó uno o dos minutos encontrar tu escondite.

—Entonces ¿cuánto nos queda?

—Estamos bien para el almuerzo. No tengo demasiada hambre.

Ergo pegamos el zarpazo a tres bancos camino de Marsella.

Métodos usados

Me estaba volviendo, lo confieso, un poco chapucero.

1. Marxista: «Tú decides que eres la vanguardia del proletariado y por lo tanto puedes hacer lo que quieras porque estará en el sentido de la historia».

2. Estoico: «Quédate muy tranquilo».

3. Positivista: «Sí, estoy positivamente seguro: quiero robar este banco».

Las redistribuciones resultaron mediocres, sin contar con el número tres, en Arlés, que estrictamente hablando no fue un robo de banco, si es que fue algo. No creo que se haya inventado la palabra todavía.

Salimos del coche con el pie equivocado. Hube se enfureció por la camisa violeta que llevaba puesta una de las cajeras.

—¿Cómo puede ponerse una cosa así para trabajar? Es irreal.

La cajera era una chica recién licenciada que no tenía idea de cómo tratar a un ladrón.

—Disculpe, ¿usted es un ladrón de bancos o un cronista de moda? Esa cazadora me despista; es vinílico legítimo, ¿verdad?

Las ganancias fueron demasiado para Hubert, demasiado poco: cuatrocientos francos.

—¿Dónde está el gerente? —preguntó Hubert furioso. El hombre se materializó, como era debido, por la parte trasera—. Oiga, su personal es grosero y no sabe vestirse.

—Un momento —intervino la cajera—, mi abuelo es ciego, nunca salió de su pueblo, pero aun así nunca se pondría una basura como ésa. Hay gente en Africa que se muere de hambre y con todo tiene mejor guardarropa.

—Soy un ladrón de bancos, ¿de acuerdo? Esta es mi ropa de trabajo. Oigan, ¿cómo pueden pretender que esto sea un banco si no tienen más que cuatrocientos francos? Yo llevo encima más que eso.

—No nos ha avisado que iba a venir. Es día de mercado. —El gerente se balanceaba sobre sus pies, haciéndose el zopenco, pero la cajera se negó a cederle terreno a Hubert, y éste explotó.

—¿Saben qué? Pueden quedarse con su dinero. No robaríamos su dinero aunque nos pagaran encima. Es un privilegio ser robado por la Banda del Pensamiento. Un privilegio, ¿me oyen? No tocaríamos ninguna de sus podridas sucursales ni con lenguas de fuego. Pero déjenme que por esta vez les eche una mano —dijo Hube, y les arrojó un par de miles.

Llegamos a Marsella. Nos separamos y trabajamos sobre un esquema de extraños *rendezvous* en los andenes de la estación de ferrocarril: número uno a la una el lunes, número tres a las tres el miércoles y así en adelante en la eventualidad de que uno de nosotros no se presentara. A Hube le encantó el plan.

›?????????????????????????????›

Año ro mi Lexicón.

La mejor compra de mi vida

Mi compra de un Lexicón Intermedio griego-inglés de Liddell y Scott. El peligro mayor de ser una persona dotada es que uno podría no llegar a aprender nunca cómo hacer un esfuerzo. No es que yo me considere a mí mismo una persona dotada, pero nunca comprendí la dificultad que tienen algunas personas para aprender idiomas, digerir la gramática, memorizar las palabras. Yo siempre sobrevolví mis exámenes, ése fue mi problema.

Recuerdo lo duro que trabajé en la venta de periódicos para ganar dinero. Por supuesto me despidieron del trabajo, pero me dio tiempo a ahorrar algo.

Uno no podía comprar el Lexicón en Macclesfield, había que encargarlo. Esa era la mitad de la diversión.

La peor compra de mi vida

Tenía trece años. Cuando recibí el Lexicón sólo conocía los rudimentos del griego. Pero corrí a casa con el libro y me quedé en vela hasta muy tarde para aprendérmelo. Metí algo de ropa en la rendija inferior de la puerta para que mis padres no pudieran detectar la luz con la que estuve leyendo hasta la madrugada. Sentía que estaba consiguiendo algo que no puede conseguirse en ninguna otra parte y que difícilmente conocería ninguna otra persona. Una palabra llevaba a la otra. Un círculo semántico. No podía detenerme. Solía sentarme en la escuela y pensar: genial, pronto iré a casa y podré darle al Lexicón.

Este frenesí fue el fundamento de mi carrera; mi tesis doctoral sobre el vocabulario jónico estaba casi lista antes incluso de que yo llegara a la universidad. Obtuve tales conocimientos en griego que, a pesar de que había levantado el pie del acelerador, terminé chocando contra el muro final de la educación superior.

Esclavos

Su control, como el mejor control, es invisible a la mayoría.

Pero sus colonias están en todas partes. Colonizaron a los romanos, los árabes, los persas, los indios. Con otros lenguajes como pantalla, ahora operan de manera global. Fueron la primera y la más grande multinacional. Su polvo se ha asentado de forma pareja sobre todo el orbe.

Cada universidad es una de sus fundaciones. En cada rincón del mundo hay ojos que trepan sobre alfas y betas, zetas y etas; por todas partes hay científicos que buscan psis y omegas.

No existe un imbécil, asaltante, médico o político en parte alguna del mundo que pueda abrir la boca sin emitir algún vocablo en griego macarrónico.

El Lexicón, en todos aquellos años en que sólo había hecho barruntos de asuntos, nunca me defraudó. Nunca me defraudó.

Jocelyne levantó de la cama mi ejemplar del *Arte de disfrutar* de La Mettrie. Siempre he pensado que *les philosophes* estaban de algún modo malcriados porque quien se ocupaba de impulsar sus carreras por ellos era ese monstruo, ese zam-zum-mim de sexo y violencia: la Revolución. Pero La Mettrie siempre excitó mi admiración por conformar una vocación a partir de su autoindulgencia y por hacer bibliografía de su sensualidad; un demonio eudemonista que se devoró a sí mismo hasta la muerte y que murió con la cuchillería en la mano.

—Eso es todo. Las teorías son teorías. El verdadero secreto del Universo es ser capaz de disfrutarlo. Disfrutar lo que uno tiene. Eso hará que los cielos se meneen.

Hicimos lo mejor que pudimos.

Ya en la puerta, ella se detuvo y me estudió como si tuviera una sala de exposiciones sobre mi frente. Entonces me pegó una bofetada.

—¿Qué es esto?

—Un adelanto. Acabarás haciendo algo que me desilusionará, y en ese momento tal vez no esté cerca para dártela.

Uno yace en la cama y piensa: debería estar en alguna parte emborrachándome a muerte.

Contemplo la posibilidad de tener un hígado indestructible, que atravesará los siglos como un prodigio médico, y que mucho después de que el resto de mí se haya descompuesto, será trasplantado de paciente en paciente, como una joya de familia.

En cuanto logré levantarme, fui al *rendezvous* con Hubert.

Fuimos a tomar una copa en un lugar recomendado por él. No podía entender por qué motivo alguien podía recomendar un lugar como ése; parecía estar abierto en la roca viva, y decorado con los restos del bar anterior donde me habían aporreado. La clientela tenía la delgadez y la malicia incurables de la zona que sólo ha experimentado una pobreza y unas instituciones penales particularmente restrictivas.

Hube estaba cada vez de mejor humor, alborozado por los documentos que había conseguido. Me pasó un pasaporte.

—Todavía calentito del turista. Este te irá especialmente bien.

Pero no era un bar que recibiera con los brazos abiertos a filósofos globulares con un lugar asmático en la clasificación mundial. Después de dos cervezas, sentí un siseo cerca de mi cabeza y una sensación húmeda que me hormigueaba por la nuca. Vi que Hubert se quedaba con la mirada fija detrás de mí como si contemplara un tramo de mal camino.

Me volví para ver un bote de aerosol de pintura azul sostenido por un diminuto norteafricano; la pintura la habían aplicado sobre la tela virgen de mi cráneo. Al aero-solista lo sujetaban de forma contundente otros seis amigos, más grandes y dicharacheros. Como siempre, es el enano el que quiere darse importancia, subido a los hombros de los demás para hacer sus bromas.

—Estoy pintando —aclaró—. ¿Algún problema?

Fórmulas imperecederas de palizas 1.1

Es, por supuesto, un clásico del género. Desde el momento en que el primer homínido agarró una herramienta aporreante en un valle cualquiera e hizo el primer paté de calvo, hasta el más elegante reducto de veraneo de cualquier ciudad actual, se trata de una fórmula siempre en uso.

Si se consideran mentalmente las guerras, las hambrunas, las montañas de miseria que atosigan nuestro cuerpo celestial, no es tan terrible prescindir de un poco de pintura pintarrajeada por un peso mosca de dos palmos que quiere jaranear a tu costa.

—Depende de lo que esté pintando —recurrencia a la evasión filosófica.

—Pelo azul. Me gusta.

—No somos turistas —intervino Hubert en lo que percibí, aunque no así la concurrencia, como su última dosis de contención.

—Y tú —exclamó el pintarrajeador mientras echaba chorros en la cara de Hubert—, tú necesitas un cutis nuevo.

Hubert tomó una botella de la mesa mientras los siete se colocaron en sus puestos para una buena zurra.

—Tengo una enfermedad, muy fatal, muy de moda —dijo, se pegó con la botella en la cabeza y se desplomó al suelo. Enseguida quedó claro que la prolongación de su contacto con el suelo no fue un truco elaborado sino una sobreaplicación de la botella.

Como un relámpago me agaché junto a él, que lamentablemente no se había aislado de la realidad. Si uno va a personificar una pelota de fútbol, antes conviene pillar una buena curda.

El dolor, tal como su nombre indica, es doloroso.

Nuestra carrera como pista de baile llegó a su fin y nuestros asaltantes nos dejaron para ir a tomar una copa; era un establecimiento donde nadie se hacía demasiadas preguntas sobre parroquianos bien zapateados que ensuciaran el suelo.

Me dejaron atrapado con un dolor suplementario cada vez que trataba de moverme. Me pregunté si los que ponían al mal tiempo buena cara en la antigüedad reaccionarían así de sanguinarios cuando

les pateaban.

La etiqueta al parecer exigía dejar que los humillados sangraran tranquilamente en sus charcos. La plebe no mostraba inclinación alguna por acercarse; pasó bastante rato hasta que me las arreglé para arrastrarme hasta donde estaba Hube y manotear en su cazadora en busca de lo que me interesaba. Luego pasaron algunos minutos hasta que alcancé alguna verticalidad y logré que los revoltosos hicieran crónica visual del arma de Hube.

Nunca había experimentado realmente la deliciosa expectativa de infligir a alguien un gran daño. Medité en lo que grandes maestros como Zoroastro, Confucio o Jesucristo habrían hecho en una situación como ésta, pero lo cierto es que, por supuesto, ninguno de ellos contaba con la asistencia de una Magnum 0,50 Aguila del Desierto (Oxido Negro Standard, con rifle poligonal para mejorar la obturación entre bala y calibre..., ¡hey!, cuando tengo la película, tengo una memoria fotográfica) y siete descargas de municiones de punta hueca con cobertura de 325 gramos que, como Hubert me había explicado, hacía tales destrozos en la carne en su camino de salida del cuerpo que los médicos salían corriendo a buscar sus cámaras.

Demócrito: un error no rectificado es un error doble.

La violencia tiene mala prensa. No es tan terrible cuando uno está en el bando correcto, sino más bien divertido, lo cual explica en buena medida su duradera popularidad.

—Jjjcuhhnn hhjjs nn ggghhraah huua —dije, y no me sorprendió que no pudieran entenderme. Mis dientes estaban esparcidos de la forma más espaciosa; mi boca andaba repartida por medio bar, si se marcaran dentalmente los límites orales. Al detectar una imagen de mí mismo en un espejo, observé con mis ojos reducidos a ranura que llevaba puestas unas enormes gafas de cristales violeta y que mis labios se habían convertido en un bote salvavidas. Esta perspectiva, asociada al dolor en aumento, no me inclinaba hacia la comprensión y el perdón, que además pueden privarte de una buena porción de regocijo.

Con mímica le indiqué al barman que hiciera algo para traer a Hube.

Mientras él trataba de rearmar el audífono destrozado de éste y después de haber sacado de su estuche otra pistola más pequeña (pero, con todo, una adecuada despachadora de almas), Hubert se hizo cargo de la ceremonia.

Nuestra audiencia cautiva tenía aquella mirada de ya-sa-bía-yo-que-debí-haber-traído-el-arma-esta-noche.

Hubert jugueteó con su audífono destrozado, aunque era obvio para aquellos de nosotros que carecíamos absolutamente de todo conocimiento sobre el diseño de audífonos que sin importar lo que el futuro tuviera reservado a los fragmentos, no se trataría de funcionar como audífono. Era un mudo espectáculo del estado irreparable de nuestras relaciones.

—Tú —dijo Hubert finalmente, indicando con el cañón de su pistola al artista de la pintura—. ¿Tuviste una infancia desafortunada? ¿Con privaciones? ¿Abusos? ¿Sin oportunidades?

—Sí —vino la incierta respuesta.

—Bien —dijo Hubert—, es un comienzo. Esta noche vamos a realizar un pequeño experimento; preparémonos. Mi primera pregunta: ¿Quién le arrancó los dientes a mi amigo?

Silencio. ¿Resolución? ¿Ignorancia? ¿Culpa colectiva?

—Ah, ¿es esto lealtad? ¿Es esto amistad? Notables virtudes. Qué tal si las ponemos a examen, ¿eh?

Ante el requerimiento de Hubert, el barman se las arregló para hacerse con un martillo y unos clavos.

—Muy bien, la cosa funciona así. Yo te pido que claves el labio de uno de tus amigos a esta barra. Si te niegas en tu calidad de amigo incondicional, me quedo impresionado por tu lealtad y te vuelo la cabeza. Cualquier vacilación es un disparo en la pierna.

Nuestra macabra apariencia (yo me veía como una deshilacliada bandera del Reino Unido pasada por ácido, y Hubert estaba peor) le dio cierto empaque a estos prolegómenos. Sin embargo, una vez instruido el pintor para que se pusiera a trabajar, uno del septeto trató de esquivarlo y Hube tuvo que dispararle en la pierna.

—Deberías hacértelo mirar —comentó—, podrías desangrarte hasta morir.

Se adujeron los clavos. Finalmente, sólo quedó el pintor, con el aspecto preocupado que debe tener un hombre cuando acaba de clavar a la barra de un bar los labios de otros seis individuos mucho más grandes que él y abiertamente más agresivos, después de rociarles las caras de azul y sacarles a martillazos los dientes responsables de las relaciones públicas, y que aún debía preocuparse por un amante del gatillo como Hube.

—Muy bien —concluyó Hube—, ahora ¿puedes darme una buena razón para no volarte la tapa de los sesos?

—Haría infelices a una cantidad de mujeres —propuso el pintor, lo que encontré bastante ingenioso, considerando la situación en la que se encontraba.

—Lo siento, no puedo oírte —dijo Hubert soltando un disparo a la entrepierna—. Estoy seguro de que tus amigos se ocuparán de atenderte.

—Eres un hombre muy peligroso, profe —me halagó Hubert cuando nos fuimos.

—Nnnnoohh zzeh uhar agggmahhh.

—Sí, un arma descargada no es muy peligrosa. Ellos podían ver que eras puro nervio.

—Ppporgghh kke ppagggah oogghho zzzí.

—Por eso ese revólver estaba descargado. Yo ni en sueños usaría un arma cargada para robar un banco: se puede disparar. Somos filósofos, no criminales. Sólo llevo la otra como autodefensa.

Le hice señas a un taxi.

—Gghe vaaahh aa zzzer ddu. ¿Ddee ggeddirass?.

—Un rato a solas, para pensar nuevos métodos. Ilustriosidad.

—¿Ggheamente o tennnehhh?

—Es lo que dicen los médicos. Puede ser una pésima broma médica que se expande por todo el país, supongo.

Jocelyne estaba fascinada con mi cara.

—Como disfraz es brillante. Yo no te habría reconocido.

Después de mejorar el mundo, ella se fue a la cocina y trajo una botella de Zédé.

—Deséame feliz cumpleaños.

—Si lo hubiera sabido, te habría traído algo.

—Sería hermoso algo de sabiduría.

—Créeme, si tuviera alguna me aferraría a ella con las dos manos.

—Todos conseguimos un poco. Yo debería haber empezado mi rejuvenecimiento a los veintiséis años. En este momento podría hacer algo bueno si tuviera dieciséis. Ahora sé cómo identificar a un buen hombre y pescarlo.

Comenzó a pintarse las uñas. Las uñas de Jocelyne habían ocupado una parte de mi memoria cuando estaba robando su banco. Cada una tenía un color diferente. La negra era la más impactante, pero había observado que su posición cambiaba cada semana.

—Me la pinté por mi primer novio —dijo—. Era inteligente: murió antes de que pudiera encontrar algo en él que me disgustara, antes de hacer algo que me hiriera. Se convirtió en algo así como en una idea dañina. Resolví que una parte de mí debía tenerlo siempre en la mente, en duelo constante. Eventualmente agregué los otros colores, la extensión del espectro: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta y blanco. Como un recordatorio de que hay otras cosas, y también porque es algo que le molesta a mi jefe hasta la locura.

—¿Y la uña sin pintar?

—Podríamos decir que es porque ninguna teoría puede cubrirlo todo. O podríamos decir que esa uña tiene los colores que no pueden verse.

Las Armas de la Indiscreción

—Después del segundo divorcio, decidí que debía estudiar el trasiego entre hombres y mujeres. Tú conoces la significación del número tres; tú sabes lo que te provocan tres matrimonios que fracasan. Ese es el motivo por el que nunca me casaré otra vez, aunque eso suponga dejar pasar alguna buena oportunidad.

»Pero yo quería ir más allá de mi propia experiencia, estudiarla como si fuera una disciplina hecha y derecha. Quería tener las vidas privadas de los otros, para así poder hacer comparaciones. Por eso abrí un pequeño hotel.

—¿Qué hiciste? ¿Pusiste micrófonos en todas las habitaciones?

—Exactamente.

—¿Descubriste algo interesante?

—Por lo general no. La lección más importante fue lo difícil que resulta no perder de vista a la gente. No me sorprende que los estados policiales tiendan a ser pobres. Requiere demasiado esfuerzo. Los resultados fueron decepcionantes. Lo único que obtuve después de dos años fue comprobar la fácil disposición de las parejas a las disputas: pueden discutir acerca de cualquier cosa. Puedes meter cien parejas peleando en la cabeza de un alfiler. Eso y los baños; nunca te dejará de asombrar el estado en que la gente deja un cuarto de baño.

Se acercó a una cómoda, sacó de un cajón unos papeles atados y me los alargó.

—Pero después de esto vendí el hotel. A una pareja de veintitantos años. Franceses, me parecieron. Pero cuando entraban a su habitación, hablaban en otra lengua.

—¿Y esto qué es? —pregunté, mientras revisaba las páginas que eran una transcripción fonética.

—No lo sé, y lo que es más interesante, parece que nadie lo sabe. Envié la cinta y la transcripción a universidades de todo el mundo. Dime un departamento de lenguas, en todas lo he intentado. Desde Albania hasta Zaragoza. Nadie tiene la menor idea.

—¿Cómo era la pareja?

—Como una joven pareja francesa. Se quedaron una noche. Actividades de lo más común. Traté de hacer el seguimiento de la dirección que dejaron al irse, pero no dejaron más restos de ellos que de su lengua.

—¿Una broma?

—Ángeles.

—Extraterrestres bien afrancesados.

—Un par que lo incluía todo. Una nación de dos.

—Tengo que decir que, cuando te vi en el banco, pensé que estabas fuera de lugar.

—No, cuando yo te vi a ti en el banco, pensé que estabas fuera de lugar.

Se dirigió a la cómoda otra vez.

—Aquí está mi vida entera.

Me lo creo; era muy ordenada. Sacó de un cajón una fotografía. Una cartulina desmañada, una foto en blanco y negro tomada en una cabina: un rostro descentrado, la cara de un joven, con unas redondeces sin afeitar, el cuello fuera de posición, los ojos tirando al estrabismo, los labios torcidos en el límite de la mueca, un interesante problema.

—Es éste. Se marchó en moto hasta la eternidad y me dejó insatisfecha con los otros hombres. Cuando te vi, de pie en la fila, a pesar de que eras más viejo, más gordo y más extranjero, supe que habías vuelto.

Mis amigos pierden sus teléfonos 1.1

Descanso mi consciencia en el teléfono. Levanto el receptor y oigo su ronroneo electrónico.

Tengo claro, cada vez más claro, que mis amigos son la única cosa que voy a echar de menos. Además de la avalancha de terror que acompaña la perspectiva de volverse un esqueleto, lo que me molesta es la idea de perder el puñado de personas con las que puedo tener una conversación decente. Te lleva una vida entera conseguirlos. Perder la vida no es tan malo, pero perderlos a ellos sí lo es.

El tono de mi teléfono cambia, impaciente por la falta de uso.

No existe (que yo sepa) un santo patrono de los robos de bancos. San Calixto (la burbuja explota en el 222 d.C.) sería un buen candidato. Lo pusieron a cargo de un banco, los fondos se evaporaron y él escapó a Roma. Pero a pesar de su travesura, el Papa Zefirino le adjudicó un cementerio, especialmente popular entre los ex obispos de Roma. A su debido tiempo Calixto tiró el corto cayado y se convirtió él mismo en Sumo Pontífice. Moraleja: meter la mano en la olla no necesariamente te tiene que impedir llegar hasta el final en este mundo y en el próximo.

Que vengan los Papas 1.2

No existe un santo patrono de las causas perdidas (que yo sepa). Un buen candidato podría ser san Zóximo. Durante su expiración se mantuvo tan quieto que lo metieron en el cajón varias veces antes de que fuera encajonable. Moraleja: sólo porque parezca que todo ha terminado no significa que haya terminado.

Los Papas no están funcionando. O no tengo nada o tengo demasiado que decir; no hay nada guardado en el depósito que llene la duración de una llamada telefónica. Además de la sensación de que, yo o ellos, hemos sido transferidos a otro planeta.

Devuelvo el receptor a su receptor. Una Z de desánimo me atraviesa la garganta.

píPíí????????????????????

Robar tiene esa ventaja: uno puede trabajar las horas que quiera y puede verificar, cada vez que le dé la gana, que su

cama funciona de la manera apropiada. (El problema son las prolongadas condenas a prisión en compañía de personas a las que su afición al excremento es groseramente injusta para el excremento.)

Desventajas de quedarse en la cama 1.1

Llevo más de cincuenta años y todavía no he podido encontrar ninguna. Avísenme si a alguien se le ocurre alguna. La pereza rara vez recibe lo que se merece. Me imagino que se debe a que sus votantes son demasiado perezosos para componer panegíricos en su honor. Es el almuerzo gratis el más fácil de los vicios. Sin límites, libre, inextinguible, la fría fusión de la degradación. El zeb. Puede uno hacerlo dondequiera, y si se hace de la manera correcta, nadie tiene por qué saber nunca que lo está haciendo. Cualquier otra cosa requiere algo de tiempo, ciertos preparativos, un poco de dinero. La pereza, como algunas de las ideas de Dios, está en todas partes. Y sin riesgo de sobredosis.

Desventajas de quedarse en la cama 1.2

Todo sea dicho, no se puede beber en la cama; a menos que te apliques una sonda. La bonificación de estar todo el día en la cama (con la esperanza de que las ideas brillantes se abran camino a través de tu mente) aparece cuando uno por fin se levanta y se siente virtuoso por no haber bebido nada, de manera que puede salir a beber algo para celebrarlo.

Sospecho que la mayor parte de los adictos en realidad no quieren dejarlo (porque no es probable que uno se haga adicto a algo que no le gusta o que no le represente algún tipo de valor) sino que quiere una relación operativa, el compromiso necesario para una sociedad a largo plazo. No quiero ser liquidado por los líquidos. Algunas veces.

Sortie en dirección al bar, el Zouave. Cuando uno quiere un trago, es un trago y ninguna otra cosa más que un trago lo que vale.

Al acercarme al bar pasé al lado de una ambulancia que, con las luces parpadeantes, estaba detenida en medio del camino. Se había congregado una considerable multitud. Cubren a alguien sobre

el asfalto con una manta; la muerte acaba de dispararse. Uno sabe desde una distancia de cincuenta metros y sin título de médico que la víctima no va a sobrevivir.

Atravieso el círculo de contempladores, echo una mirada al parabrisas peatonado de un coche, un par de policías tomando notas. Hay una ligera nevisca, pero el grupo no se mueve de su lugar.

No sé por qué a aquellos que se coagulan en incidentes como éstos se les desprecia a menudo con el epíteto de macabros. No es eso en absoluto. Todos hemos visto cuerpos destrozados, tienen poca fascinación. No es la seductora atracción de la aplastadura: no, a nadie le gusta ver a la Gran Oferta Especial llevarse a uno de un tirón. No te paras como un estúpido con la boca abierta, sino en señal de apoyo. Uno de esos deberes, como dar indicaciones o fuego, que uno no puede negarle a un extraño.

Dentro del bar y sin armar líos, doble Zamoyski. El interior está oscuro, pero en las mesas hay velas para darle una iluminación romántica.

Sin preámbulo alguno, mi alma toma el ascensor expreso al piso cuarenta bajo tierra. Mi jovialidad queda atrás, muy lejos.

Un único pensamiento

Un pensamiento rebota de arriba abajo dentro de mi cráneo: por favor, por favor, por favor, díganme qué está pasando aquí, se lo ruego.

Podríamos haber pensado que después de un par de miles de años de pensamiento de primera clase desde las mejores testas, el negocio ya habría alcanzado alguna posición. Pero todavía estamos enfrentados al horizonte, a la extensión de lo existente; las mismas llamas arden para mí que para Tales, y tenemos las ologías, la teleología, la aleteología y la escatología, pero no tenemos un pelo de gnomo de idea de lo que está pasando aquí. Cuentos de viejas esposas, discursos de viejos filósofos, sermones de viejos sacerdotes, un par de perspectivas de segunda y tercera mano.

Zut alors

Miro de hito en hito la vela. Parece muy real. Yo parezco muy real. Es una llama pequeña pero contundente, confiada. Un día una llama como ésa, con unos cientos de compañeros, podría reducirme a mi valor real. El polvo que ha perdido la gracia de no ser polvo. Zud. Quizá debería yo dejar instrucciones para mi entierro, pero lo que suceda con mis restos no tiene más interés para mí que el destino de un perro de caza zairiano. El hecho de no tener yo un cuerpo dentro del cual despertar, eso sí me preocupa.

¿Cuáles son las verdaderas unidades de medida? ¿Cómo se hacen flexiones espirituales? ¿Cómo se hace algo bien, y cómo sabe uno que lo está haciendo bien? El dos está a punto de encontrar los tres ceros, y nosotros todavía tenemos que elegir entre la abnegación del yo en el cuidado de los otros (visitar prisiones, plantar árboles, colonias de leprosos, hogares de asnos viejos, criar niños) o la abnegación del yo en un envoltorio-del-mundo fuera-de-catálogo confeccionado por aquellos a quienes el cielo les ha murmurado cosas al oído, o uno puede también dedicarse a un ismo.

Desde su refundación en 1883, los zutistas de París se encuentran en el 139 de Rué de Rennes (generalmente un jueves por la noche). Eran poetas que a todo le decían zut. Todos los ismos son zutismos; un artefacto cerebral que da respuesta a cualquier situación, un comodín.

El Universo y Yo

Con todo, nueve de cada diez veces los representantes del Cielo pueden tomar a los muchachos de la Razón cuando llega el momento de aislar la mente, y hacer pruebas contra el miedo, pruebas contra las pruebas. Admitamos que Dios elige encarnarse en el año 0 d.C. en una familia de carpinteros de Judea, o que pasar información a unos comerciantes de camellos no es más absurdo que las bromas subatómicas de los bosones z.

Desde el descubrimiento de la civilización, cuando la gente perdió los sabañones de la edad de hielo y una vez descortezado el lenguaje refinado durante la era holocénica, ¿qué zeta está sucediendo

y qué podemos hacer al respecto?

¿Somos algo más que trucos del polvo? ¿Primates de primera? Quiero decir que el universo parece ser una espantosa montaña de problemas para tratarse de una broma pesada.

Y nosotros, los jockeys de las ideas, ¿qué podemos ofrecer de todo nuestro largo exprimir de conceptos? Son los productos derivados de la filosofía, la matemática, la astronomía y la biología los que han cubierto algún terreno, los que han proporcionado cierto bienestar. La sabiduría nunca ha sido capaz de extenderse más allá del lapso de tiempo de una vida. Los hechos actúan como bolas de nieve. Tomemos 10^{83} . De acuerdo con los que llenan las bañeras, ése es el número de electrones en el universo. Supongamos que estén equivocados, elevemos la cifra a 10^{100} . Un googol. ¿Puede el negocio producir una figura, un garabato tan poderoso, tan abarcador como ése? Tan verdadero. Tan bien formado. Pero tenemos más cómo de los que sabemos usar; nuestras colonias de porqués persisten vacías. Y si Zu-biri tiene razón al afirmar que los profesionales de la física, los diseccionadores de pescado y los promotores de partículas nos dejan metafísicamente sedientos, no puedo coincidir con él cuando afirma que los refrescos los proporciona el negocio.

Se me ha pagado para examinar todo esto, a diferencia de aquellos que hurgan en el forro del mundo después de la desgracia, la pérdida, el fracaso. Me alegro de que nadie esté en posición de pedir que le devuelvan el dinero. No tengo mucho que mostrar: una pila de libros, el más viejo de los tópicos: ¿qué estamos haciendo aquí? Pero lo cierto es que los tópicos suelen ser verdades de las que estamos aburridos.

Uno puede luchar con eso hasta que su mente explota; es como tratar de levantar un balde dentro del cual uno está de pie.

Descubrimos.

Estoy sentado en este bar lleno de gente desgraciada, que se comporta como si fuera feliz. Afirmaré que este momento es tan fuerte que podría cansar a la eternidad. La gente me dice que no lo haría. Quizá todo sea un gran truco. Quizá, de pronto, todo el mundo se volverá hacia mí y dirá: ¡sorpresa, Eddie! Sólo estamos bromeando sobre tu condición de mortal. Sólo estamos poniendo una venda en los ojos de tu inmortalidad.

Presente. 3.1 (o algo por el estilo) Regreso de los martillazos de la ley 2.2

El único consejo que puedo ofrecerle, si otra vez despertara usted sobresaltado en un apartamento desconocido, otra vez con una resaca profunda, otra vez faltándole sus ropas, otra vez sin recuerdo alguno de cómo llegó allí o por qué, mientras la policía otra vez tira la puerta abajo a golpes y está usted rodeado de montones de equipos dudosos que nunca alcanzarán curso legal, mientras está usted en lo más alto del disfrute de una reputación como ladrón de bancos académico, es: x) se sorprenderá menos preocupado por las bolsitas de té, y) no deberá usted intentar el cálculo de las posibilidades de que esto le suceda otra vez puesto que sólo lograría un dolor de cabeza y z) que le queda a usted el consuelo de saber que en un universo finito no hay posibilidad de que esto pueda volver a suceder.

Naturalmente, di por sentado que fue una aglomeración de robos de bancos lo que condujo a la poli hasta mí.

Era un grupo que se comportaba con buenos modales. La forma en que me zarandearon por todas partes era más bien cansina; lo cierto es que supongo que no representaba yo una amenaza demasiado alarmante: agotado, avejentado, gordito, desaliñado, sin suficiente obra publicada para tener una verdadera reputación, con una gorra de béisbol en la cabeza (en la que una mano salía del costado y bajaba un martillo de tela sobre la cumbre de la gorra) y un par de calzoncillos estampados con zebras de dibujos animados. Las zebras de dibujos animados me molestaban ligeramente.

Sé que es un poco tarde ya en lo que va del día para expresar preocupación alguna sobre la dignidad, pero las zebras de dibujos animados me irritan. Cuando uno llega al final del camino no quiere sentirse tonto, o mejor dicho, a pesar de que uno pueda sentirse tonto, uno no quiere sentirse

demasiado tonto. Los calzoncillos habían aparecido

misteriosamente en la secadora de una lavandería y, ya se sabe, no tengo nada contra las zebras de dibujos animados en sí mismas, porque es perfectamente posible tener zebras elegantes, pero éstas eran zebras idiotas de una mente idiota en una reproducción idiota. Cuando a uno le atrapan en el último momento, no quiere que los agentes vayan burlándose de su ropa interior. Se me ha llamado de muchas maneras: borrachologista, el elefante travieso de la arqueología del conocimiento, el hombre duro de la filosofía, pero nunca el portador de calzoncillos de risibles zebras de dibujos animados.

Entonces la policía comenzó a hablarme en alemán.

El hombre duro de la filosofía 1.1

La mayoría de las cosas por las que uno gana prestigio, no lo merecen. Las otras, se equilibran por cosas que merecen prestigio pero no lo obtienen; en mi caso no tengo conocimiento de calidad alguna no reconocida ni aplaudida, pero estoy abierto a cualquier sugerencia. Mi reputación como soldadito de los jónicos la adquirí de manera bastante fortuita.

Oxford fue el lugar, un fin de semana de larga conferencia sobre filosofía antigua; era la última mañana e iba a terminar con un seminario sobre el cambio y los jónicos (Tales, los Anax, Heráclito). Todos esperaban animadamente un choque verbal (todos menos yo), puesto que mis puntos de vista (por pusilánimes que fueran) tenían la ferviente oposición de Zwanziger. Créase o no, es la clase de cosas que pueden arrastrar a la gente a una conferencia de filosofía. El flujo de Heráclito: yo a favor de tratarlo, Zwanziger en contra. Es una de las pantomimas filosóficas más populares, el refinamiento del «Oh sí, lo es», «Oh no, no lo es». Un guardián académico que no te deja salir a la calle.

La noche anterior me había retirado a mi habitación en agonía sobre si lanzarme primero al paquete de coca y apurar hasta la última gota el vodka polaco, o entrar primero en calor con un porro, mientras consideraba si debía o no armonizar una botella de vino con todo este conjunto. Profundamente ensimismado en esta ensoñación, subí por la escalera y pasé por una puerta de incendios (esas puertas de incendios se instalan para aumentar la seguridad pública, me dicen). Absorto en mis cálculos acerca de qué estimulantes eran los adecuados para las vísperas de un seminario sobre el cambio, no verifiqué lo que sucedía con una puerta de incendios después de haberla usado.

Lo que sucedió con la puerta de incendios después de haberla usado fue que volvió a su posición habitual y al hacerlo catapultó a Zwanziger, que estaba justo detrás de mí, y la bandeja que portaba con doce minutos de tarta Dundee y una taza de té humeante como bocado de buenas noches. Mi atención reparó en él gracias al alarido que soltó cuando cayó por las escaleras con la ruidosa taza. Su salto mortal escaleras abajo se saldó con el cráneo fracturado, un brazo quebrado, una pierna rota y el escroto escaldado.

De una manera poco elegante, mientras lo llevaban rodando a una ambulancia, Zwanziger sacó tiempo de sus quejidos de agonía para denunciarme amargamente como la causa de sus heridas. Lo interesante del asunto fueron las miradas que me dirigieron los otros mientras se llevaban a Zwanziger. Lejos de ser de reprobación o de reproche, las miradas que brujuleé fueron reprimidas expresiones de admiración y maravilla: alguien se cruza en el camino de tu disertación, tú lo quitas de en medio y lo rompes en pedazos. Sin problemas. ¡Si habré recibido invitaciones a conferencias!

Cuando el zarpo en jefe me habló en alemán me sentí un poquito alarmado. ¿Me había corrido alguna juerga que me hubiera llevado hasta Alemania? Respondí con unos pocos gruñidos teutónicos desde el suelo. Me pregunté si tendrían algún Schiller o algún Hölderlin en el calabozo porque yo nunca había llegado a leer nada de ellos.

Pero cuando me arrastraron fuera, bajo los rayos de sol de Marsella, sin haber podido activar todavía mis procesos mentales y mientras mis data-sentidos comenzaban a fluir, me di cuenta de que

me habían apresado franceses que por algún motivo estaban ansiosos por practicar su alemán.

Que mi arresto pudiera obedecer a otra razón que no fuera la de mis extracciones de sumas no aprobadas de bancos franceses es algo que nunca se me ocurrió. Me sentía más bien aliviado. Marsella empezaba a volverse un tanto excesiva para mi gusto. Estaba casi deseando un poco de prisión puesto que ahora me sentía forzado a concluir que sólo vía encarcelación podría ponerme a escribir en serio durante algún tiempo.

Era una hora demasiado temprana de la mañana para conversar: lo único que me preocupaba era si podría agarrar algunas trompas en cuanto llegara a la comisaría. Mis captores tampoco eran muy locuaces, salvo para preguntarme dónde paraba un tal Angouleme. Yo no hice mucho más que gruñir, y luego vomitar y dar arcadas de una manera despreocupada (doblemente odiosa si se hace con las manos esposadas), un gesto más bien disimulado y tardío de mi cuerpo por evacuar un veneno brincador y evitarme un cambio de hígado. El retorno de mis tragos amortiguó nuestro coloquio, y estableció un alto en la comunicación.

Con la completa garantía de sentirme exactamente como el viejo despojo que soy, ellos se mostraban casi cordiales. Conseguí estar lo suficientemente despierto para sentir pena por mí mismo, mi hígado, mi lugar en la clasificación mundial y (al estilo de una reina de belleza) los refugiados de todas las nacionalidades.

Sabiduría de albañiles con penes tatuados

Olvidé el sermón que me largó mi co-prisionero en la cárcel de Mile End. «Nunca confíes. Nunca te entregues en bandeja. A ellos les pagan para hacer lo que hacen; no les hagas el trabajo. Y nunca subestimes su estupidez. Si tuvieran algo de cerebro no estarían ahora trabajando en esto, ¿verdad?»

Habría holografiado alegremente cualquier cosa de la que me culparan, no sólo los robos de bancos, sino el estado de la cocina inglesa, la desnarización de la Esfinge, la Burbuja del Mar del Sur, la crisis de Schleswig-Holstein, las manchas del tritón, el incendio de la biblioteca de Alejandría, los estragos de Rasputín.

Lo cual sirve perfectamente para demostrar: ten cuidado cuando comienzas a creer que sabes lo que está pasando.

V.g.:

Más martillazos de la ley del pasado (por el mismo precio)

El único consejo que puedo ofrecerle cuando la policía está tirando abajo la puerta a martillazos (y usted no está en un apartamento desconocido, está sobrio y vestido, y recuerda lúcidamente sus recientes actividades criminales) es asegurarse de que ellos no tengan una buena razón, o mejor dicho, ninguna razón en absoluto, para entrar en tromba.

La policía creía tener una buena razón. Me habían seguido desde el aeropuerto. Yo había llegado en avión desde Colombia, y traía cuatro kilos de cocaína en una edición especialmente acondicionada de las *Vidas de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio.

Zak, para quien yo había actuado como una mula, y cuyo único contacto con la policía inglesa lo ocasionó una aplicación demasiado entusiasta del pedal del acelerador, pero cuyas infracciones cuidadosamente sumadas podrían haberle proporcionado un millón de años en la cárcel, tenía el aspecto de alguien que se ha tragado un cormorán entero, sin desplumar y sin cocinar.

¿Por qué lo había hecho? Uno siempre quiere compartir sus intereses y Zak se ocupó de educarme en los negocios del contrabando (a pesar de que él consideraba los narcóticos como el segmento de más baja estofa del mercado y caracterizaba la virtud principal de una mula como la estupidez inmovible). Eran las vacaciones de verano y yo carecía de fundación a la que estafar.

Me quedé tan sorprendido como Zak al ver a la ley, pero cuando me tiraron al suelo me sentí más bien complacido, porque la verdad es que sentía una torpeza monumental a la hora de tener que

explicarle a Zak que había extraviado los tres kilos en el metro, camino de su casa.

Cuando digo extraviado, no puedo garantizar su extravío. La bolsa donde los llevaba pudo ser robada. Pudo haberse autodestruido espontáneamente. Cuando subía por la escalera mecánica en Belsize Park, forcejeando con mi equipaje, miré hacia abajo para comprobar que estaba la bolsa, como había hecho antes cientos de veces, pero no había nada que comprobar. La bolsa estaba fuera de mi detección ontológica.

Mi credulidad desapareció disgustada. Me brotaron columnas corintias de descreimiento. Aun después de haber vivido conmigo mismo toda mi vida, no podía creerlo.

Tampoco podía creerlo la policía. No quedó tabla del parquet sin levantar, ni cavidad del cuerpo sin iluminar. Tampoco pudo creerlo Zak. Más tarde me confesó que se había quedado postrado ante mi arte de prestidigitación para hacer desaparecer la nieve antes de que llegara la policía: «Tienes un talento natural». Su gratitud no tenía límite.

Sólo menciono esto porque si una nula inteligencia puede salvarte de la estupidez, la estupidez puede en ocasiones salvarte de la inteligencia (uno de los contactos de Zak nos sacó de allí).

No olvidemos los martillazos de la ley del presente 1.1 o Cavar para salir te de la tumba 1.1

De modo que ahí estaba yo, ebrio y destrozado en una de las más hermosas comisarías de Marsella, frente a mi oficial interrogador, que acababa de entrar y arrojar un pasaporte sobre la mesa.

Un pasaporte alemán.

—¿Su nombre completo?

Entonces me percaté y cambié la velocidad. Había estado a punto de felicitarlos por haberme atrapado, largarles toda la información que fueran capaces de recibir, y luego echarme una siesta y comer un bocado, o comer un bocado y echarme una siesta, me daba igual.

Pero surgió el pasaporte. Lo miré y caí en la cuenta de que podría ser mi pasaporte para salir de la cárcel. Era una cosa cercana. Tenía un deseo desenfrenado de tirar la toalla (porque estaba medio dormido, medio muerto, medio estúpido y sólo a medias interesado en mi posición actual en el universo), y de darle la oportunidad al zigo de ganar puntos en su carrera. Tenía resaca, y parecía ridículo tratar de hacer trampas para salir.

Fue un momento de heroísmo inédito en este milenio, pero por suerte había una parte de mi comité a la que no le divertía que la aporrearan —ya había estado yo bajo custodia el tiempo suficiente para que la novedad se esfumara—. De ahí que recobrar fuerza y le volviera la espalda al impulso de entregarme, y mentí, no sin esfuerzo, es verdad, pero de forma satisfactoria.

—Mi nombre es Robert Oskar Kruger —respondí.

La visión del pasaporte era todo lo que necesitaba para que me sirviera de guía. El hecho de que mi interlocutor no se riera, la ausencia de una mueca sarcástica o gesto alguno de impugnación me alentó. Decliné la oferta de un intérprete (no quería que apareciera nadie con un alemán suficientemente bueno como para detectar mi falsa alemanez) y traté de abrir cajones más bien atrancados de mi mente para recordar si tenía encima alguna evidencia incriminadora cuando salí a por mi caja de cerveza belga. Estaba seguro de que había llevado uno de mis propios pasaportes (lo que habría sido ligeramente revelador), pero tal vez lo había perdido.

Robert Kruger: un alemán muy apropiado con un pasaporte perdido

Hubert me había dado su pasaporte, con gran excitación. «Todavía calentito del turista.» Era un experto en lo de la documentación falsa. Y, por supuesto, la mejor documentación falsa es la que no es falsa. Este era el motivo por el cual Hubert estaba tan complacido con su última adquisición, recién salida del bolsillo. Porque las especificaciones de Herr Kruger coincidían con las mías y, como él había considerado correctamente, podía ser mi doble.

Admitamos que cualquier alemán más viejo, abotagado y calvo podría ser un doble mío, y aun cuando no hubiera sido material *doppelganger*, con la barba que había comenzado a dejarme crecer y

los dos ojos negros se necesitarían rayos X para detectar la diferencia.

Entre elogios constantes a mi francés, recité los detalles de Kruger que tenía en la memoria. Era Géminis, como yo. Di la dirección de su oficina y su teléfono en Zirndorf, el número de teléfono de su casa y su hotel en Marsella. Los verbos irregulares, las direcciones y los números de teléfonos siempre han sido mi fuerte.

Pude haber olvidado lo que otros podrían denominar cantidades escalofriantes de mi vida (1987, por ejemplo, es una especie de intriga), pero todavía recuerdo el número de teléfono de la primera chica a quien invité a salir. Recuerdo el número y también que ella dijo que no, aunque no puedo recordar su nombre. Lo recuerdo particularmente porque marqué seis séptimas partes de ese número doscientas veces durante una semana antes de tener el coraje de agregar el último dígito. Esta es una de mis facetas de lujo, a la que estoy más bien obligado por la constante pérdida de agendas, papeles y diarios, donde la mayoría tiene la posibilidad de acumular dicha información. También me gustaría decir en defensa de Cambridge que puede conseguirse allí un empleo si eres remiso al trabajo, deshonesto, repulsivo, carente de imaginación, tedioso, inadecuado, alcohólico, loco, mal vestido, maloliente, o una combinación de cualquiera o de todas las características anteriores, pero no si eres duro de mollera o no tienes una memoria a la cual recurrir (aunque sea intermitente).

Luego, recibiendo aún tributos a mi francés, expliqué cómo me habían zurrado unas noches antes (no, no lo había denunciado: no quise molestar a la policía, lo cual era cierto), me había ido de brindis en brindis y había dado un vuelco equivocado de la realidad (cierto en gran medida) y no tenía ni idea de cómo había terminado en ese apartamento exhibiendo en las zonas inferiores zebras de dibujos animados; era obvio que, inadvertidamente, me había juntado con malas compañías y lamentaba profundamente no estar en condiciones de proporcionarles mayor asistencia.

Me hicieron un montón de preguntas acerca de Angouleme y mis bienes. Luego volvieron a preguntarme todo sólo para comprobar si había cambiado de idea. Me superé al respecto, pues mi versión era un no rotundo, cubierto de noes y un no más de regalo. Pude haber sido más dubitativo en mi ser adoptivo, pero los numerales parecían haberlos satisfecho.

—Oh, ahora trabajo por mi cuenta, hago un poco de bancos y finanzas —había dicho en respuesta a la profesión, puesto que la información en la billetera de Kruger nada especificaba.

El Traje lo anotó todo. Era joven, atildado y debió de haber ahorrado medio año para conseguir el traje. Era la clase de traje que despierta la admiración de aquellos que tienen poco o ningún tiempo para la moda (como yo); no para ser meramente gastado por el uso sino para grabarse en la memoria. Si se consideraba todo en conjunto, era demasiado apuesto (tenía un perfil con el que se podrían romper rocas), con los hombros demasiado anchos para ser un policía. El Traje era una infidencia fatal; la policía, como el Ejército, son una tentación para aquellos que no quieren tribulación o esfuerzo alguno en el vestir. El Traje tenía los rasgos del hombre que viene a trabajar cada mañana de una dirección diferente, pero a pesar de todas esas bendiciones se comportó de la manera más correcta con el grumoso filósofo que venía del falso alemán.

El Traje encajó bastante bien su decepción: ésa es la bendición de un clima saludable; nunca llegas a estar demasiado fatigado. Si me hubiesen echado el guante en Boulogne o en alguna otra de esas tristes ciudades del norte que son la delicia de un pluviólogo me habrían embalsamado y colgado de la pared. No eran estúpidos, pero eran del escuadrón del vicio y tenían sus preocupaciones, otras metas manchaban sus ventanas.

Pero yo di una buena respuesta. Fue una de esas ocasiones en que te la juegas a dos posibilidades y uno ve ante sus ojos una increíble buena suerte mientras la mala suerte anda extraviada por ahí. Frente a la cosa, que te atrapen vestido sólo con zebras de dibujos animados que uno no le desearía a su peor enemigo (aun concediendo mi propensión a ser propenso, y propenso a ser propenso en sitios inadecuados) es una desgracia de peso y podría ser suficiente para llevar a mucha gente a renunciar a

la bebida.

Por otra parte, si tenía en mente el celo con que dos fuerzas policiales estaban al acecho de mi fisicalidad, tenía que considerarme el número uno de los afortunados al salir caminando de la comisaría.

Si alguien hubiese hablado verdaderamente un buen alemán, mis esperanzas se habrían hecho picadillo en juliana y sauted en mierda.

Análisis de la detención

Una cantidad de cosas me confundía: me habían tomado las huellas digitales. Y las revisaron apropiadamente. ¿Cómo es posible que no supieran que el pasaporte de Kruger había sido robado? Si se lo quitaron de la habitación ¿Kruger no se había dado cuenta? ¿No había ido corriendo a denunciar su pérdida? ¿O todo el mundo trabajaba en sus propios latidos? El escuadrón de pasaportes preocupado por los pasaportes, el Traje preocupado por Angouleme, el corso preocupado por los ladrones de bancos ¿y nadie hablándose entre sí? Los signos de interrogación tenían de verdad día libre y campaban en mi cabeza.

A pesar de mi señalada incapacidad durante más de veinte años para hacer apropiadamente mi trabajo (o incluso hacerlo inapropiadamente una buena parte del tiempo), me pareció indignante que otros estuvieran enferetrándolo. El deseo de gritar «¿No es obvio quién soy?» tiraba de la cuerda.

Supongo que pudieron haber llamado a los números que di para verificar la existencia de un Robert Kruger; pudieron haber comprobado en el hotel donde se alojaba Herr Kruger, si Kruger estaba ausente como convenía.

Es posible que la eficiencia, como el unicornio de Zifio, sólo exista en la imaginación; o sea un espejismo sólo visible desde lejos. Debo confesarlo, aunque sea lo último que diga: estaba un poquitín decepcionado.

Tomé una deliciosa tortilla en el almuerzo. La tomé acompañada de dos raciones de ensalada porque el almorzador de la celda de al lado no quiso la suya. Al oír su rechazo inmediatamente ofrecí mi panza como destino. Pedí otra oportunidad de analizar los elementos del aliño y contemplé la posibilidad de preguntar al chef cuál era el truco, porque había algo que provocaba y eludía mi disquisición gustativa. Aquella ensalada era una sólida demostración de cómo la buena cocina no tiene mucho que ver con el alto coste o la complicación, sino simplemente con el cuidado. La comí mientras seguía el rastro de una araña zebra (*Salticus scenicus*) que rondaba mi celda en busca de un bocado.

El Traje y sus secuaces, una vez decidido que yo no era material para un tribunal militar, se mostraron muy solícitos. Me ofrecieron llevarme de vuelta a casa y telefonar a mi esposa. Decliné y dije que necesitaba caminar un poco. Nos separamos; ellos ponderaron mi francés y expresaron la esperanza de que mis contratiempos no evitaran que disfrutara del resto de mis vacaciones en Francia. Se lo agradecí con toda cortesía y dejé la gorra de béisbol con el martillo para que la reclamara quien por ley era su dueño.

Fuera

Tenía sentimientos encontrados cuando salí a la luz del día y el aire fresco. Tuve ciertamente la tentación de gritar «¡Imbéciles!», pero el aliño de la ensalada no había sido tan despreciable. Mi manumisión había sido tan escandalosa que si alguna vez me atrapaban podría usarla haciéndoles chantaje para conseguir la libertad o a alguna cárcel más lujosa.

Pero otra idea se paseó por mi mente mientras avanzaba hacia afuera. Que los policías no se habían marchado a almorzar sino que eran ultraastutos y me habían liberado para atrapar a la otra mitad de la Banda del Pensamiento: Hubert. Iban a seguirme y a pescarnos juntos. Esta idea de que me seguían de pronto creció en mi olla de ideas.

La central de la policía tenía unas maravillosas escaleras en la entrada del edificio y, mientras yo

bajaba cavilando sobre mi obligación de evitar a Hubert en el caso en que ojos policiales viajaran montados sobre mis hombros, detecté una figura notablemente parecida a Hubert que subía las escaleras, con un impermeable estilo *trench*, un detalle más bien excéntrico con semejante calor. También detecté a *Tales*, asomando la cabeza por el bolsillo del impermeable.

—Debí de suponerlo —dijo exultante— que tenías demasiados recursos para que te retuviera cualquier comisaría.

Pasé a su lado sin dejar de caminar con paso decidido, y simulé que Hube no había tenido sobre mí impacto ocular o auditivo alguno.

Pero él se dirigió a mí de forma precisa.

—¿Cómo lo has hecho para escabullirte, profe? Yo venía a sacarte —dijo con un volumen y una claridad asombrosas para un ladrón de bancos muy buscado en las escaleras de una importante comisaría central de policía. Echó hacia atrás las solapas de su impermeable para mostrar un pequeño arsenal de armas—. Pero debí suponer que tú eras demasiado para ellos. Desde luego los de perpetua, a tu lado, parecen unas viejas.

—¡Vete! —grité de soslayo, apretando la boca. Pero mi intento de desasociarme de Hubert no funcionó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Aléjate, joder —dije a través de mis labios cerrados.

—Muy bonito —dijo él, con resentimiento—. Eso es gratitud. Arriesgo el pellejo para salvarte y todo lo que obtengo es que me echen a un lado como una cerilla usada. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡No me pasa nada, pedazo de idiota! ¡Estoy tratando de ser profesional! —dije, estallando. Nos zumbamos el uno al otro hasta que un hombre rotundo, que me recordó a

Kruger, subió por las escaleras y nos dedicó el gesto de fastidio que uno le hace a la gente que tiene por afición gritar furiosamente en público.

La versión de Hubert

Al no encontrarme en nuestro *rendezvous* esa mañana, él había llamado a Jocelyne suponiendo que yo estaba enmarañado allí esparciendo mi vasta superficie. Jocelyne le explicó que había estado preocupada desde que recibió una llamada del corso, quien, además de sus propuestas de costumbre para acercar como fuera sus ijares a los de Jocelyne, alegremente anunció que habían encontrado al británico gordo que había identificado el empleado de un banco bandapensamentado, que se alojaba en una pensión y que lo iban a arrestar en cuanto volviera. Jocelyne pasó toda la noche dando vueltas con el coche tratando de encontrarme, pero dado que yo mismo no sabía dónde estaba, no era sorprendente que ella tampoco pudiera encontrarme.

Hubert hizo algunas discretas llamadas y, después de probar en los hospitales, descubrió que había un Kruger en custodia. Decidió intervenir.

—¿Cuál era tu plan?

—Ver qué pasaba.

Hubert también había visitado de manera circunspecta mi pensión y vio cómo se diseminaban por el lugar los policías disfrazados.

Los dichos de Eddie

La mejor manera de evitar que te arreste alguien que rabia por que te caiga una larga condena en la cárcel, es que te arreste otra persona.

—¿Cuánto tiempo te parece que van a esperar?

—Mucho tiempo. Pagan bien las horas extra.

Atraco

Se nos hizo tarde porque no podíamos encontrar el banco de las afueras que un amigo de Hubert nos había recomendado como un lugar pintoresco dirigido por un cuñado suyo a quien él odiaba.

—No veo por qué no podemos preguntar —dijo Hubert.

Dimos vueltas con el coche descolocados: o nosotros estábamos perdidos o estaba perdido el banco.

Hubert conducía; insistió en que nos detuviéramos y pidiéramos indicaciones en una comisaría. Entró con *Tales* en su jaula acondicionada mientras yo me acuclillaba en el coche (todavía dolorosamente dolorido de mi campeonato de cuerpo contra bota) porque sabía que la protesta era inútil. A pesar de su recién descubierta fascinación por la razón, era tan razonable como un gutiano de la cordillera de Zagros. Pero de hecho Hube volvió.

—Un control rutinario. He tenido que esperar diez minutos, antes de que dejaran de hacer cosas importantes tales como mover papeles de lugar y fijarse si estaba bien el café. Les he preguntado el camino. No saben. Se preguntan el uno al otro. Llaman por teléfono. Llaman por radio. Hacen circulitos con la esperanza de que eso les proporcione la respuesta. Preguntan acerca de la rata. «Es un experimento», les he dicho. Lo han estado pensando un buen rato hasta que por fin hacen el chiste: «Pensábamos que iba a denunciar una rata perdida». Finalmente, cuando quieren deshacerse de mí, inventan algunas indicaciones.

»Voy y me paro al lado de mi foto en un cartel. “Este soy yo”, digo. “¿Cuánto me dan si me entrego?”, pregunto. “Estamos ocupados”, dicen ellos y van a servirse un importante café. Y la gente dice que las cárceles están llenas de estúpidos.

»Somos invisibles. Invencibles. Estamos en marcha.

Se alejó e invitó a *Tales* a una pasa cubierta de chocolate. Así es la vida: engendras la ciencia y la filosofía de Occidente y unos dos mil quinientos años más tarde dos bromistas bautizan una rata con tu nombre.

Topamos con un hombre que paseaba dos bebés, precedido de dos mujeres con pinta de esposa y suegra. Nos dio la ruta correcta del banco y agregó en un susurro conspiratorio:

—Si no es demasiado tarde, muchachos, háganme caso y no se casen.

Habíamos estado discutiendo el uso de la palabra voluptuosidad en *La Mettrie*, y Hubert quería preparar el próximo golpe a lo *philosophe*, pero yo no logré en realidad encontrarle el ángulo correcto.

Para una empresa que se pone tal nombre a sí misma, fue poco lo que en realidad agregaron a la colina de las ideas. Les *Philosophes*. Sé que suena a pretencioso viniendo de un hombre que tiene problemas para escribir la lista de la compra, pero no importaba.

Zozo Voltaire: un hombre exento de pensamiento original. De acuerdo, se hizo con una cantidad de actrices, anduvo bien por los salones y será leído mucho tiempo después de que Eddie Féretro y su clasificación mundial vuelen de forma polvorienta por las calles. Rousseau: un hombre que construyó su carrera sobre el rencor y que podía mandar un globo a Marte hinchado con sus suspiros. Luego los otros: un montón de ineptos traficantes de mercadería química, quienes, por desgracia, a diferencia de Bacon, no lograban matarse. Los dos únicos para los que tuve tiempo fueron Diderot (no a causa de su pensamiento sino por su estilo) y *La Mettrie*, porque cualquier persona que come hasta morir debe ser tomada en serio.

Y es incuestionable que la razón por la que los muchachos son famosos no tiene que ver con sus depósitos en nuestras bóvedas de ideas, sino porque fueron los productores putativos de uno de los más grandes espectáculos que hubo sobre la Tierra: la Revolución francesa. Como sabe cualquier autor, sexo y violencia son una combinación explosiva.

A los historiadores y gente de letras les gusta un poco de carnadura y carnavalismo carnal porque sus vidas son tétricas en extremo y en extremo parecidas a un estanque. Y es cierto que, incuestionablemente, lo que hace todavía más sabroso todo ese malhacer y yacer es que son colegas de los que están al mando: los fanáticos del alfabeto, la clase bi-bliópara, los yonquis de las ideas. A pesar de que el Terror encontraba hogar y conseguía una mayúscula, estamos hablando de un par de

miles de aristócratas decapitados con sus abogados. ¿Por qué no oímos nada acerca de las decenas de millones de campesinos chinos que mueren de hambre?

Bueno, porque x) son campesinos, y) no se ha archivado, z) no había novelistas en las proximidades y zz) es más divertido hacer investigaciones en una ciudad con buenos restaurantes.

Por qué la era moderna (una palabra que no tiene nada dentro) se sitúa con tanta frecuencia a partir de 1789 (aunque a mí me gusta frecuentar restaurantes franceses tanto como a la académica de al lado) es algo que se me escapa. Si quiere usted una fecha mejor, intente con 1776. Bien, he ahí una idea que funcionó: los Estados Unidos de Norteamérica, el único país de la historia del mundo que importó a los pobres, que cortejó a los raros y a los disidentes, el único país en la historia del mundo que tuvo el poder suficiente para imponer su voluntad al mundo pero no lo hizo.

Mundo Onredom

No es el acontecimiento de mayor resonancia, pero el inicio de la era moderna, para mí, tuvo lugar en 1759 en

la ciudad de Königsberg, en el este prusiano (ahora degenerada y degermanizada), en una hostería llamada el Windmill.

¿En serio?

Sí. El Windmill fue el lugar de encuentro de tres alemanes: Hamann, Berens y Kant.

Ocurrió unos diecinueve años antes de que Hume publicara el *Tratado sobre la naturaleza humana* y unos sesenta años después de que Locke hubiese descerrajado su *Gobierno civil* y su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Los hombres de confianza de las firmas británicas se estaban preparando para lanzar guerras civiles en Estados Unidos y Francia, que se llamarían, ambas, revoluciones porque esa palabra facilita las carnicerías.

Y Alemania, cansada de ser despreciada por los franceses (incluso Leibniz, su principal domador de ideas, había escrito en francés), estaba a punto de hacer su movida, una detonación de efecto retardado encendida por Hume y Locke. En esa misma tasca estaba Hamann, un vago de veintinueve años, recién llegado de Londres, donde se había gastado, en puterío y banqueterío incesante, una inconmensurable cantidad de dinero (y por lo tanto estaba listo para la religión) proporcionado por Berens, un hombre de negocios que, como toda la gente seria con demasiado dinero, quería comprar un poco de cosa divertida y juguetona y le presentó a Kant, el filósofo y dipsómano de cuarenta y cinco años cuya clasificación subía como un cohete, para reformar a Hamann con un par de copas de zwets-chenwasser.

No fue una mera reunión de tres comesalchichas; fue el índice de contenidos de nuestro tiempo. Hamann la carga de la fe, Kant, la gran araña, armado con la herramienta de la razón, y Berens, el hombre de negocios, financiando todo el ejercicio. La reunión se había planteado para arrancar a Hamann de las filas de los pietistas. Se pelearon a muerte: Hamann argumentaba entonces y más tarde a favor de la fe en la fe; Kant apoyaba la entrega a través de la razón, decía que la mente puede abarcar el universo. Ambas corrientes produjeron, río abajo, riberas con montones de pistolas en la nuca de montones de cabezas.

Los empresarios hacen el trabajo de crear riqueza, comodidad y variedad; los héroes verdaderos son aquellos a los que no les va muy bien en la lotería de la posteridad, sus nombres en el mejor de los casos aparecen sobre puertas portentosas durante unas pocas vidas. ¿Nos importa algo el vendedor de aceitunas, el vinatero, el vendedor de esclavos de Roma o la Hélade?

La razón era más que nada una novedad en el mundo antiguo, una rama del espectáculo; sólo en el siglo dieciocho la razón comenzó a ganarse el sustento, a llevarse más rápido de Londres a Edinburgo. Esto les dio a los muchachos más atractivo, y se subieron a horcajadas sobre Newton. Era la primera vez que los pensadores decían, échense a un lado, vamos a poner orden en todas las cosas. La teoría definitiva está a mano. Esta vez la teníamos bien cogida.

Desde entonces, cada pocos años se ha anunciado el cierre de los laboratorios y el embalaje final de los mecheros de alcohol.

La razón ha tenido sus mejores momentos al llevarnos de Londres a Edimburgo (y al matar cualquier dolor que pudiera resultar de dicho viaje). No es tan buena en cuanto a si vale o no vale la pena viajar. Estamos en la misma ruta que Hamann y Kant, sólo que un poco más lejos. Podría argumentarse que siempre hemos estado ahí, sólo que no nos habíamos dado cuenta. La razón ha parido el ordenador Cray, pero la elección que uno tiene es una o la otra. El ordenador o el rezo.

Y significativamente, a pesar de sus conatos y arrebatos, tanto Hamann como Kant, surfistas extraordinarios sobre la cresta de las ideas, eran devotos de la lubricación de garganta. Somos frágiles, nena. El coraje de abandonar la botella sólo se da a unos pocos. Cuando uno bebe, bebe en ilustre compañía.

Banco listo para ser robado

Cuando llegamos al banco perdido, Hubert sacó dos pelucas. Me resistí a la idea: parecía demasiado absurdo robar un banco con una peluca y al mismo tiempo tratar de atribuir a tal acción al hecho de tener algún músculo filosófico.

—No seas tan ridículo —le dije a Hubert al pronto.

Hubert se ajustó su peluca, se colocó unas gafas de sol y luego se admiró a sí mismo en el espejo retrovisor.

—Es la Ilustración, joder.

Me quedé en el coche cultivando el mal humor. Pero no me llevó demasiado tiempo analizar la gramática de mi predicamento, y demostrar que usara las crines o no cuando robara o no un banco, mi trabajo como filósofo había terminado. Enfurrñarse no tiene mayor sentido cuando uno se ha convertido en la capital galáctica de la ridiculez. Lo mismo podrían los océanos objetar las lágrimas de los zeiformes y otros peces.

Hubert se deslizó hasta el banco.

—No le cierre la puerta a la Ilustración —le gritó a un hombre que cerraba la puerta en el momento en que Hubert entraba, y tal vez cerraba la puerta con un dejo mayor de urgencia para evitar que el chiflado de la peluca tuviera alguna posibilidad de entrar. Bien pudo haber justificado su actitud de apartar a Hube solamente sobre la base de su aberrante aspecto, pero (sin que sirviera para nada) hizo un movimiento hacia el cartel que indicaba que el banco cerraba a las 5.00, mientras Hubert proclamaba a gritos que

el universo no había alcanzado ese punto; mi babilónico ciertamente decía 4.56.

El portero no aceptó el aserto o no le importó, sino que actuó como si hieran las 5.00 y puso su espalda para cerrar la puerta, algo que presentó no pocas dificultades dado que el mecanismo no había sido diseñado para incorporar el pie de Hubert. Se desató la lucha, al disputar tiempos y hombros.

—Le apuesto cincuenta francos a que puedo persuadirlo de abrir la puerta —anunció Hubert.

El cerrador sacudió la cabeza con firmeza, y en cambio insistió en el empuje de la puerta cuando Hubert sacó el utensilio abrepuertas infalible, el título de doctor del bandido.

—Estoy empezando a cansarme de tratar con estas gentes —comentó Hubert al entrar en el coche, mientras arrojaba la bolsa al asiento trasero; un billete de cincuenta francos asomaba del bolsillo de su cazadora—. Son muy poco profesionales.

Más tiempo sin arrestos

Observamos cómo el corso salía y ponía en marcha su coche. Era emocionante ser testigo de semejante celo en el trabajo, especialmente al comienzo del día. Hubert podría haber sido un buen detective: había rastreado el escondite del corso mediante el sistema de buscarlo en la guía.

La información original había emanado de Jo.

Con precisión militar, podía yo contar con los servicios femeninos toda vez que dispusiera de una

base de operaciones (una cama con margen de espacio libre). Hallado el colchón apropiado (por la gracia de la información turística), yo me lanzaba al inestimable teléfono como un perro a su hueso y, en el lapso de unas horas, aparecía

en la puerta un cobertor en forma de gerente adjunto de banco.

Jo era increíblemente resistente. Si yo me viera obligado a cumplir una jomada de trabajo, me sentiría incapaz de hacer ninguna otra cosa, pero ella viajaba llena de ánimo hasta mí con tal de ayudar a un filosófico atracador de bancos a distenderse. Considerando todo en general, la forma en que los hombres consiguen a las mujeres y las mujeres consiguen a los hombres parece un poco injusta. La nulípara tras el trazo de una nulidad.

Me caía bien la perseverancia del corso. En cuanto se cruzaba con Jocelyne a la salida del banco, trataba de seducirla con otra invitación a almorzar, acompañarla a casa, proponerle servicios diversos. Su impulso inicial había sido aplastarlo como un asqueroso hexápodo rastrero, pero se contuvo. Consideró que valía la pena registrar sus derrames verbales puesto que podían contener información beneficiosa para la libertad de filósofos ladrones.

—Es muy atento para alguien que supuestamente está tan ocupado. —Pero no podía determinar si lo que él quería era gruñir zigóticamente un comentario sobre ella, producto de su lujuria interior, o si la negativa de ella estaba alimentando su devoción—. Imposible hacer cosas raras con ciertos hombres.

Entre el manajo de datos anotados por Jo estaba el área donde él vivía (con la recomendación de que sería un sitio con vistas inigualables para los cuerpos enlazados).

Una vez que la dirección se nos presentó de manera tan afortunada, Hube se mostró ferviente partidario de que fuéramos a su casa y lo hiciéramos pedazos. Yo no estaba tan entusiasmado con la primera persona del plural empleada, y cuando descubrí la hora a la que él proponía hacer el viaje me quedé *a)* perplejo y *b)* indignado. Pero la noche anterior yo había encontrado una caja de cerveza Trapista (junto con San Agus, una de las obras maestras que el catolicismo ha producido) y, al sentir que la clientela presente

no estaba preparada para beber tan oscura maravilla, a la manera de los catedráticos de Cambridge, quienes con todo egoísmo vaciaron las bodegas de la universidad durante la guerra para evitar que el jerez y el oporto cayeran en manos enemigas, trabajé como un soldado de caballería voluntario para transmutar el líquido en esos recuerdos que se vierten en lengua salvaje, o en un suave olvido.

El bar estaba abierto a toda la noche. La noche estaba abierta a todo bar. Sin embargo cerraron, puesto que echaron la llave a la una en punto. Tal vez era la excitación o lo que fuera pero me resultó más difícil dormirme. No tengo problemas para quedarme en la cama, el encanto de estar acolchonado es irreductible, pero encuentro cada vez más y más difícil tomar un vigorizante estallido de negrura, entregarme al sueño.

Quizás esto no sea más que un atributo natural del envejecimiento o (posiblemente la misma cosa) la sensación de suciedad en el cráneo, el advenimiento de la oscuridad que entra por una ranura y se instala de forma permanente.

No me sentía dispuesto al pensamiento (a pesar de estar insomne) y me fui renqueando a casa, donde encontré a Hube preparándose para levar anclas. Dado que en realidad no tenía nada que hacer más que aplastar un colchón, pensé que podría llegar a ser divertido salir un poco a tomar el zet.

El apartamento del corso estaba en un edificio relativamente moderno, bien iluminado, no barato pero tampoco palaciego. Hube manipuló un poco las cerraduras, no con rapidez (estaba falto de práctica) pero tampoco con demasiado trabajo.

—Es una desgracia que un importante oficial de policía tenga una seguridad tan defectuosa —comentó Hubert—. Casi podría tener un anuncio de neón sobre su puerta invitando a entrar.

El apartamento tenía la pulcritud del investigador y soltero inveterado, ordenado aunque no muy bien pensado.

Había dos estanterías de libros, con una previsible cantidad de clásicos (de los que se estudian en la escuela) para certificar presumiblemente el hecho de que una vez había leído libros. Un dato revelador. Mientras yo repasaba por encima sus tomos (por sus lomos los conocerás), vi que Hubert se dirigía hacia la cocina y comenzaba a lidiar con una cafetera.

—¿Quieres un café, profe?

—¿No dijiste que querías birlar algunas cosas?

—Sí, pero uno no quiere actuar como un criminal. Cálmate, relájate, quítate el peso de los hombros.

—¿Y si vuelve?

—Sospecho que se ha ido para todo el día. Uno tiene que mostrarle a la vida quién es el amo. De todos modos, si aparece, será perfecto. Me gustaría tener unas palabras con él.

Hubert tomó un diario (de ayer) y entregó su peso al sofá. Si él iba a hacer girar sus pulgares, yo me iba a la cama a hacer girar mis pensamientos allí. El curso debió de haberse sentido optimista puesto que acababa de poner sábanas limpias, negras y elegantes; así que le di a la horizontal. Es casi imposible para mí declinar un reclinar.

En el final estaba el verbo

Pero a pesar de mi noche en vela, no pude librarme de mí. Siempre es un esfuerzo dormir en una cama extraña, pero éste se multiplica por cien cuando pertenece al hombre encargado de atraparte. Aunque uno trate de contar zebras.

Voces: consideradas sin caridad

Tal vez haya sido un poco odioso por mi parte, un poquito despectivo, pero cada vez que la gente habla de ver cosas u oír voces que no están delante (es decir, que otros no pueden percibir), y a menos que exista una sólida evidencia de poderosos alucinógenos en juego, agáricos voladores, cornezuelos, yo me escabullo: locura o engaño, con la locura a la cabeza. A través de las culturas, y a través de los siglos, señalar cosas que los otros no pueden discernir no ha sido generalmente una actividad rentable: entregarse a la santidad, atribuir señales espirituales, es un recurso peligroso, puesto que si de algo nunca hemos estado escasos es de propensiones a quemar gente que actúa de forma extraña.

También, a pesar de que no haga yo declamaciones de mi saber, francamente, he catalogado expresiones inexpresadas como expresas tonterías. Montañas de patrañas.

Ese fue el motivo por el que me produjo una pequeña conmoción oír una voz, una voz que no era la mía, hablando *chez moi*, dentro de mi cráneo, en medio de mi *res*, una voz instalada en mi cabeza, una voz que hablaba sin la ayuda del sonido.

El cerebro: izquierda y derecha, hemi y semi

Nuestra mente actúa de forma doble, lo cual podría ser la razón por la cual los actos dobles han triunfado a través de los tiempos. Pensemos en los grandes actos dobles de la historia: Adán y Eva, Caín y Abel, Rómulo y Remo, Romeo y Julieta, Zoser e Imhotep, Laurel y Hardy. Hemos acogido en nuestras cúpulas a dos oradores, caracterizados como el bueno y el malo, vistos como él o ella; quizá porque los contrarios constituyen el fundamento de nuestras escapadas evolutivas. Conocemos esas voces (y sus lecturas dobles), conocemos a estos consejeros, aun cuando uno sea más fuerte que el otro.

Pero éste no era un mensaje criado en casa, no era el tono de los emisarios del pensamiento de costumbre. Esta

era una voz clara y vigorosa, mucho más intrépida que la del bromista inter-oído usual, como una radio sumergida en mi cabeza, como si hubiese sintonizado los pensamientos de otro.

Estaba asustado. Petrificado. Porque x) oír voces no es como pescar un resfriado, uno no puede

librarse de él con una taza de té con limón, y) está dentro, no es un tipo de infección, una mancha epidérmica que pueda uno cubrir o cauterizar, z) no tenía control alguno sobre ella. Estaba ahí por su propia voluntad, simplemente había entrado y zz) me estaba volviendo loco.

El fenómeno me preocupaba copiosamente. Me aterraba terriblemente. Me horrorizaba horriblemente. No me había asustado tanto cuando un helicóptero soviético armado hasta los dientes me pasó rozando en Afganistán. De algún modo partirme en pedazos no era demasiado malo, siempre y cuando yo estuviera al tanto y tuviera alguna opinión al respecto; siempre podía volverme nefalista y comer sólo lechuga, eso provocaría algún efecto, aunque fuera como escupir contra un muro en un esfuerzo por demolerlo; pero que yo no pudiera saber lo que estaba sucediendo... Mis glándulas en bandada se alzaban alarmadas.

Esto es lo que dijo la voz:

—Hola.

Actúa con naturalidad

Me levanté y, en respuesta a los dictados de la hora del almuerzo, dejé que mi gusto zigzagueara en la nevera hasta descubrir unos higadillos de pollo condimentados, preparados y entregados con una nota manuscrita producto de una época en que la caligrafía todavía importaba, y firmada por una parienta de cierta edad que establecía paso a paso cómo debían calentarse para obtener el máximo efecto.

Seguimos las instrucciones y nos los comimos con unas *baguettes* recién hechas; se relacionaban entre sí tan exquisitamente que me habría bendecido a mí mismo, de no haber sido por el hecho de que apaciguaba mi apetito el miedo a que mis tornillos cayeran rodando por el suelo de la cocina.

Consumimos dos botellas de bebida bastante buena, no tan caras como la bebida a la que me había acostumbrado desde que me dedicaba la delincuencia directamente, pero la diferencia no importaba, puesto que terminé por tomar yo solo una botella y media preocupado como estaba por el daño que podría llegar a causarme la interferencia.

En cierto modo la voz había echado a perder mi placer, pero Hube estaba rebosante con las alegrías de humillar a su adversario. El viejo «*nous avons nous*» lo había catapultado al espacio sideral. Más tarde vimos vídeos del corso en su trabajo, que Hubert había desenterrado al registrar todos los rincones del apartamento durante mi interpolación mental. Estos revelaban el tartamudeo del amateur, pero sin duda el corso consideraba que su tarea de caderas merecía perduración electromagnética. La imagen era más bien estática, de cámara abandonada a sí misma, pues no se ha sabido mucho de cámaras que anden por ahí moviéndose por sí solas. La iluminación tampoco era gran cosa, y, en todo caso, era una amplia toma casi instantáneamente aburrida del trasero del corso que le daba por detrás a parciales mujeres enzetadas debajo de él. La banda de sonido era igualmente aburrida y pésima, con jadeos impacientes y ronquidos de mujer y varón, más el extraño «¿ya acabas?» del corso, a menudo con desesperación creciente, mientras sacudía la pelvis en su campaña por activar el éxtasis de su compañera.

—Oro. Oro macizo —fue el veredicto de Hubert.

Si uno va a filmarse a sí mismo en el acto de torpedear la piscina, realmente necesita invitar a un buen amigo para que venga a hacer el trabajo de cámara, o gastarse un dineral en un banco de cámaras. Puede que secuencias tales como la del corso en el acto de desenrollar un condón en su nariz (obviamente un intento humorístico de personificar a un elefante) y otra usando medias negras con ligas (mejor correr un tupido velo) justificaran sus reticencias a invitar a un vecino.

—Oro de veinticuatro quilates —continuaba diciendo Hubert.

Hubert fue extremadamente meticuloso en la revisión de las cintas para asegurarse de que no se había perdido nada. En cuanto a mí, había llegado a conocer al corso más de lo que hubiera querido. Hubert tenía en su poder todas sus minucias financieras, un hipopótamo rosa que graznaba, y una

fotografía de una atractiva muchacha en la playa, dientuda y con los pechos al aire que, según estableció Hubert con estilo forense, era la hermana del corso en su luna de miel en una playa.

En este punto conectamos el teléfono con el servicio horario de Japón durante cuatro horas (tarifas de hora punta). Hubert me había ofrecido el uso del teléfono para hacer algunas llamadas de extrema larga distancia. La idea de ponerme en contacto con la fundación me había atraído. ¿Qué dirían si los llamaba para saludarles con mis mejores deseos? «Ah, Féretro-san, ¿ahora estás en Francia, robando bancos?» La etiqueta y el lenguaje japoneses tienen un amplio abanico (aunque yo no llegué muy lejos: sólo un monto de quinientos kanjis) con diferentes formas de dirigirse a los que acarrearán el agua o a la realeza; me intrigaba saber si la gama se extendería lo suficiente para tratar con alguien que ha escamoteado grandes sumas de tu dinero y que te llama por teléfono desde el sur de Francia entre atraco y atraco.

Fundaciones: cómo llevarlas a la tintorería

Es fácil. Usted sencillamente encuentra una fundación que quiera darle un montón de dinero, luego se marcha con el dinero y se agasaja a sí mismo sin remordimiento alguno. El mundo está lleno de gente rica que se debate en un constante titubeo acerca de qué hacer con su dinero; la cosa es que por lo general son monomaniacos que han hecho su fortuna decimal a decimal y que, con un gran cero en el banco de la fascinación, quieren codearse con epítetos tales como profundo y hechizante (lo mismo que hacemos todos hasta cierto punto, supongo, una vez que nos hemos llenado la panza). La diferencia es que ellos pueden comprarlo. La única dificultad está en bloquear su capacidad de reflexión y atarse a las ruedas de su libreta de cheques. Esto requiere un poco de práctica.

Uno de los problemas principales de tener problemas con la bebida es que la gente tiende a tratarte como si tuvieras problemas con la bebida. Esto me ha pasado a mí, con Featherstone...

Featherstone 1.1

... con quien he recorrido un largo camino. Eramos compañeros de cuarto en la época de de estudiantes, todavía antes de graduarnos; yo solía quejarme porque él se levantaba haciendo demasiado ruido y perturbaba mi sueño cuando salía muy temprano para ir a clase. Si uno es un físico tiene que hacer cosas como éstas, lo mismo que empujar partículas o manipular zirconios. Sospecho que ese levantarse temprano y trabajar duro y no ir a las fiestas divertidas debería tener para Featherstone un deje punitivo, en tanto que la universidad que la admitió tras tantos esfuerzos había contratado a un tal E. Féretro, un hombre que les garantizamos que jamás se levantó temprano ni trabajó duro ni se perdió una fiesta, o le devolvemos su dinero. En sus tratos conmigo, yo sentía, apenas soterrado, cierto resentimiento. Fue él...

... quien fue designado como el adulador de millonarios (toda universidad tiene uno). Esa vez vino a hablar conmigo en los siguientes términos: «Nada de beber, Eddie, nada de copas durante una noche y dinero grande, grande». También hacía muchos ademanes de grandes, grandes cantidades de dinero para reforzar su mensaje; así fue como me di cuenta de que me había ido bastante al diablo: si un académico colega creía necesario parlamentar conmigo en tales términos yo estaba bastante acabado.

Gracias al hecho de rondar por clubes náuticos, degustaciones de vinos y óperas, como era su costumbre, Featherstone había pescado a un multimillonario que estaba (para su irritación) interesado en la filosofía. Me convocaron para que me presentara y filosofara un poco, para que sacara a relucir algunas zalamerías y cobrara el cheque, tal como en el pasado tantos discjockeys del pensamiento, impecunios, con las manos vacías, habían presentado en las mesas de los benefactores.

—Se muere por ser filántropo; está dipuesto a entregar por lo menos un par de millones... y le gusta tu libro.

Tanto la aplicación del inglés canalla de Featherstone sin una gota de ironía como la promesa del dinero sin fin me asustaban hasta el punto de entregarme a la abstinencia.

Sé tú mismo

Ese tal vez fue mi error. Debí haber sido la persona de siempre. De haberme presentado con una botella bajo el brazo habría hecho un encantamiento de siete cifras sin un desliz. Me pasé una semana sin beber antes del encuentro. El mundo se veía extraño, ubicuamente fresco, recién pintado. Yo estaba intoxicado (después de sentirme durante dos días como un trapo sucio) por la falta de intoxicación.

Llegué a la casa de Long en Hampstead (con cuidado de mantenerme lejos de las paredes, las vasijas Ming y los Zoffanys, de tal manera que si me desplomaba o daba una vuelta imprevista no arrastrara nada de valor incalculable), donde Featherstone me esperaba con ansiedad en el saloncito de entrada, tratando de establecer ocularmente si venía cargado uno. No lo estaba, pero eso no me impidió tropezar cuan largo era y aterrizar sobre la señora Long, quien, por efecto dominó, cayó y se quebró el brazo.

—Le podía suceder a cualquiera —me aseguró Long con magnanimidad.

El señor Long fue de una sospechosa indulgencia conmigo tras provocar la hospitalización de su mujer. El chófer la transportó para su tratamiento médico, y nosotros continuamos comiendo, aunque yo me sentía algo nervioso por estar sentado al lado de Featherstone, quien tenía esa clase de mirada del que está a punto de clavarte un cuchillo de pescado en el cuello.

El señor Long fue también harto indulgente cuando comencé a vomitar violentamente sobre su porcelana zeb. Era un extraordinario anfitrión, considerando que los innecesariamente ricos por lo general tienen los modales (tanto como el aspecto) de un jabalí verrugoso. El, en cambio, me deparó toda su cortesía cuando yo torpemente bostecé hacia el este, hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur. No había comido mucho ante la perspectiva de una saciedad gratis, pero había suficiente para hacer 360°.

El señor Long me condujo a un cuarto donde sufrí un poco, y me quedé paralizado por miedo a demoler alguna pared o arrasar la casa en llamas. Cuando bajé estaba otra vez bajo control, ansioso de alternar y brillar un poco. Pero terminé reculando hacia el retrete, al notar los preparativos del enemigo invisible en el otro extremo.

Eddie contra el zurullo insumergible

Me quedé mirándolo. De alguna manera, a pesar de todo lo anterior y abatido por mis desastres, sentí que todo dependía de eso: librarme de ese objeto. Que me vilipendiaran por cualquier otra cosa, pero no quería que se dijera de mí que no era un filósofo con entrenamiento doméstico. No pretendo darme aires, pero incluso yo tengo algunos vestigios de autoestima y sentí que no podía ser saboteado por algo así. A pesar del lujo de la casa, era un inodoro que se llenaba muy lentamente. Cada tirada de cadena me costaba diez minutos. Tuve tiempo suficiente para reflexionar acerca de la indolencia de las cañerías. Llevaba allí dentro media hora cuando llegó el equipo de salvamento. Era Featherstone, con la esperanza, sospecho, de que me hubiera muerto, o de que al menos estuviera muriéndome, de modo que pudiera él disfrutarlo, y luego tomar la vía trágica.

—¿Estás bien? —preguntó.

Lo ratifiqué. De algún modo no lograba juntar fuerzas para comunicar la noticia de que había creado un monstruo que ni yo ni las fuerzas sanitarias del fin del milenio podíamos controlar. El problema es que no había ninguna escobilla que me permitiera insinuar al tronco su camino a través del giro del sifón, y no importaba lo desesperado que pudiera estar, no pensaba echarle una mano.

Naturalmente, si hubiese estado en el ala de huéspedes o en alguna parte remota de la mansión, lo habría dejado para que se ocuparan de él los sirvientes, pero esta instalación estaba en el pasillo principal, y yo podía imaginarme a Long entrado y considerando mi trabajo de base, y de algún modo esto me parecía que estaba terriblemente mal, aun en un mundo donde los chicos se mueren de hambre. Estuve allí dentro durante una hora más dándole a la cisterna. Debieron de empezar a temer

que yo me instalara en la casa porque eventualmente vino el chófer y me anunció su presencia.

No conseguimos el botín.

En cambio, cuando aparecieron los japoneses, nos fuimos todos al Soho a una tasca de mala muerte con el jefe principal, jugamos juegos de bebidas y nos comportamos de forma tan vergonzosa que me olvidé de que estaba en el Reino Unido. Hacia las tres de la mañana, cuando quisieron echarnos, Hiroshi (que es tan rico que los otros millonarios se desmayan cuando él entra en la habitación) compró el lugar (y probablemente se lo dio de propina a su chófer).

—Japón e Inglaterra son islas ambas —me dijo. Y eso fue todo. Me abrieron la olla grande del dinero.

Featherstone, incandescente de ira, quiso aventajarme, así que se fue a Estados Unidos a encantar a otro millonario. Para empezar, como estaba en lista de espera, pasó un día en Heathrow esperando el avión. Lo fueron a buscar y lo llevaron a la casa del potentado. La casa era una mansión de veinte habitaciones de las que diecisiete estaban completamente desnudas y sin muebles. No había calefacción en su cuarto y era enero (aunque su anfitrión, Nash, tenía un calefactor en el suyo.)

—Póngase cómodo —le dijo.

Featherstone investigó la cocina y encontró un cartón abierto de leche larga-vida y tres rancias chocolatinas Hershey. Las cenas consistieron en unas pizzas a domicilio.

—Me encanta la comida simple, ¿a usted no? —Featherstone descubrió también en un cajón un manojito de cupones de ofertas especiales de pizzas, mientras Nash salía a almorzar y dejaba a Featherston «trabajando».

Luego vinieron las conversaciones.

—He escuchado las tonterías de estudiantes, pero esto, esto era... insoportable, sandez pura; era sólo la posibilidad de la dádiva o la comida lo que me retenía junto a él, además del hecho de que no tenía ninguna otra parte adonde ir.

La mansión estaba a una distancia de quince kilómetros a pie del establecimiento más próximo de comidas, y Nash mantenía que el coche estaba averiado; le ofrecía a Featherstone llamar un taxi. Un día Featherstone entró en la cocina y encontró una rata muerta.

—Lo comprendí de inmediato: la rata había muerto de desesperación.

Al partir sin un centavo, Featherston descubrió que Nash era un tocachuevos maniaco y reincidente. Que trataba de atraer académicos a su casa para airear sus teorías sobre historia, economía y política exterior estadounidense, mientras ellos se veían obligados a soportarlo varados en su casa, esperando en vano una donación. La reputación de Nash había llegado tan lejos que se veía obligado a importar gente de Londres, Berlín, Zomba.

Featherstone tuvo que pagar su taxi al aeropuerto, en vista de que el coche seguía sin funcionar. De hecho el día anterior había caminado los quince kilómetros hasta las tiendas.

—Tenía que salir y ver a alguna de gente.

Con los dinerólogos es así: lo tienes o no lo tienes. Cuestión de talento.

Saquear la casa del corso 1.1

Hubert había bajado a buscar algunas de las bolsas que teníamos en el coche. Uno de los vecinos del corso lo ayudó con una pesada bolsa de cemento.

—Sólo estamos haciendo algunas reformas —explicó Hubert.

Era un apartamento de dos dormitorios, y Hubert fue meticuloso con las modificaciones. Cubrió la sala con una capa de cuatro o cinco centímetros de estiércol de tapir (uno de los chicos del orfanato de Hube manejaba una granja de tapires en Bretaña).

—Lo importante es ser original.

Con un taladro eléctrico que encontró en casa perforó agujeros muy grandes en todas las paredes. Quemó el cablerío eléctrico. Un naranjo, resultado de años de cuidadoso cultivo, fue empapado en

coñac e inmolado. El inodoro, los lavabos y los desagües fueron completamente cementados. Pegó al cielorraso unas cuantas piezas del mobiliario. No había hostilidad; Hubert tenía muy buena disposición para arrasar la casa, y así eran las cosas.

Hojeé un álbum de fotos eróticas antiguas de Zipette, un toque de afectación *fin-de-siècle* para un fin de milenio. Todavía perturbado por mi contacto con la voz inesperada, no pude leer mucho más que un par de traseros desnudos (aunque el curso tenía en realidad una edición bastante buena de Montaigne).

La luz de esas fotografías de la época en que París era el centro principal de tetas y culos, me trajo fuertes bocanadas de mortalidad. Esas mujeres, las mejores plataformas para la gratificación de su tiempo, por las cuales los hombres pagaban, por quienes hacían o habrían hecho cualquier cosa, ya no estaban. Traseros atrasados, ni vivos ni muertos. Testimonio de que no importa cuán poderosas sean tus pasiones, pasas por el mundo como un aliento silencioso.

Me topé con sus miradas y medité x) que en la pintura es el artista quien filtra lo que quiere, pero en fotografía la modelo siempre tiene algo que decir. Reflexioné sobre la escasez de nuestro vocabulario para la nomenclatura de la mirada, la configuración de la boca y los ojos, las redes de músculos que atrapan la emoción, sobre lo bueno que sería escribir un libro acerca de esto, y) acerca de lo escasas que son las palabras reservadas para el clímax, qué abundantes los nombres para las herramientas del placer, qué abundante el vocabulario para su explotación y qué escaso para aquellos bellos segundos de entrega y qué bueno sería escribir un libro acerca de esto, y z) cómo, si uno deja que algo permanezca por un tiempo suficiente, la gente lo toma con seriedad.

Sin embargo, al hacer la vivisección de mí mismo, sé que todo esto ha terminado. He terminado con las pandectas. Pandectas nunca más. Nadie dijo que sería fácil. Licáf aires euq etc. ¿Por qué yo? Oy éuq rop. Preparémonos. Sonoméraperp.

Soy uno de esos que se ha desarrollado demasiado tarde. La vida, las cosas, la posición de uno pasa súbitamente de tener una cantidad de tiempo, demasiado tiempo, a no tener nada. No puedo percibir un tramo donde el tiempo resplandezca como debiera.

Donde mi vida se estropeó 1.1

Fue uno de esos momentos en que me sentía incapaz de apuntar al punto de origen de mi nadez, porque parecía que en toda mi existencia nada había funcionado bien; no podía señalar ni un solo fragmento con sentido.

No se puede humillar a uno de la perpetua

El hundimiento de mi ser no obstaculizó la campaña de Hube. Se llevó consigo un anotador cerca del teléfono y comenzó a escribir: «No quiero olvidar nada». Luego levantó el receptor y marcó. Preguntó dos veces por el curso.

—Salut! Soy yo —anunció Hube, era de presumir que le habían pasado con nuestro anfitrión—. Seré breve porque una conversación larga podría ser muy dañina para mi libertad. Muy bien, la situación es ésta: tenemos el hipopótamo rosado, así como los tres mil francos que escondiste bajo los cubiertos. Hemos visto y revisto las cintas.

»No... no... no puedes decir eso. ¿Cómo puedes saber quién soy yo? He vivido conmigo mismo durante treinta años y no sé quién soy... bien... bien, puedes pensar eso, pero no importa lo que sea yo, no soy alguien que en dos horas acabe con una mujer. De todos modos, tenemos que seguir. Nos hemos tomado tu vino; yo pensé que estaba bastante bien, pero el profe dijo que era un poco triste para un oficial importante de policía..., y tenemos esa foto de tu hermana... lástima que esté casada... Pero ciertamente voy a estudiarla con cuidado y me voy a asegurar de que todos los de perpetua de Les Baumettes tengan una copia para esas largas noches de invierno..., y vamos a mandar una lista de cosas a la compañía de seguros, así que no trates de inventar ningún reclamo más para engrosar tu cheque. Para terminar..., vamos a continuar escomeando todas tus cosas... e-s-c-o-m-e-a-n-d-o todas

tus cosas.

Después del adiós de Hube salimos de la casa más rápido que zebras. Sólo cuando estábamos en el coche, mientras Hube destrozaba irredimiblemente la foto de la hermana del corso, le pregunté acerca del escomear.

—Sí, va a tener que buscarlo en el diccionario. No hay nada, nada más molesto para un policía que el hecho de que alguien que pasó diez años entre rejas tenga un vocabulario más elegante que el suyo.

Adiós a Marsella

Las noticias del corso fueron lentas; Jocelyne descubrió que sus lascividades se habían evaporado. Pero le convocaron en comisaría porque tenían a un individuo de lengua muy suelta que declaraba ser Eddie Féretro; estaban prácticamente seguros de que era un charlatán de quimeras, pero le pidieron a Jo que fuera a echarle un vistazo y lo desautorizara. Ella dijo que el corso había encanecido de la noche a la mañana; no se manifestaron las usuales manifestaciones de lujuria.

Hubert había enviado todas sus propiedades (junto con una muñeca hinchable, un ítem que mejor ignorar pero igualmente ensuciante) al diario local y a nuestro periodista domado; la tarjeta de socio del club deportivo y los recibos bancarios le daban al paquete indudable autenticidad.

La noticia del impostor lanzó a Hube al paroxismo; inmediatamente quiso salir y ofrecer en bandeja de plata la naturaleza incuestionable de un trabajo de la Banda del Pensamiento. Yo estuve de acuerdo, pero sólo con la condición de que enseguida nos marcháramos. Tenía la sospecha, a pesar de nuestra suerte inmaculada, de que era prudente cambiar de lugar.

Además, quería ver Toulon otra vez, un singular puesto que no es más que un pozo negro (y ni siquiera tanto). Si tenía la posibilidad de experimentar alguna cosa me convertiría en una persona con sabor a melancolía, pero un aspecto de mi envejecimiento es que, por encima de cualquier cosa, lo que deseo es sentir, aunque sea sentirme mal.

Nos lanzamos en picado hacia Bandol (seguramente uno de los apartados más recomendables en la guía para robar el Buen Banco), donde el aire es tan fresco y la luz tan soleada que uno creería que hay tres soles en acción. Realmente me dejan perplejo los avances de la civilización en el Mediterráneo, puesto que yo nunca quiero hacer ninguna otra cosa más que recoger el calor de los fotones del sol y mordisquear una aceituna o una uva. Los heliastas tenían razón al adorar al sol; es algo que vale la pena idolatrar, uno casi no necesita nada más. Los estoicos fueron algunos de los primeros vagos de la playa.

Escena de playa

Pero una pena me esperaba agazapada en Bandol. Uno de mis restaurantes favoritos había desaparecido. Hay pocas cosas más entristecedoras que el cierre de un buen restaurante, o (más pernicioso, pero igualmente devastador) un cambio de gestión, el reemplazo de un chef. Es inevitable, pero ante eso no hay manera de endurecerse lo suficiente.

Cada vez más, a medida que uno desjuvenece, después de los cuarenta más o menos, se producen cambios en sus arreglos sociales y uno se encuentra gastando su estado de consciencia en funerales (y si uno tiene conocidos distinguidos, la molestia es doble por los servicios funerarios) y también se entrapa en restaurantes que ya no existen, y tiene que volver a esforzarse para encontrar un establecimiento que esté a la altura de sus costumbres.

La cosa más mortificante de lo humano no es la tristeza del pasar (la desaparición de tus favoritos actuales) sino el esfuerzo de reacondicionar nueva información en tu mente, reaprender, renovar otra vez.

De vuelta en el centro de Bandol, me indignaba verlo al borde de lo irreconocible. No hay nada como las ciudades arrasadas para cargarte edad sobre tus hombros, para darte de comer el zaqqum de la desjuventud. Querría que hubiesen tenido la decencia de esperar a que yo muriese antes de revelar

mis recuerdos. El hombre puede ser la medida de todas las cosas, pero nosotros también necesitamos una medida, necesitamos una unidad mnemotécnica. No importa lo mucho que disfrutemos del cambio, necesitamos ese metro, una calle principal donde estén fijos el restaurante, la biblioteca, las tiendas, la comisaría; un hogar al que poder regresar, donde la gente te diga hola aunque te odie y uno los odie a ellos, donde pueda pedirse dinero prestado, donde tu ausencia se haga presente. Un indicio, un memorándum de tu juventud.

Sin duda, uno no se hace rico robando bancos. Es una lata, y en estos días no puede contarse con más de unos pocos miles cada vez, porque normalmente no hay mucho más en la caja y porque lleva su tiempo meter dentro de bolsas los billetes en su mayoría de poca monta. Es un ingreso cómodo y puede mantenerte en el nivel del Chablis, pero no puedes rascarte la barriga para siempre y retirarte al estilo que satisfaría tu imaginación.

Al robo otra vez

Irónicamente, yo no estaba de humor; estaba molesto por el asunto del restaurante. En esencia, el mundo está dividido en dos categorías: los que andan buscando una condena carcelaria mucho más larga que la vida, y los que no. Si usted es de los que no, es muy fácil proponer razones para no dar un golpe al banco más cercano; si usted ya está sumergido en la iniquidad, infame hasta la enésima potencia, no es tan fácil encontrar un camino de salida verbal. «Soy demasiado perezoso» suena blando y reprochable. En cualquier caso el vigor juvenil de Hubert me arrastró (cojeando) consigo.

Era uno de esos bancos que tienen un sistema que abre la puerta con un zumbido.

—No sé por qué se molestan con esto —se burló Hubert—. No prestan la menor atención. Te lo voy a mostrar. —Me dio un birrete y metió la mano en su bolsa. Sacó dos pequeñas pistolas que fijó en las argollas que usaba en las orejas, de tal manera que pendían como los aros más extravagantes jamás diseñados. Acunó en su otro brazo el Aguila del Desierto.

—Es sólo que la gente no se espera algo tan excitante como que nosotros lleguemos a la ciudad. Especialmente en un lugar como Bandol, donde es un acontecimiento importante el que alguien se tire un pedo. —Tocó el timbre—. Nunca podrían estar preparados para el dúo filosófico más genial de este lado de Zama. Sólo Platón y Sócrates podrían ganarnos en esta carrera.

Tal como profetizó, y a pesar de un aire incuestionablemente robadero de bancos, logramos entrar mientras yo meditaba acerca de la glotonería que mostraba Hubert por la erudición.

—Esto —promulgó Hube— es un robo de banco neo-platónico. Van a tener que prestar muchísima atención si quieren detectar la diferencia entre esto y un trabajo platónico. Si tienen alguna pregunta, aquí tienen al profe.

Dudo que alguien percibiera algún elemento neo-platónico (aunque si me obligaban de verdad, yo siempre habría podido pergeñar unos pocos) o pudiera establecer la diferencia, o le importara. No hubo preguntas. Una chica bien parecida juntó los billetes para nosotros mientras Hube bromeaba:

—Perdóneme por ser tan directo, pero usted es tan hermosa que vamos a tener que volver aquí otra vez. —Se estaba convirtiendo en un delincuente de lo más divertido. De haber existido una votación por el ladrón de bancos del año él la habría ganado sin dificultad.

El gerente era viejo, incluso para mis niveles de consideración, aunque sin duda iba a durar más décadas que yo.

—Supongo que habrán venido por el dinero que tenemos ahí atrás —dijo de manera extremadamente condescendiente.

—No, gracias. No nos vamos a molestar —dije. Nuestras expectativas eran modestas, y, para ser honesto, el banco parecía un banco de chiste, que apenas daba para un cartel que dijera banco en la puerta, pero Hube estaba hambriento de robar más. Se echó a reír.

—Parece que puede leer nuestras mentes. Un gerente de banco telepático. Debería ser conocido.

—El dinero está en una caja fuerte, pero si ustedes me amenazan, sólo de mala gana tendré que abrirla.

Se nos condujo a una habitación donde había una caja fuerte risiblemente antigua. El gerente, intimidado por nuestras agresivas emanaciones, abrió la caja. Debo decir que recibí cantidades invisibles de amenazas, al menos desde donde yo estaba.

—Por favor no me apunten con esa arma —dijo en voz muy alta y muy innecesariamente puesto que no habíamos tenido la poca gracia de hacer algo así.

Dentro de la caja había una cantidad de dinero a la que era difícil dar crédito, en billetes de quinientos francos que comenzaban con un número de serie Z34150701; lo cual nos devolvió el prístino regocijo de robar bancos.

—Son cuatro millones de francos —dijo, poniendo una cifra a nuestras especulaciones.

—¿Es frecuente que tenga tanto dinero? —preguntó Hubert.

—No. Nunca habíamos tenido un depósito como éste, pero lo cierto es que tampoco nunca nos han robado. Llevo trabajando aquí treinta años. En el día de hoy han sucedido más cosas que en todo el tiempo anterior. Nunca me había pasado nada parecido. Ha sido un último día asombroso. Me jubilo mañana. No es que quiera. ¿Pero cuándo se han tomado en consideración los deseos de la gente que ha trabajado durante treinta años con toda lealtad?

Era un hombre agradable. Tuve ganas de invitarle a un trago, pero no teníamos tiempo, así que le dije:

—Me gustaría invitarle a un trago, pero no tenemos tiempo.

Hubert se sumergió en su bolsa y sacó algunas camisetas («Tal vez les gusten a sus hijos o a sus nietos») con la leyenda «Mis Data-Sentidos se cruzaron con la Banda del Pensamiento» y «Robo, luego existo», junto con un puñado de pegatinas, «Quiero saber...» o «Viva la zeta».

Nos estrechamos las manos y luego nos fuimos a Toulon.

Las más grandes meteduras de pata de la civilización

Es posible que yo haya estado encarando esto de la manera equivocada. Todos nosotros estamos acostumbrados a las revisiones congratulatorias de la civilización, pero ¿y las más grandes masacres de la humanidad, las carnicerías máximas, los mayores pillajes de todos los tiempos? O las mejores idioteces de la humanidad, las más serenas sorderas de nuestro mundo; los descartes de la filosofía, tiros por la culata del saber. Las cagadas históricas.

Sabihondos

Esta es clásica. La sensación de que «todo está resuelto». Diderot (*Pensées sur l'interprétation de la nature*, 1754) pontificaba que la ciencia matemática pronto llegaría a un estancamiento. Luego vino Kant a suponer que la tinta se había secado para siempre sobre el tema de la astronomía. Para no mencionar a Rutherford al comienzo del siglo, cuando se burlaba del universo, con la lógica de que los sabios acabaron con el negocio a partir de la física de Newton. Los físicos y los abacistas siguen en sus trece. Llueven las tripas y los dedos de los pies. El horizonte siempre está a la vista.

Cada generación tiene cierta imagen de sí misma como límite, el límite con el que se acaba todo lo anterior. Sucede con todos, arranca con los griegos, que, aunque admiten que hay cosas que siguen brumosas, hay una atmósfera tipo el cheque está en el correo. Los videntes y milenaristas, junto con los llenadores de bañeras y físicos y abacistas, todos ellos están de acuerdo siempre en que eso está a mano y POR QUE está tan cerca. Con la civilización, con nosotros, es todo la misma cosa, nos pica el deseo de la ganancia, la cosa verdadera. Y lo que conseguimos es un estallido de negrura. Los huesos de la civilización son más grandes que los nuestros, las decepciones son las mismas. Admito que me siento tan animado como un profeta de Zwickau.

Los diez peores

1. La receta de Johannes Van Helmont para hacer un ratón. (Admiro la modestia de la escala.)

2. La noción de Fourier de que en la nueva era de la justicia los mares se convertirán en naranjada.

3. La condena que hizo Voltaire de Buffon (convirtiéndose él mismo en un bufón, por lo tanto) argumentando éste que las conchas de mar descubiertas sobre las montañas fueron dejadas allí por los que iban de picnic y no por las lluvias antediluvianas.

4. Aristóteles y su idea de que el pecho es el asiento del intelecto.

5. Los árboles anatómicos de Duret.

6. La receta del alquimista Paracelso para hacer crecer a un hombre. (Coges un zapallo, lo dejas que se pudra, y obtienes tu homúnculo.)

7. Gorgias el supersofista declara que nada existe y luego se erige a sí mismo una estatua en oro.

8. Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique des progres de l'esprit humain* (1794). Su novísima idea de la décima época (1789-), la abolición de la estupidez. (Ya casi llegamos, está justo a la vuelta de la esquina.)

9. El *Projet de paix perpétuelle* de Saint-Pierre (1713). No más guerras en Europa. (El cheque está en el correo.)

10. La vida: solitaria, pobre, espantosa, brutal y corta. No. Algunas veces el cheque está en el correo. La vida no fue así para Hobbes; anduvo a tortas con Galileo, Descartes, Harvey. Tuvo una linda pensión. Llegó a vivir noventa y un años. De hecho, si hay algo que puede decirse en favor de la filosofía es que parece promover la longevidad.

¿Con cuáles de nuestras creencias o prácticas se van a partir de risa en el futuro? Quizás el futuro no dé oportunidad. Quizá nosotros no le demos oportunidad al futuro. Tenemos a la vista una estupenda catástrofe. Para todas las palizas que ha recibido, este siglo ha sido bastante generoso con un montón de gente. La primera mitad fue belicosa, pero mientras hay montones de guerras, desastres, enfermedades, zadrugas dedicados a descuartizar zadrugas (las disputas más crueles siempre se producen entre aque-líos que resultan imposibles de distinguir para los de fuera), los gorgojos del mal en cualquiera de sus innumerables formas se hacen más populares en los países que carecen de restaurantes franceses de nota, y por lo tanto no tienen mucho peso; las cosas se han aligerado en el frente del apocalipsis, lo cual es siempre una mala señal. Oliuqart odai-samed átse odot, atsug em on.

Premien porte de guerre

Mientras suburbiábamos por Toulon le di a Hubert instrucciones estrictas:

—Quiero quedarme en Toulon. Unos días por lo menos. Quiero echar un vistazo. Sin robos. Sin molestias. Sin incidentes lamentables. Sin bravuconadas. Nada fuera de lo común. Sin cabezazos. Sin experimentos. Tienes permiso para hacer algunas compras y mirar un poco de televisión.

—De acuerdo, profe. Lo acepto. —Se produjo una pausa mientras Hube le daba a su asentimiento su momento de gloria. Para mostrar el toma y daca de nuestra relación. Ese fue el daca; luego vino el toma. Continuó—: Pero he estado pensando. Tenemos que hacer algo para que las cosas resulten más sabrosas. Deberíamos darle más publicidad a nuestros próximos robos. Vamos a duplicar lo de Montpellier. Podríamos anunciar que vamos a robar cinco bancos en un día. Para agregar otra gruesa capa a la estupidez de la policía. Y también les advertimos: cuando entramos en un banco y anunciamos que somos la Banda del Pensamiento, si nos responden con una cita de uno de los grandes dejamos el banco en paz. Nuestro eslogan: «Sólo el saber puede salvarte de la Banda del Pensamiento. No llame a la policía, lea a los clásicos. No compre alarmas, procúrese un Zenón». Cuando se enteren de esto los de la perpetua se van a hospitalizar.

Presumo que toda historia humana está pavimentada con el siguiente pensamiento: no es posible. Elbisop se on. Los Hunos. La Muerte Negra. Los Mongoles. La Sífilis. Los Turcos. La Bomba. Los Conquistadores. Los alemanes invaden Francia otra vez. Millones de hombres y mujeres se ponen de pie: esto no es posible. ¿Los dinosaurios tenían una expresión sauriana equivalente cuando cayó el

canto rodado terminal del espacio exterior?

En todo caso, yo había dejado mi sentido común en otra galaxia.

—Incluso podríamos elegir el filósofo del mes —agregó Hubert filosamente.

>????????????????????>?

Toulon 1.1

Alquilamos un apartamento frente a la playa en un área que se moría por ser burguesa pero, dado que esto era Toulon, no lo iba a conseguir. Teníamos otro apartamento debajo, y nuestros arrendatarios vivían arriba.

Me sorprende que los bancos todavía no hayan puesto una recompensa por nosotros. Hube, puedo decirlo, está irritado por este motivo y elabora planes de venganza y castigo, pero ha terminado por razonar: «No les ha quedado ningún dinero para recompensas, ¿verdad? Se lo hemos robado todo».

Un viejo barría frente a los apartamentos. Estaba tan cargado de edad que apenas podía sostener la escoba. No había mucho que barrer, de todas maneras, porque ya había barrido el día anterior, pero así tenía algo que hacer. Supuse que era un pariente venerable de la familia al que sacaban al exterior para que hiciera un poco de ejercicio, pero en realidad el viejo estaba de vacaciones y alquilaba el apartamento que estaba junto al nuestro. Se quedaba dentro, sentado en silencio, y ocasionalmente salía para dar una estimulante barrida al terreno vacío.

Monsieur Thomas me lo explicó mientras me mostraba los alrededores. Era el único francés con el que me crucé en mi vida que se veía ridículo con un birrete. Así como alguna gente adquiere elegancia con cualquier atuendo, él tenía el talento de erradicar todo estilo que pudiera esconderse en un género. Debió de haber sido contratado por las casas de moda para destruir las líneas de sus rivales. El anti-modelo.

Madame Thomas también me soltó un entusiasta panegírico sobre el inmueble, inconsciente de que yo alquilaba el apartamento porque tenía más de tres paredes y porque era el primero de la lista que me dio la oficina de información turística. Tuve ganas de decirle: «Soy un ladrón de bancos, me importa un comino la nueva alcachofa de la ducha». La mujer me explicó que habían tenido que librarse de la inquilina anterior, una joven de Zelenograd que se pasaba el día llevando marineros a su casa para formar cuartetos en la cama. Me pregunté cómo lo sabría y, si podía observarla, por qué se molestaba tanto.

Estaban complacidos de tener un profesor alemán (de Tübingen) en los alrededores; eso le daba un zocle a su respetabilidad. La tinta apenas se había deshidratado sobre el recibo cuando explotó la ansiedad ante la aparición de Hubert. En cuanto interpuso su cara predadora y criminal en el campo visual de los propietarios, les hizo temer por su platería y su posición en general. La mera postura de Hube lo delataba como un sujeto capaz de incendiar la casa sólo para calentarse las manos.

Con la aparición de *Tales* se vieron horriblemente desgarrados entre el deseo de un ataque aéreo y la avidez por el dinero (yo había pagado en efectivo, un dinero que no iba a alimentar el sistema impositivo). Hablaron de forma denigrante de los roedores mientras *Tales* los contemplaba despectivamente. El zurullo de un elefante con una corbata de nudo azul no les habría sorprendido tanto, y habría sido mejor recibido. A diferencia de la mayoría de los animales salvajes, de los que se dice que son implacables contra el cautiverio, *Tales*, en el gran estilo de la libre-alimentación, empezaba a estar regordete y tenía por su jaula tal afecto de propietario que nunca se alejaba de ella más que un escaso trecho. Como si temiera la posibilidad de que le quitaran su suite de barrotes y tuviera que volver a ser una rata callejera.

Presenté a Hubert como un profesor de neurología de la Universidad de Montpellier.

—Me disculpo por mi colega, pero los neurólogos, como probablemente ustedes sepan, son gente extraña.

Jocelyne se presentó cuando Hubert había salido con mi mandato: «Si algo sucede, no importa si

es accidental, o fortuito, no vuelvas. Las explicaciones siempre traen problemas». Le entregué una nota a tal efecto, para que lo tuviera por escrito y no pudiera alegar que lo había oído mal o se había olvidado. No iba a haber una gran diferencia, pero al menos podría conseguir de él un conato de discreción.

Nos pusimos los trajes de la lujuria.

Llené la bañera. Le indiqué que deberíamos embarcarnos.

—No vamos a caber ahí dentro —dijo ella, pero desde luego cupimos. Sus esplendores no se diluyeron; el agua le dio un resplandor especial a su pecho, a sus contornos—. Nunca había hecho esto antes —dijo ella mientras emitía burbujas y chorritos, una frase que nunca esperé atrapar emergiendo de sus labios.

—¿Qué?

—Tomar un baño con otra persona.

Eso me sorprendió. Pero me sentí complacido. Estaba complacido de haber sido el primero, de que Eddie hubiera puesto el pie en una experiencia que otros no habían acometido. De ahora en adelante, durante años, y aunque no dijera ninguna otra cosa, ella diría: «Ah sí, Eddie, el ladrón de bancos de la bañera».

Le estaba cogiendo mucho cariño a J. Una de las poquísimas bondades del desjuvenecimiento es que de verdad espero tan poco que puedo valorar las cosas en cuanto se presentan. Una noche con Jocelyne. Aunque nunca volviera a verla, igual tendría una ventaja de 14.400 segundos. Eso es lo que uno llega a apreciar: la buena compañía. Ella nunca se quejó, nunca blandió un contrato, nunca desempolvó el verbo *regularizar*.

—¿Nunca te casaste?

—Un error que nunca cometí. La vida es demasiado corta para cometerlos todos. A menos que te acuestes tarde o te levantes muy temprano.

Tenía piernas que parecían sin tiempo; esquiaban en su forma para mantenerme en forma.

Me puse en forma.

—La vida es corta, pero tu pito es largo.

El café de Gérard

¿Estaría Gérard allí?, me pregunté. ¿Habría una hora Gérard del día para encontrarlo? Sencillemente elegí ir, lanzarme al impulso de verlo. El destino es amigo o no lo es. No tenía sentido tratar de ser inteligente después de tanto tiempo.

Las ciudades son gente; si Bordeaux es Montaigne, entonces Toulon es Gérard.

No había oído nada de él desde hacía veinte años. No lo había visto desde hacía treinta, a pesar del placer que siempre me había dado su compañía.

Era una persona agradable por una cantidad de razones;

dejando aparte su brillantez en algunas áreas donde yo fallaba, era una de las pocas personas con las que me había topado más desaliñado, menos práctico, más distraído, más zimométricamente ferviente que yo.

Primer Gérardaje

Fue el año que pasé en Francia. Después de dos años preso en Cambridge mi fe en el negocio flaqueaba, así que Wilbur, mi director de estudios, sugirió que me fuera al extranjero para refrescar mi amor al saber:

—Pasa un año fuera, intercambia algunos fluidos corporales. Flaz lo que quieras, lo único que te pido es que no digas nada acerca de encontrar la verdad o cosas por el estilo. No podría soportarlo. Si quieres la verdad vas a tener que poner electrodos en los genitales de la gente. Así se obtiene la verdad con bastante rapidez. Pedazo de suertudo cabrón —dijo, a modo de despedida—. Ojalá pudiera yo irme un año de esta pocilga.

Yo estaba algo abatido por esta reacción, dado que siempre había contemplado a Wilbur como la personificación de la urbanidad y la educación, tanto en el negocio como en lo personal; pero no había apreciado que en todas las uniones a largo plazo, no importa cuánto ame uno, siempre cargará con la mochila de la vejación.

Así que conseguí un empleo como asistente en el Lycée Zola de Toulon, un empleo que me venía bien, puesto que no requería mucho más que abrir la boca y hablarles a unos adolescentes cansados de la vida.

—Tuve que pasar el fin de semana en Normandía —me dijo Gérard quince segundos después de que me encontrara con él por primera vez en la confitería—. Yo trataba de serle fiel a mi mujer pero fue inútil. —Gérard tenía problemas con eso. No tan graves como Nick (¿quién no?), pero él seguía descubriendo esas mujeres desnudas al final de su extremidad del placer. Era un supervisor de la escuela (le pagaban para gritarles a los adolescentes cuando dejaban de estar cansados), y estaba trabajando en su *agrégation* en filosofía.

Las cosas que más me impresionaban eran su genio verbal para convencer a las mujeres de que se quitaran la ropa y sus lecturas incesantes. Había leído todo lo que no fuera una mierda autoconfesa, y siempre cargaba libros de notable valor, de los que yo nunca había oído hablar, en francés, alemán e inglés, y siempre llevaba por lo menos uno de más, no fuera a ser que se quedara sin libro, o porque considerara que el que estaba leyendo no mereciera su atención. Tres años mayor que yo, se precalentaba para convertirse en uno de los grandes filósofos franceses. Me gusta pensar que dialécticamente puedo valerme por mí mismo, pero él me rompía mis piernas intelectuales: me azotaba con los místicos alemanes, exprimía un oculto jugo gris de los Ideólogos, y me daba mazazos con catervas de pragmáticos estadounidenses que yo ni siquiera sabía que existieran y que ningún otro ser humano había leído desde 1913, y todo esto durante las pausas para el almuerzo.

Los sofistas vuelven a la carga

Gérard tenía la franchuta tendencia sofista de tomar material improbable y hacerlo funcionar. A diferencia del gran jefe, Gorgias, que después de ser bastante amable en su encomio a Helena, elogiando a una de las mujeres más injuriadas de la historia antigua, acababa diciendo «esto es una broma y nada más», muchos de sus discípulos dejan esto en una elipsis. Lo que hacía Gérard, en cambio, era terminar con una sonrisita.

Gérard era también la única persona que vi en mi vida que tenía ese aspecto que ocasionalmente yo detectaba en mi cara, cuando mis ojos parecían divorciados el uno del otro, el izquierdo y el derecho cada uno en su propia zona, dedicados a ser y no a mirar. Acción de introspeccionar. Parece extremadamente estúpido, y yo siempre rompía las fotografías donde aparecía con esa expresión. Pero un par de veces lo vi en la cara de Gérard. La gente solía pensar que éramos parientes (hay que admitir que era gente tonta).

Ultimo intento de Gérardaje

Hace ya mucho tiempo. Probé con el último número de teléfono que tuve de él veinte años atrás, sabiendo que sería probablemente inviable. El resultado fue una conversación con un propietario agraviado, quien durante un buen rato enfatizó que nada le gustaría más que encontrar a Gérard, puesto que el apartamento que él alquilaba acabó destruido y sólo habían quedado unos pocos rescoldos ardientes.

—He tenido gente que se llevaba los cubiertos, o que se escapaba con algunos muebles, pero nunca había perdido el piso entero.

Destruir casas ajenas

Puede ser embarazoso...

Supongo que todos nos hemos encontrado una u otra vez recorriendo burdeles en Amsterdam sin el entrenamiento apropiado.

Yo lo hice de un modo bastante inadvertido un verano en el que se me confió una espléndida casa de cinco dormitorios en el centro de la ciudad. Un cirujano holandés me la dejó para facilitarme la escritura de un libro sobre Spinoza; parece que, en efecto, tengo este don de encantar a la gente cuando no quiero, o no lo necesito.

Pero rápidamente acepté el ofrecimiento de una residencia palaciega. Luego, pegado a una botella, me encontré charlando en un café con una joven, quien resultó necesitar un lugar para quedarse; caballerosamente, le ofrecí una estancia temporal (pero cerca de la caballería albergaba en el cráneo una idea que no era adversa a la hospitalidad uterina de estrella invitada).

Aunque estaba absorbido en no escribir mi libro sobre Spinoza (no tenía sentido comenzar hasta que no se me ocurriera el título), fue inevitable que reparara en la cantidad de jóvenes varones estadounidenses que comenzaron a circular por la casa después de que ella se instalara, jóvenes que preguntaban dónde estaba el bar y si teníamos zapotes. De hecho, la filosofía agudiza tus facultades. De un modo similar, había reparado en que la joven, Olenka, tenía una cantidad considerable de otras amistades femeninas que también parecían estar bajo el predicamento de necesito-un-dormitorio.

Bien; soy irresponsable pero no completamente irresponsable. Se me ocurrió, en efecto, que dirigir un lugar de mala reputación no le haría demasiado bien a mi posición en la lista mundial y que el gaste y desgaste de priápicos varones no le harían ningún favor a la casa, que estaba en condiciones escandalosamente inmaculadas cuando yo me mudé a ella. Incluso me sentía inquieto por una de las muchachas, cuando relató que una de las rutinas más populares era depilar el vello corporal de sus clientes con un soplete.

Yo había pasado una semana, o tal vez diez días, quizás una quincena, decidiendo que al día siguiente iba a tener que pensar algunos pensamientos fuertes sobre qué hacer (y otros: si en efecto yo fuera un tratante de blancas, cómo era posible que no se me hubieran proporcionado visiones de mujeres sin demasiada ropa ululando «¡hazlo! ¡Eddie, hazlo!») antes de que la casa se viniera abajo en llamas.

Si a uno tiene que venirle abajo la casa en llamas, recomiendo una balsámica noche de verano para que no se sienta demasiado incómodo al quedarse levantado con sólo un par de calzoncillos de Union Jack (otra historia). Es como una fogata de troncos, pero mucho más grande.

Un bombero me alcanzó un porro y yo lo encendí con una llama del estofado, mientras meditaba acerca de qué iba a hacer. Desde Amsterdam siempre podría hacer dedo a algún bote de remos para volver a Inglaterra, cambiarme el nombre y dirigir una casa ilegal en Dundee, Zadro, Zante, o en alguna otra parte donde la gente y los agentes de la justicia nunca se adentran.

Pero la moraleja de este episodio es la siguiente: sólo porque eres responsable de instalar un negocio criticable, distribuir polución moral, destruir uno de los mejores edificios de Amsterdam, perder todas tus propiedades, ser sorprendido en público con un par de calzoncillos absurdos, pasar más de dos meses sin escribir una línea o una frase muy pero muy corta sobre Spinoza (de hecho, todavía no has pasado por la biblioteca, y mucho menos has sacado un libro de Baruch), no estés tan seguro de que tienes problemas.

El propietario apareció inesperadamente para presenciar los resplandores finales de su propiedad. ¿Qué creen ustedes que sucedió? ¿Asalto? ¿Intento de homicidio?

Recibí tres nuevas suites, lo mismo que una gran variedad de ropas, un pasaje de primera clase para volver a casa, un cheque generoso para seguir investigando, un zootropo, una invitación infinita y abierta de hospitalidad y mimos en cualquier parte de Holanda, y una disculpa por todos los inconvenientes que se me hubiera causado.

Vandermoor: Dios mío, ¿está usted bien? Traté de llamar para avisarle que volvía, pero el teléfono estaba siempre ocupado...

Eddie: Mm.

Vandermoor: Esto es terrible. Debe usted de haber perdido todas sus pertenencias.

Eddie:... bueno.

Vandermoor: ¡Y su trabajo! Su trabajo ¿dónde está?

Eddie:... bueno.

Vandermoor: ¿Qué? ¿Tres meses de trabajo esfumados? Dios, me siento tan culpable...

Eddie:... lo siento...

Vandermoor: Me siento tan culpable. Debí de advertírselo antes de partir, pero estaba muy ocupado. Habíamos tenido antes algunas llamaradas pequeñas, porque los cables estaban en mal estado, pero nada como esto... No se preocupe, yo me ocuparé de todo...

Razones para ver a Gérard

Cada vez que estaba con Gérard me había sentido acalorado, con las ruedas girando a todo gas; practicaba zapateos cerebrales y los laureles me brotaban por las orejas. El quizá pudo haber elaborado una transformación de último momento, darme el ingrediente que faltaba, darme algo para el milenio.

De modo que yo pudiera hacer algo para el gran 2. Muy poca gente pega en un milenio. Especialmente el dos. Es una oportunidad para el marketing, un negocio buenísimo. Eddie presenta la culminación de la historia. Tienes que tener tu propia cancha. Intellectualmente el campo ya parece agotado, pero (hasta donde yo sé) nunca antes hubo un segundo milenio.

También estaba preocupado por Gérard. Constantemente, desde que había tenido su problema.

Admito que mi preocupación no se había extendido mucho más allá de recorrer las publicaciones filosóficas francesas en busca de indicios. Yo contaba con que él se apropiara de un lugar, que saliera al frente y le diera una paliza a la brigada Nanterre, que se convirtiera en el *mullah* del deconstruccionismo, que se diera bofetadas con el equipo del Collège. Pero nunca publicó, lo cual me sorprendió porque era bueno, un puesto de dos cifras en el ranking mundial, sin esfuerzo. Cuando Nik se despidió de esta vida, persuadí a Wilbur de que intentara contratar a G, pero Wilbur estaba obsesionado con hacerme regresar, y Gérard se estaba poniendo incontactable.

En el viejo puerto, en lo que mayormente era el mismo café donde habíamos pasado tantos ratos de ocio (algunas capas de pintura más o menos), lo vi. El café estaba casi desierto, y él estaba solo sentado a una mesa con su postura habitual. Lo reconocí casi de inmediato, a pesar de que sus rasgos lo habían traicionado y tenía la piel apelmazada como porridge con colorete. Un viejo. Un viejo con granos.

Más notable que localizarlo, fue el hecho de que él me reconociera a mí, a pesar de mis gafas oscuras y la gorra con visera. Nuestros ojos se patearon a cuatro metros.

—Mi hermano —dijo—, siempre llegas tarde, pero una tardanza de veinte años es fenomenal. Yo sabía sin embargo que si tenía paciencia ibas a aparecer y pagar la cuenta.

Al sentarme, lo que más me impactó fue la falta de libros en su mesa, que no hubiera volúmenes visibles o perceptibles en torno de su persona o abajo, a los lados. Leía tres libros al mismo tiempo, más de mil páginas sobre su persona; el libro en su mano había sido algo tan habitual que parecía una innovación evolutiva. Recordé cuando decía que uno de sus miedos máximos era el de tener un estado de consciencia libre y ningún texto para enchufarla de inmediato. El podía hablar, caminar, hacer cualquier cosa con un texto; incluso sus amantes probablemente compartieran almohada con un libro.

Nuestros ojos comerciaron.

—Sí, sin libros. Tengo muchas cosas en las que ocupar mi mente. Me resulta algo difícil concentrarme en la literatura; morir tiene ese efecto.

Lecciones acerca de cómo finalizar. Clases de terminación. ¿Hay alguna otra cosa que hacer además de llamar a los sacerdotes? Gérard no era mucho mayor que yo, pero era mayor, y brillante. Sentía curiosidad por lo que iba a decir. Ojalá pudiera yo copiar alguna profundidad, recoger alguno

de sus datos. Lo que me irrita es que después de toda esta bio, no soy más sabio. No espero mucho, pero sí algo.

Lechos de muerte 1.1

Wilbur recuperó su salud mental justo antes de fallecer. Fui a verlo. No dijo demasiado.

—Se supone que en un momento como éste uno debe decir algo memorable, sustancioso e iluminador —hizo una pausa—. Debo decir que no me siento memorable, sustancioso ni iluminador.

Eso fue más o menos todo lo que dijo durante la media hora en que estuve allí. Luego:

—No hay duda de que la gente realmente buena es un problema; los que son buenos pueden ser ordenados y considerados; Gorgias en realidad no molestó a nadie. Pero Protágoras molestó. Anaxágoras molestó. Parménides molestó. Y así otros más. Por encima de los talentos de verdad cuelga el penacho de plumas de la contienda. Lo que no puedo determinar es si tú eres un hombre con talento que busca problemas, o sólo buscas problemas.

También estaba allí, en un cráter de mi cráneo, detrás de otros pensamientos, ver si Gérard tenía alguna rodaja de revelación que pasarme, para comprobar que no había ascendido en el tablero de los resultados, para verificar que aquí había otro filósofo prometedor, o de hecho el más prometedor de los filósofos, que no había tenido éxito.

Miraba a Gérard del mismo modo supongo que otros, durante los últimos años, me han mirado a mí, con la boca abierta: ¿hay alguien con vida ahí dentro? Azoramiento ante el hecho de que alguien pudiera estar en condición física tan espantosa, en ese momento en que ha dejado de humanar. G me observó observarlo.

—Repite conmigo: Gérard, te ves horrible, la mayoría de la gente tiene mejor aspecto en su propio funeral. Deja de beber. Gérard, reacciona un poco. Recupera alguna dignidad. Sospecho, Eddie, que tú también has oído antes todo eso. Bien, ahora que ya nos lo hemos quitado de encima, bebamos algo.

La solución de las soluciones

Ese es el problema: para la mayoría de problemas, no puede encontrarse una solución con sólo dar un salto a la vuelta de la esquina; en cambio, en la mayoría de circunstancias civilizadas, no puede recorrerse cien metros sin cruzarse con algún oasis embotellado, donde siempre puede encontrarse una solución y disolverse en ella.

Gérard en el viejo puerto 1.2

—Así que, Eddie, ¿cómo estás? Localicé tus libros, son bastante divertidos. ¿Quién te los escribió?

No podía fallarle a Gérard.

Mi editor se había visto obligado a escribir el primero debido a mi contagiosa inutilidad con la z. Mi segundo libro había resultado igualmente eximido de mis jugos creativos: mientras limpiaba el cuarto de Wilbur en mi calidad de albacea, desenterré un manuscrito, que seguramente olvidó, porque había negado fehacientemente haber dejado nada escrito más allá de un párrafo.

Era un texto sobre los terribles logistas medievales de París (en 1136; es decir, un año antes de que el Emperador John II hiciera retroceder a Zangi). John de Salisbury estudió lógica allí, y regresó doce años más tarde para encontrarlos discutiendo la misma pregunta de cuando él se había ido. Ciertamente, no me sorprendería si me enterara de que todavía están en algún desván murmurando, tan obsesionados por sus interminables sutilezas que se han olvidado de morir. Uno tiene que remontarse hasta Padua y a aristotélicos tales como Marco Antonio Zimara o Jacobo Zabarella, con sus exagerados cubileteos sobre la inmortalidad del intelecto, para conseguir esa clase de persecución de la propia cola.

220 páginas. Muchísimas gracias.

Conseguir que te publiquen un libro no es tan fácil. El manuscrito, aunque perfectamente respetable, no era una gran obra, pero su mérito principal era que estaba escrito a máquina. Mi primer impulso al descubrirlo fue el de mandarlo de inmediato para conseguir un poco de fama y dinero, pero me mantuve firme y no me abandoné a tan bajo impulso de inmediato.

Primero, lo traspapelé. Un año más tarde lo redescubrí metido dentro de mi sillón. Una quincena para volver a mecanografiar la carátula con mi nombre y dirección antes de que pudiera mandárselo a los editores. Un fin de semana, sufriendo de culpa por mi filibusterismo, que dediqué a zambonear la prosa y hacer alguna contribución con la escritura de algunos verbos de moda. Un mes para comprar un sobre, que traspapelé. Un mes o algo por el estilo de excavaciones en busca del sobre y luego otro mes o algo por el estilo tratando de comprar otro y luego otro mes para confiarlo a los servicios postales. Bien, en realidad nunca llegué a enviarlo por correo. Me lo dejé en un tren (sospecho), pero alguien fue lo suficientemente amable para enviarlo, y así recibí un contrato. Puedo ser muy perseverante cuando me lo propongo.

La credulidad de Featherstone estaba agotada. Todos los estudiantes de filosofía y los ya graduados fueron invitados de uno en uno a su habitación; cenaron con champán y abundante salmón ahumado y carnes de ciervo mientras él los interrogaba vanamente para descubrir quién había sido sobornado, chantajeado o engatusado para escribirme ese texto. Pero buscaba entre la gente

equivocada; el hombre que lo sabía se había a) olvidado y b) muerto.

Acerca de lo que no escribiré 1.2

Gerard en el viejo puerto 1.3

Gérard me trató a patadas. Le puse al corriente de todo, agitándome incómodo en mi silla; él pasó al inglés.

—No hagas movimientos repentinos, Eddie. En cualquier momento nos puede agarrar por el fondo un pozo sin fondo. Uno se puede ir al infierno, directo, sin paradas, en cualquier momento, en cualquier lugar. Sin advertencia. En el ártico. En el profundo mar azul. El infierno para una sola persona, de pies a cabeza, como una cama de una plaza, sin que una sola gota de azufre caiga sobre la persona de al lado. Un infierno tan infernal como el desierto de Zungaria, sin que la persona que está a tu lado pise un solo grano de arena. Cállate, Gérard, cállate.

Luego pasó al alemán.

—Vamos, pide algo caro. Recuerda, eres un filósofo de primer nivel y el ladrón de bancos del momento. —Yo estaba algo sorprendido por esto último. Aun cuando había sido un lector voraz, nunca había tenido demasiado tiempo para las noticias o los diarios. «Si tiene alguna consecuencia llegará a un libro.»

Gérard había estado viviendo en una cabaña en el campo, la última vez que supe algo de él, sin electricidad ni agua corriente, más indiferente todavía al progreso de la historia y la civilización, con transfusiones industriales de la sangre de las viñas por toda compañía. Durante el tiempo que pasamos juntos en Toulon, tanto él como yo estuvimos trabajándonos una pequeña corpulencia. Ahora nos habíamos vuelto polares: yo estaba en lo más alto de la rechonchez, y él se veía (zootómicamente) como si lo hubieran fileteado y hubieran tirado su carne a la basura o, para usar una imagen vegetariana, como el corazón de una manzana mordida hasta el fondo. En términos *prêt-à-porter*, la reaparición de Gérard (o mi reaparición, si prefieren ustedes) era su sándwich favorito, con una gruesa rebanada de amistad, pero también un toque de condimento desconocido (e indeseado).

—Entonces, Eddie, ¿vas a salir disparado en una llamarada de tiroteos judiciales? Me parece que voy a disfrutar siendo tú. —Extrajo del bolsillo un diario exageradamente doblado (siempre se había referido a los diarios como los «pequeños anuncios») que desplegó en la primera plana, donde se destacaba la noticia de nuestra próxima gira por los bancos de Montpellier—. El infierno, Eddie. El infierno puede uniformarte, con un traje hecho a medida, en cualquier momento.

Yo quería interrogarlo acerca de sus problemas, pero lo que dije fue:

—Veo que tienes tu vieja mesa.

—Sí, hay algo bueno que decir de un mundo donde uno puede conservar su propia mesa, pero has tenido suerte en encontrarme. Acabo de retomar mi residencia aquí después de un exilio de muchos años. La longevidad tiene esa ventaja; puede desmoronar los exilios. Hay toda una nueva generación de bebedores y licoristas en Toulon cuya primera reacción no es la de llamar a la policía cuando yo entro, o deslizar unos francos a alguien para que me rompa la nariz.

Me miró.

—Entonces, ¿no vas a preguntar?

El problema de Gérard

Su problema: había cometido un error. Su error más grande. No había dormido nunca con una chica. No había cometido adulterio. Había cometido el error clásico: decencia y lealtad.

Se había casado joven, pero en su calidad de intelectual suelto por la ciudad, en un país donde los hombres de ideas son celebridades, trabajaba sometido a más admiración femenina de la que podía manejar.

Su mujer era inusualmente tolerante, pero tenía un don para descubrir sus travesuras. También es cierto que G era extremadamente desafortunado.

Una vez en el campo estuvo a punto de mejorar el mundo con una compañera cuando su mujer cayó en paracaídas justo encima de ellos, puesto que unos zéfiros monstruosos la habían arrastrado siete kilómetros más allá de su área de aterrizaje. Fue algo especialmente lamentable, ya sea porque él mismo había sido quien había sugerido a su mujer el paseo por el aire (para quitarla de encima de su cabeza), ya sea porque «uno no recibe menos castigo

cuando le pillan en el campo con una mujer desnuda con la que no has hecho el amor que cuando le pillan en el campo con una mujer desnuda con la que has hecho el amor, y a mí me pillaron en un campo con una mujer desnuda con la que no había hecho el amor».

Podía notarse cuándo Gérard se había metido en un lío. Se le veía pálido, callado, secretamente penitente y abstinente de nuevos romances, hasta que su mujer volvía a instalarse en la casa, que era cuando él recuperaba el ánimo y comenzaba otra vez a sentirse fascinante e irresistible para el sexo opuesto.

Una nueva celadora comenzó a trabajar en el lycée. El la mareó con sus gastados libros en rústica, sus frases breves, su visión de Hegel. La llevó a un restaurante, le dio de comer ostras y luego le ofreció llevarla a casa para anotar el gol sentimental.

Entonces, tal como me lo contó más tarde:

—Me dije a mí mismo: No, esta vez no. Simplemente vi hasta qué punto no tenía sentido. Yo no hacía otra cosa más que ocuparme de hacer infelices a tres personas. ¿Para qué? Un placer más que conocido, y no tan diferente del conyugal. Por debajo, una vez que borrara la novedad, encontraría una esposa inferior. Quizás había madurado; en todo caso, las porciones de placer y dolor parecían equivocadas. Y la moral también se merece una mención.

Más todavía.

—Pude ver que ella quería. Mi vanidad había recibido su pago.

La dejó en la esquina de su casa.

—Estaba un poco sorprendida de que yo no tratara de entrar. Pero tuvo una mejor opinión de mí por eso. Este no es como otros hombres casados, decían sus ojos. Puede disfrutar de una cena sin ninguna otra cosa. ¿Sabes qué? Eso me gustó. Yo no quería que ella descubriera que, como la mayoría de los hombres, soy un mero sistema para mantener con vida un falo.

Volvió con el coche a casa felicitándose por haber encontrado este nuevo placer. A la mañana siguiente encontraron a la chica en un garaje cerca de su casa. Zeteada. Asesinada. Violada. El forense de la policía estimó el momento de su muerte en la media hora siguiente a que Gérard la hubiera dejado en la esquina. Le habían cortado el cuello.

—¿Has visto algo como eso, Eddie? Es más triste de lo que a uno le parecería posible, una pena concentrada. Deja el lenguaje muy pero muy atrás.

Afganistán entra en escena

El único consejo que puedo ofrecer cuando alguien te invita a ir a una guerra es vociferar que no, y si el otro es más pequeño que tú y con pocas probabilidades de responder del mismo modo, amordázale la boca con un cinturón para que no haya riesgo alguno de que te lo vuelvan a preguntar y tú cambies de idea.

Si quieres saber cómo es, no comas ni duermas durante tres días, salta sobre un poco de barro y visita una casa mortuoria; luego véndate los ojos y atraviesa una ruta (date una oportunidad: hazlo a las tres de la mañana); si sobrevives, es más barato y más fácil. Cuando Zak me preguntó si quería ir a Afganistán, yo dije algo como: «Por qué no, hum, pásame la sal». Eso va por una vida entera de estudios filosóficos; ninguna cantidad de inteligencia puede salvarte de la estupidez, que era lo que queríamos demostrar.

Razones por las que Zak y yo nos entendemos

1. Ambos estuvimos en la cárcel de Mile End.

2. Ambos fuimos a Vietnam. El como transmisor, yo como técnico en aletas de misiles teledirigidos (un trabajo de verano en Plymouth).
3. Nuestro interés común en la filosofía.
4. Nuestro interés común en los buenos caldos de Francia.
5. Nuestro común interés en los polvos paradisiacos.
6. De ahí nuestro esquema de compra por correo de ediciones caras de los clásicos griegos desde Colombia, con caramelo para la nariz como regalo escondido.

7. Nunca tuve problemas para hacerme amigo de gente que está destruida.

Entonces, ¿qué hace un filósofo fracasado como tú en Afganistán?

Zak quería ir a comprar rubíes, y Afganistán, aun durante la guerra, los tenía hasta por los forros. Zak, debería yo explicar, es una persona inclinada a hacer las cosas de la manera más difícil.

En unas vacaciones que pasamos en Suiza se levantaba al alba y comenzaba a escalar una montaña. Yo me levantaba al mediodía, tomaba el teleférico hasta la cumbre y me sentaba en el restaurante más caro que pudiera encontrar, donde guardaba un asiento listo para Zak, junto con un volumen de Platón en espera (dado que yo estaba ahí en calidad de tutor privado), mientras él, sin beneficio de equipo alguno de seguridad o cualquier otra cosa que pudiera reducir el riesgo de muerte o heridas graves, hacía su ascenso.

¿Y qué pinta Afganistán en el problema de Gérard?

Llevábamos allí una semana. Yo vivía envuelto en una bruma de terror, agotamiento y enfermedad, hasta tal punto que no me molestaba demasiado cuando bombardeaban el pueblo que atravesábamos, porque realmente no me quedaba más capacidad para preocuparme; estaba aterrorizado por completo.

En las afueras del pueblo encontramos a una muchacha que había estado recogiendo agua, acostada junto a sus baldes. Tenía once, doce años. Muy hermosa. Muy apuesta para ser la hija de un campesino sin un centavo en una zona de guerra especialmente brutal. Tenía buen aspecto, sin sangre, sin barro, sin rastros de heridas salvo que la parte superior de su cabeza había desaparecido; parecía una fotografía a la que alguien hubiese rebanado con una tijera; una hermosa chica, recortada.

Caí a cuatro patas y lloré, sollocé, grité. Grité y sollocé y gemí y derramé lágrimas y gimoteé y usé los lagrimales y todo lo que hay en medio, mis emociones se volcaron por los ojos; dolor en caída libre. Lloré por la niña pero también, creo, lloré por mí mismo, por estar en un mundo donde podían ocurrir esas cosas. Gérard por cierto argumentaría que lloraba por mí mismo y nada más. Créanme, aun para gente infinitamente más dura que yo, la dignidad por lo general se encuentra más o menos cuando todo va bien. No lo descubran por sí mismos.

El problema de Gérard

Gérard había encontrado una tristeza insuperable en el caso de la celadora asesinada.

Naturalmente su mujer lo dejó. Su biosfera se había ziclonado de manera irreparable. Gérard le había dado una excusa para cubrir el tiempo que pasó atendiendo a la celadora en el restaurante. Ella no aceptó que sólo se tratara de una velada placentera y no pudo creer que si no se había producido una unión más íntima fue porque G se había abstenido de la infidelidad.

Naturalmente la policía le concedió el honor de ser el principal sospechoso, pero su situación quedó aclarada en cuanto se comprobaron los fluidos.

Yo lo había visto en París no mucho después de eso. G estaba en mal estado, pero logiqueé que las cosas se iban a arreglar.

—Si no hubiese tenido ese súbito ataque de virtud, ella estaría viva. Mi rectitud permitió su muerte terrible y dolorosa. Tenías que haber visto a su familia. —La policía no había aportado resultados—. Es alguien de por aquí —dijo G—. Estoy seguro. Alguien cercano.

La policía continuó avanzando en la cosa investigativa. No había sospechosos, tal como G oyó

por parte de la familia. Así que G comenzó a buscar al asesino, a pesar de que no tenía idea de cómo hacerlo.

—Es raro que, habiendo escrito tanto los griegos sobre tantas cosas, no haya métodos para localizar asesinos.

Lo que hizo Gérard

Sacó fuera el zeteo, se lanzó a su propia investigación. Entrevistó a todos los amigos de la muchacha, a todos sus conocidos. Nada. Habló con ellos una y otra vez, en busca de indicios. Siguió a sus antiguos novios. ¿Dónde va uno para buscar información sobre un crimen? Uno va a los criminales.

—Pasé mucho tiempo en los bares, establecí las relaciones más desagradables; es mucho, mucho más difícil de lo que parece.

Gerard comenzó a hacer de confidente de la poli para conseguir un pequeño suministro de dinero, pues había perdido su empleo a causa de las investigaciones, y no tenía tiempo para sostener ninguna otra cosa aparte de su extraño trabajo en el bar. Investigó otros ataques, violaciones y muertes de la región.

Lo esencial del relato de Gérard sin preguntas más del estilo de «¿entonces qué pasó?» o «¿por qué?»

1. Los meses se deslizaban imperceptiblemente. «Había pasado un año, sin que hubiese aparecido nada. Pensé, Gérard, no seas débil. Un verdadero filósofo debería estar a la altura de su desafío.»

2. Los años pasaron como rayos. «Cada año me daba a mí mismo un año más. Como cuando esperas un autobús: si en la parada de autobús alguien te dice que no va a haber un autobús en una hora, tú sigues caminando. Pero una vez que uno ha esperado diez minutos, no hay forma de moverse de allí. Si hubiera parado después de tres meses, eso habría sido todo. Pero cuanto más tiempo llevas, más difícil resulta detenerse. Si me hubiera parado después de un año, habría sido un año perdido. Si lo hubiera hecho después de dos años, habrían sido dos años tirados por la borda. Tenía que seguir adelante; todo lo que tenía que hacer era encontrarlo y entonces podría trocar mis años perdidos por dedicación y triunfo. Si hubiese sabido desde el comienzo lo malo y lo largo que sería esto, no me habría molestado.»

3. Perseveró: abrió un bar y con sumo cuidado fue tomando las huellas digitales de los vasos vacíos de todos los clientes. También consiguió trabajo en un banco de sangre, y se mantuvo atento al tipo de sangre del asesino. «Estaba en buenos términos con la policía. Me daban toda la información que tenían: montones de nada.»

4. Comenzó a sospechar de alguien, un psiquiatra que, bueno, era sospechoso, con el tipo de sangre apropiado. «Había algo que no cuadraba.» Investigó. «No podía encontrarle un pasado.» Gérard lo siguió, lo observó, le abrió la correspondencia, registró su apartamento (donde encontró un poco de ziclopenthixol) y le ocultó un micrófono. Impaciente, Gérard finalmente lo secuestró y lo golpeó sin remilgos. «No soy la policía. No estoy interesado en la justicia. Quiero saber qué pasó.» Después de un día y medio el psicoanalista confesó que había nacido mujer. Gérard recibió una sentencia sorprendentemente corta.

5. Luego se infiltró en lugares donde se ataba a la gente, clubes sadomasoquistas y otros círculos desagradables, y empezó a sembrar indicios de haber asesinado impunemente, citando unos pocos ejemplos conocidos, y otros en los cuales la policía no había expresado mayor interés. «Pensé que podría animarlo. A los entusiastas siempre les gusta compartir experiencias.» Pero el asesino no se sintió atraído hacia él.

Sin embargo, la policía le levantó el parquet, zapó en su jardín y estuvo a punto de verse metido en serios apuros a raíz de un asesinato no resuelto de no haber tenido como coartada una estancia en la cárcel por su secuestro.

6. Finalmente, después de quince años de echar redes en Toulon, se mudó al campo, a una cabaña cochambrosa, con kilómetros de aislamiento. «Todo el tiempo sentía que él estaba allí. Pero en la ciudad había demasiada gente, demasiada confusión. Necesitaba estar en soledad, en algún lugar despejado donde pudiera traerlo hasta mí. Una noche oí ruidos fuera y esperé que entrara, pero luego se desvanecieron. Mi voluntad no alcanzaba a traerlo. Me descuidé un instante y él se escabulló.»

Lo esencial de Gérard con las preguntas de Eddie restituidas

—Entonces ¿no diste nunca con el rastro del asesino? —pregunté.

—Oh, sí. Finalmente se acusó a sí mismo, hace dos meses. Una confesión en su lecho de muerte.

Llamó a la policía; un crimen perfecto carece de valor si la gente no se entera.

»Un carpintero. Feo como un zulú. Sólo lo hizo una vez, lo cual me dicen que no es frecuente en esta clase de crímenes. Le preguntaron por qué: «Nunca habría tenido oportunidad con una chica como ésa». «¿Por qué no buscó una puta?» «No quería una mujer de ese tipo.» Tenía uno de los anillos de la muchacha, había sido suficiente para él, que se había alimentado de esta muerte como una larva de vida lenta. El policía le preguntó si había sido el remordimiento lo que le hizo confesar. «No, fue genial. Usted debería probarlo alguna vez.» El policía me dijo que de no estar ya el carpintero con un pie en la otra vida y no quedarle más que unas pocas horas de dolor considerable, le habría descargado encima su revólver de servicio. Vivía a dos manzanas de distancia de la chica.

La palabra problema viene del griego, y es afín a la idea de escudo.

Gérard y yo salimos del viejo puerto, y vagabundeamos por el Chicago, el laberinto de calles angostas, bares y restaurantes adonde gustaban de ir los *matelots* a tomar unos tragos, demoler algunos edificios y donde nunca jamás se veía a la policía. La zona estaba curiosamente tranquila; tal vez la flota hubiera salido, o tal vez celebraban en las barracas un festival de limpieza de bolsillos de prodigiosa magnitud.

Nos metimos en una tasca que habíamos frecuentado en nuestra juventud: la administración y la clientela habían cambiado, la mala reputación no. Volvimos a calentar el pasado, intercambiamos información sobre las gentes de ese periodo, pero no estuvimos tanto tiempo.

La obra de la vida, por favor

Sus ojos cayeron sobre una chica de poca categoría, tosca incluso para una prostituta de clase baja: sin belleza, sin encanto, sin inteligencia, sin un atuendo radiante. Llevaba sandalias: sus pies estaban callosos y sucios. Se reía de manera desagradable.

—No me gustaría ser ella —dijo Gérard—. O no me gustó. No, no me gustaría o no me gustó ser ella.

—¿Qué?

—Es mi principal descubrimiento. En mi persecución del carpintero, sentí que lo comprendía. Quizá las cualidades que le atribuía eran obvias; pero sentía que lo comprendía. Entonces comencé a pensar en las vidas pasadas, como la gente esa que recuerda haber sido el rey Arturo, un cervecero egipcio, un zapatero. Era así, como si yo tuviera trozos de su vida. Podía ver a su esposa..., su trabajo..., sus vacaciones, pero no podía verlo a él. Era como una vida mal recordada, por más que él fuera mi pérfido coetáneo.

La respuesta de Gérard a estos acontecimientos mentales, un empacho de verdad universal o de alcohol, era arrojar la razón a un lado como el juguete de un niño y sacar pasaje y montarse en lo que ocupaba su lugar. Yo asentía y pensaba lo difícil que debe de ser para la salud mental contratar guardaespaldas. Mientras tanto él tenía sus revelaciones: que en las numerosas versiones de los roles del alma, nadie ha sugerido la posibilidad de que sólo haya una consciencia: no una consciencia colectiva que se desparrama con liberalidad como mermelada sobre un bizcocho gigante, sino un estado de consciencia que corre hacia atrás y hacia adelante a través de las edades, que recorre tanto el

tiempo como los continentes, como si fuera algo que sólo aparecen una vez, un acto único. Metida en un vasto túnel compuesto por las vidas de todos.

—Estás envuelto en pieles en una oscura cueva antediluviana en Francia encarbonillando las paredes —dijo, bajándose una Zubrowka—, luego alguien te pega un garrotazo en la cabeza. Te disparas a San Francisco para arreglar desperfectos en los ordenadores de Silicon Valley; luego, a pesar de ser un vegetariano acérrimo, te mueres y te conviertes en un cazador de Nueva Guinea a mediados del siglo trece. Luego un noruego dedicado a desollar traseros en un pequeño pueblo costero del siglo diecinueve, seguido por un periodo en que eres un fabricante de sogas en China, antes de volver a la cueva en penumbra para crecer y aporrear al carbonillero. El mal que haces, te lo haces a ti mismo.

»Y así todo, desde todos los ángulos. Te preocupas menos, porque cuando ves el chico que muere de hambre, el inválido que se congela, el soldado mutilado, sabes que te ha sucedido a ti, o te sucederá. Una revelación como ésta le hace un daño terrible a tu curiosidad, porque vas a tener todo con tal grado de detalles que podría aburrir al contador más minucioso. Así que, Eddie, mi hermano, mi dentista, mi especialista en arreglos florales, ¿qué tienes tú para poner sobre el tapete?

Nunca ha sido fácil, supongo, cuando se está muy cerca, decidir si uno está tratando con alguien de una asombrosa originalidad o con alguien que se sostiene de su salud mental prendido por los párpados.

—Bueno —dije, usando una de las frases que debe estar bien colocada entre las Diez Principales frases usadas con más frecuencia por Eddie Féretro—, estoy pensando en escribir un libro sobre el milenio. —Y luego, con la franqueza que uno sólo ofrece a un íntimo íntimo—: Pero no se me ocurre nada qué decir.

—¡Eddie! ¡Hay tanto para decir! —lanzó Gérard de inmediato. Uno no puede ser un jockey de ideas francés toda la vida y detenerse así sin más. Y (curioso fenómeno) escribir libros es siempre mucho más fácil en las vidas de los otros—. Siempre hay cosas para decir. En toda civilización siempre hay un apartado que dice: cosas que no han de decirse. Has escupido a la sociedad, Eddie, ahora puedes escribir todas las cosas que la gente piensa y sabe, pero que no va a decir. Capítulo uno: Misil a Grecia. La decadencia y decadencia de la más grande cultura en camareros de tercera categoría, y los más repulsivos burócratas en esa metrópoli de burócratas repulsivos que es Bruselas. En un mundo donde la cultura y el estudio se ganaron cierto respeto, vamos a mandarle un misil a Grecia y concentrarnos en la obra realmente importante de la investigación arqueológica sería de lo que yace por debajo: vamos a encontrar los zapatos de Homero, sus manuscritos perdidos.

Luego señaló a la furcia.

—O toma a Sandrine. Cuatro, cinco, seis hijos de padres diferentes. Son cuatro, cinco, seis hijos porque nunca está segura de cuántos de sus chicos son los que busca el Estado. Está desempleada oficialmente; una noción de lo más moderno, pagarle a la gente para que no haga nada, pero su trabajo extraoficialmente es suficiente para mantenerla metida en el alcohol y las drogas. —No pude evitar la sensación de que podía estar describiéndome a mí mismo.— Las únicas veces, casi, en que ve a sus hijos es durante sus apariciones en los tribunales; se enoja cuando ponen a los chicos en custodia. En ese sentido es una buena madre.

A Sandrine le mordisqueaba el cuello en zigzag David, quien, explicó Gérard, era su actual. Los dos se abrazaban como si fueran adolescentes enamorados en lugar de una prostituta gastada y un maleante. No me gustaría ser él.

—Tienen estos raros encuentros cuando los dos están recién salidos de la cárcel. No va a durar. Pero es asombroso tantos besuqueos y arrumacos, ¿no te parece? —Gérard hacía estos comentarios poco halagadores en voz alta, como si estuviera estudiando animales en el zoológico; un hecho que me preocupaba, dado que se podía adivinar que el principal método de comunicación que usaba David era

la navaja—. Es tan difícil exprimir las últimas gotas de humanidad, es difícil dispararle a esa última ilusión. He ahí un romance condenado a terminar muy mal, probablemente de manera fatal. Es sólo cuestión de saber si falta mucho y dónde.

—Tal vez por eso lo disfrutaban tanto —propuse.

—¿Qué se hace ahora con los que no sirven? Ahora los que no sirven son realmente inútiles; ahora no sólo tenemos clases inútiles sino países inútiles. Mira Africa: nosotros alimentamos, ellos crían. Tenemos tanta estupidez en este siglo como en otro cualquiera; las cosas sólo se han movido un poco. Créeme, estoy preocupado por el sufrimiento en el mundo, no quiero estar sentado en un terreno desertificado de Africa. No me gustaría.

Pidió otra ronda y luego, mientras me echaba una doble ojeada, me dijo:

—No tenemos mucho tiempo, ¿sabes? No sé por qué llaman vida a la vida; es sólo un momento con recuerdos. Vamos, Eddie, ¿qué dices? ¿No has pensado en el Gran Telón?

Regreso del mujaidín que lanzaba mantequilla de cacahuete

Todos hemos estado alguna vez en la mira de un helicóptero de guerra soviético en Afganistán, supongo: ésa fue la mirada más directa que le dirigí al Gran Telón.

Estábamos en un camión, un viejo vehículo cuidadosamente construido para provocar la máxima crueldad a mi esqueleto ya bastante zarandeado, lacerado y contuso. Me habían separado de Zak, no sabía dónde estaba, no sabía adónde íbamos. Había perdido un cuarto del peso de mi cuerpo. Nadie hablaba en ninguna de las lenguas que yo sabía. Ibamos a alguna parte, eso era todo.

Los guerrilleros muj jugaban a lanzarse unos a otros latas de mantequilla de cacahuete. Presumiblemente se las habían proporcionado quienes los respaldaban, pero ninguno de ellos estaba ni remotamente interesado en comer su contenido, a pesar de que con regularidad comían cosas que en cualquier parte de Europa habrían sido incineradas. Yo había trocado mi reloj, el único objeto de algún valor que me quedaba (aparte de mis ropas, pero éstas tenían espectaculares agujeros, rasgaduras y manchas, y podían sostenerse por sí mismas) por una botella de Coca-Cola que uno de mis compañeros había cargado consigo durante días, esperando un precio justo. Uno carga una botella de Coca-Cola en Afganistán durante el tiempo suficiente, y consigue un buen precio. Alguien amablemente me la abrió con sus dientes cuando el camión se detuvo con una sacudida. Se me cayó la botella (que derramó la mitad de su espumoso contenido) y todo el mundo se apiñó, maullando y sacudiendo sus armas de tal forma que, a pesar de estar yo al borde de un colapso, quedé perturbado.

Recuperé mi botella y miré hacia fuera para ver qué pasaba: lo que pasaba era un helicóptero de guerra soviético, que giraba encima de nosotros.

Una palabra acerca de los muj. En todas partes del mundo uno se encuentra gente que habla de pelear con la muerte, pero pocos de ellos se presentan a la cita. Algunos de los muj que conocí hablaban de pelear con Moscú, con Nueva Zemlya; y esto en un momento en el que se enfrentaban al ejército más poderoso del mundo con cosas apenas mejores que pistolas de agua. Los muj, que por lo general se reían ante el fuego de la guerra, corrían por todas partes trazando pequeños círculos y boqueando, no tanto de miedo como por la frustración de morir con impotencia, porque a estas alturas de las cosas no había nada que pudiera hacerse frente a un helicóptero de guerra.

Una palabra acerca de los helicópteros de guerra: hasta que no has visto lo que pueden hacer no lo creerías. Pueden borrar pueblos enteros del mapa; uno puede no saber, o no percibir, que el pueblo había estado allí antes; uno camina sobre camisas de metal. Puntos llenos, grandes y negros.

Los muj le dispararon, pero el helicóptero tenía tanto blindaje como un tanque; era como si lo saludaran con la mano. Nosotros estábamos en un desierto, sin protección.

Esencialmente, las cosas se veían mal. Yo ya estaba atrasado dos días para el inicio del curso. Estaba en medio de un desierto y de una guerra con la mitad de mi Coca-Cola derramada, y sin dinero. Mi olor pudo haber despegado una capa de pintura. Bacterias y protozoos extraños usaban mi colon

como una pista de carreras. Las amebas me goteaban por las piernas. Mi puesto en la clasificación mundial resollaba.

Filósofo acosado por el infortunio contra helicóptero de guerra

El helicóptero estaba tan cerca de mí que podía ver al piloto.

Lo que pensé

—¡Oh Dios! —fue la suma de mis pensamientos. No estaba demasiado asustado porque no había tenido el tiempo suficiente. Alcé la botella en señal de saludo. El helicóptero se alejó.

Reflexiones a propósito del helicóptero Hind 24

1. Asombro por la banalidad de mi respuesta intelectual y emocional.

2. Asombro de que no me zapearan. Pensé que tal vez se habían quedado sin municiones; taché esto con un escalofrío ya de vuelta en Peshawar. «Tenían cantidades inimaginables de municiones; lo que no tenían eran órdenes. En el ejército soviético uno debe cumplir de A a B, y no importa cuánto puedan refulgir C o D. Tú no estabas en el menú.»

3. No lo aprecié en ese momento, pero fui testigo del fin de un imperio. Esto sucedió en 1983. Todo se vino abajo a partir de allí. Realmente debieron haberme volado la cabeza. Un dato para los testigos de finales-de-imperios: háganlo desde casa. Los fragmentos de imperios pueden dañarles la salud.

4. El viaje no fue del todo dañino para mi salud. Estaba tan enojado conmigo mismo por la forma borracha en que permití que Zak me convenciera de ir que no tomé un trago durante dos años. Sí, escribí dos años. Aunque luego lo compensé.

Retorno al presente con Gérard y la conversación

—¿El Gran Telón? ¿Qué te puedo decir? Cualquier cosa que diga es puro trabajo de pulmón. No es una experiencia directa. No sabemos un comino, y probablemente voy a terminar pidiendo un cura a gritos. Pero tú lo has resuelto.

—Podría estar equivocado. Yo soy mi propia evidencia. Todos los premios están del otro lado, donde se atesoran las respuestas.

—Obviamente hemos rodado cuesta abajo desde Gorgias y su pretensión de responder a cualquier pregunta.

—Protágoras: todo es verdad. O Gorgias: puedes hacer que cualquier cosa sea verdad. No, mi corregidor constitucional, mi acomodadora, mi instructora de baile, tenemos que ir más allá del saber humano; ése es el lugar donde están los beneficios. Y hay una sola forma de hacer eso: mirar detrás del Gran Telón. Está a punto de llegar el momento.

Hágalo-usted-mismo 1.1

Florence Justine North (1963-1982) era de la misma opinión que Gérard. Tal vez no se reflejara bien en los Exámenes Finales de Filosofía de Cambridge, pero dejó una nota donde explicaba que para ella los sistemas de conocimiento resultaban interesantes pero en última instancia más bien inadecuados y previsibles, más rellenos de lenguaje que de saber. Me pidió que no lo tomara yo como una forma de insulto personal o señal de falta de respeto hacia mí, pero había llegado a la conclusión de que no asistiría a ninguna otra de mis clases y que su único recurso para la satisfacción intelectual que buscaba era el suicidio (es decir, ir al final del libro para conocer las respuestas). Uno no consigue muchos estudiantes con semejante compromiso con la beca obtenida. Incluso arregló sus propios preparativos para el funeral.

Yo quise concederle un doctorado postumo, a modo de asentimiento, pero esto se consideró x) un desvarío alcohólico, y) de mal gusto y z) alentador.

Cosecha hágallo-usted-mismo

Luego estaba Nick. Uno o dos días antes de que me fuera para comenzar mi carrera en la banca recibí una llamada de Wilbur.

—Estoy muy preocupado por Nick.

—¿Qué pasa?

—No sé. He pensado que podrías hablar con él. Está actuando de forma muy extraña y apenas lleva dos días como profesor adjunto; creo que se está volviendo loco.

Era, por supuesto, una de esas frases formuladas con un punto de ironía puesto que Wilbur en menos de un año se cenaba regularmente con los sedantes más poderosos conocidos por el hombre en cualquier sanatorio de confinamiento.

A regañadientes encontré a Cambridge otra vez bajo mis suelas, puesto que había hecho votos de que nunca volvería a poner mis pies allí. Llamé a la puerta de Nick, y obtuve silencio por toda respuesta. Nadie lo había visto desde hacía días. Conseguí la llave en la vivienda del portero y entré: había rastros de filósofo encerrado, cortinas corridas. Abrí con energía la puerta del dormitorio, ignorando si estaba a punto de encontrar un cuerpo que ya no cuerpeaba o algo igualmente desagradable, cuando el televisor que había sido colocado encima de la puerta no me aplastó la cabeza por una pulgada de zoráptero.

—Tengo un cuchillo —oí la voz de Nick, ligeramente amortiguada, parapetado en su dormitorio tras una mesa y bajo una montaña protectora de colchones.

Siempre me han achacado (principalmente las mujeres) una extrema insensibilidad, pero incluso yo podía darme cuenta a primera vista de que Nick no estaba bien.

Tardé tres horas en convencerle para que saliera de su búnker improvisado y me vi obligado a cerrar con llave la puerta exterior, apilar contra ella algunos muebles y desvestirme hasta quedar en ropa interior para que Nick pudiera estar seguro de que no llevaba escondido ningún arma ni equipo transmisor. Además de un cuchillo de supervivencia, tenía tres cuchillos de cocina (de los largos), un desollador de carnes, un bate de béisbol (en el que había clavado una variedad de clavos), botellas de leche llenas de gasolina, algunos alambres y una cantidad de cable enrollado.

—Entonces, Nick, ¿hay algo que necesites decir? ¿Te preocupa alguna cosa?

El estaba sentado en el sillón como si éste viajara a novecientos kilómetros por hora y a diez mil metros de altura.

—Dime, Eddie, ¿ha existido alguna vez un hombre feliz? ¿Un hombre verdaderamente feliz, que nunca, ni una sola vez hubiera conocido la infelicidad, el infortunio?

—La historia guarda más bien silencio al respecto.

—Ya ves: nadie, pero nadie, logra la felicidad para siempre. Tú sabes cómo es mi vida.

Yo sabía cómo era la vida de Nick. Todos en la universidad lo sabíamos.

Nicholas Dexter Nebuchadnezzar McClanagan-Standish. Más comúnmente conocido como Nick la Hostia. Brillante, apuesto, rico y, a pesar de todo eso, encantador.

Su efecto sobre las mujeres era tan extraordinario que ni siquiera podías tener celos. Riqueza, ingenio, calidez y buena cuna no eran ni siquiera el principio de su éxito. Podía tener cualquier chica que quisiera, y hasta la madre de la chica con todas sus amigas, incluso en conjunto. El decía algo como «hola» y las más voluntariosas mujeres casadas de estrictas convicciones morales eran capaces de dejar a sus familias. El mundo entero era su serrallo.

Y todas ellas eran felices. Atravesaba campos de mujeres como una segadora, pero ni una sola de ellas estaba amargada o deprimida por las horas, los días o la semana que se le garantizaba. No quedaban corazones destrozados a su paso. Comprendían que un fenómeno tan extraordinario como Nick pertenecía al género femenino en su totalidad. Sólo por curiosidad (y no por el deseo de emular o aprender) le pregunté a una joven. «El hace... todo», dijo esta chica de veinte años, con el aire de afecto con que una abuela recuerda su juventud perdida.

—Yo no trabajé para entrar a Cambridge —continuó—. Otros sudaron durante años. Yo leí dos libros y conseguí una beca. Tengo un coche que diez filósofos cualesquiera que se juntaran no podrían

pagar. No necesito trabajar en absoluto. Nunca tuve una enfermedad más seria que un resfriado de nariz. Practico remo en categoría olímpica. Jamás me ha rechazado una mujer; francamente, si hay una sola en la cama, la siento un poco vacía. Wilbur quería que tú tuvieras este trabajo, tu mente contratada es mejor que la mía, pero entonces ¿qué pasa? Tú te vas: así que Wilbur tiene que darme el empleo a mí, el puesto que siempre quise desde los once años. No creo recordar que alguna vez me haya llovido encima, salvo unas pocas ocasiones veraniegas en que estaba de humor para empaparme. No es natural. De ahí que te pregunte, Eddie: ¿por qué habría yo de ser más feliz que otros hombres? —A su alrededor giraban zumbadores de pánico.

Yo lo volví del revés y se lo devolví.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no habrías de ser tú más feliz? ¿Por qué no habría de lograrlo alguno de nosotros?

—Te diré por qué no. Porque nunca ha habido un hombre completamente feliz y nunca lo habrá. Reconozco a aquellos que llevan vidas no destacadas, que no tienen dolores terribles en sus vidas, que las mujeres los plantan, que pierden una billetera, que tienen un jefe difícil —inconvenientes menores— y que llevan una vida tranquila porque son lo suficientemente sabios para disfrutar de lo que tienen. Pero el hombre de veras afortunado, como indirectamente dice Solón, no está aquí, Eddie. Yo no soy más feliz que otros hombres: sólo me están engordando para la caza. Todo esto es para hacerme bajar la guardia..., para algo. No sé la que se avecina, pero sé que es algo... único. Toma una biografía, cualquier biografía, tienes gente con dos años de buena suerte o diez años de buena suerte, pero nunca, nunca, nunca dura. Entra lo malo. Salen los bienes. Estamos rodeados por la tristeza, está a nuestro alrededor, ¿cómo podría yo ser la excepción? ¿Inmune? Siempre tienes que pagar la cuenta, por conocimiento o placer, y no creo que yo pueda pagar la cuenta que se me avecina.

Mi mente en alquiler no fue de gran utilidad en esta ocasión. Dejé a Nick en su conejera y fui a ver a Wilbur para decirle que tenía razón para estar preocupado.

Lo que no voy a escribir 1.6

¿En qué ayudé a Nick?

En menos de tres meses tuve que regresar a Cambridge, donde volví a introducirme en la vida contemplativa, para ocupar el lugar de Nick, quien había metido su recipiente de ideas en un homo de gas para así eludir su terrible destino. Wilbur, que se las arregló para darme el puesto a mí, mantenía largas citas con unos bigotudos de metro ochenta y color cián de Zubenelgenubi, quienes trataban de venderle seguros de vida en uno de esos cuartos donde no había objetos afilados ni otros artículos útiles para lastimar. Tomado todo en conjunto, no fue algo que hiciera mucho en favor de la filosofía, y ciertamente muchos de mis colegas (con Featherstone al frente) calcularon el tiempo que le llevaría a Wilbur perder la razón antes de contratarme a mí.

Más Gérard

—¿En qué estás pensando? —preguntó Gérard cuando vio que mis pensamientos se alejaban.

—En pagar la cuenta.

—Buena idea. Escucha, tú pagas estos tragos y te propongo un trato. Cuando me vaya detrás del Gran Telón, si hay respuestas de las que nadie ha sospechado, yo vuelvo (si es que hay alguna forma de volver) y te las dicto. Eso te pondrá otra vez en la cima. Les vas a enseñar a todos esos filósofos arrogantes que no sois borrachos consuetudinarios o ladrones de bancos.

—Y yo haré lo mismo por ti. Te daré la información y tú podrás escribir el libro y publicarlo en mi nombre.

—Vamos a molestar a un montón de laboriosos escribas. Está bien, estamos de acuerdo. Quienquiera que vaya primero detrás del Gran Telón desliza la información por debajo al otro. ¿Por qué nadie lo había pensado antes?

Pagar la cuenta: estilo Afganistán

Nick, creo, tenía razón: no se puede esperar que las cosas salgan gratis. Lo más cercano a un almuerzo gratis es el amor de una madre (y uno tiene que tolerar estrecheces en el atuendo). Todo lo demás viene a cambio de algún esfuerzo o coste, incluso ése que es el más noble de los placeres físicos (más grande de lo que la mayoría de nosotros merece, lo garantizo) requiere un poquito de empuje.

Llegué a Peshawar en un camión lleno de hombres heridos a quienes les faltaban piernas, tenían los estómagos acuchillados y comenzaban a pudrirse. Bajé del camión y sentí una oleada de satisfacción. Había salido intacto, de una sola pieza, de una zona de guerra. Pero en verdad no; sufría hepatitis y una disentería amébrica que iba a mantenerme pegado al retrete durante meses, y mi agotamiento era tal que ni podría describirlo. Había pasado todas mis horas de vigilia de las últimas semanas echando maldiciones, continuamente, continuadamente, echando maldiciones contra el mundo y contra mí. Había visto cosas que nadie debería ver jamás. De alguna manera esas cuatro semanas fueron tan grandes como, digamos, los treinta años que pasé pensando pensamientos de manera profesional, si no más grande todavía. Miedo a escala nacional.

Me apoyé en el camión y el conductor cerró de un golpe la puerta, sin darse cuenta de que mi mano estaba en el quicio: me rompió tres dedos. Grité y me revolqué sobre la tierra, mis oídos completamente abiertos por el dolor, lo mismo que mi boca. El muj herido me miró perplejo, imaginó que seguramente yo había oído alguna noticia terrible que implicaba la muerte de mis seres más cercanos y queridos, para perder de ese modo toda mi hombría y revolcarme en el polvo como un perro.

Era una admonición: la tarifa, el zakat, por lo que había aprendido.

Y lo más molesto de todo era que, como había sucedido en Pakistán, ni siquiera pude conseguir el prestigio de poder alardear de que me habían herido en Afganistán.

Salimos por la noche. Una noche. Ligeramente fresca. Como otras miles. Pero cada vez más, esta noche trivial pudo no haber sido otra noche aburrida en Toulon; pudo haber sido mi última noche. Podría suceder que pasara los últimos momentos de mi vida pensando: qué tranquilidad esta noche, y qué edificios tan feos, tan mediocres hay por aquí. Solté un eructo desde el fondo de mi lecho mental, sentí que era demasiado. Quería que se me excusara del mundo, que se me ahorrara este examen, este juicio, lo que fuera. Quería que lo resolviera mi madre...

La amistad puede sobrevivir. Hay amistades de larga distancia. La verdad es que en la vida no hay mucho para elegir.

—Te diría que nos veremos, pero como filósofo y borracho me parece improbable, así que no te lo diré. ¿Quién dijo aquello de que tus amigos más íntimos son aquellos que más tardas en descubrir que no te gustan? Bueno, obviamente lo dije yo, en alguna parte, en algún momento.

Me besó.

—Eddie... Eddie... Eddie. —Cuando dijo esto yo sentí una ráfaga, el asterisco de una nota al pie, el golpe de un címbalo de Zildjan. Lo he tenido en diferentes momentos de mi vida. Lo he sentido cuando alguna persona me ha dicho algo que no iba a entender de verdad hasta mucho tiempo después. Algunas cosas que te dicen tardan diez, veinte años, en desentrañar su entera significación. A menudo son palabras muy inocentes, pedestres y vulgares, pero te van rondando como un zumbido y requiere años y años toparse con el pasadizo secreto, ver el mensaje en el anverso, tal como hace uno con las palabras de los grandes.

Roba cinco bancos en Montpellier y muere

Y entonces llega siempre esa mañana en la que tienes que levantarte, desgarradoramente temprano, y salir a robar cinco bancos en Montpellier. Probablemente diga mucho acerca de mí que lo que realmente me molestaba de este proyecto era levantarme temprano. Tenía la vaga esperanza de que Hubert se olvidara de este esquema suyo, o de que cambiara de afición o interés, pero no fue así.

Se había anunciado en los diarios que lo haríamos, así que lo haríamos.

Yo seguí adelante con la cosa, principalmente porque no tenía ninguna otra cosa con la cual seguir adelante.

Para comenzar el día, de un disparo hice volar de la mano de Hubert, desde una distancia de más de seis metros y a través de la puerta del baño, una pastilla de jabón. Lo cual habría sido un sofisticado juego de armas de haber sido mi intención hacer volar de la mano de Hubert una pastilla de jabón en lugar de revolver un bolso en busca de un peine para adecentar la peluca que Hube me había proporcionado.

—Eres peligroso, profe. Eres pura dinamita. No comprendo por qué la policía no se da por vencida. —Un comienzo poco prometedor, o prometedor. Elijan ustedes.

—Pensé que habías abjurado de la violencia —pregunté.

—Abjuré. Pero la gente que me vendió esto no abjuró; pensaron que me estaban haciendo un favor al darme este ítem listo-para-robar.

Tomamos el tren, cargando enormes maletas llenas de disfraces (suficientes para poner en escena todas las piezas de Zeami) y a *Tales* en su jaula portátil (de la clase diseñada para gatos o perros pequeños). *Tales* aterró a una o dos damas que imaginaban en el interior un objeto más grande, peludo y felino.

—Puede acariciarlo, si quiere —aventuró Hube—. Es muy pacífico.

Hubert estaba, de hecho, muy ejercitado. La noche anterior el curso había aparecido en televisión, respondiendo a preguntas sobre nuestra ola venidera de robos.

—Vaticino una corta carrera para esos caballeros si es que mañana se presentan.

Hubert estaba indignado, no sólo por el aplomo del curso (quien me pareció que había encanecido), sino también por su vocabulario.

—¿Vaticino? ¿Yo les *vaticino* una corta carrera? Apuesto a que ni siquiera sabe cómo se escribe esa palabra. Bueno, basta. Dejémonos de tonterías, vamos a comprar un diccionario más grande. Mientras tanto, tendrás que darme algunas palabras de alto voltaje.

La policía marsellesa había cancelado todos los permisos, según supimos por los soplones de Hube. Como preparación, él le había pagado a un par de conocidos (uno de los cuales había tenido que afeitarse la cabeza y aprender algunas frases en inglés) para que actuaran estilo Banda del Pensamiento y se mostraran descaradamente sospechosos en unos cuantos bancos de Marsella, como si estuvieran reconociendo el terreno. Así transmitíamos desinformación sobre nuestra presencia e intenciones.

Aunque pensaba que yo no lo estaba mirando, Hubert también empezaba a presentar signos de fatiga. En medio de zigurats de documentos falsos, armas de fuego, trajes y ropas, había más y más frascos de píldoras y de zidovu-dina.

Nos registramos en un hotel del centro de Montpellier.

—No quiero que pienses que haces todo el trabajo conceptual, profe. Hoy voy a crear yo la siesta del escape.

Lo cierto es que provocamos cierto alboroto a propósito de la rata. Hube y yo habíamos trabajado la metempsicosis, de Pitágoras a Gérard.

—Mi querido señor —dijo Hube con tono autoritario al recepcionista que miraba a *Tales* con recelo—, antes que nada, no somos turistas. En segundo lugar, ésto no es una rata, es la encarnación presente del líder espiritual de millones de personas en la India, una secta que no he de nombrar puesto que usted no habrá oído hablar de ella; estamos transportándolo de vuelta a su sitio legítimo, donde se le necesita para que se pronuncie sobre importantes asuntos doctrinales.

El arranque de Hubert no arregló mucho las cosas, pero unos cuantos billetes fueron decisivos.

Cuando entramos en nuestra habitación, Hubert comentó:

—Se me ocurre que en realidad no sabemos si *Tales* es o no la reencarnación de algún sabio.

—Si fuera un líder espiritual de alguna trascendencia, o al menos un líder espiritual de alguna trascendencia que tuviera ganas de decirnos algo, ya nos habría golpeado un mensaje en código Morse contra las barras de la jaula.

Los bancos

Animales de costumbres, animales nostálgicos. Comenzamos por el principio. Volvimos y rerobamos el banco de Jocelyne. Para mi alivio Jocelyne no estaba allí, tendría el día libre o había faltado. Yo estaba bajo las órdenes de Hube durante todo el día (un destino zabuton). El estaba convencido de que a Jocelyne le habría complacido.

—Les encanta que les prestemos atención, ya sabes.

Entramos con máscaras de Nietzsche.

Las había hecho el amigo modisto de Humbe, y adivino que eligió a Nietzsche porque es uno de los pocos filósofos reconocibles, una máscara fácil de realizar gracias al bigote cepillo. Una de las cosas más importantes del negocio es ser reconocible; tener algún rasgo característico es casi tan importante como una frase pegadiza. Diógenes: el barril; Sócrates: la cicuta; Tomás de Aquino: la obesidad; Kant: indescriptiblemente aburrido. ¡Uno tiene tan poco tiempo para atrapar la atención de la gente! Por eso la gente se aferra a Nietzsche: es el del bigote de cepillo. Las máscaras tenían ojos saltones, en los que se reparó; si alguna vez se toman ustedes el tiempo de hojear retratos de filósofos, comprobarán que los ojos tienen un montón de blanco, una alarmante cantidad de blanco protuberante.

Hicimos un rápido entrenamiento.

—Entonces ¿qué es lo que podemos decir acerca de Nietzsche? —preguntó Hubert.

—Estaba muy interesado en las máscaras —dije—. En el negocio es el artista del cambio rápido. Y otra cosa, si quieres algo para rumiar, también podemos considerar la cuestión de si todo aprendizaje no será una forma de pegarse a alguien.

—No está mal —dijo Hube—, pero dame alguna ayuda: no puedo meterme ahí dentro sin algo de vocabulario.

Crea una jerga, crea un sustento.

—Buenos días, damas y caballeros, seamos zetéticos y veamos si tienen ustedes algunos miles de francos que no necesiten.

Nunca es demasiado temprano para almorzar

¿Qué otra cosa podíamos hacer más que volver luego al restaurante de pescados? Si funciona una vez, hazlo otra vez y otra vez. Y otra vez, hasta que te veas obligado a pensar.

Wilbur se mostraba enérgicamente hostil a de todo tipo de rutina o modelo. Solía caminar hasta la facultad cada día por una ruta diferente (por fidelidad a tal programa se vio obligado a desvíos de media hora para cubrir una distancia de cinco o diez minutos hasta el collége). «La mente está lista para quedarse ciega en cualquier momento.» Se negaba a enseñar dos veces la misma lección, lo que causaba miedo y consternación en el comercio de ideas, no fuera a ser que su política se convirtiera en un precedente o costumbre no muy bien recibida. Cada año se mudaba de casa y, además de pasarse todo el tiempo metiendo y sacando libros de las cajas, siempre estaba estudiando idiomas nuevos, aficiones nuevas. «La mente cuelga los guantes en cuanto se le da media oportunidad. Si es fácil, no tiene sentido hacerlo.» Para mí, ser un ser ya es bastante agotador.

Tuve un instante de elevación y medité introspectivamente acerca de tantos otros grupos de deshonestidad y perjuicio que eluden la atención policial: agentes inmobiliarios, políticos, albañiles, presidentes de organizaciones internacionales, dentistas: los sospechosos más obvios. Es indudable que, por ejemplo, si reunidos en una pradera se acordonara a todos los vendedores de autos usados y se los ametrallara debidamente, el mundo sería un lugar más habitable. Una conducta como ésa está relativamente mal vista en los círculos académicos, pero no deja de ser un mejoramiento de lo más

efectivo si uno ametralla a la gente apropiada.

El robo de bancos, si se lleva adelante filosóficamente, no hace daño a nadie. Emocionamos. Entretenemos. Estimulamos la economía. Aceleramos los corazones. Provocamos pensamiento. Y además, incuestionablemente, es una mera ilusión. Uno se lleva el dinero, pero ¿dónde va a parar? A un banco. Como el agua, el dinero está atrapado en un ciclo, se mueve de banco en banco. Sólo lo sacamos fuera para que le dé un poco el aire fresco.

Números dos y tres

Odio decirlo, pero después de un tiempo el robo de bancos se vuelve un poco aburrido. Un zensho no es algo espectacular. «A ver cuánto dinero puede meter en esta bolsa.» El aspecto más estimulante era el cambio de disfraces entre uno y otro.

Ninguno consiguió echarnos fuera mediante el recitado de una chispa de filosofía. A Hube, creo, le apenaba eso. Le habría gustado bastante salir de un banco frustrado por una cita. Yo estaba feliz de que no nos desafiaran porque, ¿qué habría hecho yo, por ejemplo, si era un texto que no reconocía o no podía recordar? No me divertía el juego del «Oh sí, no es eso, oh no, sí que lo es».

Números cuatro y cinco

Volvimos rápidamente al hotel; por las calles pululaba el ulular de las sirenas de la policía. Hube vio un poco de televisión, yo me ocupé del minibar. Luego apareció un hombre con una tabla de surf y un perro alsaciano. Parecía conocer a Hube e intercambiaron algunas palabras corteses.

Descubrí que me habían asignado la tabla de surf.

—Creo que es razonable presumir que la policía no está en este momento sentada en la cantina jugando a las cartas —dijo Hube—, así que necesitamos una cobertura extra. Jugamos de acuerdo a sus presunciones.

El alsaciano le dio a mi mano un lamido amistoso, como si dijera, Eddie, no me importa tu ranking mundial. Yo solía despreciar a la gente (especialmente los ingleses zoólatras) que sobreafectaban su afecto por los animales, pero a medida que maduro he descubierto las alegrías de ser lamido, y de causar alegrías, aun cuando sea sólo un perro el que dedica sus meneos a cualquiera que no le pegue.

—¿Sí? —dije.

—¿Qué piensas cuando ves a un hombre con una tabla de surf? ¿Piensas, ése es un hombre que acaba de volver de sus vacaciones, o ése es un hombre que se va de vacaciones, o ése es un hombre que sólo lleva su tabla de surf al coche, o ése es un hombre que lleva su tabla de surf a reparar —la verdad es que me gustaría bastante pasar un fin de semana haciendo surf—, o piensas que ése es un gordo filósofo inglés que va camino de robar un banco y sólo lleva una tabla de surf para engañarnos, así que mejor será que revisemos sus papeles?

—¿Y el perro?

—Cuando ves a un hombre que lleva consigo un perro, piensas...

—De acuerdo. Vamos.

El número cuatro fue un golpe cínico.

—Los bienes no son buenos. El dinero no es necesario..., así que póngalo en esta bolsa.

Yo abandoné ahí la tabla de surf, porque comenzaba a creer que la cárcel podía venirme bien. La disciplina de la cárcel podía hacerme escribir. Simplemente había demasiada cerveza Trapista y elevaciones demasiado súbitas en el mundo de la no-cárcel. Uno se desliza sin dificultad de no tener dinero suficiente para escribir un libro a tener demasiado dinero para escribir un libro.

Paseamos a través de los jardines botánicos en dirección al banco número cinco.

—Esto es vida —dijo Hubert—; nadie quiere vivir para siempre, pero yo podría pasarme quinientos años así.

Hube entró en el último banco con la confianza de un artista del espectáculo que es la estrella del

día. Ya no nos molestábamos en esperar en la cola, simplemente nos hacíamos cargo de todo el lugar.

—Ya no tienen que esperar más —anunció Hubert—. Estamos aquí. Vamos a zetear; nos llevaremos todo el dinero, pero antes una lectura de los Antiguos.

Yo simplemente me daba por contento con pronunciar unas cuantas palabras de memoria, pero Hube se manifestó en contra; para él necesitaba un libro, como una custodia (cualquiera que fuese el libro), para darle sentido a la ocasión. Estaba sacando mi edición de Loeb de Diógenes Laercio e iba por la primera línea sobre el origen de la filosofía cuando percibí que uno de los caballeros que habían estado en la fila y que aferraba un gran ramo de flores envuelto en celofán, comenzó a abrirlo con violencia. Me pregunté si iba a ofrecernos a Hube o a mí un tallo por gracia de alguna perversa adulación, pero lo que buscaba no era un pimpollo sino un embrollo.

Descubrió una escopeta de feo aspecto y cañones recortados, mientras el sujeto que estaba a su lado gritó:

—Apártense de nuestro camino, estúpidos. No toquen un céntimo. Somos nosotros los que vamos a robar aquí.

Fue un poco demasiado para mí. Hubert se apoyó en el mostrador. Se le veía más bien divertido ante este imprevisto conflicto de intereses.

El vocero del otro dúo había desenvainado un cuchillo de tamaño considerable, lo que no implicaba una mayor diferencia en los procedimientos; la escopeta, en cambio, me preocupaba. Estaba usada y era horrible, con un aspecto oxidado, y el individuo cetáceo que la portaba parecía ser el tipo de los que aprietan el gatillo aunque tal acción no les procure beneficio alguno, incluso aunque les depare de hecho un resultado sumamente desagradable. Su cara se volvía hacia dentro de sí misma como si le hubiesen dado una zorra en la boca con un palo de golf en cada cumpleaños desde los seis años. Si el aspecto repelente tenía algún tipo de influencia, entonces estábamos en apuros.

—¿Saben quiénes somos? —preguntó Hube.

—Dos cretinos a los que vamos a disparar, éso son.

—Lamento que se sientan de ese modo al respecto —respondió Hube—. Pero lo cierto es que nosotros tenemos prioridad. Teníamos este robo planeado..., lo reservamos la semana pasada.

El sujeto del cuchillo estaba afeitado casi por completo; pero en cambio tenía una tupida barbita pelirroja de chivo, no, como prefiere la mayor parte de la gente, sobre el mentón, o bajo el mentón, sino, por alguna razón, protuberando enérgicamente de su nuez de Adán. Uno no quiere ser prejuicioso, ni zoilítico, y debe respetar los gustos y culturas de la otra gente (y sé muy bien que mi propia exhibición en un muestrario de presentabilidad sería pobrísima), pero aquel tipo parecía un maldito imbécil.

La alineación

A un lado, Hubert con un revólver, yo con mi Loeb y el alsaciano; al otro, el barbitas con el cuchillo y el cara cóncava con la escopeta. También teníamos cierta superioridad en el hecho de que ellos no podían decidir si Hube era un impertinente o un delirante.

—... cualquiera puede decir eso —decía el barbitas, dado que cualquiera puede decir eso. Era evidente que no tenía mucha práctica en este tipo de discusión.

—Salió en los diarios —enumeró Hubert.

—Yo no lo vi.

—¿No lees los diarios?

—Leo los diarios.

—Bueno, si leyeras los diarios lo sabrías.

—No lo vi. Nos llevamos el dinero —gritó con tono alterado.

—Si lo desean puedo repartirlo —ofreció un cajero. Pero nadie se movió. Era una de esas situaciones donde nadie tiene prisa por ser el primero en hacer algo, en vista de la clara posibilidad de

ser decomisionado, de perder el control del universo.

—Sabes —dijo Hube, todavía apoyado en el mostrador—, se te ve preocupado. Tal vez deberías buscarte algún trabajo al aire libre, relajado y saludable.

—No estoy preocupado —gritó con una estridencia que demostraba que sí lo estaba—. Apartaos de nuestro camino.

Yo también estaba perturbado. No estaba de humor para que una escopeta me partiera por la mitad. Quizás

uno nunca está de humor para eso. El guardián de la escopeta y el barbitas ambulante no irradiaban profesionalidad. Y pueden llamarme esnob, pero no veía por qué razón iba a desmembrarme un individuo profundamente zopenco y amateur. Como veterano en la delincuencia, no era muy transigente.

—Está bien, seamos justos —propuso Hubert; de un movimiento abrió su revólver y le quitó las balas—. Si puedes demostrarme que te mereces el dinero, de que has sufrido más que yo, puedes quedarte con él. Hagamos un juicio con una prueba dura. Seguramente ganará el que más lo merezca. —Depositó las balas en el suelo y tomó una sola, que sostuvo ante sus ojos para una buena inspección. Luego volvió a cargarla en el revólver y le dio un buen giro a la cámara.

Luego puso el cañón del revólver en su boca. Apretó el gatillo.

Un clic, leve pero inolvidable, sin la detonación ensordecedora. Sacudió su cabeza como si se hubiese bajado un whisky puro.

—Ahhh, eso ha sido divertido. Creo que lo haré otra vez. —Eso fue lo que hizo, y luego le ofreció el revólver al barbitas—. Toma, prueba un poco de esto, viejo bribón.

Aquello con lo que estaban lidiando comenzaba a hacerse visible.

—Está ch-ch-chiflado —declaró el que sostenía la escopeta.

—No tenéis que iros con las manos vacías —los consoló Hubert— Puedo daros un autógrafo.

Los sujetos no sabían qué hacer. Como el asno de Buridán, estaban inmovilizados y se les pedía que manejaran acontecimientos que la naturaleza no había dado a su naturaleza la posibilidad de manejar. No podían retroceder, porque eso les habría mostrado con un cerebro de banjo y se habría desperdiciado el esfuerzo y el tiempo que los había llevado hasta allí; y el riesgo de seguir adelante era el derramamiento de sangre y el sentir de zéfiros en el hangar de las tripas. Se acercaba, con proximidad de axila mojada, la hora de vaciar la cámara y dejar salir la cosa balística cuando se oyeron sirenas, el anuncio sonoro de la inmundicia.

Esperamos que el portador de la escopeta lo sacara a relucir.

—Es la p-p-policía.

—Genial —dijo Hubert, sin participar todavía de la perturbación general—, podemos dejar que ellos decidan quién está robando el banco. Vamos a ver a quién arrestan ellos.

Pudieron no haber negociado bien con Hube, pero de pronto la pareja volvió a la vida y se dieron a la fuga con una animación y rapidez asombrosas; no exhibieron duda alguna en su total falta de inclinación a ser arrestados. Usaron sus botas de siete leguas para llegar hasta la puerta, que no se abría, y, convencidos de que habían sido atrapados por algún mecanismo de seguridad, la emprendieron contra ella a tiros de escopeta.

Eventualmente desistieron de empujar la puerta (tal vez al haber notado el cartel que decía «tire») y lograron salir. Esto fue seguido a la mayor brevedad por los gritos y los boletines de las balas disparadas.

—Muy bien —dijo Hube volviendo a la tarea—. Tomaremos parte del dinero y la puerta trasera.

Desde el fondo podíamos todavía oír la confusión y también algún disparo esporádico. Nos fuimos caminando en la dirección que lleva lejos. De detrás de su oreja, Hube sacó la bala (la que debió haber estado en el revólver).

—Compartí una celda con un carterista, o mago callejero, como prefería ser conocido. Uno tiene muchísimo tiempo para practicar trucos. Estaba claro que nuestro competidor amaba demasiado la vida. Sólo robaba el banco por dinero. Los de perpetua le habrían puesto patas arriba en un segundo.

Una vez en el hotel, Hube decidió volver al banco de Jocelyne y abrir una cuenta con parte del dinero robado. Teníamos tanto dinero que pesaba bastante. «Han sido buenos con nosotros; les debemos algún negocio.» Salió a la calle vestido como una mujer árabe con chador completo. No creo que hiciera esto porque disminuyera el riesgo de captura, aunque pudo haberlo disminuido, sino porque le parecía divertido. Yo me quedé en la cama; pensé en Zenobia y sus dos generales, Zabbay y Zabda.

Cuando llegamos a la estación, nuestro tren llevaba casi una hora de retraso, de manera que Hube quiso guardar nuestros bultos en la consigna. A mí me preocupaba, y no poco, que el personal pudiera echar un vistazo y descubrir algunos de los utensilios que nosotros usábamos para robar bancos.

—Tonterías —exclamó—. Somos agentes del destino. Somos invencibles. Somos invisibles —dijo, gritando con toda su voz en la atestada estación de ferrocarril—. Somos La Banda del Pensamiento. ¡Arréstennos!

No nos arrestaron (el magnetismo que tienen las estaciones de ferrocarril por los alborotadores y los gritones tal vez nos protegió) y terminamos paseando por los alrededores y visitando un *sex-shop* cerca de la estación (otra concomitancia al parecer inevitable).

Para ser honesto, a pesar de mi deuda con este negocio, ver parejas copulando ya no me proporciona la llamarada de ardor que me engendraba en mis años más jóvenes. De hecho siento que lo he visto todo (salvo algún zantedeschio y johannesteijsmanía), así que tengo poca predilección por mirar revistas porno. Pero sin embargo siento el interés de un carnicero por la carne en una cabina, por si existe algo que no haya visto: uno no debe pensar nunca que lo sabe todo.

Pero no aprendí nada nuevo esta vez. En realidad, mientras hacía girar mis ojos sobre las revistas, no pude evitar el pensamiento de que en cuanto a la figuración de la conjugación nada ha cambiado desde las cajas de espejos corintios del siglo cuarto a.C., cuando la refriega de traseros era el rey de las ventas.

Troilisme... orgías menores

La desventaja de meterte en la cama con dos personas es que, por supuesto, duplica las posibilidades de que uno se apriete contra alguien que no le gusta o que simplemente no encuentra atractivo. Estas ocurrencias no son un testimonio de mi éxito amoroso; no son en realidad victorias eróticas, más bien lo contrario..., y relatarlo varias veces puede mejorar las cosas.

Retrato del joven Eddie como relleno de un sándwich de actriz

Una noche de invierno en que giraban como un trompo las neblinas de Cambridge, estábamos Trixy, Arthur, el risiblemente mal poeta, y yo mismo en la esquina de la calle Silver. Yo mismo, con la piel suave, cenecño, prometedor, veinteañero. En la calle, después de una prolongada fiesta, Trixy arrojaba al aire una moneda para decidir a quién se llevaba a casa. Esta fue una de los éxitos más tempranos de mi técnica quédate-parado-en-la-fiesta-que-alguien-se-va-a-acercar.

Trixy, nominalmente una estudiante, era en realidad actriz, y muchas generaciones de estudiantes universitarios estarán familiarizados con lo que eso significa, y por qué la Iglesia tiene políticas muy sensatas a propósito de no enterrarlas en terreno sagrado, aunque recientemente han dejado de lado todos esos principios.

Con todos mis respetos hacia los monos y sus máquinas de escribir, hay poetastros risiblemente malos como Arthur de quienes uno puede adivinar en menos de quince segundos, de un modo incontrovertible, que no sólo no han escrito nada de valor para nadie, sino que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, van a escribir nada de valor (ni siquiera accidentalmente) y pasarán vidas noctambulizadas en la pobreza, buscando sin ningún remordimiento públicos a los que torturar.

Pero Arthur no; él siguió adelante y amasó varias fortunas (por valor de una multitud de fundaciones fraudulentas) mediante la escritura de letras para comedias musicales del West End. Letras tan malas que te daban ganas de llamar a la policía. Letras tan malas pero tan rentables que ponían en evidencia que vivimos en un universo donde a la Verdad, la Justicia y el Buen Gusto se les da papeles de comparsa; y sin más importancia que planetas menores como Zaquia, Zerlina o Zeissia.

Arthur era también un ion bipolar, alguien a quien no le importaba dónde va a parar su polla mientras el lugar de destino tuviera suministro sanguíneo; y no le importaba ser descrito como tal. También escribía libros infantiles. Para nada me gustaría ser él, ni siquiera con dinero.

En cualquier caso, en la noche de marras, los dos nos quedamos esperando quién jugaría al calentador de inmersión. La moneda fue atrapada en el aire y puesta en un bolsillo, sin examinar.

—No, es inútil, quiero meterme en la cama con los dos.

Al principio pensé que era una broma, pero no lo era. Nunca, a pesar de haber reestudiado la escena durante años, descubrí si fue algo que sucedió por un impulso del momento o si ella lo había preparado. «Quiero ser fascinante», me había dicho una vez en la forma en que la gente dice médico, comerciante, banquero, zoólogo.

—Un filósofo y un poeta —se lamió los labios—, qué combinación. —Otra vez encasillado, pero hasta las mujeres más educadas pasan por una etapa, un par de semanas, en la que piensan que la filosofía es importante; uno tiene que calcular bien los tiempos. Cosa bastante rara, la propuesta no me atrajo demasiado (tal vez a causa de la poesía de Arthur), pero yo estaba en esa edad en la que no sólo no podía uno ser visto en el acto de retroceder ante cualquier forma de gratificación o decadencia, sino que te veías obligado a arrojarte allí de lleno.

Yo estaba en la base de la pila y, mientras yacía de espaldas, sólo podía pensar en que por su poesía Arthur tendría que quedar eliminado de situaciones como éstas. El aura de Trixy tenía placer, pero lo cierto es que ella era una aspirante a actriz. Mi falta de éxtasis fue erróneamente interpretada como resultado de un exceso de uso.

—Qué vivo eres, Eddie, supongo que haces esto todo el tiempo.

Aún a la espera del tren

Pasé mi mirada por los enjambres de piernas, las carnosas arañas, los atiborrados orificios, los jugos sueltos, y la llevé al reloj babilónico de mi muñeca. Sólo teníamos unos pocos minutos antes de nuestro tren.

Hubert había estado hojeando varias cosas, pero una revista lo atraía una y otra vez (una revista de la clase más inofensiva que puede encontrarse en cualquier kiosco o librería: sólo de mujeres); una revista de saldo, precio reducido, para el caso de que alguno de los clientes quisiera una paja ordenada y a la antigua. La chica de la portada era descarada, ineludible. Los hombres parecen volverse tímidos en un estado de pito-colgante, mientras que las mujeres se ponen frente a la cámara y por lo general desnudas se ven vestidas (cualquiera que sea ese dolor de estómago que Schopenhauer dice acerca de la mentalidad femenina). Hube le dio a su consciencia mucho tiempo para incorporar la portada, y luego volvió a ponerla en el estante con languidez.

A mitad de camino de la estación, Hube dijo: «Un momento», y corrió de vuelta a la tienda. Volvió con la revista.

—Son los ojos.

Ipsación

Cheiromanía. Autoservicio. Hacer el amor con la amante invisible. El premio de consolación de la naturaleza. Los brazos tienen precisamente la longitud justa para ello.

Huida en tren

Había controles de carretera alrededor de Montpellier. Hube los saludaba desde el tren. Sirenas. Incuestionablemente la policía sentía que tenían que ser vistos y oídos haciendo algo. Por alguna

razón pensé en los zaporoguios, cuando conquistaron Azov en 1641. Eran tres horas hasta Toulon, así que saqué mi Loeb y comencé a leer.

—Ha sido un gran día —observó Hubert—, pero la emoción disminuye. Se está volviendo demasiado parecido al trabajo.

—Y se nos están terminando los métodos filosóficos. A menos que comencemos a inventarlos.

—Uno más. Tenemos que terminar de una manera impecable. Algo grande. Algo que acabe con los robos de bancos. Sólo uno más para cerrar la serie. Debemos terminar de una manera tal que nadie nunca intente superarnos. Tal vez debamos cerrar nuestro espectáculo en París. Luego podré hacer alguna otra cosa... —Gradualmente se fue durmiendo. No lo había visto dormir en mucho tiempo.

Volví al Loeb. Normalmente pongo en la maleta una edición Teubner o una OCP (¿para qué complicarse?), pero cuando preparé mis cosas no pude rastrear mi edición OCP de Diógenes Laercio, así que tomé el Loeb con su tupé de polvo. Mientras lo leía, una de las esquelas de agradecimiento salió volando y cayó al suelo.

¿Alguna ley sin transgredir?

La mejor manera de evitar que una joven vulnerable, que ha escapado de su casa de provincias y ha llegado a Londres sin un centavo, sea corrompida por violadores cobardes y faltos de escrúpulos, es ocuparse uno mismo de hacer el trabajo.

Las ventajas de trajinarse a una joven es que mientras uno lo hace *a)* sabe exactamente dónde está ella, de modo que no pueda escabullirse clandestina e inadvertidamente para caer en malas compañías, y *b)* no hay posibilidad alguna de que se entregue a un carnaval carnal con personas inapropiadas, porque uno los detectaría en cuanto trataran de inmiscuirse; es realmente un método infalible para salvaguardar la moral de una chica.

Todos hemos pasado por ese momento, sin embargo, en el que, después de haber disfrutado de comunicación erótica con una chica (con más encanto y belleza de lo que uno se merece) y mientras ella se está dando una ducha, se toma su pasaporte y se inspecciona (yo leo todo, incluyendo los envases de cereales) y repara en lo que según espera es algún tipo de número de serie, pero en realidad es su fecha de nacimiento, y tras haber revisado por tercera vez las cifras sobre un papel y en su calculadora, comprende que lo que acaba de hacer no sólo es inmoral, algo con lo cual puede vivirse, sino también ilegal, algo con lo cual quizá no se pueda vivir.

Pude visualizar al fiscal en jefe destrozando mis protestas de inocencia:

—Entonces, doctor Féretro, usted le compró un pasaje a Cambridge y le ofreció casa y comida ilimitadas sólo porque estaba preocupado por su bienestar. ¡Qué sujeto tan generoso es usted!

También, cosa bastante rara, sentí vergüenza; no estaba más que unos meses fuera de estación, pero qué diferencia pueden hacer para tu ficha criminal unos pocos meses.

Se quedó el fin de semana. Discutimos sobre los jonios, y le dedicamos una gran cantidad de tiempo al primer fragmento que existe de la filosofía jónica, de la filosofía griega, directamente de la boca del filósofo. Anaximandro, Libro uno, Capítulo uno, línea uno, cita número uno: en vivo y en directo desde Mileto, *área* 550 a.C.; el fragmento de Anaximandro es uno de los que suelen pasar por alto aquellos que deliran por la claridad de los muchachos de Zeus.

El fragmento de Anaximandro metido dentro de Simplicio es un nudo argumental clásico de la filosofía: «... como sea necesario; porque ellos hacen lo correcto y se ofrecen mutuas reparaciones por sus errores conforme al orden del tiempo».

1. Vapuleorama: se vuelve en contra de Tales, su maestro y pariente, y lo deja por el suelo. El criticismo, la más griega de las grecitudes, como opuesto a otras culturas que derivan el conocimiento a partir del ipse-dixitismo: así hablaba Zaratustra, como dice Confucio, según Pitágoras. Cuando se dejó de lado el criticismo (carrera de ideas, campeonatos de conceptos, puñetazos intelectuales), tuvimos el oscurantismo. Un poco de bilis en la costa jónica y estamos camino de las estrellas.

2. Sucesión. Hay muy pocos filósofos fuera de una sucesión. Hay poetas, pintores, escritores y científicos autodidactas, pero virtualmente ningún filósofo autodidacta. Es un negocio cerrado que se remonta hasta Mileto.

3. Sé ligeramente vago (o, si tienes agallas, impenitentemente oscuro). Esto permite a los otros meter sus ideas y preocupaciones dentro de tu obra; el nuestro es un negocio en el que a la gente le encanta sacar conejos de tu sombrero. Si eres demasiado claro lo conviertes en una propuesta de tómallo o déjalo. Sé amable con la interpretación.

Todo ese fin de semana no comí nada, mi apetito voló a Zacapoaxtla gracias a mis miedos. Mi invitada disfrutó su estancia, estimulada por mis exposiciones. Antes de partir, cortó una hoja de papel en pequeños rectángulos y, después de escribir en ellos «gracias» con trazos vigorosos, los escondió en lugares arcanos, en libros, cajones, en el interior de mi aspiradora (tardé cinco años en encontrar ése), en el interior de mi máquina de escribir; tropezaba con ellos de uno en uno, como el que había salido volando de mi Loeb.

Ese fin de semana fue el único punto de encuentro de nuestros data-sentidos. Para mi alivio, ni padres indignados ni policías de tenebrosas sonrisas pasaron por mi puerta (ni la echaron abajo a cuenta de ello). Recibí tres epístolas suyas: cuando comenzó a estudiar filosofía en la universidad, cuando se graduó y cuando recibió su doctorado en papirología.

Nunca respondí. Cartas, libros, no es mi fuerte escribir esas cosas. En cambio, cheques, soy vuestro hombre.

Hube compraba todos los periódicos. Unos días más tarde, mientras holgazaneaba echando un vistazo a uno de los diarios locales, divisé un suelto que anunciaba la muerte de Gérard, por alguna cosa tipo causas naturales; no se hacía mención a nada sospechoso.

Un buen ejemplo de alguien que ya no tiene necesidad de vivir. El duelo no tiene sentido, pero ése es exactamente su sentido. ¿Por qué no está todo el mundo corriendo por las calles y gritando «todos vamos a morir»? La vida nos embiste por atrás y nosotros le proporcionamos la vaselina (no para hacerlo más fácil, sólo posible). La muerte atraviesa nuestros credos a puñetazos como si fueran pañuelos de papel mojados. Por la noche, tarde, incluso en los dormitorios jesuíticos se desparrama el miedo. Ninguna cosa racional es casquillo suficiente para contener las descargas de la muerte. Uno tiene que estar montado en algún salvaje delirio para poder vérselas con eso. Vida o muerte, una o la otra pueden contigo. El policía bueno y el policía malo. Alguien que me socorra, por favor. Socorro. Socorro.

¿Cómo te sientes?

Triste. Débil. Cobarde.

Y lo que es peor, no es mi propia insignificancia, mi debilidad; es la de todos.

Mientras volvía en tren de Montpellier, pesqué a uno de los pasajeros cuando expresaba ese lugar común internacional de «no se queje». Una estrategia corriente de la conversación cotidiana, pero lo que es más gracioso es que los mejores ejercicios craneales, una vez que uno guarda en el archivo toda incrustación refinada, no son otra cosa. Desde Sísifo y Ziusudra hasta Ptah-hotep, «no se queje» es el axioma, los ladrillos y la argamasa de la mayor parte de los sistemas filosóficos y las escaleras del saber. Ejeuq es on. No lloriquee. No gima. Es lo mismo que te dice un médico generalista desbordado. Saca de eso lo mejor que puedas. Sé amable con la gente. Pásalo bien cuando puedas. Bebe moderadamente. Haz ejercicio. No te pongas de rodillas camino del pelotón de fusilamiento.

¿Qué haces? Hay sadhus en Zira para quienes lo más importante es coserse cocos a la piel. Para ellos ésa es la cosa realmente importante de la vida.

Es fácil burlarse de los hormigueros del pensamiento (demasiado fácil). A pesar de todo eso, hasta una nulidad como yo ha visto la bondad, el coraje, incluso la inteligencia. De la gente verdaderamente decente que he conocido, nadie más ha oído hablar de ellos; la decencia parece

expulsarte de los altos cargos y la prominencia. Pero están ahí. Aquellos que escupen preocupación por los demás, los paladines del bienestar y la atención social son los que maltratan a los camareros, ignoran a sus hijos y les pagan una miseria a sus jardineros. Es posible que la bondad sea como una nariz aquilina, o una ceja tupida.

La cabeza a la cabeza

La mejor mente que encontré en mi vida fue la de un sargento del Regimiento de Paracaidistas en un pub de Cambridge. Llenó los blancos que yo dejé en mi crucigrama y resolvió algunos problemas que yo tenía entonces con los wolfianos (admito que no soy muy bueno con los seguidores de Wolf, pero tuve que explicarle quiénes eran antes de que él los desnudara por completo). También me señaló uno o dos elementos interesantes de la filosofía india que yo no había detectado previamente (él había leído un libro de bolsillo diez años antes mientras estaba de servicio en Adén). Fue un día negro para mi sentido de la competencia profesional y, a pesar de que conversamos acerca de otras cosas (cuál es la mejor clase de ametralladora para que te disparen), no pude prestar una entusiasta atención a nada más.

Por supuesto, lo que debí haber hecho era formularle la pregunta de las preguntas, la GRAN PREGUNTA: ¿en qué consiste todo esto? Tal vez lo habría cogido desprevenido, tal vez habría dicho algo interesante. No es que no tengamos oportunidades, es que no las aprovechamos.

Logro: el orgullo de Eddie

No hay muchas cosas de las que pueda sentirme orgulloso. Si hago un repaso interior, la única cosa sensata que no lamento es haber comprado mi casa. Lo más importante de vivir en Cambridge es estar lo más cerca posible de la estación de ferrocarril, de manera que uno pueda partir rápida y fácilmente, y para el caso en que uno logre volver desde Londres (Afganistán, Zeebrugge o cualquier otra parte) y sin un centavo, no tendrá que tambalearse demasiado lejos. Yo tenía la sexta casa más cercana a la estación de ferrocarril (y tenía una llave de repuesto en la oficina del jefe de estación). Anclado en Cambridge durante treinta años, nunca me las arreglé para que la bebida partiera, pero el que siempre estaba a punto de partir era yo.

No es broma.

>?>??????????????>??}??))

Pasábamos una temporada tranquila en un apartamento nuevo. Hasta Hube con sus nociones de nuestra invulnerabilidad parecía por una vez sentirse feliz con la doctrina de que un ladrón de bancos-que-se-queda-en-casa es un ladrón de bancos-con-menos-probabilidades-de-ser-arres-tado. Tomé notas. Hube metió su nariz en algunos libros, y luchaba con la idea de crear el robo de bancos que terminara con todos los robos de bancos. El zeb.

Descubrí que Hube se escabullía por las noches. Una mañana me levanté y lo encontré rodeado por una variedad de fotos, en color y blanco y negro, transparencias, muestras de contactos. Las fotos eran de una dama joven, en diferentes grados de desvestido; parecían ser todas de la misma chica, a pesar de que era difícil saberlo por la alfombra de parecidos que lo rodeaba a él.

—El conocimiento... es un trabajo difícil; especialmente cuando se investiga el pasado —dijo.

—Bueno, ¿quién es ella?

—Ésta es la mademoiselle que estaba en la portada de la revista que compré.

—¿Dónde las conseguiste?

—Me las dio el fotógrafo. También se las arregló para darme una dirección suya.

—Eso fue muy amable de su parte.

—Es difícil negarse a un hombre que está metiéndote una pistola en tu fosa nasal izquierda.

—Pensé que habías renunciado a la violencia.

—Renuncié. Le metí la pistola muy suavemente. Y no dije nada, pero la gente en esas situaciones se imagina toda clase de cosas. El extremo de mi pistola estaba muy frío y su nariz parecía tan amable

y tibia que tenía curiosidad por saber si iba a caer. Por lo visto, el hombre debe tener toda clase de zombis que pasan por ahí y le tocan el timbre. Su cautela estaba bien fundada y... era digna de admiración.

»Fue toda una investigación. La revista era vieja, las fotos eran viejas, el rastro era viejo. Tuve que hablar con el gerente de la tienda, el dueño, el proveedor; todos se mostraron muy colaboradores. Sólo necesité naricear mi pistola una vez, lo que bajo estas circunstancias indica una gran contención por mi parte. Al final resultó que el fotógrafo tenía toda la información.

—Entonces ¿vas a invitarla a salir?

—¿Por qué no? Pero primero tengo que encontrarla. La dirección no sirve. Así que voy a contratar a alguien para que la encuentre. Los ricos consiguen atajos —estudió un primer plano—. Puedes verlo en sus ojos. Estoy seguro de que estuvo en algún orfanato.

Mirando las fotos no fue ésa mi primera impresión.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabes. Miras esos ojos y lo sabes. Hay algo especial, una... falta total de esperanza.

El día bueno de Hubert

Dijo que una vez, cuando tenía trece años, había tenido un día bueno al llegar a un nuevo centro. Estaba sentado en la puerta de la oficina del director cuando una chica hermosa se sentó a su lado. Muy hermosa. No cruzaron ninguna palabra, pero Hubert notó que de un modo instantáneo eran amigos; el lugar comenzó a zumbir.

—Lo malo es que mientras estaban haciendo el papeleo por mi llegada, hacían el papeleo para ella, porque se iba.

Hubert revisó ocularmente la fotografía.

—Creo que es ella.

Jocelyne es muy buena, pero lo cierto es que las mujeres tienden a ser buenas con los niños, aun cuando estén disfrazados de filósofos ladrones de bancos. Fue idea suya lo de intentarlo con una médium.

De la manera más egoísta, yo había estado ansioso de que Gérard reapareciera y, lo mismo que las diez cosas más importantes del negocio que Hube me había pedido en traducción literal, quisiera una visión de la existencia tan ex-

tenso como una lista de la compra: lo realmente importante en la vida es atarte pesas a tu pene y estirarlo hasta que mida cuarenta y cinco centímetros. Azota a cualquiera cuyo nombre comience con Z. Lo que sea. Pero claro, simple, corto. Pese a todo, Gérard, el egoísta bastardo, no se manifestó; me mantuve alerta ante cualquier insecto o animal que pareciera estar tratando de decirme algo. Dejaba papel sobre mi escritorio y un lápiz muy delgado para manos espectrales. Nada.

Jocelyne hizo sonar su alfiler de oro contra los dientes. Yo la observaba de cerca en busca de señales de romance en derrumbe. Tenía la lengua perforada (un proceso, explicó ella, que le había costado dos dolorosas semanas para sanar), y me puso mentalmente en la ceremonia de perforación de lenguas soportada el 28 de octubre de 709 d.C. por la esposa principal de Escudo del Jaguar, Señor de la Sangre de Yaxchilan (Lintel 24); es decir, ante mis ojos algo sin sentido, pero que era bueno para los mayas...

—¿Por qué lo hiciste?

—Para castigar mi lengua, por decir cosas que no debí haber dicho. —Clic.

—Pero seguramente estaba sólo obedeciendo órdenes.

—Tiene que aprender a ser más atenta que su señora. Y también es un símbolo. —Clic.

—¿De qué?

—Eso cambia día a día. Es un símbolo multipropósito.

Las mejores cosas simbolizadas por el alfiler de Jocelyne

—Es un símbolo de la necesidad de símbolos.

—De cómo la vida nos ametralla.

—Gerente adjunta de bancos en el exterior, ser primitivo en el interior.

—De cualquier cosa que tenga ganas.

—De que uno puede hacer cosas estúpidas en cualquier punto de su vida.

Jocelyne era creyente de la escuela física de los reflejos. Una vez me zarandé una bofetada en la cara sin advertírmelo previamente.

—¿No te sientes mejor?

La cosa es que tenía razón.

—¿Qué he hecho?

—Nada, pero lo harás. Creo que deberíamos sacarnos esto de encima; estoy segura de que eventualmente vas a decepcionarme. En ese momento podría no estar en situación de actuar. Considéralo un anticipo.

Jocelyne a propósito de Gérard

—Una amiga mía probó una vez con una médium —dijo.

Mi reacción inicial fue de mordaz desprecio; cualesquiera que sean sus desventajas, la filosofía se enseña en la universidad. Al menos estafamos a gente inteligente con inteligencia; si hay un grupo asociado con la mistificación, la charlatanería, embaucamientos de baja estofa y recolección de simplones son los médiums: por otra parte, sin embargo, el mal que ellos hacen comparado con el de los filósofos (especialmente los filósofos alemanes) es más bien insignificante.

En cualquier caso, mi agenda social estaba vacía ¿y acaso es la idea de la mediumnidad más absurda que el hecho de que me hayan pagado para enseñar filosofía durante más de veinte años? Creo que no. Uno tiene que probarlo todo al menos una vez, excepto las cosas que a uno no le gustan, o las que exigen un montón de esfuerzo y levantarse temprano (no intento tratar de ser un campeón europeo de patinaje artístico sobre hielo). Si no es demasiado problema, nunca detengas los zeteos. Quién sabe, tal vez la médium podía llegar a darme alguna información, algún retazo de eternidad.

¿La hora de un precedente clásico?

Sí, por qué no. Incluso Sócrates, el señor Análisis, el señor Razón, el señor Apunta-esa-luz-hacia-aquí, solía rondar a las viejas sabias.

Jocelyne lo arregló y fuimos en coche hasta Hyères. Yo iba vestido como un sacerdote (otro de los innumerables disfraces de Hube; cometí un gran error al dejar que me tomara las medidas). No porque sintiera la necesidad de camuflarme, sino porque al despertarme descubrí que no tenía ninguna otra ropa limpia. Jocelyne pensaba que el zuc-chetto me quedaba bien.

—La gente va a querer confesarse a tu alzacuello; tienes el aspecto de una persona compresiva con todos los pecados.

La médium nos recibió con una gran sonrisa (es posible que estuviera considerando lo que nos iba a cobrar: Jocelyne había sugerido que pagáramos el doble para obtener un poco de acción). La médium era jovial y gorda (muchas lo son; alguien debería zetear la vinculación entre lo oculto y la obesidad) y su cuarto de consulta estaba cubierto de pequeñas botellitas de licor, las del tamaño de un trago que te dan en los aviones. Había cientos de ellas, puestas en estantes ridículamente delgados, no más de cinco centímetros de aliento, obviamente encargadas a propósito; su acumulación de la diversidad cultural del mundo.

¿Coleccionar botellitas de alcohol es más absurdo que coleccionar primeras ediciones de los griegos? Sí, sí, sí y otra vez sí.

Hicimos una llamada a Gérard.

—Estoy esperando un mensaje.

Madame Lecercle sostuvo mi mano durante un rato. Y habló de manera intrascendente.

—Quiere ponerse en contacto con un amigo. No estoy consiguiendo nada. Veo un animal pequeño y peludo; veo dinero, pero no es lo que usted quiere. Veo a alguien, más bien extraño, no está del todo ahí.

—¿Dice alguna cosa?

—Recibo algo acerca de turistas, no le gustan. ¿Tiene algún sentido eso?

Si Gérard estaba por ahí esperando, se perdió la oportunidad de pasar la mercancía por debajo del Gran Telón. Madame Lecercle charló con Jocelyne acerca de sus percepciones durante varios minutos. Aquí no se hacían revelaciones para resucitar carreras en crisis. Recuerdo la opinión de Wilbur: «Puedo predecir el futuro de cualquiera, particularmente con referencia a los asuntos que importan de verdad; puedo con toda seguridad predecir que van a vivir o van a morir».

—¿Puede usted convocar a individuos particulares?

—Bueno, no trabajo así habitualmente, pero puedo intentarlo.

Estrella invitada, proveniente de...

Medité sobre las opciones. Se me antojó algo de los griegos. Siempre he sido muy feliz en cuanto a mi era, si bien no tanto acerca de mis circunstancias en esta coyuntura. Pero si me dieran una máquina del tiempo volvería a la costa jónica *circa* 585 a. C., a por un poco de sol, diversión y zythum, para mezclarme con los muchachos, para descubrir de dónde robaron sus ideas. Tal como una vez comentó Featherstone: «Tú serías ideal para enviarte de vuelta; hablas el idioma y no podríamos imaginarte ejerciendo ningún tipo de influencia, o haciendo algo que fuera a cambiar el curso de la historia. Podrías comunicarte con nosotros a través de vasijas áticas de figuras rojas».

Si no pudiera volver, lo siguiente sería conseguir que ellos se dieran una vuelta por acá. Sentía inclinación hacia Tales. ¿Por qué no volver al principio? Yo acababa de ponerle su nombre a una rata y, si él tenía la capacidad de venir a la ciudad, tendría la capacidad de apalearme por ello. El candidato obvio a continuación era Platón, pero de alguna manera yo no quería tratar de convocarlo; debe de estar acosado todo el tiempo, seguramente su teléfono celestial zumba todo el rato. Y aun cuando estuviera disponible para particulares comunes, no tengo ganas de que me zarandee por todas partes a patadas: conozco mis límites.

Reflexioné y llegué a la conclusión de que no quería un filósofo, y no quería uno de los grandes nombres. Me iluminé con los chicos malos de la poesía griega, los yambógrafos Arquiloques, Hipónax y Sotades, que hicieron temblar las columnas griegas con sus abusos. Era muy tentador Sotades, la figura principal del kinaidologoi —los especialistas en indecencia, que insultaron a todos los monarcas del mundo conocido—, condenado a muerte por uno de los generales de Ptolomeo, quien lo metió en una vasija, la llenó de plomo fundido y lo echó por la borda en alta mar (para que estuviera seguro, me imagino). Pero a medida que logicaba, pensaba más y más en Hipónax, más viejo, más prohibido, exiliado de su casa, un poeta cuyos blancos se suicidaban, un bandido jónico de cuya tumba se decía que era un lugar peligroso para pasar a pie. Bien, ya tenía alguien que valía la pena invitar a una fiesta, y se me ocurrió que si alguien era capaz de responder a la invitación de un filósofo fracasado y ladrón de bancos, ése sería Hipónax.

—¿Necesita muchos detalles? —Jocelyne había traído una grabadora y vi que la encendía en ese momento. La ceremonia era simple.

La tarde estaba tibia. Madame Lecercle se quedó en silencio y cerró los ojos. Permaneció callada y con los ojos cerrados durante tanto tiempo que tuve miedo de que se hubiese quedado dormida. Yo empezaba a aburrirme y estuve a punto de dormir. Tenía poderosas sensaciones de pérdida de tiempo. Me pregunté si Za Dengel, emperador de Etiopía (1603), habría hecho alguna vez esta clase de cosas.

Entonces la mujer abrió los ojos. Parecían nublados pero luego, lentamente, como las luces

delanteras que en un automóvil se abren paso a través de la niebla, una mirada llegó a sus ojos. Al principio no podía estar seguro, entraba y salía en parpadeos. Luego, de pronto, estuvo ahí. Una mirada dura, la mirada de un estibador truculento que ha peleado en demasiadas guerras civiles. Una mirada que no se podía haber asociado con la eupéptica Madame Lecercle.

La mirada ruda me miró.

—¿Qué coño miras, hijo de la gran puta? —La voz era de Madame Lecercle, pero secuestrada, aguda y desafinada, arrastrada sobre carbones ardientes—. Ya tienes lo que has pedido.

Sus fosas nasales temblaron y olieron un rastro.

—Puedo oler a filósofo —dijo la voz. Otra inhalación—. Todos hieden como Tales. ¿No podríais apestar un poco más a la izquierda, lagartijas de retrete?

—¿Así que tú eres Hipónax? —intervino Jocelyne.

La mirada transfirió su fuerza hacia ella.

—Mi nombre no es Homero. —Pausa—. Tú no vas a pasar hambre con una boca como ésa, ¿verdad? Debes ser popular por los callejones.

Yo no terminaba de comprender lo que estaba sucediendo, pero me parecía de dudoso gusto. Miásmico. Pensé que podía ser hora de irnos.

—Tanto tiempo sin ver nada —retomó la voz—, y ¿qué veo? Una bolsa de grasa y una ramera de boca repulgada. Bien, ¿qué tenéis que decirme y qué vais a ofrecerme? ¿O me habéis traído todo este trayecto para quedaros ahí sentados con la boca abierta como si estuviérais haciéndoos una paja?

—¿Cómo están las cosas? —aventuré.

La voz no respondió. La mirada recorría lentamente el contorno de la habitación. Miró hacia abajo, a la falda de Madame Lecercle, los pliegues de su falda zodiacal. La mirada se concentró en su cuerpo. Luego la voz comenzó:

—Debí de suponer que eras un filósofo. Todos los gordos verdaderamente feos son filósofos. Y tratan de decirnos que la mente es suficiente; que un buen cuerpo no lo es. Entonces, ¿para qué molestan a los muertos? ¿No hay nadie vivo que esté dispuesto a tolerarte?

Empezaba a entender por qué se aconsejaba a la gente hacer un amplio desvío alrededor de su tumba.

—Sólo quería conversar.

—Eres tan aburrido que los vivos no tienen tiempo para ti, ¿eh?

La voz siseó como una pérdida de gas a punto de entrar en ignición. Entonces cambió de tono por completo y subió claramente una escala.

—¿Quién es la voz? Parece una esclava de séptima generación. —Ahora la voz era tan alta y suave que apenas se podía entender—. Una chupadora de frutillas carnosas. Mejor que atar un pulpo a tu polla, que me condenen.

Jo tampoco supo qué sacar en limpio de todo esto. La mano derecha de Madame Lecercle comenzó a pellizcar la carne floja de su brazo izquierdo, lánguidamente, y luego sus dedos comenzaron a jugar con el borde de la blusa.

—Maravilloso. Me han traído de vuelta por un recolector de grasa y una esclava, una mujer tipo tendrás-que-quemar-tu-polla-después-de-la-función. ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué esperáis? Si queréis consejo acerca de cómo ser más desagradables no veo cómo podréis lograrlo: y si queréis consejo acerca de cómo ser menos desagradables tampoco veo cómo podréis lograrlo.

—Si está ocupado —retomé—, no deje que lo retengamos.

La blusa de la médium se iba desprendiendo con lentitud. La voz, que había bajado de vuelta a las bases, no tenía apuro alguno en responder.

—Vosotros, muchachos, nunca llamáis a los filósofos, ¿verdad? Tenéis suficiente mierda de buey con vosotros mismos. No importa hasta qué punto un país es pobre o

desafortunado, siempre tendrá diez veces más filósofos de los que necesita.

Una enorme teta pegó un brinco, y luego la otra se salió de su encierro. Madame Lecercle sostuvo entonces uno de sus pezones entre el pulgar y el índice como si fuera un pequeño animal, muerto y poco atractivo (por ejemplo, una zapodida).

—Miles de años muerto, pero puedo decirles que esto parece de verdad repelente —fue la declaración de la voz. Siguió quitándose la ropa, en un letargo, para revelar la carne fatigada de los imperdonablemente obesos, que suele tener un peculiar aire artificial. La mirada no estaba más entusiasmada que yo en cuanto a la visión—. Así que estoy de vuelta, y de vuelta en esta cosa. ¿Cómo puede alguien tener tan mala suerte? —Las partes pudendas de Madame Lecercle quedaron escondidas bajo los pliegues de las carnes. Una mano perforaba en medio de las grasas—. Nada. No hay novedades. Tan muerta como yo. Todos los gordos sois muy codiciosos. Supongo que basta con mirar la cantidad de espacio que os tomáis. ¿Para qué me habéis invitado si no hay nada de comer o de beber? Un trago, pienso. —Madame Lecercle se inclinó hacia la pared embotellada—. Eso es alcohol, ¿verdad?

Yo asentí con la cabeza. La médium tomó entonces dos botellas, las destapó, empujó una en cada fosa nasal y luego echó su cabeza hacia atrás hasta dejar las botellas vacías. La cabeza permaneció así durante un rato bastante largo, y luego la voz volvió a hablar.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo. —Es duro ser un espíritu afecto a las bebidas espirituosas cuando no se puede degustar nada—, ¿Por qué será que puedo olerte, pero no puedo sentir el gusto del alcohol? Llamad a Zwaardemaker.

Madame Lecercle entonces se acercó a mí y dejó descansar uno de sus globos sobre mi cabeza.

—Así que todavía no has encontrado un tónico capilar que funcione —dedujo la voz. Caminó hasta la nevera y comenzó a liberar cosas de la cárcel de comida. La voz continuó su tarea mientras masticaba—. ¿Sabes qué le dije yo a Tales, a Heráclito, a cada sofífilo?

Bueno, no lo sabía.

—Si eres tan inteligente, ¿cómo es que vas a morir? ¿Y qué tal les va a mis libros?

—No demasiado bien, para ser honesto. La mayor parte de su obra se ha perdido.

—Lo que yo escribí nunca se perderá; en el peor de los casos sigue rodando bajo los nombres de otros hombres. Puedo ir a cualquier parte y encontrar mis cosas. Yo sé lo que quiere el público. —Algunos trozos de comida que habían sufrido el tratamiento inicial de la digestión volaron a través de la habitación.

—Pero su obra fue suprimida. El emperador Juliano pensó que era inapropiada.

—¿Inapropiada? Palos a los huevos. Mis yambos yambarán para siempre.

Consideré la posibilidad de mencionar que, por contraste, los escritos del emperador Juliano estaban preservados de forma excelente (tres volúmenes en el Loeb), pero eso habría sido orinar en el Zamzam.

—Estas gentes ¿no pueden ver que son transparentes, que mi obra se mostrará a través de ellos? Acaso no comprenden que la escritura se creó para llevar lo blasfemo por todo el mundo; de modo que un hombre pueda denigrar al hombre que está en lo alto de la colina; de modo que, inscritas sus maldiciones en la piedra, pueda marchar hasta el fin de los tiempos. Nada tiene gusto a nada —comentó la voz, mientras una selección de alimentos, muy bien activados en la boca de Madame Lecercle, se entendían con la gravedad y dejaban rastros por su doble papada y su quintuple barriga.

—¿Cómo son las cosas en ese lado? —pregunté.

—Ah. Entonces sí quieres algo. Pero antes quiero saber: ¿qué gano con ello. —El dedo de Madame Lecercle se metió dentro de su oreja—. Ni siquiera puedo sentir eso. Uno creía que al menos podría rascarse bien la oreja. Mira, estoy seguro de que este paraíso de larvas ha sido generosamente retribuido por sus servicios. ¿Y yo? Yo no canto sin plata.

—¿Qué tipo de retribución quiere?

—Bueno, veamos, estamos discutiendo cosas que son profundamente profundas, cosas que como filósofo deberías ser capaz de resolver, pero dado que lo mejor que tu cerebro puede hacer es algo que sirve para que las moscas se diviertan volando por encima, haré un trato contigo. Sabes, tú me recuerdas a alguien que conocí. No puedo recordar su nombre, pero recuerdo que entrenó a su perro para que le lamiera las bolas.

Pensé en el ranking mundial, ¿había pasado demasiado tiempo desde el servicio fúnebre?

—¿Qué quiere?

—No se me concedió demasiado en cuanto a las fuentes de diversión. Quiero ver un poco de juerga. No estoy hablando de ti y la orificista ésta. —Madame Lecercle se sentó otra vez y comenzó a entrecruzar sus pechos, de un modo que habría dejado vacíos de palabras a los cabalistas de Zefat—. Quiero una gran fornicación. Estipulo muchachos. Chicas. Muchachos y chicas. Muy jóvenes. Muy numerosos. Muy rubios. Sabes, en realidad, tú me recuerdas a otro farsante pelado. No puedo recordar su nombre. Pero lo que sí recuerdo es que fue la única persona de todos los tiempos a la que se exilió de Efeso por pederrear. No hay mucho que decir de los efesianos, pero no toleraban los disgustos provenientes de los calvos.

—¿Podría darnos una muestra de la sabiduría en oferta?

—Orgía primero, sabiduría después. Y asegúrate de que sean frescos y animosos. No quiero nada hecho sin ganas. Algo coreografiado. —Madame Lecercle comenzó a golpear su cabeza contra la mesa de un modo que debió ser doloroso para quienquiera que estuviese a cargo de esos nervios.

—Eso podría requerir unos cuantos arreglos. Dénos algo para probar —negoció Jo.

—En serio me recuerdas a alguien. No. No. No, no puedo recordar su nombre. Solía ser un ladrón de tumbas. Escribió un tratado sobre la óptica aunque lo cierto es que quién no lo ha hecho. Yo lo yambeé a muerte. No eran precisamente los valores lo que lo atraían a las tumbas, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Cómo es la muerte?

—Déjame explicarlo de este modo. Será información gratuita. Podría ser mucho peor. Yo podría ser un filósofo feo, gordo y calvo sin oportunidad alguna de conseguir un trípode. Eso se me ahorró.

—Hablemos con Madame Lecercle —interpuso Jo.

—¿Qué se creen que es esto? Si no pagan no juego. Traigan los cuerpos.

—Presente algo, por favor —dije, impaciente—. No nos ha dado credenciales impactantes.

—Tú, perdedor de tiempo. Tú, línea hueca. Sin trípode. El Uno y la Multitud. Puedes lamer mi culo de arsénico.

Madame Lecercle caminó hasta la ventana y abrió ligeramente las cortinas para recibir la brumosa luz de la tarde. No hubo más balbuceos. Miró hacia fuera durante un largo rato. Quizás a causa de la claridad, sus ojos se humedecieron mientras sus manos descansaban en el alféizar de la ventana. Esta postura se mantuvo mientras Jo y yo nos miramos el uno al otro sin saber con seguridad qué hacer. Entonces Madame Lecercle se desplomó sobre sí misma como un vestido que se deja caer, y su cabeza anunció su llegada al suelo con un sonido amortiguado por el pelo.

—Bueno —dije yo, después de llevar al hospital más cercano a la contusa Lecercle—. Recibimos algo por el valor de nuestro dinero.

Jo hizo un clic con su alfiler.

Penas de la rué

Durante mucho tiempo me había rondado la idea de rondar por los viejos lugares que yo frecuentaba en Toulon. A pesar de todos mis haraganeos y de haber usado mi cabeza para pensar en casi cada centímetro cuadrado del suelo de Francia, desde que había dejado Toulon, treinta años antes, nunca había regresado.

Al principio no habían sido más que circunstancias, mi presencia era solicitada en cualquier otra parte. Me ofrecían alojamiento y dinero para que estuviera en lugares diferentes, o bien el compás de mis caderas me dirigía al norte, al sur, al este o al oeste, con todas las variantes que están en el medio, pero nunca a Toulon.

Hasta una vez que atravesé Toulon, camino de Niza, a las tres de la mañana, en un coche cama; pero mis pies daban a la ventana, la cortina estaba baja, la noche era demasiado oscura, y mis pies demasiado sin ojos. Más tarde comencé a tenerle miedo a Toulon.

—¿Tienes miedo de Toulon? —me había preguntado Hubert cuando entramos en la ciudad con el coche.

—Es mi juventud. —La verdad de la juventud.

Severidad de la verdad

He perdido todo, me imagino, en una u otra ocasión, salvo mi camino... en el sentido callejero. Siempre he distinguido la izquierda de la derecha, si bien no siempre una cosa derecha de una torcida. He perdido (sin un orden en particular) lápices, billeteras, libros, documentos, maletas, autos, un zibet y una condena a quince años, pero nunca la orientación.

A pesar de no haber estado allí durante tres décadas, encontré mi camino por las calles laterales sin vacilación.

Llegué a la calle donde había vivido. Fue como si apareciera por la esquina de regreso de hacer las compras. La calle y los edificios no tenían nada de particular salvo eso: aquí viví yo.

Había sentido terror al regreso, porque, si bien revisité muchos otros *loci* de mi juventud, los lugares fueron tan bien visitados que mis regresos parecían haber pisoteado mis recuerdos. Los recuerdos, amontonados sobre otros recuerdos, se enredaron entre sí hasta que cada uno anuló a los demás.

Este era el motivo por el cual Toulon era tan diferente. Una memoria acuñada. Estaba descorchando un año de juventud. Uno tiene que perder su juventud. Los poetas son bastante firmes en cuanto a esto. Es la hora de los violoncelos.

¿Cómo era Eddie?

El Eddie más joven (veinte años) tenía salud, futuro y moral.

Mujeres bellas con las que me negué a dormir 1.1

Esta es una categoría muy pequeña, y aun cuando se extendiera a la categoría de mujeres con las que me negué a dormir, tendría una sola entrada.

Era una compañera de mi escuela en Toulon. Me invitó a su casa a tomar el té. Cuando llegué, tuve problemas para mirarla porque me aterrorizaba que mi atención se quedara clavada en su escote, generosamente expuesto. Tenía que apuntar a su costado o encima de ella, y percibirla apenas con mi visión periférica.

Estábamos solos en el piso. Su marido, un radiógrafo, era mucho mayor. Ausente. La conversación era más o menos así: «Edouard, me gusta jugar al tenis. A mi marido no le gusta. ¿A ti te gusta el tenis, Edouard?». Luego: «Me gusta ir a bailar, Edouard. A mi marido no le gusta ir a bailar. ¿A ti te gusta ir a bailar?». Después: «Me gusta ir a la playa, Edouard. A mi marido no le gusta. ¿Te gusta ir a la playa, Edouard?».

La dirección de tales preguntas era inequívoca. Pero no, yo me emborraché y retrocedí, porque estaba casada. Era algo sagrado en cuyo interior no debía deslizarse mi polla. Me resulta imposible creer que esa persona tenga algo que ver conmigo. No me habían explicado entonces que casi nadie se toma en serio el matrimonio, y mucho menos los casados. Ahora sospecho que, si de ello dependieran diez segundos de placer para mí, estaría preparado para ver cómo se evapora en el aire la población entera de una nación de tamaño medio.

¿Hice bien?

A menudo rechina un hueso entre los dientes de mi memoria...

La mayor parte del tiempo creo con firmeza que debí haber diferido las deferencias (porque, que quede claro, si nos remitimos a Zurvan, no creo haber lamentado el acto jamás; las consecuencias sí, casi a diario, pero no el acto). Me consuelo con el pensamiento de que mi rectitud pudo no haber sido una entrega más en el gran almacén de las oportunidades desperdiciadas. Quizá mi rechazo me salvó de ser asesinado por un marido en desgracia, o evitó acontecimientos que habrían dado por resultado una biografía más lamentable todavía que la que ya tengo.

Naturalmente, mi decencia tenía como predicado el hecho de que yo contaba con suficientes oportunidades de gratificación sin necesidad de transgredir; la decencia se vende principalmente sobre el supuesto de que tiene una retribución. Si el Eddie de veinte años hubiera tenido claro que nunca más se presentarían invitaciones como éstas (excepción hecha del asunto del mástil de la bandera) y que luego pasaría años de su vida esperando como un pasmarote en las fiestas a que fueran a buscarlo las mujeres menos exigentes, en ese caso...

Las creencias traen problemas, reducen tu flexibilidad, pero constituyen un esqueleto espiritual: es difícil moverse si no tienes uno.

Hora de un aforismo

Los gorgojos del mal: una variedad del dolor. Pero por útil que sea el pesimismo no puede cubrirlo todo. Aun en Afganistán se reían. En medio de los niños asesinados y el triunfo de los viles, se infiltra la alegría. El mal siempre te hace pensar, te mantiene en el zeteo, lo cual no deja de ser una lata para los remolones que aún quedan entre nosotros.

De vuelta en Toulon, en una calle que a nadie importa

Cuando volví a esa calle esperaba que las lamentaciones me asaltaran, que me llevaran a un paredón y me dieran una buena tunda; esperaba sentir un frenético deseo de juventud, la edad en que, no importa cuántos problemas tengas, tienes el consuelo de contar con décadas por delante de esperanza para la rectificación. Se supone que debes lloriquear incontrolablemente.

Pero no me sentí así cuando miré mi viejo hogar.

Había venido a Francia a los veinte años, porque tuve dudas sobre si lo sabio era dedicarse a la filosofía. De ahí arranca mi decadencia.

¿No demasiado convincente?

De acuerdo, dudar acerca de la exactitud de la filosofía apenas cuenta como el más terrible de los disgustos, no figura entre las mayores agonías. He tenido mi ración de fracasos, pero nunca pasé por ninguno de los grandes quebraderos: ver a mi familia morir en llamas, tener que comerme a mis amigos más íntimos. Quizá mi verdadera desgracia es que nunca tuve una verdadera desgracia.

De ahí que, al encarar le Rué des Lauriers Roses, mi corazón emitiera una suave llamarada, una súplica de volver a ser joven y tener una nueva oportunidad; pero vi que no era juventud lo que quería sino plenitud, quería el logro y no la oportunidad del logro. La juventud sería algo demasiado parecido a trabajar. Sin retorno. Sólo terminaría otra vez con el hipopótamo en la cama.

Una inesperada victoria sobre uno de los más temibles dolores que aborda el corazón, el ruego de otra porción de juventud. Para mí, haber sido Eddy una vez me es suficiente.

Bastante bien

Sí, sin contar el despliegue de dos fuerzas policiales que revoloteaban por encima de mi cabeza, y una cantidad de órganos indispensable para el mantenimiento de mi consciencia a punto de declararse kaput, no me iba del todo mal. Estaba acompañado. La amistad se vuelve cada vez más difícil, a medida que uno se vuelve cada vez más viejo; las personas de la misma edad, con las cuales uno tendría más cosas en común, están atrapadas en sus propios artefactos. La amistad necesita tiempo, pero a medida que uno crece, los años ya no son años. Demasiado tarde para dominar también la zampoña.

Adónde quieres llegar

La única cosa que realmente voy a echar de menos, lo que me ha llevado una vida entera amasar: la gente con la que me llevo bien. Esta es la cosa que más temo de la muerte: perderlos.

Una vez más iba a sorprenderme a mí mismo.

Cuando bajaba hacia el viejo puerto crucé la calle principal, una importante zona de emisiones masivas de monóxido de carbono, y pude ver a Hubert con una maleta a sus pies, aparentemente dedicado a importunar a los que pasaban. Decidí unirme a él sobre la base de que dos pueden ser arrestados tan rápido como uno solo.

Estaba en medio de la calle, momentáneamente despejada de vehículos hasta donde el ojo podía alcanzar (semáforos mediante), cuando casi fui segado por un coche que salió rechinando de una calle lateral con gran despliegue de neumáticos y a una velocidad que sólo podría ser caracterizada como letalmente hostil a filósofos.

No me atropelló por una distancia mucho menor que el grosor de mis obras completas. Si el coche hubiera tenido otra mano de pintura habría truncado una gloriosa carrera de atracador.

Ser casi atropellado

Ser casi atropellado es una magnífica muestra de la propia actitud hacia la vida. Tal vez hay algo en el estilo de vida disipada que promueve el casi ser atropellado, que te convierte en un matador de motores. Parece que yo casi soy atropellado a cada rato. En los últimos tiempos he descubierto una negativa de mis fuerzas intelectuales y adrenalíticas para que eso me altere. El pulso no se altera. Está lleno. No hay más lugar para el tiempo.

Esta vez fue notable lo preocupado que estuve por mi identidad corporativa. Se desbordaron unas sensaciones de molestia y autopreservación que durante mucho tiempo habían estado ausentes. Hice un gesto obscuro, que probablemente se reconoce en dos terceras partes del mundo, en dirección al coche que se encogía con rapidez.

Para mi sorpresa, hubo otra explosión de neumáticos cuando el coche se detuvo de golpe y comenzó enseguida a retroceder con extravagante velocidad y fanfarria mecánica. Se topó conmigo al frenar; el conductor salió de un salto y cerró la puerta con un movimiento suave y experto.

Avanzó hacia mí hasta alcanzar un contacto de nariz con nariz y, a pesar de nuestra propinquidad, gritó:

—¿Tienes algo que decirme?

Era un hombre de poco más de treinta años, de sólida complexión; podía adivinarse que pasaba una gran parte de tiempo levantando de forma repetitiva pesados objetos de metal, y que era perfectamente capaz de pulverizarme aun cuando yo tuviera dos o tres hermanos filósofos que me respaldaran (digamos Bacon y Von Hartmann armados con un par de zapapicos y hachas): un hombre tan versado en darle a la gente sopapos en la boca como yo lo estoy en los jonios.

Al otro lado de la calle, sobre el pavimento, pude ver, preocupado, a Hube con el aire atento que habitualmente presagiaba una imprudencia.

La cuestión no era si don Bestia iba a pegarme, sino cuándo. No necesitábamos las cartas de Zener. Normalmente yo habría tenido que escapar muy rápido, obligado a recibir la ignominia o el desastre. Pero nada de esto es lo usual si uno lleva un arma.

La calle estaba vacía. Lo hice porque *a)* no tenía ganas de comerme mis propios dientes y, *b)* sabiendo que mi tiempo estaba casi terminado, tenía pocas probabilidades (dado que ésta era la primera ocasión en cincuenta años) de que se me presentara la oportunidad de acribillar a tiros el coche de un mierda.

—No, creo que no —respondí con una calma que me habría ganado una alta reputación en varias escuelas de filosofía. Ataraxia cruda. Desenfundé el Aguila del Desierto (la Magnum 0,50 semi-automática que, como Hube me informó, tenía un 60% más de poder de detención —cualquier cosa

que eso sea— que la Magnum 0,44 —cualquier cosa que sea 0,44-) y solté una descarga. Afortunadamente se disparó a la primera, puesto que no tenía idea de si estaba preparada, cargada o con el seguro puesto. El ruido fue ensordecedor, y el arma casi me saltó de la mano.

La descarga removió los parabrisas delantero y trasero del coche. Don Bestia parecía tener problemas para asimilar la visión de la pistola, el estallido y los confites de vidrio.

—Tiene una pistola —explicó a su amigo, quien también se había bajado del coche (sin duda para contemplar mejor la sangrienta representación) y cuya alteración alcanzaba cotas mucho más altas que la de su compañero.

—¿Por qué no te tumbas en el suelo y pones tus manos sobre la cabeza? Te sentirás mejor.

Mordieron el polvo mientras yo soltaba otras dos descargas en la carrocería. Estas dieron en el blanco, pero aunque pudieron causar una destrucción bastante cara, no me parecieron particularmente destructivas. (Más tarde Hube señaló que si uno quiere ventilar un coche necesita un arma de alta velocidad, no un destripador de gente como el Aguila). Sin embargo, le disparé dos veces más al coche, y uno de los disparos encendió un poco de gasolina. No fue una conflagración dramática, pero las llamas hicieron lo suyo para reducir el valor del coche y su precio de reventa.

Iba a ser interesante la declaración en el formulario del seguro.

Lo bueno de la fuerza bruta es que funciona. La fuerza bruta tiene mala prensa porque la gente que se dedica a la prensa no sirve mucho para emplearla. Es verdad que la retórica tiene sus méritos, y quizás habría sido un logro más importante haberlo persuadido de la locura de la beligerancia, pero nos habría llevado largo tiempo, y estábamos interrumpiendo el tráfico.

También hay que decir que el esnobismo de los muchachos hacia la persuasión física se remonta por un largo camino hasta elucidar su extrema familiaridad con los calabozos y las hogueras, mientras los peces gordos terminan con las gordas joyas de oro, el zedoar y las mujeres bonitas en el extremo de sus miembros. La violencia disuelve todos los problemas conocidos. Pregunten a los cartagineses. Pregunten a los griegos, que terminaron como secretarios. Pregunten a los filisteos. Pregunten a los sibaritas. Pregunten a los milesios. Pregúntenle a la biblioteca de Alejandría convertida en cenizas. Asen a los gomorranos.

Me senté a horcajadas sobre el dúo que todavía abrazaba el planeta.

—Sí, ahora que lo pienso, hay algo que me gustaría decir. ¿Imaginábais al levantaros esta mañana que moriríais en circunstancias inimitablemente humillantes?

—No.

—Es que no tenéis mucha imaginación. —Tener en la mano una pistola es como estar en la parte correcta de un diálogo socrático—. Un hombre debería ponderar su valor, y tratar cada uno de sus días como si fuera el último. Ahora ¿podríais darme alguna razón para no volaros la cabeza?

—Sería ir contra la ley.

Don Bestia nunca se imaginaría por qué me reí tanto. Hube observaba en silencio.

—Mierda, nunca vi un coche destruido tan discretamente.

Abandonamos la escena rápidamente y a pie, una técnica de lo más efectiva contra la policía motorizada. Entramos en el Chicago, una zarea donde quedan en suspenso las leyes normales de Francia, donde se operaba un apagón moral y donde los habitantes preferirían ver a sus seres queridos marinados durante toda la noche en una salsa de chile y jengibre, luego asados a la parrilla y devorados por personas a las que de verdad no aprobaban, antes que hacer cualquier cosa por facilitar de algún modo las vidas de los policías.

Medité acerca de don Bestia y sobre el hecho de que pude haber cambiado su vida; que el probar alquitrán cerca del viejo puerto pudo hacerle ver el error de sus maneras. Que el propósito de mi vida entera pudo haber sido esta única acción, todos mis meandros una ruta hacia este punto, que fui cuidadosamente entrenado para llevar adelante esta única tarea. Pero lo más probable es que no.

No muy buen aspecto, el de Hubert. No se quejaba. Casi nunca se quejaba (¿acaso sabría por dónde empezar?). Uno de los rasgos más interesantes de nuestro universo es que cuanto más tiene uno de qué quejarse, menos se queja.

—¿Qué tienes en la maleta?

—Dinero. Estaba tratando de redistribuirlo.

Hube había estado por el puerto viejo, un área sobre todo de cafés, y a los transeúntes que pasaban y miraban los alentaba a servirse algo de ese dinero nuestro robado con tanta dificultad, y expuesto como enormes perlas en la ostra de la maleta. La gente se había reunido alrededor, pero nadie había recorrido el espacio que los separaba de los billetes. Quizá la visión de Hube envuelto en su caftán, un muchacho muy abierto de ojos muy abiertos, no inducía mayormente a servirse; un profesor chiflado y autodidacta.

—Todos se despertaron esta mañana suplicando por dinero, pero en cuanto lo tuvieron delante...

Fuimos al que, según le aseguraron a Hubert, era el bar más duro del Chicago, como yo muy bien sabía, la parte más dura de Toulon, una zona con sobradas razones para sostener alta su cabeza junto con los puertos más duros del mundo. Yo me resistí; señalé que mis bienes, en lo que respecta a dientes y zonas de huesos no fracturados, eran extremadamente modestos, y que si necesitábamos una copa ¿no podríamos encontrar un lugar donde las posibilidades de asalto fueran menores?

—Uno no se encuentra con los de perpetua en bibliotecas especializadas —replicó Hube (tan orgulloso a su extraña manera de su estancia en locales de máxima seguridad como yo, con el humor apropiado, lo estaba de Cambridge. Después de todo, no se entra de cualquier modo en ninguna de las dos instituciones)—. Podría ver a alguna gente que conozco.

—Pensé que no te llevabas muy bien con ellos.

—No son mis hermanos. Pero ya sabes, son diez años. Uno tiene que hablar con alguien. No siempre se puede elegir la compañía.

El bar estaba oscuro, para alentar la distensión, evitar el reconocimiento o tal vez para ahorrar en el recibo de electricidad. A pesar de estar casi vacío, alguien chocó contra mí: salía mientras yo entraba. Se disculpó con extrema cortesía, el tipo de modales que uno podría esperar durante diez años y no hallar en Harrods o en el Covent Garden, pero lo cierto es que en esos lugares también es menos probable que la gente gire en redondo y te clave los dientes en el cuello. De pronto pensé en el puritano Zacarías Crofton (m. 1672) y sus hijos Zacarías, Zaretón, Zefania y Zelofehad.

Las paredes estaban forradas de postales de países inimitablemente inestables, con gobiernos cuya calidad y duración podría compararse con la de las cintas más baratas. Hube dijo que en ese lugar se habían gestado varios *coup d'états* con unas cervezas; rumor que era difícil de refutar cuando se estudiaban las borrosas instantáneas de personas uniformadas de pie sobre otras gentes que no parecían capaces de volver a ponerse de pie. Encima de la barra había una gran jarra de cristal, llena de arena negruzca, con una tarjeta atada alrededor: «Guardia Republicano hecho polvo. Puede agregarle agua, no habrá ninguna diferencia».

Me sirvieron una Blanche de Garonne, y tengo que hacer un inciso para el impar efecto refrescante y relajante que puede tener una cerveza favorita. Hube abrió la maleta y comenzó a dar zarpazos al dinero de una manera meticulosa.

—Repetición —dijo—, más significa menos. Tenemos que evolucionar. Estamos haciendo siempre lo mismo; lo que necesitamos es algo único. El atraco que jamás se haya hecho.

—¿Como qué? —inquirí, sabiendo con anticipación que no me iba a gustar la respuesta, una respuesta que indudablemente atraería sobre mí las zumbantes balas de la ley.

—Estaba pensando en algo grande. Un golpe grandioso. Pero ese tipo de trabajo requiere mucha planificación, mucha gente, y por ese motivo casi siempre acaban atrapándote. La cantidad que hay que robar para llegar a la cumbre se hace cada vez más y más grande. Es algo que no tiene final. Tarde

o temprano alguien da un golpe más fuerte que el tuyo, incluso teniendo en cuenta la inflación. Y las sumas son tan enormes que uno necesita un camión para llevárselas.

»He pensado en diferentes bancos, el banco más alto, el banco más grande, en hacer un robo de banco como espectáculo musical, pero todas son variantes sobre el mismo tema. He revisado la historia del atraco de bancos; más o menos violencia, más o menos dinero, siempre ha sido lo mismo.

»Lo que nadie ha hecho hasta ahora es el robo de banco publicitado, del tipo tráigase a su familia.

—Ya anunciaste los robos en Montpellier.

—Anunciamos que habría robos, no dijimos exactamente dónde, o exactamente cuándo. Montpellier es grande. Hay muchos bancos. Esta vez decimos: vamos a robar tal banco tal día.

—Es una buena idea, pero hace que todo sea... más difícil. Hasta la policía podría estar esperándonos. A pesar de nuestra dedicación a la filosofía, nuestra libertad está agotando todos los milagros. ¿Por qué no tomas un poco de dinero y disfrutas de las cosas de la vida que no se pueden disfrutar desde una celda?

—Es muy amable de tu parte simular que de veras quieres decir eso. No, mi vida ha sido estos dos meses. Después de esto... tendré que poner un poco de orden. Sería bonito decir alguna otra cosa..., pero no puedo. Yo no me miento a mí mismo, así que ¿por qué tendría que mentirte a ti?

Lo que aconteció en el infierno

Caí a plomo en el infierno. Fui miserable hasta sentirme por completo miserable. Uno quiere que su propio infortunio sea un infortunio y no una parte de la materia universal. En ese aspecto, a mí me va en general mucho mejor que a la mayor parte de la gente: las leva-lava hawaianas obligadas a decir ¡aloha!, los bheestios de Bombay, los pastores de ganado en Kenia, los batidores de manteca de yac en Yangi, los zaptios de Zile. ¿Qué excusa tenía yo para estar deprimido?

Llega un día en que se borran de un plumazo la inteligencia y el ingenio malicioso. Uno tiembla al saber que lo van a alimentar con final infeliz hasta que le salga por las orejas. Lo que la gente considera finales felices no son, por supuesto, finales. Los finales son infelices por naturaleza.

La hormiga fuerte y endurecida

Finalmente: todos nuestros artefactos emocionales e intelectuales, las resoluciones, las certezas, las consolaciones de la fe, todos nuestros encuadres Zimmer del dogma, todas las posturas de la mente; todo esto conforma la hormiga (un soldado zacriptócero) que declara «estoy fuerte y endurecida» en el mismo instante en que le va a aplastar una bota.

Tirar del trineo

Uno tiene que tirar del trineo, cada día, completamente solo, con un peso siempre creciente de decepciones varias y cosas-que-no-funcionaron; no hay nada en el horizonte.

*Filósofos hechos polvo, atracadores hechos polvo,
mercenarios hechos polvo*

Miro a mi alrededor en el bar. A finales de la próxima semana, a finales del año que viene, a finales de este siglo, indiscutiblemente a finales del siglo que viene, no quedará nadie de los que estamos aquí. Filósofo hecho polvo. Agregarle agua no le hará ningún bien, aunque quizás una gota de vodka...

Aquí vamos otra vez

¿Euq rop? ¿Euq rop? ¿Por qué salimos de nuestros lechos celestiales para venir aquí? Si no tiene sentido, ¿cuál es el sentido? Si tiene sentido, ¿cuál es el sentido?

Reinas de belleza

Tuve un ataque agudo de reina de belleza. Quisiera ofrecer finales felices a mi paso. Un abrazo universal partió de mi corazón, para todo el mundo, incluso para el zoquete del coche recientemente

ametrallado, porque la única cosa que nos une, que nos inscribe en el mismo ejército, es la mortalidad: nuestro enemigo común.

¿Últimas palabras?

Desearía haber hecho más el bien. Alegremente me sacrificaría a mí mismo para esparcir un poco de redención sobre los demás. Para darles la protección de vendedores de seguros, hombres sin afeitar con armas mal recortadas.

Tirar del trineo en un bar de Toulon

—Entonces, ¿cómo piensas robar el banco ungido? ¿Un banco que tendrá más policías que la mayor comisaría de Francia cuando sirven el almuerzo de Navidad? —aguijoneé a Hubert—. Estarán preparados hombro con hombro, unos encima de otros. Ni siquiera habrá espacio suficiente para entrar. Y sin duda el arresto postumo con la cabeza llena de plomo no sirve como récord. Para que quede claro que estamos robando el banco, seguramente tendremos que conseguir algo de dinero y sobrevivir durante un par de segundos. Ya hemos monopolizado toda la suerte de la nación. Es imposible.

—Lo imposible vive en la casa vecina de lo posible; todos los días la gente toca el timbre allí por accidente.

Obviamente Hube había pasado demasiado tiempo con filósofos y mentes enfebrecidas. ¡Cuánta razón hubo en el intento de limitar textos como el Zohar a los casados y los que tienen más de cuarenta años!

—Entonces, ¿cómo planeas hacerlo?

—No lo sé. Pero tú pensarás en algo mientras yo me encargo de la publicidad. Les daremos un mes para hacerles sudar un poco. Pero te voy a dejar a ti la filosofía y el vocabulario.

—¿Y qué estilo filosófico deberíamos usar? —pregunté como al socaire, convencido de que Hube se había metido tan adentro en el bosque de los podría-ser que nunca lograría encontrar el camino de vuelta.

—¿Para el Grande? ¿Para el último acto bancario? El golpe a un banco que brillará a lo largo de la historia iluminando tanto el pasado como el futuro. Un golpe a un banco tan grande que Platón habrá de sentirlo en sus aguas. Existe un solo método adecuado para esto. —Me miró con la esperanza de que yo acabara la frase. Sacudí mi cabeza y me encogí de hombros en un gesto de perplejidad.

—¿Y cuál sería ése, entonces?

—El método Féretro.

Mientras Hubert huberteaba, yo restauranteo (como un crítico de restaurantes alemán) y ensayo la hipótesis de que llenarte las tripas produce brillantes e impensadas innovaciones en el atraco de bancos. Pero ahora que dispongo de un tiempo ilimitado para frecuentar restaurantes, descubro que ha desaparecido el ataque que tenía incluso unas pocas semanas atrás.

Come ahora

Me suscribí al come ahora, porque siempre te espera algo terrible en perspectiva. Como deipnósopo incurable,

soy capaz de abandonar cualquier cosa y correr al restaurante más cercano, sólo por si acaso la civilización decidiera hacer un movimiento transversal antes de que se me presente la excusa de un buen atracón. Y la cuestión es que no importa cuántas veces uno yerre el pronóstico, tarde o temprano acertará.

Respaldo clásico

Siempre vuelvo a Antífanos, el dramaturgo del siglo cuarto a. C.: «Porque ¿quién de nosotros conoce el futuro o lo que cualquiera de nuestros amigos está destinado a sufrir? Rápido, entonces, toma las dos setas de la encina y prepáratelas».

En esto consiste el verdadero valor de la antigüedad; puede usarse para sancionar cualquier cosa.

Si uno entra en un restaurante asegurando que un vecino suyo le ha advertido de una inminente profusión de fusión, en forma de explosión de deuterio (Z 1) y por lo tanto querría llenar la barriga antes del apocalipsis, salvo que uno sea muy rico, los clientes le considerarían una persona muy extraña. Pero traiga a colación algunas palabras de los escritos (esos bocados de voces despojados de ruido) de algún griego cuyos huesos estén ya bien mineralizados y en un santiamén tu estupidez rodará sobre ruedas. Tal es la popularidad de los proverbios: precio reducido, doctrinas anónimas, respaldo oportuno.

No veo cómo ayudar a Hube a entronizarse. Por muy hábil que sea en la prestidigitación conceptual, no puedo defender el robo de bancos como la actividad que introduzca una era de justicia infalible, amor ubicuo y gratificación copiosa.

El dinero es una suerte de disvalor falsificado; no un verdadero disvalor, aunque sea difícil señalar la diferencia. Es una lástima que no pueda comprar la felicidad, porque eso sería muy conveniente para todo el mundo. Los pobres podrían ahorrar.

)))????) i*?)>))

—Lo que me gusta de ti es que no me dices que me amas —dijo Jocelyne.

Menos mal que hago algo bien. Soy un genio, grande como Zaj en Zagreb. Cada vez que la veo pienso otra vez que es demasiado atractiva, inteligente, organizada y bien vestida para estar conmigo. Ella siempre viene adonde yo estoy, hace de mi casa su casa, una y otra vez, donde sea, cuando sea. Me aterra pensar lo acrobática que sería nuestra relación si la búsqueda tuviera que hacerse en dirección opuesta: un filósofo chapucero que trata de encontrar las llaves del coche, que trata de recordar dónde dejó el coche, que de nuevo trata de encontrar las llaves una vez que ha dado con el coche, que se queda sin gasolina, que dobla por la esquina equivocada, atormentado por las calles de dirección prohibida, que pierde las señas, que es incapaz de encontrar un lugar para aparcar.

—¿Estabas asustada cuando robamos el banco?

—No. Hay algo muy delicado en ti. Me recuerdas una manzana lastimada.

—¿Algún tipo de manzana lastimada en particular?

—Esas manzanas lastimadas que se quedan abandonadas en el suelo después de un día de mercado. Dulce, llena de bondad, pero golpeada y no querida, sin el aspecto que debería tener una manzana. No puedes ocultarlo. Tus excesos ponen los pelos de punta, pero no tus robos de banco.

Pedigri

¿Por qué esta degeneración? Mi padre fue heroico. Soportó un trabajo aburrido, un día sí y el otro también, en una compañía de seguros durante cuarenta años. Nunca se quejó, a pesar de que sabía perfectamente que gente más haragana, torpe e inepta ascendía por encima de él en su compañía, y gente más haragana, torpe e inepta fuera de su compañía ganaba el doble de lo que ganaba él con la mitad de esfuerzo. No se evadió con la bebida. Se quedó en un empleo de por vida, un empleo del que a mí me habrían despedido antes de una semana. Aunque una o dos veces cruzó por su cara la expresión pero-yo-hice-todo-lo-que-se-supone-que-debía.

Mi madre: la recuerdo quitándole el polvo a un sillón antes de llevarlo al basurero municipal. Yo ni siquiera tuve muchos sillones en Cambridge (estimula a los estudiantes a vagabundear por ahí sin hacer nada). Con respecto a los sillones que sí tengo, ciertamente no puedo recordar haberles quitado el polvo nunca (lo más lejos que llegué fue a comprarme un plumero). Meritorio como es llevarlos al vertedero, nunca tuve intención alguna de llevarlos ahí porque x) no sabía dónde quedaba y, y) de haber sabido dónde estaba situado, z) más que arrojar muebles me habría sentido tentado de llevármelos sentido.

Aquí estoy, pues, dos patrullas policiales me buscan, mis ropas esparcidas por todo el apartamento, mi toalla mojada hecha un ovillo sobre la mesa de la cocina, una uña incarnada

incarnándose porque a los cincuenta años de edad no tengo un cortaúñas competente, y una tremenda rencilla con mi socio a causa de las dos valoradas pistolas que él me confió: una en el suelo, al lado de mi cama, laqueada con miel (el resultado de una sesión de tostadas con miel a última hora de la noche), y la otra presumiblemente olvidada en los lavabos de unos grandes almacenes.

¿Soy la progenie de una civilización que agoniza o apenas un patán corriente y moliente?

Me pregunto si viviré lo bastante para que la uña de mi pie alcance a provocarme un dolor insufrible.

—¿Puedes adivinar cuál es la última idea de Hube?

Jo se rascó su pezón izquierdo (traigan a Zingg) como una indicación de que debía continuar.

—Quiere que hagamos un atraco con invitaciones. Le informamos al banco cuándo vamos a ir a robarlo y así le damos una oportunidad a la policía.

—Entonces ¿por qué no piensas una forma de hacerlo? Después de todo tú eres el filósofo.

No me esperaba eso. Fui a la nevera a buscar una bebida mientras me preguntaba si Jo interpretaría esto como buscar una bebida o como el primer paso en el camino de morir de un disparo.

Pensamiento non-sequiturus

Si este filósofo gordo se va al cañón, tiene la esperanza de taponarlo.

Y uno más

Cuanto más envejeces, más difícil es seguir engañándote.

Eso es todo

—Me conmueve que tengas tanta fe en mí como filósofo, pero nunca he pretendido ser bueno. Un caballo que no ganó ninguna carrera, bueno, que nunca corrió. Y además, sólo tengo experiencia en la historia de la filosofía;

más exactamente, la historia hasta el momento en que el emperador Justiniano cerró la Academia de Atenas en 529 con la excusa de que los filósofos provocaban más problemas de lo que se justificaba por su valor, junto con un surtido de charlatanes, impostores, geloscoperos, cartománticos, capnománticos, picantománticos, onirománticos, belománticos y catoptrománticos. Y sin duda estarían ahí también los necrománticos, los alfitománticos, los axino-mánticos, los tefrománticos, los ornitománticos, los alectriománticos, los quirománticos, los rabdománticos, los halománticos, los clerománticos y los haruspicios. Un estadio lleno de susurros y adivinación. La verdad es que fue raro que no lo previeran antes.

Zonaras sugiere que Justiniano lo hizo para ahorrarse los sueldos de los maestros. Los neoplatónicos escaparon a Persia para adular al rey Cosroes I, pero éste no se interesó en la compra. Tenemos, según lo generoso que uno se sienta, entre quinientos y mil años de conjuros y fetiches.

—La solución a mí me parece obvia —dijo Jo—. Lo robáis, pero no de la manera que ellos esperan. Navega por encima de sus presunciones. —Me sorprendía recibir un desnudo aliento como ése de una gerente adjunta desnuda.

—¿Alguna idea? —tenía curiosidad. Había una parte mía no sorprendida, pero no ocupaba mayor espacio en el paisaje de mi mente: a todos nos gusta que se piense bien de nosotros. Generalmente la satisfacción consiste en que un pequeño grupo de personas piense bien de uno. Hube era una de las notablemente escasas personas que pensaban bien de mí y, a pesar de que me sentía como un pomelo que se desplomara desde la Torre Eiffel camino del Grand Kersplat, quería tratar de retener su consideración.

—Tú tienes que estar ahí en espíritu, pero no en cuerpo y alma.

Entonces me explicó su idea.

Abrí la boca para emitir una exclamación, no un eureka ante su brillantez, sino una respuesta al contacto puntiagudo del cuchillo usado la noche anterior, que se había acomodado en mi cama, y sobre el que había dejado caer todo el peso de mi cuerpo.

)))»»??>?>??))>)

Gran fecha

El anuncio se hizo por ordenador, que envió nuestro comunicado por fax a diferentes diarios y, finalmente, a la jefatura central de policía de Toulon. Joseph-Arthur, el amigo de los disfraces, era un fanático de los ordenadores, así que él se encargó de todo. Hube se metió en la secretaría de un *lycée* local, y dejó allí el ordenador emitiendo las misivas, junto con cientos de ediciones de los sofistas para los estudiantes («arma a la juventud»): nuestra tarjeta de visita y autenticidad. Colocarlo sencillamente en el correo habría sido demasiado fácil. Hube dejó una polaroid de los dos sonriendo, con las copas de vino en alto. Nos pusimos para el retrato nuestras gafas oscuras y las togas, a pesar de lo cual Hube murmuró, sarcástico:

—No creo que distribuyan esta fotografía.

El mensaje: «Hasta las mejores cosas tocan a su fin. Un banco. Una fecha. Una banda. Informamos sobre nosotros mismos, con el propósito de hacerle las cosas más fáciles a la policía. Cuando el ocho encuentre al ocho, dentro de un mes, la Banda del Pensamiento cometerá su último atraco; no habrá ningún otro. Toda obstaculización de la policía será horadada. Se distribuirán autógrafos. Toulon. La plaza central. El banco. Aunque nos esperen todo el día, aunque se mantengan a distancia, de cualquier modo lo haremos».

Estábamos en una casa de campo: Hube entró para decirme que el aviso había salido, pero que no se podía quedar porque tenía que ir a construir una piscina.

Lo que muestra la semana acerca de quienes pronto han de ser los máximos ladrones de bancos

Lunes

Hube mira una película de una mujer bajo la ducha. Era muy... auténtica; la iluminación era pésima, pero la que se duchaba se tomaba todo el tiempo del mundo para ducharse. Resultó ser un vídeo casero.

—Es asombroso lo que se puede lograr con la fibra óptica, cualquier cosa que eso sea —dijo Hube. El vídeo era parte de la investigación que Hube había contratado por mediación de Joseph-Arthur a unos detectives privados; obviamente muy familiarizados con los amores no correspondidos. Los detectives, desde el punto de vista de Hube, habían hecho un trabajo minucioso, despojaron todos los elementos de misterio y hasta de ropajes. Interceptaron su correo, pusieron micrófonos en su teléfono, hablaron con sus vecinos, revisaron sus registros médicos, espionaron en su cuenta bancaria, metieron mano en su cubo de la basura (envases de cremas hidratantes, zucchini, etcétera) y lo pasaron todo a máquina para Hube, quien recorría metódicamente el paquete de documentos mientras miraba el vídeo.

Estábamos a tres semanas del robo y Hube no había preguntado ni una sola vez cómo íbamos a hacerlo.

—Este equipo es caro pero bueno. He necesitado toda la mañana para leer su informe. En la bolsa hay de todo; han encontrado cosas que son agradables —hizo un gesto hacia la pantalla— y cosas que no lo son.

—Y bien, ¿cuál es el balance?

—Vive en París. Es ella. O al menos estuvo en un hospicio durante seis meses. Lo que me decepciona un poco es a lo que se ha estado dedicando desde que dejó de hacer de modelo. Te va a dar un ataque de risa. Es la última cosa que uno esperaría. ¿Quieres adivinarlo?

—No es una filósofa, ¿verdad? —tuve visiones de su carrera incontenible, con su impresionante delantera empujándola hacia arriba en la clasificación mundial.

—No —sonrió él, aunque de estar en su lugar a mí no me habría resultado tan divertido—. Es una mujer policía.

Se puso de pie.

—Voy a echarle un vistazo a mi piscina.

Martes

El tiempo hacía tiempo.

Pensé y pensé, una consecuencia inevitable de estar despierto, pero nada perteneciente al género del robo de bancos cruzó el claustro de mis ideas. He gozado del privilegio durante los últimos años, lástima que al parecer no los haya usado para algo más o menos útil.

No he hecho mayores contribuciones al avance del negocio. He sido más bien acerbo con la profesión, pero hay que decir en mi defensa que la historia de la filosofía consiste en una serie de pendenciosos alojados en el cuarto del cerebro, una grotesca cadena de fauces clavadas en las piernas de sus predecesores, como pirañas enlazadas. Esta es una profesión donde se desenvainan los cuchillos con facilidad.

Yo sacaba de quicio a los estudiantes. Eran pocos los que podían seguir más de un semestre conmigo. Pocos tenían el empuje para ese largo y oscuro camino hacia Tennison Road, donde podrían encontrarse con que la tutoría la hacían dos estibadores australianos inconscientes que yo había emborrachado hasta perder la conciencia. Una jovencita llegó una vez por una dosis de Brentano, echó una mirada a la zorrilla embalsamada (nada que ver conmigo, era el único objeto que habían dejado los anteriores propietarios de mi casa), dijo «discúlpeme», salió, caminó hasta el final de la calle y dobló a la izquierda hacia la estación de ferrocarril y se volvió a Londres, abandonó su carrera universitaria y la filosofía, todo en menos de cuarenta segundos después de entrar en contacto conmigo. Mi éxito más sonado.

Pero seguían viniendo. El universo parecía generar estudiantes de filosofía más rápidamente de lo que yo podía aplastarlos de un golpe. Sin embargo comencé a sospechar que los Decanos de Estudios me enviaban los casos problemáticos: ¿tienes un vicioso, un fracasado, un idiota? Envíaselo a Féretro. Algo divertido sucedía siempre cuando los estudiantes iban a parar a Tennison Road y yo ponía los dobles de una Z en sus vidas.

La mejor manera de librarse de ellos consistía en obligarles a estudiar griego. Es posible que la desesperación por el valor intelectual de tus alumnos sea un rasgo indeleble de los pedagogos; no hay nada que a los jóvenes actuales los aterrorice más que la visión de un verbo irregular (aunque conviene aclarar que gran parte de ellos no podría identificar un verbo regular). La mayoría de los daneses de ocho años tiene una comprensión de la gramática mejor que los estudiantes universitarios avanzados con los que yo me topé. No saben nada; pueden hablar indefinidamente, pero no saben nada.

Wilbur contaba cómo sus maestros en la escuela hacían que los pupilos memorizaran interminables pasajes de poesía o prosa en griego, que luego traducían literalmente en la penumbra de los refugios antiaéreos, mientras los representantes de la nación que más grandes profesores de griego produjo los sobrevolaban tratando de arrojarles mil kilos de poderosos explosivos. «Aprender cualquier cosa está pasado de moda», me dijo Wilbur una vez. «Si yo me sentara aquí y me pusiera a cantar algún mantra tipo Hong Kong Dong para conseguir una nueva cortadora de césped o para purificar mi espíritu nadie movería un músculo de la cara. Si me pongo a recitar cincuenta líneas de Esquilo, pensarán que soy un excéntrico. El privilegio más grande es ser capaz de pensar, poder estudiar griego, las palabras de los dioses y de Dios. Es importante que la grandeza entre en tu mente.»

En algunos aspectos yo me tomé ese privilegio con seriedad. Me sentía tan mal vendiendo drogas a mis alumnos, por ejemplo, que siempre lo hacía a un alto precio para desalentar futuras compras.

Miércoles

Sin pandectas. Sin solución.

Me viene a la mente la batalla de Zutpen (1586). Pienso en los muchachos, extendiéndose, extendiéndose. Este ha sido siempre un círculo muy masculino, lo que no deja de ser extraño, pues el

Tónico Jónico había tenido notablemente pocas transacciones con el poder. Habían revoloteado en torno a los poderosos, habían tratado de provocar algún efecto destructor en las altas esferas mediante la adulación a los dirigentes. Platón, Plotino, Buridán, Leibniz, Dion, Heidegger, Descartes, Aristóteles, todos ellos complacieron el asiento trasero del gobierno. Hasta tal extremo que el perineo de un monarca bien podría señalarse como el lugar de reposo de la lengua de un filósofo.

Las mujeres, desde luego, tienen otras cosas mejores que hacer.

Consolado por el fracaso de mis predecesores para lograr cualquier cosa a despecho de la grandeza de sus ideas, me fui a la cama.

Me despertó el ruido de algo metálico que se sacudía, como el centrifugado de una lavadora. Alarmado, fui a la cocina y allí descubrí a Hube, desnudo hasta la cintura, aferrado a la mesa de la cocina y temblando convulsivamente. Me apoyé sobre él y después de un par de minutos las sacudidas cesaron.

—Está bien —dijo finalmente—. ¿Sabes?, con frecuencia siento que hay alguien en mi contra ahí arriba. No queda mucho de mí, y he tenido que trabajar duro para seguir adelante. He tenido que trabajar más duro que cualquier otro. No pienso abandonar ahora.

Aunque parezca irónico fui yo quien le pregunté si le estaba viendo un psiquiatra.

—Estoy viendo a un montón de médicos; ya sabes cómo me gusta hablar. En estos momentos puedo pagar un auditorio culto. Algunos de ellos podrían estar equivocados. La mayoría podría estar equivocada. Podrían estar equivocados todos menos uno. Pero no puedo creer que todos ellos estén equivocados. Es una desgracia pagar más y más dinero para escuchar peores y peores noticias.

Jueves

A la mañana siguiente Hube estaba demacrado.

Le preparé el desayuno y traté de que comiera con ganas. Masticó un croissant, lentamente.

—Voy a controlar como marcha la piscina, y luego me voy a París a ver a Patricia. Si me pasa algo, no te preocupes. Sigue adelante con el trabajo.

Piscina: Hube había averiguado el paradero de Monsieur Gaboriau, su director de hospicios menos simpático, y después de asegurarse de que había salido de vacaciones durante quince días, consiguió entrar en su casa y le construyó una piscina en el lugar donde estaban el salón y la cocina porque x) le costaría a Gaboriau una pequeña fortuna y un montón de problemas reconstruir su casa, y) ninguna compañía de seguros creería una denuncia del estilo de «me fui de vacaciones, volví a casa, abrí la puerta y me caí en una piscina» y z) Gaboriau era un hombre tan rutinario y aburrido que probablemente expiraría a causa del impacto.

—¿Qué vas a hacer en París? ¿Vas a seducirla?

—No, no puedo hablar con ella. Seguro que es muy buena en su trabajo, y no haría ninguna excepción, ella no.

Pero me gustaría estar cerca de ella, pasar un poco de tiempo en su barrio.

Viernes

Hice una introspección y afronté el problema. Seguía sin ideas. Mi bolsa de ideas tenía el aspecto del desierto de Zin.

Traté de fortificarme con ejemplos de mi vida en los que había superado obstáculos aparentemente insuperables, pero no se me ocurrió ninguno. Revisando mi vida, descubrí un solo problema que hubiera resuelto, y ése había sido un problema de mi propia creación, de modo que no estoy seguro de que valga.

Parish

Estábamos apostando sumas fuertes, como cada año, sobre cuál de los estudiantes de primer curso iba a fracasar o iba a suicidarse. Surgieron algunos nombres y entonces se mencionó a Parish.

—Sí, es raro —dijo Featherstone—, pero es el tipo de rareza que sale adelante, no la que se

vuelve contra sí misma. He oído que estuvo en un monasterio antes de venir aquí; todos los demás abandonaron la orden para alejarse de él.

Yo no estaba enterado de esto, pero en cierto modo y secretamente me agradó. Cuando elegí a Parish para la admisión en la facultad tuve el presentimiento de que traería problemas. Por qué ese año me responsabilizaron a mí de las admisiones es por supuesto un misterio. No, no un misterio; todos los años lo hacía Featherstone, convencido de su propia intuición. Sin embargo, justo antes de las entrevistas, sufrió una intoxicación en la comida y estaba en la unidad de cuidados intensivos, inconsciente e incapaz de objetar que yo me hiciera cargo, cosa que hice puesto que nadie más quería hacerlo.

De esta suerte admití a algunas muchachas batukolpianas, a Parish, a todos los que medían más de metro ochenta, y a todos cuyos apellidos empezaran con Z. Parish me había parecido odioso en la entrevista, pero no había tenido idea de lo acertada que había sido mi evaluación. Una mañana, cuando me dirigía a casa después de una juerga colosal, pasé por el río en el momento en que sacaban el bote de la facultad para salir a remar. Parish se subió al bote y al poco el resto del equipo se cayó al agua helada. No pude darme cuenta de cómo lo hizo.

La fama de Parish subió varios enteros. El decano, un hombre sin mayor interés por Dios, y eso se notaba, y que aborrecía estar en la misma habitación conmigo desde que yo le mencioné haber trabajado una vez en una fábrica de municiones como empleo de verano, se quedó mirando fijamente y murmuró algo así como «Daniel Edward Parish... todo de seis letras, seis, seis, seis». Quizá debimos haberle escuchado con mayor atención, porque terminó intentando matar a Parish con una escopeta, con lo cual logró decapitar un retrato de un obispo del siglo diecisiete. Nadie se preocupó demasiado, porque *a)* si había algo de lo que nuestra facultad andaba sobrada era de retratos de obispos del siglo diecisiete y *b)* nadie habría osado sugerir que la demencia pudiera ser un obstáculo en el mundo académico para un hombre de la profesión. Sedado hasta un punto que me dio envidia, el decano fue empaquetado y enviado a Tierra Santa durante un año sabático.

Montones de libros (Zypaeus, Joblot, Leeuwenhoek) habían salido de la biblioteca del collége y tomado el tren a Londres con una diligencia increíble para publicaciones del siglo dieciocho. Cosa inusual, un comerciante de Londres se dio cuenta de su proveniencia y Featherstone fue a investigar.

—Debe de ser Parish —concluyó—: el hombre lo describió como un joven con aspecto de estudiante y repugnante.

—Eso incluye a media facultad.

—No, no le estoy haciendo justicia al sujeto; no dijo repugnante, dijo re-pug-nan-te-ajj. —Pero, por más condenatorio que fuera ese testimonio, no pudo atraparse a Parish.

Luego vino la huelga del personal del collége, que, según se dijo, fue intelectualmente manipulada desde lejos por Parish, y acabó con el despido de la mayor parte de ellos.

—Nunca vi nada como él —dijo Featherstone, una noche en el salón de la Asociación de Catedráticos—. Nos dimos cuenta de que estábamos sitiados, que ninguno quería irse porque Parish aguardaba fuera en alguna parte.

Pero lo del el teniente coronel fue la gota que colmó el vaso.

Parish había invitado a su habitación a muchos de los numerosos vagabundos de Cambridge. Sospechábamos que no era por compasión, sino porque él sabía que esto reventaría a las autoridades, quienes de ningún modo querían que los titulados anduvieran por ahí lavando los vómitos y las juergas del collége. Técnicamente hablando, el hecho de que dirigiera una hostería para vagos estaba en contra de los reglamentos internos, pero nadie quería que lo atraparan en el acto de regañar a un estudiante por ofrecer alojamiento a un desamparado. Era significativo, sin embargo, que ninguno de los vagos se quedara más de una noche.

Vince, un personaje local, fue uno de los clientes de Parish y había pasado décadas dormitando en

la plaza del mercado, excesivamente apaciguado por la bebida, cuando no se dedicaba a denunciar a estudiantes y extranjeros, los dos grupos a los que más importunaba con su actitud de pedigüeño.

—¿Y yo, eh? ¿Y yo?

Probablemente él ganaba más que yo. Cuando murió, el diario local publicó una nota sobre él junto con una foto casi obscena, donde se explicaba que a pesar de haber luchado en la guerra como piloto de la RAF (causando estragos en las formaciones Zerstörer), había terminado siendo un vagabundo. En la facultad nadie le dio importancia alguna a su defunción, hasta que Parish apareció con un testamento perfectamente legalizado donde el apestoso le dejaba sus restos mortales a él, y nos hizo saber que se proponía embalsamar al ex teniente coronel; no existe una ley que se oponga específicamente a la taxidermia de los caballeros que uno encuentra por el camino.

Hay una gran dosis de libertad y tolerancia en la universidad, pero ningún collége quiere ser conocido como «ah sí, es el que tiene el vago embalsamado». Featherstone vino a verme.

—No pienses que te digo esto porque quiero que te vayas, porque todos aquí queremos que te vayas, Eddie. O se va Parish con su gnomo gigante, o te vas tú. Tú lo trajiste, tú lo sacas de aquí.

La esperanza de Featherstone era que un enorme paquete que me incluyera a mí, a Parish y al vagabundo fallecido se enviara por correo fuera de Cambridge.

En circunstancias normales, yo habría recibido un ultimátum como ése con sarcasmo y una áspera carcajada, pero esto sucedía en el momento en que las cosas empezaban a pintar bien de cara a la fundación, y yo no quería perder la oportunidad de ordeñarla. Hay alcohólicos que pueden vivir de manera barata y prescindir de la comida, que hallan los recursos mínimos para el jugo y nada más, pero no es mi caso. Me quedó claro que no importaba lo poco preparado que estaba yo para mi trabajo, estaba cien veces menos preparado para cualquier otra cosa. Parish y su mascota estaban situados entre yo y mis cajas de Chevalier-Montrachet o mi zoofagia de primera clase. Mala suerte.

Sin embargo, mientras me dirigía caminando hacia el cuarto de Parish, sentí una leve inquietud. Era inconcebible que alguien que en un momento de su vida había estado bajo el punto de mira de un helicóptero de guerra soviético se pusiera nervioso por un mocosito.

Meditación durante el trayecto

1. Su sobrenombre era Príncipe de las Tinieblas.
2. Cumpliría treinta y tres años en el milenio, una predilección muy popular entre los Anticristos.
3. Tenía una resistencia inhumana. Fuentes informadas habían establecido que podía andar regularmente tres días sin comer ni dormir. Se quedaba levantado toda la noche, y luego salía a correr por la mañana fresco como una lechuga.
4. Tenía éxito como director teatral. A diferencia de la mayoría de la gente que se dedica a dirigir teatro por intereses, por maltratar la literatura o por un trabajo cómodo después de la graduación, Parish había elegido este camino porque le permitía ser masivamente desagradable ante una innumerable cantidad de gente. Circulaban historias de sus penosos preparativos. Durante las pruebas de selección para la *Antígona* de Sófocles, Parish trajo una caja de ratas y dijo: «Que cada uno elija una y le arranque la cabeza de un mordisco». Hubo una carcajada general hasta que Parish descabezó una. Una vegetariana se desmayó. Otros audaces de la compañía objetaron que las ratas podrían morderlos a ellos. Parish contestó: «Si no eres el predador, eres la presa». Hubo una desbandada general. Pero eso sólo fue en su primer semestre.

El éxito es una mercancía muy apreciada en todas partes. Con el uso de amplios fondos (probablemente procedentes de la venta de los *Proceedings of the Royal Society* de 1764), Parish montó producción tras producción, y enseguida los tenía comiendo saltamontes vivos.

—¿Qué sentido tiene esto? —preguntó un actor mientras se quitaba un ala de entre los dientes.

—Mostrar que sois ganado.

Una de sus primeras actrices abandonó la universidad y su correspondencia familiar se redujo a tarjetas postales enviadas por terceros desde los lugares más distantes del mundo, Chile, las islas Salomón, Zululandia. Se negaba a

decirles dónde estaba porque sospechaba que si algún otro lo sabía, siempre existiría la posibilidad de que Parish lo descubriera. Se mudaba cada tres días: «Mi vida está dedicada a mantener la distancia máxima entre eso y yo».

Pero él sabía cómo ganar dinero. Hizo un montaje de *Hamlet* con un elenco de dos actores, un hombre y una mujer (una especie de proto-semi-gérardismo), ambos desnudos; un incomparable ahorro de vestuario y un éxito de taquilla sin igual. Una buena cantidad de público se fue en el descanso (yo sé que me fui), después de haberse permitido el más humano de los pasatiempos, el escrutinio genital del prójimo (pero el dinero no lo recogen en el aviso del segundo acto).

La habitación de Parish

La habitación de Parish era doble, pero por supuesto su compañero se había marchado a otra parte hacía mucho tiempo, y nadie había soñado con mudarse allí.

—Eddie, entra —dijo afablemente—. Estaba esperándote.

Fue y se sentó bajo una enorme carpa negra, no en la forma en que un estudiante con problemas saluda a quien lo va a echar a patadas. Me quedé con la boca abierta ante esa lona negra de unos quince metros cuadrados; era un negro que se metía dentro de la pared como el pozo de una mina.

—Estoy seguro de que te encanta. Lo hice yo mismo puesto que no hay límite para mis talentos. Lo llamo «El negro no es lo que parece».

No estaba muy seguro de cómo empezar, no había planeado exordio alguno. Para ser franco, había tenido la esperanza de que Parish dijera algo como: «Doctor Féretro, he pensado en dejar Cambridge y deshacerme del teniente coronel en un estilo coherente con las costumbres de fin de milenio de Inglaterra, sin provocar la menor molestia. ¿Le parece que es lo mejor que puedo hacer?».

—¿Cómo está el teniente coronel?

—En un lugar seguro. Es increíble lo que puede conseguirse a cambio de una botella de whisky.

Yo enuncié las objeciones de la facultad. Parish se hizo el sorprendido, pero señaló que en los reglamentos de la facultad nada se estipulaba en contra de poseer vagabundos muertos.

—De todos modos, tú tienes una zorrilla embalsamada.

Estos son los peligros de no mantener tu casa en orden.

Argumentos de peso reunidos por mí

1. Parish no tenía experiencia en embalsamar.
2. Son cosas que no se hacen, ¿verdad?
3. Las cajas de Chevalier-Montrachet (mencionarlo sería poco profesional).

Argumentos de peso reunidos por Parish

1. Ante mi primera andanada: la universidad debería ser una experiencia educacional.
2. El Museo Fitzwilliam tiene momias (que, a diferencia del teniente coronel, no estuvieron de acuerdo en ser exhibidas).
3. ¿Por qué tendrían que preservarse tan bien sólo a algunos horribles extranjeros?
4. Oferta de donar al teniente coronel momificado a la facultad, de modo que en un par de miles de años podamos vendérselo al Fitzwilliam.

—Me pregunto —dije—, me pregunto si aquí eres realmente feliz. ¿Es éste el mejor lugar para

ti?

—¿Feliz? ¿Infeliz? Eso no importa cuando uno tiene una tarea por delante —me ofreció un tazón con un estofado que había estado calentando, y yo lo comí por ser amable—, Vieja receta. Una vieja receta de familia.

Otra táctica:

—¿Sabes?, alguna gente cree que eres algo raro.

—¿Como el decano? Uno no puede ser el Anticristo y gustarle a todo el mundo. —Dijo esto de un modo ambiguo, de tal manera que en un tribunal tanto la defensa como el fiscal podrían usarlo indistintamente—. ¿Y qué tal estuvo Londres anoche?

—Bien —contesté, sin querer darle la satisfacción de preguntarle cómo sabía que había estado tomando zakuski en la embajada soviética.

—Vamos, Eddie, tú eres de los nuestros. —No sabía a qué se refería con esto, pero tuve la sensación de que estaba en lo cierto—. Creo que pronto podré ofrecerte un empleo. ¿Qué te parecería gobernar un par de países?

Rarísimo por partida doble.

Me fui, sintiendo que mis intentos indulgentes no daban resultado. Pero no existe entidad más peligrosa que un filósofo acorralado.

Eliminar a Parish

La opinión común era que Parish iba a aprobar por los pelos. Una lástima, porque si fracasaba en sus exámenes, dispondríamos de un motivo inobjetable para libramos de él. Podía montar alguna escena si se le expulsaba por algún argumento moral, pero si no entregaba algunos exámenes entonces sí que le llegaba la hora de envolver a su viejo vagabundo y hacer que sus pies entraran en calor con la partida. Parish era matemático, lo cual era alentador, porque con la ciencia existía la oportunidad de un fracaso. Con Inglés, lenguas modernas o Historia, uno no fracasa a menos que en la mitad del examen se olvide de leer y escribir. Fracaso en el examen = cajas de Chevalier-Montrachet.

Debo confesar que yo estaba alimentando cierto pánico. Había pasado la mayor parte de mi vida tratando de escapar a la influencia de los pantanos de Cambrige, pero ahora se levantaba la veda y me aparecía cierto vértigo. Por pura casualidad había encontrado trabajo como filósofo: eso era todo. Además de preparar té en un almacén en alguna parte no se me ocurría qué otra posibilidad tenía.

El saber puede ser inútil durante un periodo increíblemente largo de tiempo, luego de pronto puede volverse impagable y aportar el máximo beneficio a la humanidad. La ciencia abunda en teorías, observaciones y revelaciones que han hibernado durante décadas o siglos hasta que les llegó la gloria (álgebra booleana, sistema binario, manzanas que caen).

Así fue con Bev. Hacia muchos años que no la había visto, a pesar de que Cambridge no tiene las dimensiones suficientes para que tal cosa ocurra. Uno de los aspectos divertidos de vivir el tiempo suficiente es que tus compañeros del cuarto de al lado en tus días de estudiante terminan ocupando puestos importantes; como Bev, que ese año se ocupaba de los exámenes de Matemáticas.

Bev me saludó znuzidamente. A pesar de que no estaba en la copa del árbol matemático, era un buen ejemplo de lo que el trabajo meticuloso puede lograr. Su habitación, como de costumbre, se veía como si un enérgico equipo de limpieza hubiese dejado cada hoja de papel, cada libro y cada lápiz en el lugar adjudicado. Había una o dos fotos de mujeres desnudas (hechas por mujeres y en consecuencias por completo diferentes de las viles representaciones perpetradas por varones heterosexuales). Y si bien ella misma no era un comando altamente condecorado en las batallas del saber, proporcionaba el instrumental a la gente que estaba desmantelando el universo.

Mientras la miraba, me pregunté si el alcance y el avance de la ciencia podría continuar al paso furioso de los últimos cien años o si las limitaciones humanas lograrían ralentizarlo y qué tal escribir un libro sobre el asunto, pero entonces recordé que había venido a chantajearla, lo cual no era fácil a la

vista de que cada aspecto de su vida era un vivo reproche de la mía.

—¿Qué te trae por aquí, Eddie?

Miré fijamente mi zapato izquierdo y noté que la suela colgaba como la lengua de un perro; extremadamente reclinado en el sofá de Beverly, también percibí dos manchas en mi entrepierna que no podían ser otra cosa más que vestigios de orina indolente.

Sin embargo pedí a Beverly que preparara el examen de tal manera que Parish fracasara, insertando cuestiones enteras que no figuraran en el programa, y que advirtiera a los otros alumnos en el último momento. Los otros matemáticos del año escolar de Parish ya habían partido, de manera que se le podía aislar de los cambios. Uno de los pocos beneficios de ser el hombre duro de la filosofía es que nadie pierde tiempo sorprendiéndose por tu conducta.

—¿Qué es exactamente lo que has estado bebiendo, Eddie? Eso es algo demencial, inmoral, irresponsable y, sobre todas las cosas, imposible. El examen está preparado desde hace meses. Mañana me voy de vacaciones. Ha sido agradable volverte a ver, Eddie. Deberíamos almorzar juntos alguna vez.

Siempre me ha parecido curioso cómo la gente, encontrándose en una inequívoca disposición física y mental para salir a almorzar o tomar una copa, en vez de hacerlo se limitan a decir que deberían hacerlo.

Estaba seguro de que Beverly se negaría.

Parejas seriamente inapropiadas

A pesar de que nuestra amistad en los días de estudiantes duró sólo lo que duró nuestra proximidad, había logrado una confianza única. Por qué me había elegido a mí como confidente es algo que no alcanzo a comprender, puesto que en una clasificación mundial para confianzas, yo debo de figurar en un puesto de diez cifras.

Ella había tenido un romance con un jugador de rugby. Bastante malo. Un demonio cargado de whisky había manejado la rueda del timón.

—Más o menos en la mitad de la cosa me di cuenta de que no me interesaban los hombres, pero hubiera sido una grosería no dejarlo terminar.

Modas para picaros

Cien años atrás podía ser motivo de chantaje tener un hijo nacido fuera del matrimonio, pero hoy en día no es la ilegitimidad sino más bien x) tener un padre que se ha convertido en un ilustre miembro del Parlamento representando a un partido que es anatema para los círculos académicos, y) que éste sea famoso por negocios que escandalizan a la gente de los círculos académicos y z), para mayor diversión, tener un hijo, adoptado y no informado de su condición, que se involucra en un partido, más condenable aún, cuyos miembros se muestra muy afectos a apalear inmigrantes pequeños, frágiles y solitarios. Nada de esto había salido impreso claramente en letras de molde. No era nada con lo que uno no pudiera vivir, pero, en vista del protagonismo de Bev en ciertas campañas, no hacía ningún daño mantenerlo bajo una gruesa alfombra de ignorancia.

—Tengo que agradecerte —dije— que me hayas dado la oportunidad de comprobar qué se siente al chantajear a alguien.

—¿Qué se siente?

—Es algo extremadamente desagradable. —Pude ver cómo calculaba. Levantó el teléfono.

Estoy llamando a mi agente de viajes, Eddie. Adiós. Si esto vuelve a surgir otra vez, me será mucho más fácil matarte.

Salí de allí sintiendo que, posiblemente, había resuelto el problema; le sugerí a Featherstone que Parish se encaminaba hacia la salida.

Pero íntimamente me sentía agitado. Con Parish, uno siempre estaba inquieto. ¿Qué pasaría si tenía la potra de aprobar el examen? No podía dormir, a pesar de pensar en modeladores de cera tales

como Zeiller, Ziegler y Zumbo, y se me ocurrió que no me vendría mal alguna precaución extra.

Dos veces en la cabeza

Dos veces en la cabeza era, según Wilbur, el lema de Six, quien, estando en Viena, le había disparado a un operador estadounidense que lo venía siguiendo, creyendo que era un pez gordo del espionaje soviético, y lo dejó boqueando en una fuente.

—Por alguna razón los estadounidenses habían comenzado a sospechar de los graduados de Cambridge. Nosotros culpamos de eso a los rusos. Las guerras frías tienen sus beneficios complementarios.

Dos veces en la cabeza: decidí hacer otro intento con Parish. Comencé a seguirlo por todas partes con la esperanza de desenterrar alguna cosa que nos permitiera despedirlo. Me aburrió hasta la desesperación, y tuve problemas para no levantar sospechas porque se movía en la media docena de calles donde yo era un conocido filósofo.

Decidí dejar de buscarme problemas e informé a la policía de que había estupendas ilegalidades en forma de estupefacientes en su cuarto. Yo había estado padeciendo de un peligroso heautomorfismo; no tuve un solo momento en mi vida sin que rondara por mi cuarto una sentencia de ir a la cárcel, de manera que no podía imaginarme que no hubiera nada dudoso en los cuarteles de Parish. Pero la policía se fue contrariada.

Debí de haber hecho las cosas mejor. Antes de darle un dato a la policía, uno debe garantizar que hay algo sobre qué darles el dato. De ahí que tomara la *Anatomía de las plantas* de Grew (1682), que faltaba de la biblioteca de la facultad desde hacia varios meses, desde que yo comencé a usarlo como tope de la puerta —también había pensado en venderlo—, y recorrí el camino hasta el cuarto de Parish con un paquete de cosquilleo nasal.

Dos horas de vigilancia, hasta que lo vi salir. Entonces entré apresuradamente con mis bultos y abrí con una llave maestra. Miré a mi alrededor en el estudio y decidí que sería más convincente si los ocultaba en el dormitorio.

Parish estaba tendido en la cama.

—¿Qué tal, Eddie?

Perdí mi capacidad para respirar. Podía ser expuesto en una feria como el hombre completamente conmocionado. Yo sabía que a menudo era despistado y descuidado en mis asuntos, pero había sombreado ocularmente a Parish. Le había visto.

Miré la ventana abierta. Seguramente me siguió y se escabulló de vuelta para arrojarme su omnipotencia. Su serenidad era comparable a mi asombro.

—Te traje esto. Recuerdo que estabas fascinado por las obras botánicas del siglo diecisiete..., ¿o te confundo con otro alumno?

—Bien podrías confundirme. Voy a devolverlo a la biblioteca por ti. Está más que pasado de fecha. ¿Y eso que llevas encima es un paquete de cocaína de gran pureza?

—... Sí. He estado algo preocupado por ti. Sabes que me siento responsable por haberte traído a la facultad... Sé que puede parecer algo inapropiado, pero creo que deberías distenderte un poco.

Me retiré. Parish había despertado en mí una preocupación total, y eliminó de mi naturaleza toda cuestión regular como hambre, cansancio o ansias desesperadas de placer. Mis cigotos crujían de ansiedad.

El día del examen vi encantado que Parish salía abatido. Lo observé en un café, donde obligó a algunos actores a tumbarse en el suelo, pero no había dudas de que estaba destemplado. Anduve tras él aquí y allá en un coche con las ventanillas de cristales ahumados que me había prestado Zak. Varios ciclistas estuvieron a punto de perecer bajo mis ruedas, pero mantuve a Parish en mi área de visión mientras caminaba echando humo hacia Grantchester.

Estaba oscureciendo. No se me ocurría qué podía andar buscando Parish en el campo, pero

apostarí a que sería algo verdaderamente dañino. Todos hacemos pis en el fregadero de la cocina (si bien es más difícil para unos que para otros). Desapareció detrás de algunas malezas, y después de un rato, lo seguí a pie.

Donde logro salvar el mundo

Convencido de que lo había perdido, lo encontré porque tropecé con él, o más bien porque tropecé con cuatro piernas desnudas, las cuales tras una inspección parecían pertenecer todas a Parish. Parish estaba desnudo y estaba en pleno acto de enclavar a... Parish. O, si ustedes prefieren, Parish enclavaba a Parish. Se había duplicado a sí mismo. Mi alarma y mi sorpresa se superaban, se superaban una a la otra.

Ahí estaba él, en pelotas, en tándem, y, para hacer una metáfora política, con la polla en posición de *sieg beil*. Dos pares de esos ojos terribles fijos en mí. Mi sistema cardiovascular tenía un montón de trabajo.

—Te dije que esto iba a pasar.

—Te dije que esto iba a pasar.

Hablaban de manera simultánea, de manera idéntica.

—¿Tú me lo dijiste?

—¿Tú me lo dijiste?

—Lo del aire libre fue idea tuya.

—Lo del aire libre fue idea tuya.

Se me hizo evidente que lo que presenciaba no era fisión sino incesto. Parish tenía un gemelo, y obviamente, los Parish preferían a los Parish.

—Gemelos —dije, revelando mi descubrimiento.

—Te ha costado bastante tiempo, Eddie, y lo único que has hecho ha sido tropezar con la cosa. Esta es mi única debilidad, me gusta mirar las estrellas. Lo que van a ser mis dominios. ¿Seguro que no es disgusto lo que veo?

No lo era. Mi cara se había paralizado; mis recipientes de asombro estaban vacíos, cero, y tenía yo bastante dificultad para alimentar con esta escena mi credulidad.

—Poca gente tiene la oportunidad de hacerse el amor a sí misma. Soy tan bueno que me hicieron dos veces. —Un Parish acarició al otro. Aun con todas las virtudes de la juventud, los Parish no eran una hermosa visión, y hablo como un veterano en espectáculos de sexo de Amsterdam, Beirut, Tokio.

—¿Por qué? —pregunté, consciente de la naturaleza molesta de mi pregunta. Y de la larga fila de los que previamente la habían usado.

—Porque la fe es un ladrón... —... que te roba la razón.

—Si creen que eres omnipotente. —... lo eres.

—Cuando te temen... —... te liberan.

—¿Para qué? —todavía no podía entender la ventaja de pretender ser una sola persona a menos que sea para dividir por dos las conferencias a las que uno tiene que asistir.

—El imperio esférico... —... el mundo está listo para un amo, nosotros.

—Los ejércitos pueden dar la vuelta... —... al mundo en un día.

—Otros imperios cayeron... —... a causa de fuerzas externas.

—Ahora no hay exterior... —... el mundo está listo.

—Un hombre no pudo... —... pero dos ven en ambas direcciones.

—Para regir tienes que levantarte temprano... —... nosotros nunca dormimos.

—Diez años para conquistar Inglaterra...-... diez años más para conquistar el mundo.

—Luego hacia las estrellas... —... luego hacia las estrellas.

Era una de esas situaciones en las que uno sólo piensa en algo inteligente que decir después, pero yo estaba demasiado desconcertado por estar en una pradera no con uno sino, contando, dos maníacos

itifálicos. Lancé mi mente hacia ideadores del pasado tales como Aristóteles o Cineas, quienes habían tratado de disuadir a otros tantos monarcas que tomaran tanta realidad como pudieran, de que redujeran las conquistas. Propuse una pregunta.

—Ya. Dominación mundial. ¿Y vosotros qué ganáis con eso?

—Una carcajada.

Entonces intercambiaron una mirada cuyo significado descubrí al instante: ya es hora de matarlo. Parish me agarró y, con la ventaja de la sorpresa y un juego extra de brazos, comenzó a estrangularme.

Yo veía grandes manchas negras y trataba de recordar cuánto tiempo le queda a uno cuando alguien está retorciendo su cuello y al mismo tiempo reflexionaba en lo trillado que sería lo de otro profesor de Cambridge estrangulado por muchachos desnudos.

Sin embargo, parece que Parish elegía habitualmente aquel campo, pues con la última y mínima parte de consciencia que me quedaba supe que la policía cruzaba la cerca en dirección a nosotros, supongo que apresurados por mis gorgoteos. Por lo visto había un granjero cansado de la gente que asolaba su sembrado. Esta fue la única vez en mi vida que recibí calurosamente a la policía en el acto de arrastrarme a la comisaría.

Me dieron una celda junto a uno de los Parish mientras se aclaraban los hechos. El susurraba enérgicamente a través de la puerta de hierro, a propósito de su infancia en Zimbabwe. Que no tenían más familia allí y que habían venido al Reino Unido como uno solo. La forma en que habían planeado luego su muerte y su resurrección matando a su hermano (quizá Jesús también tuvo un hermano...). Desde luego, es un truco tan antiguo como el negocio mismo. Pensé en el esclavo de Pitágoras, Zalmoxis, quien dio a entender que había logrado burlar la muerte a los ceporros de Tracia cuando en realidad se había escondido en una cámara secreta durante unos años, y luego volvió a la vida.

Pero los planes de Parish resultaron inútiles, porque yo había descubierto su duplicidad.

Viejo cerdo

Parish me susurró también que ese recocado que me dio en su habitación en realidad había sido vagabundo al curry. Me había comido un muslo del teniente coronel. Fibroso. Muy condimentado. No crean que se pierden demasiado.

Sábado

Hasta donde puedo darme cuenta, el sábado tiene la cantidad requerida de horas y segundos. Mientras miraba por la ventana, me resultó evidente que Toulon no había decidido dejar de existir, lo que habría resuelto mi problema.

Domingo

Hubert regresó de París por la noche, tarde. En sus ojos pude ver que había sucedido algo más que el simple viaje, que había acontecimientos en busca del escape bucal.

—¿Bien?

—Pasé la noche con ella —confirmó.

Más precisamente, había pasado la noche debajo de su cama para satisfacer su deseo de estar cerca de ella, de percibir su proximidad y «respirar su aliento». La había vigilado cuando salió a trabajar, y luego se metió en su apartamento para dormir debajo de ella. Permaneció inmóvil y silencioso durante las horas nocturnas, recibiendo sus movimientos, sus garganteos, sus pulmoneos. Cuando se infiltraron las luces de su más zébico amanecer, descubrió cuánto quería hablar con ella, así que una vez entró ella en el baño, él salió de casa y tocó el timbre. «Nos conocimos hace doce años, y lamento mucho molestarte, pero no puedo dejar de pensar en ti.»

Desayunaron juntos.

—¿Te recordaba?

—No.

—¿Sabía quién eres tú?

ellas. Y hay cosas de las que no hablas porque para hablar de ellas, primero tienes que pensar en ellas. Como Emile.

Seguimos en silencio a toda velocidad. Hube adelantó un autobús con el pedal del acelerador apretado a fondo. Pasamos zumbando junto a los perfiles de los pasajeros.

Cuando iba hacia la estación de Cambridge, el autobús pasó rugiendo a mi lado y detecté un perfil, como una moneda que se movía a gran velocidad: Zoé, cabizbaja, el aspecto pensativo, quizás hurgando dentro de su bolso de mano. Tal vez estaba considerando un último cepillado. Corrí los ochocientos metros que faltaban hasta la estación del autobús, para reclamar unos pocos minutos más con ella.

Reflexión acerca de los grandes momentos adelanta-autobuses

¿Por qué, pudiendo elegir entre tantas horas de claustro, se quedó fijada esa cabeza veloz?

El partido de fútbol 1.2

No muy lejos de Niza, aparcamos junto a un estadio pequeño, la clase de cosa que producen las grandes ciudades con aspiraciones.

Dos sujetos a los que se pagaba para que fueran agresivos impidieron nuestro avance por el tramo de terreno descampado que alrededor del estadio servía como aparcamiento. No parecía molestarles el hecho de que nosotros lleváramos un gran objeto de metal accionado por trescientos caballos de fuerza, y ellos no.

—¿Sí? —dijo uno.

—Venimos al partido de beneficencia —dijo Hube.

Yo no estaba preocupado, porque cuando ya estás involucrado en la clase de peculiaridad que tienen los filósofos cuando se ponen a robar bancos, no te alteras mucho por estas pequeñas rarezas. Comenzaba a hacerme a la idea de que esto no iba a ser la reunión de cuatro amigos pateando un balón.

Aparcamos y Hube empezó a estrechar manos a varias personas, de un modo poco amistoso y duro (para algunos simulaba tomarse el trabajo, para otro no), todas vestidas con ropa cara y de mal gusto. También advertí que había un par de individuos con gafas oscuras y rifles de mira telescópica en el tejado del estadio.

Una camioneta entró en el aparcamiento con gran traqueteo. Era una de las camionetas que usa la policía para trasladar prisioneros. No tenía marca alguna y estaba destartalada. Después de detenerse descargó una docena de hombres musculosos, de aspecto patibulario y pelo corto, sin gafas oscuras, probablemente porque a ellos el sol no los miraría a la cara. Todos vestían el mismo atuendo barato de faena y me recordaron poderosamente a los zigos que en la escuela solían pegarme en la boca.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté.

—La policía —dijo Hubert de un modo que sugería una clara esperanza de que lo que había dicho no sonara demasiado como lo que había dicho.

—La policía —repetí con cuidado.

El asintió, pero muy levemente, como si esperara que yo no me diera demasiada cuenta, sin deseos de volver a emitir la palabra para que de ese modo no se agregara al conjunto acumulativo de evidencias de que era la policía.

—La policía..., ¿tipo la gente encargada de buscarnos a nosotros? —reiteré, sólo para comprobar cómo minimizaría Hube tal afirmación.

Hube no lo interpretó como una pregunta, así que no respondió.

—¿Crees que no se molestarán en arrestarnos?

En este punto Hube retornó a la conversación.

—Estoy seguro. No en el día del partido.

El partido. Según Hube todo había comenzado años atrás, cuando un jefe de policía se había

horrorizado al descubrir que un gran traficante se mudaba al apartamento vecino. «He arrestado a ese cabrón media docena de veces ¡y ahora está viviendo en el apartamento de al lado, con una terraza más grande que la mía! ¿Qué significa esto?».

De cómo exactamente aquello dio lugar a un campeonato anual de policías contra ladrones, Hube fue remiso en explicarlo, pero surgió de una disputa en el parque entre dos padres, dos hijos y dos balones de fútbol. Se arregló un partido con la policía, que se jugó con oficiales, y ganaron. Los perdedores, descontentos, pidieron una revancha con un árbitro del Ambiente, y lo ganaron ellos. Y así sucesivamente.

Mientras nos reuníamos cerca de la esquina, nos enteramos de que al bando del Ambiente le esperaba un desastre en rica salsa de catástrofe. Su primer once (sobre el que tenían grandes esperanzas, puesto que el conjunto incluía tres profesionales convictos de asesinato), que se entrenaba para el partido (junto con los suboficiales), había quedado atrapado en una colisión múltiple. Los estaban retirando del desastre para enviarlos al hospital; entre todos ellos no juntaban suficientes huesos enteros para poner en el campo un solo jugador.

Consultas apresuradas. Voluntarios de entre el público se desvestían hasta alcanzar la apariencia futbolera. Consiguieron poner otros once en la cancha, pero no hacían las cosas bien. Había un par de jugadores avezados que podían controlar la pelota y correr lo suficiente, pero su virtuosismo quedaba siempre recortado por la policía, que les quitaba continuamente el esférico y salía corriendo. El Ambiente no jugaba como un equipo, mientras que uno tenía la impresión de que los de la policía habían estado durmiendo en la misma cama durante los últimos cinco años.

Sin embargo, y a pesar de que el partido se jugaba principalmente en el área del Ambiente, la policía no podía hacer saltar la red. La pelota pegaba en los postes de la portería, les pasaba rozando, rat-tat-teaba en el travesaño, rodaba a lo largo de la línea, era atrapada, pateada o devuelta por el puño del portero, pero la policía no podía marcar.

Era bastante divertido. En gran medida el Ambiente contaba con la ayuda del portero, cuya envergadura hacía por él buena parte del trabajo. Un metro noventa y cinco de altura, y casi el mismo ancho. Su enfoque preventivo consistía en identificar tanto a los que estaban en posición de marcar un gol como a aquellos que podían llegar a esa posición, y a continuación en pegarles muy fuerte por la zona de la cabeza, principalmente en la cara. Se pitaron penaltis a favor de la policía, pero erraban, y el estilo del portero los mantenía fuera del marcador.

Cuanto más erraban menos oportunidad tenían de meter goles, pero sin embargo la pelota sólo probó el área de la policía media docena de veces antes de regresar a su hábitat natural, cerca de la portería del Ambiente.

Los espectadores eran mucho más interesantes que el partido. Naturalmente, no proporciona ganancia alguna ir a un partido de fútbol, especialmente a un partido como éste, si uno no se sacude de encima sus peores instintos para enviar sus improperios tan lejos como puedan llegar. Era difícil darse cuenta de quién apoyaba a quién, puesto que las injurias fluían libremente, sin relación discernible con la acción de las botas. Hasta tal punto volaban los agravios con apoyo de gestos obscenos que los jugadores podían haberse creído que estaban en un campeonato de insultos.

Hube había desaparecido de esa manera tan preocupante suya, y reapareció para alcanzarme un pantalón y camiseta de futbolista.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Es todo falso —dijo Hube—. Sólo póntelo y siéntate un rato en el banquillo.

Yo no podía comprender para qué servía todo aquello. Tuve un no deslizándose de mi boca pero las negativas no se acomodaban al oído de Hube. Toqueteé un poco la camiseta. Tenía el emblema de Hermes, una referencia voluntaria o involuntaria al dios de las transacciones secretas, del robo, de los negocios.

Hora de un pensamiento

Se me ocurre que un ladrón con talento, lo mismo que un pensador con talento, tiene que saber qué cosas tienen valor y qué cosas pueden llevarse a cabo. Fin del pensamiento.

El partido de fútbol 1.3

Revelé a Hubert que ni siquiera había intentado darle una patada a un balón en cuarenta años aproximadamente. El insistió en que era puro espectáculo y nada más, una ocasión más para mostrar que el pensamiento estaba en su lugar (aunque en mi presencia le confirmó a alguien que yo me había ganado la vida como futbolista profesional). Como un zemi.

—Tenemos que estar ahí —dijo.

—Pero estamos aquí.

—Tenemos que estar en el banquillo —pronunció Hube—. Lo haría yo, pero es obvio para todos los aquí presentes que yo no puedo jugar.

—Es igualmente obvio que yo tampoco puedo. —A pesar de tener el doble de miembros de los que tenía Hube, apenas tenía una décima parte de su vitalidad y energía; en un campeonato habría apostado por él contra cualquier futbolista profesional. Yo no había alcanzado una velocidad autopropulsada de más de cinco kilómetros por hora durante diez años; la última vez que caminé con rapidez para alcanzar un autobús caí enfermo.

Sacar corchos es mi forma de ejercicio más vigorosa, puesto que incluso mi entretenimiento tubular lo practico al estilo de una ballena varada en la playa.

Por qué Hube, que me conocía lo suficiente como para saber que yo había hecho algunos de los viajes en taxi más cortos de la historia del planeta, pensó actuar así era algo que mi comprensión se negaba a aceptar.

Me cambié y me senté en el banquillo. Sólo quedaban unos minutos de partido con cero goles, un excelente resultado para el Ambiente.

Me senté y reflexioné cuán cerca estaba de hacer una de las últimas cosas del mundo que quería hacer. En medio de las obligaciones y tribulaciones de la edad adulta, creía yo, había una cantidad de recompensas, y una de ellas era no ser forzado a caer en una extensión de barro lleno de magulladuras y con una clara predisposición a ser remachado por los tacos de las botas.

Mientras estaba allí sentado, uno de los del equipo se acercó renqueando al banquillo; indicaba que su pierna no funcionaba todo lo bien que debiera. Un joven quejica que resultó un fiasco.

—Muy bien, tú, el inglés gordo —dijo el entrenador, con un giro de su pulgar—. Haz lo tuyo. —Yo señalé a los otros dos rufianes que estaban en el banco, y la falta de calzado futbolístico apropiado por mi parte. El director volvió a hacer el gesto como si mis objeciones no fueran un genuino deseo de negarme sino un deseo de que se me implorara un poco más. Vi que Hube me estaba mirando, con desesperación. Si él me lo hubiera pedido me habría negado, pero como él no lo pidió, no pude negarme.

Con un encogimiento de hombros caminé hacia la cancha, tratando de actuar como si supiera lo que hacía, y como si caminara lentamente no porque estuviera decrépito y en baja forma (una especie de anti-goleador), sino porque estaba tan metido en el juego que no necesitaba correr.

Me consolé con el pensamiento de que por jugar al fútbol unos pocos minutos no era probable que causara más

daño que en treinta años atentando contra el avance de la educación en Gran Bretaña.

Presté gran atención al balón (que saltaba cerca de la portería del Ambiente) porque quería asegurarme de que no llegara a ninguna parte cerca de mí. Me mantuve en el área de la policía para asegurarme de no meter un gol en contra. Hube me miraba con gran alivio. Esencialmente, lo que quiera que uno sea, hay siempre una pequeña camarilla que puede darte su aprobación. Consideré la

posibilidad de comentarle a Hube qué extraña era la multitud, pero de inmediato admití que si se reuniera un grupo de filósofos, sería muy improbable que en masa resultaran mayormente impresionantes.

En la última conferencia a la que asistí, un profesor de Oxford, que deberá quedar en el anonimato aunque sea fácilmente identificable, había amasado en perdigones las carradas de moco salidas de su nariz y los estuvo disparando de manera indiscriminada sobre el auditorio como un serbio que ataca Sarajevo. No fue una sublevación momentánea de sus dedos, sólo torpeza irremisible. Su esposa se había suicidado la semana anterior.

Si revisara los participantes de dicha conferencia, tomados en conjunto y comparados con los amigos de Hubert, era menos probable que te rompieran la mandíbula y te birlaran la billetera, pero esto se debía principalmente a que carecían de *a)* un buen gancho de derecha y *b)* cojones para hacerlo.

Close-up

Una gira de filósofos, dedicados a estudiarse detenidamente a sí mismos. El filósofo es, como Wilbur observó una vez, el que tiene la lengua fuera y la pierna flexionada, porque cada vez que entra un trasero en su territorio tiene que tomar una decisión, en una fracción de segundo, en el sentido de lamerlo o patearlo.

Integridad, diligencia, rectitud, todas esas cualidades, quizá, sólo pueden apreciarse a cierta distancia.

El ojo en la pelota

Tenía suerte en el sentido de que sólo quedaban por jugar unos pocos cientos de segundos, de otro modo me habría quedado limpio en el terreno de juego. A pesar de estar a una distancia de la pelota de dos tercios del campo, duros codos se hundieron en mi estómago, dentro de mis orejas, en mis costados. El árbitro no prestaba ninguna atención a los silbidos de los espectadores.

Mi presencia en la cancha era un gesto: un gesto muy rudo. Si la naturaleza del juego evitaba que los zarpos me arrestaran, no evitaba que me dieran una buena paliza ahora que había salido de mi escondite. Una cruel trompada en el riñón me puso a cuatro patas, y cuando caí sobre el césped y vi cómo se acercaban otros policías para tropezar accidental y violentamente conmigo, me pregunté cómo se vería mi fallecimiento al servicio de un equipo de fútbol compuesto por chorizos, traficantes, artistas de la estafa y ladrones a mano armada: únete a la banda.

Me di fuerzas a mí mismo y comencé a correr. La acción se desarrollaba al otro lado del terreno de juego pero es posible que yo distrajera a la policía puesto que, en medio de un griterío de euforia, un delantero del Ambiente de pronto escapó con la pelota. Vi que el árbitro controlaba su reloj.

Para mi horror, me di cuenta de que la pelota venía en mi dirección. El delantero, que portaba ridículos pantalones cortos de un azul brillante, atravesó los desafíos de la policía como si éstos hubiesen sido contratados para hacerle quedar bien. De la manera más irritante chutó desde la mitad de la cancha. Yo no podía adivinar qué lateral sería el más seguro. Mientras miraba a mi alrededor en busca del trocito de campo que tuviera menos probabilidades de recibir la pelota, me volví para recibir un brutal golpe en la cara.

El suelo saltó sobre mí.

Y mientras permanecía tendido oí un aplauso frenético, que me resultó ligeramente cruel, e incluso me enojó: no entendía que el hecho de ser golpeado una vez más fuera divertido hasta tal punto. Pero el aplauso era por el gol de la victoria. Un gol de la victoria que, según iba a descubrir pronto, había marcado yo como resultado del pelotazo recibido en mi aparato de reír.

Hube me lo describió lleno de emoción: Brilloso había hecho un intento desesperado de gol, un disparo que, según Hube, iba a pasar volando por el ángulo izquierdo del área, pero la intervención de mi cara le había dado a la pelota un extraño giro que arteramente logró el gol.

Hubo otros treinta segundos de juego desordenado, pero eso fue todo. Uno a cero. No me importaba demasiado. La sangre manaba a gotas de mi nariz, y ni siquiera las violentas palmadas en la espalda que me daban mis compañeros de equipo y la emoción que se licuaba en los ojos de Hube lograban conjurar en mí las poderosas sensaciones de malestar.

La policía protestaba. A nadie le gusta perder, incluso frente a un buen equipo, pero perder frente a un equipo cuyo hombre peligroso es un filósofo de geriátrico y el ladrón de bancos que más quieres arrestar, es un duro trago.

Pero el problema era el señor Brilloso. Se veía por sus piernas que corría un montón y que se tenía a sí mismo en alta estima. Afirmó que su disparo estuvo bien dirigido; me reprochaba mi ontológica presencia en los alrededores de la portería y el hecho de maniobrar maliciosamente mi ampulosa presencia para escamotearle la gloria.

Dado que mi negocio radica principalmente en el uso preciso del lenguaje y se enorgullece de una rápida y meticulosa transmisión de la información, siempre quedo per-piejo ante la gente que no comprende lo que está diciendo, que parece quedarse estancada en un lugar raro de cierta frase.

—Me has robado mi gol —Brilloso repetía una y otra vez. Era raro porque x) no era verdad, jy) y si lo fuera, ¿qué podía hacer yo al respecto?, z) ¿chasquear los dedos y llevármelos a todos cinco minutos antes? La univalencia de su pensamiento era extravagante.

Yo habría creído que haber proporcionado el pase ganador sería algo bastante bueno, pero una de las cosas que surgen del estudio más superficial de la historia del mundo es que el buen sentido tiene pocos votos. Hube trató de ser afable durante los primeros cinco «me robaste mi gol», pero Brilloso siguió provocándolo con sus imprecaciones. Lo que no pude comprender fue por qué, en lugar de andar cargando con el sonsonete de que le había escamoteado su gol, no le pidió simplemente a Hube que le pegara bien fuerte, porque después de un rato, Hube sospechó que era eso lo que quería.

—Estoy seguro de que podríamos arreglar esto pacíficamente —dijo Hube, mientras daba un paso atrás y le arreaba una patada a Brilloso con tremendo impulso. (En un momento el pie de Hube estaba bajo la entepierna de él, al momento siguiente ayudaba a elevar la ingle de Brilloso varios centímetros por encima de su altitud regular.)— Pero ¿para qué tomarse la molestia?

Brilloso se vino abajo sin planes evidentes de volver a levantarse, abrumado por la refutación silogística de Hube. Salvo unos pocos mamíferos pequeños y una cantidad de invertebrados, yo creí haberlo visto todo. Sin embargo, ante la instigación de Hube, todo el mundo se metió en la cosa. Aunque Hube había dirigido su provisión de dolor a un miembro del propio equipo, fue como en una cena formal donde todo el mundo espera que el anfitrión levante el primer cubierto. Cesó el cese de las hostilidades. La hostilidad se convirtió en hostilidades.

Hube salió de entre los apelonamientos con la perfecta invulnerabilidad de los verdaderamente imprudentes, sin avergonzarse en absoluto por partir de forma tan abrupta. En una pelea de bar uno tiene una razonable oportunidad de planear algo, pero cuando cientos de puños están en busca de cientos de mandíbulas, la cosa queda fuera de mi computación. Camino del coche recolecté algunos nuevos parches violáceos para mis rasgos lesionados. Cuando Hube arrancaba, me permití cierto sarcasmo, dado que me había ganado el derecho a ello:

—¿Es suficiente para un día? ¿O ahora vamos a incendiar algo para redondear?

Hube fue lo suficientemente sabio como para limitar su respuesta a seguir conduciendo.

—Va a haber algunos arrestos —reflexioné.

—No pueden arrestar a nadie. Es un trato. Y nosotros tenemos rehenes, ya verás —el gesto despreocupado con el que Hube cambió de marcha fue demasiado para mí.

Sin peluca. No conservo el pelo 1.1

—Es suficiente —proclamé—. Soy un jodido filósofo, ¿comprendes? No muy afortunado que digamos, pero un filósofo al fin. —Era demasiado para mí; la tensión de un partido de fútbol de

primera clase había acabado con mis fuerzas—. Esta cosa no filosófica tiene que parar. No más fútbol. Basta de robar bancos.

Lo malo de perder los estribos es que raramente produce otro efecto que no sea el de ponerte en ridículo. Me pongo (me dicen) de un color raro, vuelan mis fosas nasales y mi voz se vuelve como la de un personaje de dibujos animados. Hube no se sentía afectado, lo que me provocó mayores arranques de furia.

Pero reaccionó bien, sólo conducía; sabía mejor que yo que, cuando uno no va a ninguna parte, no tiene ninguna otra parte adonde ir. Si en ese momento yo hubiese recibido una llamada telefónica en la que me ofrecieran en alguna parte un puesto inmediato o para dentro de poco tiempo habría partido.

La aguja

No fuimos a casa y yo agoté mi enojo. Me removía en mi asiento taciturno cuando Hube detuvo el coche y me dirigió sus primeras palabras desde mi explosión.

—Esto valdrá la pena. ¿Me he equivocado alguna vez?

Cada vez me sentía más cerca de mi infancia. Hube se escondió detrás de una esquina y me hizo tocar el timbre de un pequeño apartamento.

—¿Y después qué tengo que hacer?, ¿salir corriendo?

—No, sólo habla un poco de inglés y consigue que salga cualquiera que te responda.

—Buenas tardes —le dije al individuo cicatrizado que abrió la puerta—, ¿Habla inglés? —Caracortada me miró perplejo, como habría hecho cualquiera ante el espectáculo de un sujeto herido vestido de futbolista que aparece en la puerta de su casa.

—¿No? En ese caso debo decirle que mi postillón fue atacado recientemente por rayos mortales desde Saturno y mis carnes no pueden tener una Feliz Navidad. Y si usted sale un poco para este lado, tengo un conocido que va a hacer algo en su perjuicio.

A regañadientes Caracortada me siguió fuera hasta el coche mientras protestaba que no comprendía qué era lo que estaba sucediendo, hasta que apareció Hube detrás de él y le puso un revólver en un lugar incómodo.

Dentro de la casa encontramos a otro zigo bastante palurdo y al corso, aparentemente refugiado allí gracias al buen comportamiento de la policía.

—Manténgase calmado —dijo Hube—, creo que todos saben que nada me gusta más que apretar un gatillo. Sólo queríamos darnos una vuelta por aquí y ver si están listos para la semana que viene.

Si yo estaba de un humor de perros, el corso me dejaba atrás. Sus palabras tenían dificultad para salir a través del odio en estado sólido.

—Por favor, los esperamos. Estamos ansiosos de que llegue el momento para matarlos.

—Muy bien —dijo Hube—. Temía que se hubiera olvidado. Nos vamos entonces. —Mientras los esposábamos a los radiadores, Caracortada comentó:

—Sabes, Hubert, Régis tiene mucho interés en verte. Es acerca de Thierry. —Hube no dijo nada, lo cual fue un gesto perfectamente revelador.

En el coche, exploré.

—Bien, ¿quién es Régis?

—Uno. —Y, previendo que no me contentaría con esta respuesta, continuó—: Un pez gordo que gana mucho dinero en negocios de los que no hablan los periódicos.

—¿Y el tal Thierry?

—Su sobrino.

—¿Y por qué quería hablarte de él?

—Estuvo en Les Baumettes conmigo. Lo encontraron muerto el día en que a mí me liberaron. —Me pregunté si tendría que interrogarlo, pero él sabía que el zeteo estaba en marcha. Después de un momento continuó—: Yo ya estaba juntando mis cosas para salir. Pasé por una de las despensas que

están al lado de la cocina, donde trabajaba Thierry. Debió de sentirse seguro porque yo estaba saliendo, o porque era el sobrino de Régis. «Has estado mucho tiempo dentro, ¿verdad?», dijo. «Sí», respondí yo. «Y todo porque robaron el coche en el que debías escapar, ¿eh?», dijo él. «Cuando te lo robé no tenía idea de que sería tan divertido.» El y yo nos conocíamos desde el penal de menores. Ese día en Montpellier esperó a que yo entrara en el banco para largarse con mi coche.

—¿Y cómo murió?

—Estábamos los dos solos, no había nadie alrededor y yo vi en su cara el destino ideal para la mayor de las trompadas. No pude resistir la oportunidad. Sin embargo fue la caída lo que lo mató. Deberían arrestar a la gravedad.

El golpe supremo

Cosa rara, yo no sólo estaba listo a tiempo, estaba listo temprano. Muy temprano. Yo, el hombre cuya foto de carnet podría figurar como apéndice a la definición de retraso en un diccionario ilustrado, el hombre a quien nada le gusta más que quedarse en la cama contemplando láminas del siglo quince tales como Zainer, Zanis y Zarotis. Pero no había señales de Hube.

Tuve tiempo de admirarme muchas veces frente al espejo, estudiando el uniforme de policía que Hubert me había conseguido. El uniforme me quedaba como... como un uniforme que queda realmente bien. Tenía un aspecto bastante bueno, un confiable gendarme de pueblo (uno recientemente apaleado) demasiado jovial para ser ascendido. Los uniformes habían sido idea de Hube. No eran esenciales para la ejecución del robo, pero eran divertidos, y podrían hacer más fáciles los movimientos en un entorno en el que una de cada tres personas sería un zarpo.

Estaba nervioso. Avanzaba cuesta abajo por el malecón de los nervios hacia las islas del pánico puro, porque ya habíamos consumido una asignación de suerte propia de millones de individuos. Pedaleé la bicicleta del miedo más y más rápido a medida que Hubert no hubertía.

Mi papel en el programa del día consistía en esperar que Hubert me recogiera para luego ir juntos a buscar el dinero. El motor de Hube había corrido fuerte esa mañana: «Somos artistas, artistas de la excitación, nuestro trabajo sólo puede sentirse en la sangre, va derecho al corazón».

Luego, tal como habíamos acordado, Hube había salido a secuestrar y aterrorizar a la vieja. Sin embargo, no regresó tal como habíamos acordado. El se concedió una hora para ser malo y para contemplar las condiciones del tráfico. Las diez era la hora a la que debíamos haber salido para el banco. A las diez y cinco yo estaba excesivamente inquieto: a las diez y cuarto rebotaba por la habitación como una bala saltarina.

Empecé a preguntarme si no me estaría equivocando en algo. Reviví nuestra conversación varias veces. Todo estaba claro, no había nada que pudiera malinterpretarse. Yo tenía que esperar, Hubert tenía que regresar.

A las diez y media yo me había duchado dos veces, pero aún sudaba. Algo fallaba. ¿Habían atrapado a Hube? ¿Estaría esperando que yo entrara como un soldado y lo liberara? Sería mejor para él que me entregara directamente y declarara que yo había planeado todo el asunto y obligado a Hube a seguirme.

No sabía qué hacer. No sabía cuáles eran los procedimientos normales que se siguen cuando tu socio no se presenta para el atraco más grande de todos los tiempos.

¿Lo habrían apresado? ¿Estaría camino de vuelta a Les Baumettes? Encendí la radio para oír las noticias. Ni una salchicha. Como una zarigüeya me deslicé hacia la esquina a un teléfono público y llamé al banco. Adopté un acento ridículo y pregunté por Madame Juillet.

—Tiene la línea ocupada —fue la respuesta.

¿Mentían? ¿O estaba ella allí como debía estar? Me sentía aplastado por las preguntas y las dudas. Como buen borracho que era, y no un hombre de acción, estaba paralizado. Volví a nuestra base con la esperanza de que Hube se hubiera materializado. No lo hizo. Se había retrasado más de una

hora.

Dejé una nota y salí para el depósito de la vieja dama.

Mi participación en los preparativos había consistido en ignorar la idea de Jocelyne.

El método Féretro

Haz que otro haga tu trabajo.

Sin embargo, tuve la suerte de que Hube, que se había encargado de toda la logística, me hubiese llevado consigo al apartamento elegido como contenedor de abuelas, así que por lo menos yo conocía el lugar teórico. No sabía qué otra cosa podía hacer. Difícilmente podría haber llamado a la policía para denunciar la desaparición de Hubert.

Entré en el apartamento con las llaves que se me habían confiado y que contra todo pronóstico no había perdido. Abrí la puerta del dormitorio y encontré a la vieja muchacha zapeando con la consola de juegos que le habíamos proporcionado.

—¿Tú eres otro secuestrador o un policía verdadero? —preguntó, sin distraer su atención del juego.

—Un secuestrador.

—¿Para qué te has molestado en disfrazarte de policía?

—Parece que a la gente le gusta. No quiero molestarla, veo que está ocupada, pero ¿tiene idea de dónde podría estar mi colega?

—¿Te refieres a ese zorro flaquito que me trajo hasta aquí? Es bastante meticuloso, parece de un equipo de primera división. No sé dónde está..., no me dijo nada salvo que iba a volver más tarde.

Yo estaba abatido. Aplastado y golpeado. Me senté para aliviar mi consciencia duramente presionada del esfuerzo de estar de pie.

El videojuego hacía bip, bup, pfat, zaag.

—Pero puedes preguntarme cuándo lo vi por última vez. Fue bastante interesante.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Fuera. Te digo que me encerró de una manera muy cortés. Este es un barrio bonito, y yo estaba mirando un poco los alrededores por la ventana cuando lo vi salir del edificio. Tres tipos que habían estado merodeando por aquí saltaron sobre él y lo metieron hecho un ovillo dentro de una camioneta. Tenían toda la pinta de estar secuestrándolo, lo cual parece desafortunado para un secuestrador. Dígame, mi hija no está detrás de esto, ¿verdad?

—No —dije, con toda la convicción que pude; Cécile no estaba detrás de eso, pero tampoco estaba delante. Decidí que daba lo mismo preguntarle si había anotado el número de la matrícula, aunque no sabía qué haría en el caso de que lo hubiera tomado. Yo podía parecer un policía, pero no lo era.

—No anoté el número. Pero era una camioneta de una empresa de aceitunas. Eso decía en grandes letras a los lados. De Niza. No confío para nada en la gente de Niza. No creo que sea muy bueno lo que le espera a su colega. —Ella, por suerte, pertenecía a una generación que dirigía su animosidad hacia la gente que estaba a cien kilómetros de distancia; no habían importado todavía suficientes extranjeros para asignarles tal función.

Entonces tuve una corazonada. En el partido de fútbol, en el aparcamiento, había visto una camioneta que tenía pintado en un lado «Aceitunas Atenea». Había reparado en eso porque si bien las aceitunas, lo mismo que el vino, se consiguen en todas partes, las aceitunas gloriosas, lo mismo que el vino otra vez, son difíciles de encontrar, y la dirección que se daba en la camioneta era en la misma calle donde había ido a parar la joven del mástil. (Yo la había seguido hasta allí apesadumbrado, sin la suficiente madurez para saber cuándo una unión ya no tiene futuro; ella pasó el fin de semana jugando fuerte en los tejados con tres directores de cine, mientras yo les preparaba café y unos refrescos.)

Aceitunas

Tenía noticias de muchos del Ambiente a quienes les habría gustado pasar una hora tranquila pateando la cabeza de Hubert, de modo que ¿por qué no iba a haber algunos más de los que yo no tuviera noticias?

—No estarás pensando en cortejar a mi hija, ¿verdad? —preguntó ella.

—No.

—Bien. Tú pareces un tipo decente. —Cuando yo me levantaba para irme, agregó—: Y si no quieres que mi memoria funcione demasiado bien cuando le dé tu descripción a la policía, me gustaría tomar mi sopa a las cinco. La de espárragos es mi favorita.

—Lo siento. Voy a tener que encerrarla otra vez.

—Como quieras —comentó ella, mientras los ruidos internacionales del éxito zangoloteaban desde la pantalla. Resolví llamar por teléfono a Jocelyne para asegurarme de que la vieja dama estuviera a buen recaudo si las cosas se ponían feas. No tenía más alternativa que ir a buscar a Hubert.

Primer piso

En el primer piso me di de bruces con un hombre mayor.

—Excelente —dijo, mientras me aferraba—. Justo el hombre que necesito.

Ciertamente yo no quería entrar en su residencia, pero el tipo sabía cómo aferrar un brazo. Me arrastró al baño de su casa. Imaginaba encontrar algo horrible, algo digno de zopilotes, pero lo que se me ofreció fue un aseo bien aseado, con todo el aspecto de estar esperando visitas.

—Ahora —dijo mi conductor—, quiero que mire cuidadosamente este lavabo. No se apure, échele un buen vistazo.

Yo examiné el baño. Era completamente ordinario, de un verde suave, un ejemplar que agradecía más o menos medio millón de hogares. No tenía valor ni por su antigüedad ni por su modernidad extravagante; era un lavabo sobre el que conversarías sólo si te obligaban a ello.

—He traído a un asesor independiente —gritó mi anfitrión hacia el cuarto contiguo—, un oficial de la ley. ¿Es suficiente para ti? —Volvió su discurso hacia mí—: Mi mujer..., ella cree que me castiga si no me habla. Entonces, ¿qué me dice del lavabo?

—Es... verde.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Hay alguna otra cosa que le gustaría comentar?

—No me viene nada a la mente.

—Bien. Ahora ¿con cuál de los siguientes adjetivos se sentiría usted más cómodo si tuviera que utilizarlo a propósito de este lavabo: limpio o sucio?

Examiné el lavabo ocularmente una vez más; no había insectos muertos, ni zigzags de pasta dentífrica, ni montículos de espuma, ni suciedad remanente, ni pelos, ni uñas que lo acercaran a los dominios de la inmundicia. Indudablemente, comparado con cualquier lavabo que hubiera estado bajo mi jurisdicción, resplandecía.

—Limpio —dije, pero en un tono ligero, de modo que si no era la respuesta correcta pudiera yo retirarla.

—¡Limpio! ¡Ajá! Un veredicto profesional. Oficial. Un juicio desinteresado. Está limpio —salió disparado hacia la habitación de al lado para transmitir cara a cara la noticia. Yo me escabullí hacia la salida; sentía que mi utilidad llegaba a su fin, mientras su mujer, después de abandonar su mutismo, le devolvía un amplio: «Hombres. No sé para qué nos molestamos en poneros un nombre, todos sois intercambiablemente estúpidos. Sólo te pido que hagas una cosa. Una sola cosa. Que limpies el lavabo de la manera apropiada».

Cuando llegaba a la escalera oí:

—Entonces ¿por qué ha dicho que estaba limpio? ¿Es una conspiración masculina internacional? Siempre eres así.

—¿Así que ahora te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No. No me arrepiento de haberme casado contigo. De lo que me arrepiento es de no haberme divorciado de inmediato.

Planta baja

Comenzaba otra vez a poner realmente en marcha mi preocupación cuando me tropecé con un hombre que llevaba un cuchillo de trinchar, que de haber estado en un ángulo ligeramente diferente me habría marcado una Z en la cara. El hombre echó una maldición. Así son las cosas, pensé. Featherstone y los otros se van a reír hasta reventar cuando se enteren de que yo, el fraude, el delincuente en serie, fui acuchillado a muerte porque alguien me confundió con un policía.

Comenzaba a sentir una enorme simpatía por la profesión.

—Ha sido rápido —dijo el hombre. Estaba bien vestido para alguien que merodeaba con un cuchillo de trinchar. Traje formal y corbata.

—¿Rápido?

—Sí, he llamado hace un minuto. Está ahí dentro. —Se dirigió a su piso. Me planteé la posibilidad de zafarme, pero el hombre tenía un aire obseso, más un cuchillo de trinchar.

Entré en el lugar y, en medio de cierto desorden, había un *skinhead* completamente atado a una silla con una extensión de cable, tan contento como uno esperaría encontrar a alguien en esas circunstancias.

—Volví de mi trabajo y lo encontré sirviéndose —reveló el portador del cuchillo—. Rompió una ventana para entrar.

—Bueno, si ha llamado usted a la policía —dije de un modo que implicaba que yo no era parte del magnífico cuerpo—, debe de haber una unidad en camino. Yo estoy fuera de servicio —dije, tratando de no correr hacia la puerta.

—¡Ah, entonces usted quiere dejarlo aquí!, ¿verdad?

—Si una unidad está en camino...

—Esto es maravilloso. Yo ya he estado haciendo el trabajo por usted, y ahora a usted no se le puede molestar para que lo acabe. No, no. A mí se me hace tarde para una reunión, y no voy a tener a esta porquería ni un minuto más en mi casa. Lo único que les preocupa es ese pedicuro sueco que anda por ahí robando bancos a salto de mata.

—Es un filósofo inglés —interpuse.

—No diga tonterías. Es un pedicuro sueco. Lo oí esta mañana por la radio. Tengo que irme. Así que hágase cargo de este zoquete y espere a sus amigos. Más tarde haré una declaración. —Me entregó su tarjeta. Supongo que si uno anda por ahí simulando ser un policía, realmente no puede quejarse si la gente lo toma por eso. Decidí que la aceptación era más fácil.

Metí al *skinhead* dentro del coche y lo conduje hasta doblar la esquina.

—Mira —le dije, mientras detenía el coche—. Obviamente has hecho algo muy tonto esta mañana. Pero por lo que veo eres básicamente una persona de bien. Yo no debería hacer esto, pero si me prometes que no volverás a hacerlo, puedes irte de aquí.

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad? —replicó el *skinhead*—. Te gustaría que saliera del coche, ¿eh? ¿Crees que soy estúpido? Yo salgo del coche, y tú sacas la pistola. ¡Pam! ¡Pam! Resistencia al arresto. Puedes llevarme a la comisaría. Los policías sois todos iguales.

Traté de persuadirlo, pero no había forma. Llegué a vaciar mi revólver y arrojé las balas a un lado, pero no cambió de parecer. Discutí un poco, pero tenía otras cosas por las que preocuparme.

Así que me dirigí a Niza con mi prisionero, que esporádicamente decía:

—No sé qué te propones, pero estás tratando con alguien que tiene contactos.

Antes de irrumpir en un almacén de aceitunas

Aparqué a veinte metros de distancia de la calle de las «Aceitunas Atenea». Había una oficina pero ningún signo de actividad.

Metródoro el epicúreo lo señaló claramente. ¿Importa realmente si un hombre no sabe quién fue Héctor? No, no importa. No es más rico, su polla no es más fornida, su cena no es más sabrosa. Aun en los clásicos se discute en contra de los clásicos (aunque yo creo que la vida sin Homero es una lástima. Puede aceptarse que uno no se preocupe demasiado por él, pero debería pasear su mente por allí al menos una vez).

Todo dedicado. Un conocimiento de los infinitivos y aoristos, los números de Kiels-Kranz y los escritos latinos de Descartes, todo eso es útil si uno quiere enseñar la historia de la filosofía, pero su aplicación es limitada cuando han secuestrado a tu amigo y un grupo de bellacos asombrosamente violentos lo tiene en su poder. Pasando por alto las veces en que estuve a punto de ahogarme en lagos pequeños, no tenía ganas de que me disparara nadie que no conociera al menos dos de las paradojas de Zenón.

Inspeccioné el revólver desmielado para verificar por tercera vez que las balas seguían en su sitio. Después de todo, uno no le implora a una nuez o a un cerrojo. Uno consigue la llave.

—Puedes quedarte aquí sentado todo el día —dijo el *skinhead*—. Yo tengo buenos contactos, ya verás.

Aceitunas

Laureles de los héroes. Atenea logró que se le pusiera su nombre a una ciudad del Atica gracias a su generosa provisión de aceitunas. Tales, nuestro convocador y empleador número uno, ganó grandes sumas de dinero gracias a las aceitunas, porque tenía el monopolio de las prensas de aceite.

¿Sería mi muerte una distracción momentánea, como una llamada telefónica inoportuna o una carta con la dirección equivocada?

Tenía miedo. Y no era sólo por mí, tenía miedo de decepcionar a Hubert; estaba en el más aterrador de los estados: la responsabilidad. De pronto, desde estar acostado en mi cama de Cambridge dedicado a componer zuihitsus sobre láminas del siglo quince como las de Zel, Zileto y Zwolle, hasta supervisar a los granujientos, y ocuparme de la casa, me parecían actividades maravillosas. Habría hecho cualquier cosa (incluso irrumpir en un almacén de aceitunas) con tal de no tener que irrumpir en un almacén de aceitunas.

Me quedé mirando el edificio, a la espera de que sucediera algo que me sirviera de guía. Algo como que saliera alguien y dijera: «Eddie, tenemos veinte preguntas sobre los jonios; si las respondes bien te damos a Hubert».

Severidad de la verdad

Verdad: no siempre es lo que nos gustaría que fuera. La esperanza falsa, no debe olvidarse nunca, aún es esperanza. La esperanza es el resorte que nos levanta.

Traté de pensar en una acción inteligente, sin éxito. Llevaba media hora en el coche, dedicado a observar esos fenómenos que Platón y sus muchachos habían recomendado, pero el único fenómeno que observé fue el frente corriente, la calle secuestrada. Dentro del coche empezaba a verme y sentirme estúpido. Dentro del coche: si a Hubert le hubiese servido para algo, me quedaría allí el resto de mi vida.

Pero más que la posibilidad de que me dispararan, lo que me preocupaba era que se rieran de mí, o el error. ¿Qué pasaría si yo entraba a buscar a Hubert y ellos me dijeran «¿Quién?» con ignorancia o disimulo?

Como no podía pensar en nada inteligente, me conformé con algo estúpido.

Y aquí llega ese momento de tu vida en que tienes que bajar del coche que contiene a un delincuente del que no te puedes deshacer, vistes un estruendosamente ridículo uniforme, entras a la fuerza en un emporio de aceitunas en un intento de rescatar a un ladrón armado de un solo brazo y te matan de un disparo.

Longevidad

Lo gracioso de esto es que, por genealogía, a mí me corresponde una larga vida. Mis padres y abuelos fueron todos afectos a la vida, con buenos hígados (hasta cierto punto). Quizá fuera mi resistencia hereditaria lo que se ha reído de los pronósticos de los médicos. Ciertamente mis dos abuelos tuvieron una duración inusual (como Zemaituka).

Tenían muchas cosas en común. Ambos fueron soldados, ambos robustos, ambos tuvieron fe en la desapegada táctica militar de rendirse al enemigo lo más rápidamente posible, y sabotear así su avance marcial mediante el procedimiento de convertirse en una carga.

Mi abuelo materno capituló en 1941 en Singapur. Terminó construyendo una vía de ferrocarril en la selva y perdió el peso de un cuerpo entero. Volvió tan delgado que mi abuela dudó de que fuera él mismo (y sólo lo aceptó porque ningún otro se habría tomado el trabajo de hacerse pasar por él).

Gracias a su condición de héroe de guerra se convirtió en alcalde, pero después de un par de meses, durante una reunión del Consejo dedicada al otorgamiento de licencias, se puso de pie: «Me parece oír a alguien que me llama desde fuera. No se vayan, sólo voy a ver». Debió de haber tenido un oído espectacular puesto que terminó en Florencia (se llevó consigo la insignia de servicio) dedicado a jugar al ziginette, comer zabaglione y ganar dinero como guía turístico, a pesar de que nunca llegó a comprarse una guía de la ciudad o algo parecido. «¿Para qué encaramarse por encima de los hechos?» Recuperó su corpulencia y usó el nombre de Churchill, sin dejar de insinuar a los turistas estadounidenses que era un pariente no muy lejano.

—Ellos son felices de tener una buena historia que contar y yo soy feliz de poder ganar peso justificadamente. —Ganó lo suficiente para poder tomar grapa hasta morir.

La abuela fue tras él e intentó arrastrarlo de vuelta. Volvió sola.

—¿Acaso estaría mejor encerrado en una institución? Muchas mujeres perdieron a sus maridos en la guerra. No puedo decir que a mí me haya ido tan mal. El está ausente, pero al menos sé dónde puedo encontrarlo.

Fue mi madre.

—Sabes que estarás mejor sin mí —le dijo—. Yo estoy muerto. Muerto y ocupado. Cuídate a ti misma.

Si a mi abuelo materno nunca lo conocí, mi abuelo paterno vivió con nosotros. Había sido un militar de carrera que debía retirarse en septiembre de 1939, pero cayó prisionero en las primeras horas del primer encuentro que se produjo en Francia entre las tropas inglesas y alemanas.

Era virtualmente bilingüe. Había pasado mucho tiempo en Austria y en Zug como parte del equipo de bobsleigh del Ejército (el deporte ideal para los pesos pesados) y hablaba un alemán fluido ya antes de su reclusión de cinco años como prisionero de guerra.

De vez en cuando se tambaleaba un poco, pero en lugar de marcharse a Florencia se llevaba una silla a su habitación y decía: «Voy a divertirme unos cinco minutos». Esto sucedía cada dieciocho meses, más o menos. Cerraba su puerta y destrozaba la silla, luego limpiaba todo meticulosamente, pasaba la aspiradora para recoger los fragmentos, y luego salía a comprar una silla de segunda mano que aguardaba turno para la destrucción.

Uno siempre podía (como mi primo) hacerle estallar si dejaba comida en su plato: una corteza de pan, una cáscara, una sola col de bruselas o un único ziti eran suficientes. La comida abandonada lo hacía retorcerse como una toalla mojada que se escurre. Su manía por los platos relucientes no era el único vestigio de su encarcelación: se había convertido en un nativo y absorbió una disciplina prusiana muñante.

Celoso coleccionista de ediciones de Schiller y Holderlin (antiguos y nuevos), los incineraba en su chimenea durante el invierno. Su pensión era modesta, pero adquiriría los Schillers y los Hólderlins donde pudiera (aunque alguna vez me insinuó que robaba ejemplares de bibliotecas y de las librerías

más caras). Schiller y Hölderlin eran las únicas obras disponibles en la biblioteca del Stalag.

Cuando yo tenía más o menos diez años y comenzaba a desarrollar los rudimentos de la razón, le pregunté:

—Pero no fue culpa de Schiller o de Hölderlin, ¿no?

—Sí, fue culpa de ellos —opinó él mientras arrojaba otro Schiller a las llamas—. Yo no soy un hombre rico, pero tengo que cumplir con la parte que me toca. —No lo amilanaba el hecho de ser un viejo soldado con una ridícula pensión en Macclesfield, y que esos dos celebrados poetas le llevaran una ventaja de cientos de años—. Eddie, nunca temas un trabajo sólo porque es grande. Sé que tengo todas las probabilidades en mi contra, pero uno siempre debe hacer lo que cree correcto.

Su razonamiento era que el mundo se dirigía hacia una cosecha de cosechadores y que reducir los Schillers y los Hölderlins podría reducir sus oportunidades de supervivencia. Igualmente, en previsión de un planeta arrasado, enterró las obras de Shakespeare en lugares extraños, metidas en cajas blindadas de plomo. No importa lo que pasara, su máxima era que otra vez nos dirigiéramos a un vis a vis con los alemanes.

—Muéstreme la carta donde yo les pedí que invadieran a sus vecinos. No fui yo quien recomendó una visita a Sarajevo al archiduque Fernando.

Daba clases de conversación en alemán a cambio de calderilla, y durante un tiempo fue cónsul honorario de la República Federal Alemana en el Noroeste.

Historia: Primera guerra mundial

«Estás un buen día sudando tinta con los ablativos absolutos, cuando alguien entra en la clase y te dice que debes guardar tus libros y marcharte a un país extranjero a que te maten.»

Prepárense, prepárense

Mi abuelo estaba sumamente ansioso por inculcarme lo que de arbitrario tiene la vida en este mundo. Eran lecciones de ningún modo tan regocijantes como la instrucción alemana. El ejemplo más estrafalario: iba a meterme en la cama y me encontraba un cocodrilo vivo bajo las sábanas (uno muy joven, la verdad), lo cual no suponía mayor problema para mí puesto que yo quería conservarlo.

El incidente más chocante: me arrancó de la cama en plena noche, me llevó a empujones hasta la puerta de la calle, me arrojó un balde de agua fría y, con el mandato de «sobrevive», dio un portazo y me dejó fuera. Era diciembre. Sin embargo, antes de que tuviera la oportunidad de actuar, apareció mi padre. Después de aquello la influencia pedagógica de mi abuelo disminuyó grandemente, aunque hubo un intento posterior un día cuando tomábamos un tren a Escocia: me deslizó media corona en la estación de ferrocarril de Carlisle y me dijo que me apeara para ir a buscarle un café. «Hay mucho tiempo hasta que salga el tren.» Así fue como me quedé varado en la estación de Carlisle a mis nueve años de fenómenos adquiridos. Fue mi primera visita a una comisaría de policía. Fueron muy amables conmigo.

Ideas del abuelo

La religión le hacía reír. Cada vez que veía a un sacerdote se reía a carcajadas. Las trincheras le habían extirpado toda posibilidad de respeto por lo divino. La religión era un vestido de lujo. «Inconsciencia de primera clase, ¿eh?», decía en tonos incivilizados a cualquier clérigo que tuviera la mala fortuna de deambular cerca de él. «Tiene que seguir trabajando para esa inconsciencia de primera clase, ¿eh? ¿Qué, acaso no se puede pasar la eternidad en segunda, o en tercera?» Su otro ataque favorito al clero era éste: «Tengo la sensación incontenible de que soy el hijo de Dios. ¿Podría ser tan amable de aclararme si es que estoy participando de la divinidad o simplemente estoy chiflado?».

Tenía un inmenso respeto por las ideas: «Las ideas son lo que permite a miles de jóvenes saludables trepar fuera de las trincheras como un vasto centípedo».

Mis padres fueron notablemente poco notables. Quizás el exceso de excentricidad en la generación previa los hiciera tan impermeables a la aberración como el Zechstein. Mi padre fue hombre de una sola anécdota. Su anécdota de guerra. Estaba trabajando en el equipo de tierra de una base cuando recibieron la alarma de un ataque aéreo.

Ventajas de la grasa

Mi padre recibió la nomenclatura y simpatía que alguien de constitución obesa podía esperar en las fuerzas armadas. Cuando sonó la sirena, todo el mundo apresuró el paso hacia el refugio antiaéreo, y a mi padre lo dejaron atrás con bromas tales como «guárdanos un poco de metralla, cerdito». Todos sus camaradas estaban a salvo en el refugio, a la espera de que mi padre llegara resollando, cuando una bomba de cien kilos estalló justo en ese lugar. Los parientes recibieron bolsas de arena.

Atribución de culpas

Mi abuelo me enseñó alemán hasta un nivel avanzado. Dado que mis padres no podían formar entre los dos una sola frase en alemán, él, para estimular mis conocimientos del idioma, me consiguió no sólo un Zitatenschatz sino también algunos volúmenes eróticos, con lo cual consideraba con toda razón que la erudición podría ganarse dando un rodeo por mis genitales. Leí a todos los hombres de letras alemanes salvo a Schiller y Hölderlin. A éstos me prohibió que los tocara. «¿Qué sucedería si acabas en un campo alemán de prisioneros de guerra? No querrás correr ese riesgo.»

Un abuelo ataca a Alemania

Todos los años se pasaba dos semanas de vacaciones en Alemania. Salvo a las grandes ciudades, nunca volvía dos veces al mismo lugar, porque invariablemente dejaba poderosos recuerdos en todas partes. Tomaba el ferry a Hannover, donde patrocinaba una tienda de animales domésticos que tenía provisiones especiales para él.

Había importado su propio equipo (cucarachas y ratas muertas, apropiadamente empaquetadas) hasta que un día un oficial de Aduanas revisó su maleta y quedó estupefacto ante la introducción indocumentada de semejantes alimañas.

Mi abuelo plantaba las criaturas extintas alrededor de hoteles, restaurantes, salas de espera de médicos, hospitales y oficinas públicas, con lo cual creaba caos, horror y muy a menudo unos gastos desorbitados.

Su arsenal

1. Crueldad hacia los camareros: ordenaba un bistec, y luego pretendía haber elegido el zarbo.

2. Su profesión como falsificador dentro del campo en tiempos de guerra la empleó para hacerse socio de innumerables bibliotecas y así limpiar sus fondos de Shiller y Hölderlin. También falsificó cartas, como si fueran de políticos o dignatarios locales, y las envió a los diarios ingleses con proclamas de rearme y una perspicaz anticipación de lo que se avecinaba.

3. «Te tomo bajo mi protección porque tienes un rostro honesto...» El caos que sembraba a su paso era sobresaliente (de hecho tenía un año entero para elaborar esquemas). Conseguía que pueblos enteros se pasaran su tiempo cavando pozos en el campo para buscar tesoros que según él habían sido enterrados allí durante la guerra. Lo que consideraba su mejor obra: dos ex pilotos de un Zepelin, apresados en el subsuelo de un hospital nuevo en Bremen preparados con martillos neumáticos, en busca de soberanos de oro escondidos en ese lugar, creían ellos, por la inteligencia británica.

4. No existía broma demasiado pequeña. No pagaba en los hoteles; dejaba bajo el entarimado o en los rieles de las cortinas de su habitación cosas que pudieran pudrirse con gran efecto, tales como langostinos o filetes de bacalao. Llamaba a los bomberos. Cambió el cableado del mecanismo de control de los semáforos. Concertaba entregas de cubas llenas de cemento para gente que no tenía interés alguno en el cemento (tales como el departamento de teología de la universidad de Gotinga: el conductor esgrimió una orden firmada por el profesor).

5. Le encantaba hacer gala de sus subjuntivos imperfectos y simular que no hablaba una palabra de alemán. Su conclusión: «La única gran desventaja de hablar alemán es que, a la larga, uno sólo puede hablarlo con alemanes».

Su *vendetta* era la auto-financiación. Una de sus rutinas superiores era reunir fondos de antiguos SS (la primera organización pan-europea) para sacar a Hess de la cárcel de Spandau, o juntar dinero para la gasolina de Hitler, quien daba vueltas a la tierra en un platillo volante. «Si esto es lo que la gente quiere oír, lo oírás no importa lo malo que sea tu acento o tu relato.»

Mi padre dejaba al alcance de mi abuelo folletos sobre planes de vacaciones. Un año, mi abuelo contrató de hecho unas vacaciones en España y durante los tres meses anteriores dejó que mi padre flotara contento por la casa porque *a)* no tenía que preocuparse de que a mi abuelo lo metieran en chirona y *b)* había logrado cambiarle sus rutinas. Esta euforia se borró cuando mi abuelo volvió, bronceado, con una maleta llena de dinero que le había estafado a un sujeto de la SS en Madrid.

Con las ganancias se compró un coche (un Zephyr, el más comentado del momento) y me permitió aprender a conducirlo, pero no presentarme al examen. «Un inglés no necesita un pedazo de papel para certificar su sentido de la cortesía y consideración hacia los otros: somos automovilistas natos.»

Me encontré de pronto llevándolo por todo el país como chófer, mientras revisaba la nación en busca de oscuras librerías que pudieran contener algún S y H, de modo que pudieran ser sshhilienciados por mi abuelo. Quería que la lápida de su tumba rezara: «¿S? ¿H? ¿Quién?».

Más o menos para esta época mi madre comenzó a tener visibles esperanzas de que lo metieran en la cárcel o de que algún asesino enviado por bávaros defraudados diera con su paradero. La irritaba muchísimo que sus cortinas tuviesen treinta años de antigüedad y que en la puerta hubiera aparcado un coche que valía la mitad de la casa.

Mi abuelo, a propósito de que la justicia le exigiera cuentas: «Acabas descubriendo que es difícil imaginar que alguien pueda seguirme el rastro hasta Macclesfield. Es un lugar que no existe para el mundo exterior. Del mismo modo que para mucha gente de aquí, el mundo exterior no tiene existencia alguna».

En camino hacia un almacén de aceitunas 1.1

Cerré la puerta del coche y crucé la calle, que parecía haberse inflamado hasta adquirir dimensiones casi infranqueables.

Cantidades preocupantes de mi vida están aparcadas en doble fila, triple fila en mi consciencia.

Lo que no voy a escribir

Llovían las la entrada de originalísima do...» Las eché necrológicas a medida que me aproximaba a las aceitunas. «El estaba a punto de hacer una aportación sobre la filosofía jónica cuan-a un lado. Si uno no ha zeteado lo suficiente para que se quiten el sombrero cuando ha llegado a los cincuenta años, está arando en el campo de lo olvidable. Tal como Featherstone una vez causticó, la única posibilidad que yo tenía de hacer algo original con los jonios sería imprimir con punzones sus fragmentos sobre el lomo de un hipopótamo. Decidí que, si sobrevivía a esto, alquilaría un hipopótamo y, una vez debidamente adornado, se lo enviaría a Featherstone.

Estaba a un paso de distancia. Comprobaba que dentro no había nadie. La maquinaria de la vida de oficina estaba a la vista, pero no había empleados. Probé la puerta. Cerrada. No había timbre. Golpeé durante un rato. Nadie trató de dispararme. Yo no sabía qué hacer.

La puerta era manifiestamente capaz de excluir a un ex filósofo con más calorías de las que estuviera en condiciones de manejar y me preguntaba si sería apropiado pasar a la fuerza con el coche por el frontón cuando, al inspeccionar a la vuelta de la esquina, descubrí un pasaje que llevaba a la parte trasera de la aceitunería, una escalera de hierro y una puerta abierta.

Saqué mi revólver para que tomara un poco de aire fresco; si estaba en el lugar equivocado, nadie iba a reírse de mí.

Me aventuré dentro sin dar más que un paso o dos a la vez, preparado para cualquier eventualidad. Avancé durante años por un corredor oscuro, hasta que oí voces. Delante de mí había una gran nave de almacén, con una cadena que pendía de una polea. Mientras me movía con un sigilo que podría parecer incompatible con un filósofo regordete, me incliné hacia adelante y miré hacia abajo por encima de la barandilla.

Hubert estaba debajo de mí. No seré yo quien se hunda bajo el peso de las alabanzas a su belleza, pero tenía un pésimo aspecto. Suspendido desnudo de la cadena por su brazo bueno, con coágulos de sangre por toda la cara y el pelo, era un horrible pavo expuesto en el escaparate de un extraño carnicero.

Debía de ser extremadamente doloroso, pero Hubert no parecía molesto. Amordazado, tenía una mirada atenta que auguraba cosas malas para sus captores si es que lograba des-suspenderse y armarse de su brazo y de su pierna. Tenía los ojos clavados en los dos zigos que tenía delante, de espaldas a mí, de modo que no nos enredamos ocularmente. Francamente, él estaba mucho más tranquilo que yo, y eso que yo podía usar la salida.

Felicitaciones

Había encontrado a Hube —un logro que empequeñecía el resto de mi vida—, un verdadero triunfo para alguien que tiene dificultades en encontrar el dentífrico en su cuarto de baño. Me retiré a la sombra para pensar qué hacer a continuación.

Ruido de más gente que llegaba. Esto era descorazonador pero me reconfortaba la certeza de que ya había alcanzado el nivel de una muerte honorable.

—Quitadle la mordaza —ordenó una voz—. Salut, Hubert.

—Salut, Erik —respondió Hube.

—Estamos realizando una investigación, Hube.

—¿Ahora eres un policía, Erik? —Hubert hablaba tan suavemente que apenas podía oírlo: ¿estaba debilitado por el dolor o bajaba su tono hasta el susurro para obligarles a que se acercaran y de ese modo pegarles un mordisco?

—Soy un ciudadano con gran espíritu cívico. Hay tantas cosas en las que podrías ayudarnos. Thierry. Dinero. Pero antes que nada, ¿es muy insoportable tu dolor?

—Dolor, ésa es mi especialidad —dijo Hube (o así sonó)—. Tú y estos imbéciles no habríais durado cinco minutos con una vida como la mía.

—Escucha —dijo Erik, con el murmullo monótono de un estadístico que hace una transformación en Z—. Sabemos que eres un honorario de perpetua, sabemos que eres duro. Pero te cargaste a Thierry, sabes dónde está tu dinero, incluso puedes llegar a saber dónde escondió su dinero Thierry. Vas a quedarte ahí colgado hasta que nos lo digas. ¿Por qué no terminamos con esto?

Levanté la cabeza para una breve toma visual. Erik, todo hay que decirlo, era la clase de persona que con gran frecuencia suele salir fotografiada junto a las fosas comunes: desagradable hasta desprender la pintura. No era el hombre de quien convenía estar cerca en un almacén de aceitunas.

A continuación

Estudié la cadena y me pregunté qué hacer. Ellos eran tres, y yo no podía imaginar hasta qué punto un intercambio balístico pudiera favorecerme. Lo que necesitaba era la asistencia de un doctor en violencia como Hube; sería de gran utilidad que él estuviera liberado. Me pregunté si al disparar a la cadena tendría alguna posibilidad de darle, y si le daba, si tendría alguna posibilidad de que se rompiera. Tenía la garantía de que si trataba de darle a la cadena fallaría. Por otro lado, si intentaba hacerme el vivo y no trataba de darle a la cadena, sin duda erraría a lo que estaba apuntando, sin que le diera necesariamente a la cadena.

Duro contra duros

—No quiero decepcionarte —dijo Hube—, pero tengo un brazo, una pierna, un ojo, soy hemofílico y me estoy muriendo de una enfermedad que está muy de moda. Para ser honesto, si quieres obtener algo de mí, te iría mejor si me invitaras a beber algo.

Esto no era cierto, el robo que deberíamos estar haciendo era tan caro a Hubert como ninguna otra cosa. Negárselo era la mayor tortura, pero Hube no iba a desendurecerse. Tenía que x) admirar la tranquilidad de Hube, y) hacer algo y z) hacerlo rápido.

Cómo librarte de situaciones realmente peliagudas

El secreto para escapar de predicamentos peligrosos o difíciles es simple: no te metas en ellos en primer lugar.

Habría aceptado varios siglos de clases a las nueve de la mañana con tal de ser desdepósito de aceitunado.

—Tengo que hacer algo —dije con suficiente volumen para alimentar mis oídos con esta idea. Seguí peloteando esto por las paredes de mi cráneo, que necesitaba batallología para batallar.

Escuchar un poco más a escondidas

—Dice aquí en el diario, Hubert, que deberías estar robando un banco. Pero a mí me parece que estás colgado de una cadena, a punto de que te corten las aceitunas con una tenaza cortacadenas.

—No te servirá para nada ser amable conmigo, Erik.

—La verdad es que los cortacadenas son un buen método para eliminar inhibiciones. Recuerdo a un tipo que, cuando le podé el zeb, saltó por la habitación como un tapón de champán. Pero tú puedes quedarte tranquilo, Hubert, estás entre amigos, no tienes que montar un espectáculo para nosotros. Régis está enojado contigo por cargarte a Thierry. Yo no lo estoy. Le debía un montón de dinero, así que me ahorraste una enormidad. Haremos una cosa: me voy un par de horas a consolar a un ama de casa aburrida, luego vuelvo y entonces podremos hablar. Tú acabas de llegar, disfruta de una brisa agradable y trata de mantener tu miembro en alto.

—¿Por qué no le pego un poco?

—Porque aquí está la información que queremos —respondió Erik mientras agarraba un mechón de pelo de la frente de Hube (nunca se había hecho un buen corte de pelo)—. Tú le pegas, y puedes mandarlo al otro mundo. No voy a insultar a Hube con preguntas todavía, sólo dejaremos que se estire unas pocas horas.

—Creo que deberíamos ir a otra parte —dijo Hube, todavía suavemente.

—¿Por qué?

—Nos han visto cuando tus amigos me atraparon. Es probable que el profesor ya esté en camino hacia aquí.

—Nadie nos ha visto —intervino una de las sombras, aplastando con el tacón la afirmación de Hubert como si fuera un insecto asqueroso.

—El hombre lo dice con honestidad —comentó Hube—, pero es demasiado zonzo para haberse dado cuenta.

—Si el profesor quiere venir, puedo hablar con él también.

—Yo no lo haría en tu lugar. Debe de estar furioso.

—Los filósofos enojados no me preocupan.

—No es un filósofo. Eso no es más que un chiste. Estaba en la Legión, pero siguió matando gente sin que se lo pidieran. ¿Te enteraste de los tres vietnamitas que mataron en Arles el mes pasado?

—¿El asunto de las drogas?

—Eso es lo que cree todo el mundo. Estábamos en la ciudad, volvíamos al coche. El profe miró la portezuela. Yo no vi nada pero gritó que le habían rayado un poco la pintura. Un viejo en un banco nos comentó que un vietnamita lo había rozado cuando aparcaba el coche, y que el vietna se había metido

en un bar. Así que entramos, y nos encontramos con los tres vietnamitas en una mesa. Ni preguntó de quién era el coche, no suele preguntar. Sólo les descargó dos tiros a cada uno en la cabeza. «Quería asegurarme», dijo.

Erik se acercó a Hube, acogedor como una excavadora Zettelmeyer.

—¿Arles?

—Sí.

—¿El mes pasado?

—Sí.

—¿Tres vietnamitas?

—Sí.

—Qué raro, porque creía que los había matado yo. O quizá fue otro trío. Realmente un mal día para las relaciones franco-vietnamitas.

Hube no supo qué decir. Erik le mantuvo la mirada un momento más y luego se echó a reír.

—Ya ves, Hubert, yo también puedo mentir.

El Mentiroso de Creta

Tuve espacio cerebral para pensar: he aquí una interesante modernización del Mentiroso de Creta.

Y ¿por qué me hacía Hubert semejante propaganda? Por poco crédito que le dieran a las invenciones de Hube, me pegarían un zarpazo en cuanto me vieran.

Dónde se estropeó mi vida

Mi vida: echada a perder. Lo que debí haber hecho era ingresar en un club de tiro a los dieciocho años y practicar en la barraca durante tres o cuatro horas todos los días. Luego podría haber salido a dar lentos paseos, distribuir fatalidades de forma magistral y salir rodando para el almuerzo.

Adelante

Erik se fue. Uno de sus secuaces aprovechó las circunstancias para arrearle a Hube en las costillas con un bate de béisbol. Es interesante que los franceses adopten tal furia hacia los estadounidenses cuando están culturalmente esclavizados por completo.

Mi brillante paciencia había dado sus frutos. Las probabilidades empezaban a emparejarse. Yo y sorpresa, contra los dos vigilantes roba-candelabros. Leve molestia en contra de Erik por existir, puesto que ahora no me quedaban excusas para esperar. No podía engañarme a mí mismo con la idea de que era mejor esperar, que ellos podían marcharse en algún momento y dejarme tranquilo para desencadenar a Hubert.

Me quedé agazapado un rato más. Cada segundo se sentía gordo, se sentía bien. Me di cuenta de que había dejado pasar diez minutos. Todo lo que tenía que hacer era erguirme sobre mis piernas y hacer una locura. La distancia era de entre cuatro y seis metros. Difícil de errar, diría uno, aunque yo puedo fallar el tiro incluso al inodoro desde más cerca.

Sonó un teléfono muy levemente. Sonó hasta que uno de ellos lo cogió. Confirmación de que era un asunto de cuatro. Yo seguía deleitándome con el paso del tiempo, cuando el que tenía el ojo negro (¿contraefecto de un cabezazo?) tomó una revista de cómic y de la manera más cooperadora anunció: «Me voy a cagar».

Era la señal para mi entrada. Le di unos segundos para despantalonarse.

Me deslicé hacia abajo, navegando por las escaleras sin crujidos ni ruidos delatorios. Un largo pasillo, al final del cual debía estar el lector de historietas. Avancé. Doblé la esquina. Una puerta tenía escrito en letras inclinadas: Caballeros, Mujeres, Visitantes del Espacio Exterior (las oficinas alientan la proliferación de humor débil pero indulgente). Tal como observó Solón hace algún tiempo, muchas cosas verá un hombre que preferiría no ver. Esta puerta era una de ellas.

Yo estaba a punto de hacer algo no muy deportivo. Matar a alguien a través de la puerta de un baño. El remordimiento me acometió, pero mi madre no me educó para ser asesinado por un semi-letrado en un almacén de aceitunas (para qué me había educado nunca lo he llegado a establecer con certeza). La vida académica y sus etiquetas de zebra habían procurado una dicha interminable.

Me sentí mal con mi inminente declaración unilateral de hostilidades, pero más que matar al lector entronado, lo que me preocupaba era no matarlo. Lo que me retenía era el hecho de que una vez que comenzaran los disparos, yo no iba a poder pedir un descanso para tomar café.

Apunté la pistola, y la centré en el área de la puerta donde era probable que le diera al lector de historietas.

—Bueno —dije, con todas las expectativas de que terminara abruptamente mi recepción de esa cosa que titulamos como realidad.

No pasó nada. El dispositivo de seguridad estaba puesto del modo incorrecto. Lo accioné y disparé. Ensordecimiento tras ensordecimiento. Disparos más fuertes y más largos de lo que yo esperaba perforaron la puerta. Solté tres, pero luego, como siempre que uno cocina, sentí la tentación de agregar un poco más de cierto ingrediente. Vacíé la pistola, saqué el revólver de servicio de policía y salí corriendo (no hace ningún daño una rápida veneración a Zam) porque es lo que acostumbra a hacerse en los tiroteos, y después de haber reducido el área de mi objetivo, esperé a que apareciera el número dos.

Esperé. Luego oí a Hubert, ronco y en voz baja:

—Lo tengo.

Atento todavía a la posibilidad de que me dispararan, eché un vistazo a la vuelta de la esquina para ver a Hube, que seguía colgado, mientras el número dos yacía en el suelo, como si estuviera tomando el sol con la ropa puesta.

—He estado esperando todo el día para hacer esto —dijo Hube. Evidentemente, los disparos habían distraído al número dos de su tarea más importante, la de mantener en estricta vigilancia a Hube, y éste, con el único miembro que podría describirse que cumplía con sus obligaciones contractuales, le había arreado una poderosa coza en la cara que le anuló toda percepción sensorial.

Desencadenar a Hube tuvo sus complicaciones, porque las cuestiones técnicas nunca han sido mi fuerte. Mientras él se componía un poco, yo caminé hacia el número dos, que parecía murmurar algo sobre el compañero de Zemes, y le dediqué una serie de violentas patadas. Luego me fui a un rincón y deposité en el suelo el contenido de mi estómago. El miedo es algo difícil de digerir.

—No pareces sorprendido de verme —le comenté a Hube.

—No lo estoy. A pesar de que has llegado un poco tarde. Tenemos un banco que robar.

Encadenamos al número dos, que volvía en sí algo indispuerto para participar en el fin del siglo veinte.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Hubert, sin hacer intento alguno de esconder el cañón de su arma.

—Salimos todos a buscarte. Tuvimos suerte y vimos tu coche.

—Muy bien —dijo Hubert mientras metía el arma en la oreja del número dos—. ¿Listo para el gran momento? —Se oyó el clic de una cámara vacía, aunque creo que el número dos, ocupado como estaba con el terror, tardó un rato en apreciarlo.

Hubert puso una bala en su bolsillo.

—Conserva esto para recordar que estás muerto, pero que yo te he traído de vuelta desde ultratumba. Sé bueno a partir de ahora. —Hubert fue a inspeccionar el baño y descubrió que el lector de historietas se había largado, indemne puesto que no había rastro de sangre.

El *skinhead* aún estaba en el coche.

—Tenemos una hora para volver a Toulon —observó Hube—. ¿Hay alguien, filósofo o no

filósofo, que pueda resolver este problema mejor que tú?

Puse el coche a 200 kilómetros por hora, a ratos distraído por la insistencia de Hubert en que leyera y analizara textos de Epicteto, un sujeto tirabroncas y zenoniano, con el libro encajado en el hueco del volante. Hubert hizo comentarios sobre la ausencia de la rata y la presencia del *skinhead*.

»????????????????????»

Desde el tejado vimos la camioneta en la que el corso actuaba como el cerebro del vasto cuerpo policial desparramado por el centro de Toulon, la zona donde el banco señalado esperaba para ser robado.

Sabíamos que el corso estaba dentro porque había empezado a orbitar de nuevo alrededor de Jocelyne y perfiló con detalles considerables el plan de seguridad. El sol parecía brillar exclusivamente para mí, y sus rayos se metían en mi interior hasta tocar ese botón de la felicidad que sólo puede accionar la luz.

Nuestro tejado no estaba cerca de la plaza central, porque todos los edificios que la bordeaban estaban cubiertos de policías (cantidades tan grandes de policías representan un elogio muy sincero) pero con todo gozábamos de una buena vista, si bien algo distante. La plaza no estaba terriblemente atestada de peatones, pero pasaba alguna gente que parecía detenerse por más tiempo de lo que merecían las atracciones de la plaza, y en el momento en que retrocedíamos, dos chicos desarrollaron una pancarta que decía «Duro con ellos, Pensamiento» y provocaron una cacería policial masiva.

—Nuestro público y los libros de historia nos esperan —dijo Hube mientras se abría la bragueta—. Disculpa el descaro —agregó, al tiempo que preparaba el guardia policial de incógnito en su uretra. Envió, cuatro pisos más abajo, una cinta perforada de orina. La lluvia de Hube estalló como un trueno en el techo de la camioneta. Una mujer en el edificio de enfrente regaba sus zinias en el alféizar de una ventana.

Bajamos a la planta baja y de allí nos fuimos al otro lado de la ciudad, a un pequeño banco donde Hube había abierto una cuenta el mes anterior.

Unos cuatro minutos antes de la hora de cierre llegamos hasta el mostrador. Con una gran sonrisa, Hube contempló a la cajera contar el dinero. Una suma lo bastante grande para que doliera, y dejara claro que podríamos haber hecho un verdadero daño, pero no demasiado grande.

—No queremos que la gente piense que hacemos esto por dinero —como lo expresó Hube.

Una vez fuera, nos invadió cierta melancolía, porque a pesar de que los círculos concéntricos de policías alrededor de la plaza central y en un kilómetro y medio a la redonda lo ignoraban, el robo ya había tenido lugar, el dinero se había escurrido por los cables debajo de sus narices. La Banda del Pensamiento se retiraba.

Celebramos la cena de despedida.

—No hay nada más que podamos hacer —dijo Hube—. Esto fue el final del robo de bancos. Lo único que nos queda es no manchar nuestro historial permitiendo que nos arresten en un supermercado con un pollo congelado entre las piernas. Sabemos cuándo comenzar, sabemos cuándo retirarnos.

Yo había estado pensando lo mismo sobre el condimento zinziberáceo de nuestro pescado —una o dos pizcas más habrían desmoronado la estructura gastronómica con una caída en el monogusto; la divisoria entre hacerlo bien y hacerlo mal está pobremente señalizada.

Habíamos salido de Toulon y condujimos hasta Draguignan, donde había a) un famoso restaurante que nos habían recomendado; b) pese a no decirnos nadie nada al efecto, nuestro viaje hacia Draguignan se ajustaba a la técnica consagrada por el tiempo de no ponerse a tiro, un guiño a la tradición de esfumarse. Draguignan, lo mismo que Macclesfield, ocupa los primeros puestos en la lista de escondites para criminales de importancia.

A quién conoces, no qué conoces

Sin Jocelyne, no habríamos conocido a Cécile.

Hablar con Cécile había sido idea de Jocelyne; el secuestro fue idea de Cécile. Jocelyne sabía que Cécile había huido de su banco tras declarar problemas con un corazón poco confiable y que, en términos médicos, presentaba mal aspecto. Ahora buscaba una excusa nueva para ausentarse del trabajo, pero aun así quería conseguir el cheque que le mantuviera a ella misma, a sus hijos y a su madre.

Ciertamente Cécile quedaría bajo fundadas sospechas, al transferir el dinero de la cuenta central de la policía (usada para pagar las pagas de los jubilados) a nuestra cuenta, y no alertar a las autoridades hasta que volviera a su casa y recibiera el mensaje en el que se daba el paradero de su madre secuestrada.

Pero no había forma de que pudieran probarlo. Nosotros no íbamos a contarles que era algo preparado, y Cécile tampoco. Cécile ni siquiera quería una parte, lo único que estaba buscando era un pretexto contundente para una crisis nerviosa y un retiro pagado en su casa, resultado seguramente de tener una madre secuestrada por terribles atracadores de bancos (aunque sí tuvimos un entendimiento de que en un futuro relativamente distante Jocelyne le pasaría una modesta suma que no podría en realidad despertar sospechas, pero que resultaría útil).

—¿Es así de fácil? —le había preguntado yo a Cécile a propósito de la transferencia.

—Bueno, en principio se necesitan dos personas para que la aprueben, pero también se supone en principio que los matrimonios duran para siempre.

La cena en Gragnan 1.2

Estábamos ya cansados cuando investigamos el estado de la zimurgia.

Una vez más, y para mi horror, tenía varias elecciones frente a mí y para mi sorpresa le cogí el gusto a la frugalidad, a la soledad, a pensar algunos pensamientos que no estaban en el menú de Chez Odile; un Eddie durante mucho tiempo enterrado empujaba y sacaba su mano a la superficie.

Hube haber perdido su lengua; bebió más de lo habitual y su impronta de inclinación criminal había desaparecido. Desde que nos conocimos ésta era la primera noche en que salía. Tragaba sin apreciarlo su vino de calidad zeb.

Me vino a la mente el antiguo ladrón egipcio, Amenbu, quien había tomado metales preciosos de una tumba y luego le dio media debena de plata al amanuense, Ashefitemwese, por una jarra de vino, y media debena a Penementenakht por una tina de miel. Hicieron esa fiesta para celebrar la suavidad de su huida. «Llevamos el vino a la casa del supervisor, le pusimos dentro dos medidas de miel, y nos lo bebimos.» Bellos sentimientos de su experimento que, más de tres mil años atrás, me recordaron su error inmortal, destapar tus dinerales en público. Lo mismo que estábamos haciendo nosotros; la policía habría hecho mejor registrando los restaurantes de primera clase.

Donde mi vida se estropeó 1000.1

—Nadie me ha besado así jamás —había dicho Zoé.

Siempre me sentí particularmente agradecido a Keops por haber construido su gran pirámide, puesto que, a pesar de la incomodidad de hacer el amor sobre la piedra, fue un momento memorable, y lo habría sido aun sin la ayuda del lecho más monumental del mundo. A pesar de que esas cosas se muestran esquivas al juicio, presumo que fue el momento zeb de mi vida. Después de descender de aquella pirámide, toda mi vida ha ido cuesta abajo.

La noche era fresca, las estrellas holgazaneaban envidiosas, pero el universo entero era nuestra manta. Zoé, como egiptóloga, era la que más se beneficiaba con el arreglo. Yo mantenía mis reservas respecto al lugar, pero, a diferencia de un mástil de bandera, es difícil caerse de una pirámide. Después del intercambio nuclear, tuve la confirmación (no necesitada), de que todas las respuestas estaban empaquetadas en una egiptóloga de 1,67 metros (86, 81, 86, un libro para leer en braille. Lanzamos una columna de pasión para que arrojara tan lejos como pudiera sus llamas en la noche, una

construcción más grande y más eterna que nuestro colchón de piedra. Llegar a la cumbre en la cumbre de una pirámide me enseñó que hay cantidades enormes de oscuridad y frío en la extensión de la existencia, y que el calor real no viene de los soles, sino de porciones de piel.

Escritura de lo que no voy a escribir

Da un poco de vergüenza que la respuesta sea tan simple, que esté tan a la vista. Los sabios lo han dicho, pero como la mayoría de las verdades, nos aburrimos de ellas. Puedes ponerlo del revés, decirlo de atrás hacia delante, volverlo extranjero: roma, roma, roma. Dinero inrotable.

Nada fácil de conseguir. Ni de conservar.

Sólo puede haber uno. El uno y los muchos. En la cumbre de la pirámide me apoderé de la perfección. Yo era lo suficientemente joven para tener un poderoso generador en mi pecho, pero lo suficientemente mayor para que no se me conquistara con facilidad. Caminamos río abajo por el Nilo y contemplamos el zigzag de los ziczacs.

Me encantaba el modo en que Zoé hacía autoestop (con el más elegante de los pulgares). Me encantaba la forma en que Zoé hacía cola en el cine; me encantaba su aspecto cuando estaba maquillada; me encantaba Zoé sin maquillaje. Podría continuar. La única cosa que hizo Zoé en la vida que yo no aprobé con salvaje exageración fue que me dijera que no quería verme más, quince días más tarde, ya de vuelta en Cambridge.

—Los filósofos son buenos amantes —dijo—, pero pésimos maridos. —Estaba bromeando—. Eres demasiado joven. Eres del tipo amable, pero no del tipo de los que se casan. —No estaba bromeando. Era dos meses mayor que yo.

Mi profesión es la ciencia del conocimiento, la elaboración del pensamiento, pero si a alguno de ustedes se le ocurriera preguntarme qué hago yo sentado en un restaurante de Draguignan con un equipo incierto de órganos alcoholizados, y ella en Cornwall con dos hijos, sin que apenas se acuerde de mí cuando la llamo por teléfono cada tres años, mi respuesta sería: ni idea. No fue como si hubiéramos tenido una discusión, un fracaso, una disputa.

Zoé era la séptima hija de una séptima hija. Familia po-

bre de Salford. Era exactamente lo opuesto a mí, hijo único y nada práctico. Era dura. Organizada. Mis súplicas, en persona, epistolares y telefónicas, fueron archivadas como historia realmente antigua.

El East End fue mi asalto final. Me las había arreglado para conseguir su nueva dirección, pero cuando me aproximaba a la calle donde ella vivía se produjo un corte de energía, un apagón completo en kilómetros a la redonda frente a mí. No podía ver los nombres de las calles, no podía ver los números de las casas. Esperé media hora en la oscuridad, y luego me fui a un pub en la parte electrificada de la ciudad. A la mañana siguiente la policía me despertó de mi estupor a mazazos.

Eso es todo. Adiós, vida. ¿Habré amado más que la mayoría, o sólo seré un palurdo exageradamente sensible y un zopenco?

Cuando me abran de un golpe el corazón, encontrarán una miniatura perfecta de Zoé.

Draguignan 1.3

—Entonces ¿dónde está Jocelyne? —preguntó Hube otra vez.

Se había retrasado casi dos horas, algo particularmente perturbador puesto que por lo general se presentaba en el minuto que había prometido. Me preocupaba que le hubiera ocurrido algo horrible, y también me preocupaba (aunque en medida mucho menor) que me hubiera confesado en su momento tener una vida bastante complicada sin necesidad de agregar un desastre tamaño Eddie. Con las mujeres, normalmente tengo la sensación de que me han confundido con alguien más interesante, con más estilo y más divertido, y que en cualquier momento voy a revelar mi verdadera identidad.

Después de haberse comportado de un modo inusualmente dócil durante la comida, Hubert volvió

a la vida cuando oyó a un grupo de ciudadanos comentar en la mesa de al lado que después de los acontecimientos del día la policía debería donar sus salarios a la caridad. Hube les invitó a una copa a todos ellos.

Nos desrestaurantamos para meternos en la noche, sin discusión los dos atracadores de mayor éxito, más eruditos y mejor alimentados de este sector de la Vía Láctea.

Exodos desafortunados de restaurantes 1.1

La verdad es que si hay algo que no le sienta nada bien a tu digestión es que, al dirigirte hacia tu coche, se te aparezca un importante oficial de policía de frente, como salido de la oscuridad, especialmente si es el importante oficial de policía que encabeza tu lista de policías de quienes más se ha reído todo el mundo en todos los tiempos, cuando es el oficial cuya carrera has pisoteado recientemente y reventado como un asqueroso artrópodo, cuando es el policía cuyo apartamento has hecho trizas, y así sucesivamente... pero sobre todo cuando te apunta con un arma.

Era efectivamente la última cosa que yo quería ver, después de *a)* Featherstone adornado con guirnaldas de prostitutas adolescentes de todas las nacionalidades y en buen estado de salud y *b)* el trasero de un elefante dirigido en mi dirección con firmes intenciones de pisar el suelo situado bajo mis pies. Sin embargo, había una parte mía que se animaba al ver que las fuerzas de la ley y el orden no eran un completo desastre.

La noción de que podíamos negar nuestra pertenencia a la Banda del Pensamiento pasó por mi mente sin detenerse. El sabía. Nosotros sabíamos que él sabía. Nosotros sabíamos que él sabía. No parecía tener un discurso preparado, ni siquiera el siempre práctico «están arrestados». Se nos quedó mirando, con su rostro retorcido por la ira. El lenguaje sencillamente no parecía capaz de proporcionarle los servicios que él requería.

Si se toma en consideración la frecuencia con que se producen matanzas en este mundo, es extraño que esa mirada no se haya immortalizado como una retorcedora en Z, pero no puedo recordar haberla visto nunca en las galerías. Inconfundible: hombre a punto de matar a alguien a quien realmente está ansioso de matar.

—¿No deberías estar tomando declaraciones en lugar de andar rondando por restaurantes de tres estrellas? —inquirió Hube con lo que sonaba como genuina curiosidad.

La acumulación de furia en la cara de Versini me hizo comprender que habíamos alcanzado ese estadio en el que (para el caso de que estuviéramos en esa lista) nuestros biógrafos respirarían con alivio porque pronto podrían bajar a echar un trago. El momento ese en que concluye una biografía.

—Quiero decir —dijo Hube—, no quedará bien en los tribunales, ¿verdad?

Yo estaba inquieto, porque a pesar de que no podía configurar una sola justificación para que el corso no nos matara de un tiro, la verdad sea dicha, tenía toda la esperanza de que no lo hiciera. Por mucho que yo admirara la pureza de la inmutabilidad de Hubert, no estaba alentando nuestra longevidad. Sabía que no hablaba de farol cuando afirmaba que bajo ninguna circunstancia volvería a la cárcel. Supongo que se proponía burlarse mientras pudiera.

Versini habló.

—Debí de haberme quedado. Hay mucho que hacer. Cada uno de los policías de mi rango y los que están por encima me ha estado llamando para decirme lo cretino que soy. Pude haberme quedado y esperar mi carta de despido. —Hablaban con tono bajo y desperejo, como alguien que acaba de aprender a hablar francés—. Pero me fui. Pensé que podía ir a algún lugar tranquilo y pagarme una buena comida. Y mira lo que me he encontrado: a mis salvadores.

Aplaudí que la velada estuviera presidida por el estómago, un homenaje a Zao Jun. Sin embargo, dos ideas competían por el título de más divertidas en la antecámara de su mente: que nos pasáramos cien años en la cárcel o reventarnos a tiros.

—¿Puedo decir dos cosas? —preguntó Hubert, mientras recibía la avalancha de odio que se

desprendía de la cara del corso, quien asintió por el solo hecho de no disparar.

—Primero, por si no lo has descubierto, me he meado en tu camioneta esta tarde.

—¿Y la segunda? —el corso comenzaba a encontrar la cosa divertida; estaba dibujando esa sonrisa que la gente emplea cuando está a punto de dispararle a alguien al que podría pasarse el día entero disparando. El tiempo transcurría, y vi que un auto parecido al de Jocelyne se detenía en el otro extremo del aparcamiento.

La verdad es que, lo digo otra vez, no estaba yo de humor para ser ventilado, y de hecho entró en mi salsera de pensamientos qué agradable sería que fuera Jocelyne. Que fuera Jocelyne la que salía en silencio de su coche y furtivamente se colocaba detrás del corso. Que fuera Jocelyne la que salía en silencio de su coche y furtivamente se colocaba detrás del corso, portando una de las cachiporras caseras que Hubert le había enseñado a hacer («No hay nada como unas perras en una cachiporra», había dicho, y demostró el efecto explosivo que puede obtenerse con unos francos embutidos en un calcetín). Que fuera Jocelyne la que salía en silencio de su coche y furtivamente se colocaba detrás del corso, portando una de las cachiporras caseras que Hubert le había enseñado a hacer y le pegara al corso tan fuerte que le dejara rígidos sus pliegues de Zaufahl.

Yo estaba estirando el músculo de la voluntad, y procurando que ese concepto se materializara en el mundo; también pensaba que era vital mantener al corso hablando, pero como siempre pasa en la ocasiones en que es preciso hablar, uno acaba emitiendo las vocales y las consonantes más inapropiadas. Las únicas palabras que salieron de mi boca fueron:

—¿Y qué tal sienta ser el calzonazos número uno de Francia?

—Exacto —dijo Hubert—, ¿qué tal sienta ser el calzonazos número uno de Francia?

Ahora podía ver a Jocelyne que avanzaba hacia nosotros, pero quedaba demasiada explanada de aparcamiento entre ella y el corso para que la cachiporra quedara registrada en mi biografía.

Oportunidades

No digan que no las tenemos. Las tenemos, sólo que no las usamos.

No había necesidad de Jocelyne. A pesar de que por un momento pareció que la rabia del corso le había vuelto la espalda a la situación para dejarlo con un alegre humor ejecutador, ésta volvió a entrar en juego de un salto. Si se hubiese empeñado en apretar el gatillo habría estado perfectamente bien; pero quiso disfrutar de una palabra despectiva, y su furia resultaba tan gigantesca que era como tratar de meter a la fuerza una zebra ridículamente gorda dentro de un enchufe. No logró acallar como hubiera querido nuestras sentencias de por vida porque...

Gorgoteó un poco y luego se desplomó sin ninguna elegancia; reunió su propia insensibilidad con la del suelo.

—Ya ves —dijo Hubert, sin mostrarse sorprendido en absoluto, y toqueteando al supino Versini con un dedo de su pie—, somos intocables. El Destino se ocupa incluso de lavarnos la ropa.

De hecho me pareció un poquitín blando que un alto mando de la policía se desmoronara de ese modo. ¿Un problema cardíaco? ¿Epilepsia? Inspeccionado más de cerca,

Yersini respiraba débilmente, lo que decepcionó a Hubert, que había estado saboreando la posibilidad de darle el beso de la vida.

Una pareja que salía del restaurante ofreció asistencia.

—No, nuestro amigo se recuperará —les aseguró Hube.

Joselyne, después de quejarse por los dos neumáticos pinchados, entró en el restaurante para evitar ser registrada por la consciencia de Versini, mientras nosotros lo cargamos en nuestro coche y partimos.

Hubert ya no tenía ese destello en sus ojos. Versini fue maniatado con sus propias esposas, y Hube comentó que era una lástima haber colgado los guantes del delito puesto que habría sido un zapatillazo extra usar el arma de Versini en un robo.

—Lo máximo sería desnudarlo, pintarle encima una leyenda en griego, algo esencial, y luego arrojarlo a la puerta de una comisaría. —Hube ensayaba la idea verbalmente, pero podía notarse que hablaba de algo que no iba a suceder.

Pasó su brazo alrededor del conmocionado Versini.

—Lamento que estés enojado. Porque sin ti nosotros no seríamos nada. Tú eres parte del equipo tanto como nosotros. Realmente me gustaría comprarte un regalo.

Por sugerencia de Hubert bajamos por la carretera hacia la costa. Versini parecía agotado, pero no completamente crispado; supongo que razonaba que si hubiéramos querido matarlo lo habríamos hecho en el mismo restauo, y que no importaba qué diversión teníamos en mente, pues no afectaría su futura carrera como criador de codornices, vendedor de diarios, o lo que fuera. No interrogué a Hubert, yo sólo era el conductor y no la fuerza conductora.

Nos detuvimos y salimos del coche para pasear en medio de la oscuridad. Andábamos por unas colinas mientras yo pensaba que nuestra buena fortuna había trabajado demasiadas horas extra para nosotros como para que ahora nos pusiéramos a jugar al borde de un negro abismo.

—Os atraparemos —decía Versini mecánicamente; probablemente no era capaz de pensar nada más original que decir. Y es verdad: a la larga te atrapan, a menos que uno esté dispuesto a establecerse en una jungla en alguna parte, o convertirse en un criminal a lo grande y dominar el país.

—Y entonces, ¿cómo te explicarías nuestra libertad? —preguntó Hube

—Habéis tenido suerte.

Hube le quitó las esposas a Versini. Yo no podía entender qué se proponía; no compartía sus ecuaciones de la ley y el orden: lo único que yo quería era una cama libre de redadas.

—Tengo la sensación —dijo Hube, observando a Versini— de que te gustaría pegarme.

Versini se encogió de hombros en señal afirmativa.

—Muy bien, ya que significa tanto para ti, voy a garantizarte un tortazo. Uno a uno, el profe no va a interferir. —Hube puso a un lado su armamento de forma ostentosa e hizo el gesto internacional de ven para acá, que tanto amor despierta en los bares de todo el mundo. Me pregunté qué quería decir Hube realmente con eso de que yo no iba a intervenir; él no estaba en su mejor momento.

Pero tampoco lo estaba Versini. Lanzó un puñetazo hacia donde calculó que debían estar Hube y sus glándulas Zeis, pero H demostró no estar disponible para ser golpeado. Con un giro demasiado rápido para que yo lo viera, pero no demasiado rápido para que mis oídos no lo oyeran, Hube implantó su rodilla en el departamento de amor de Versini, y lanzó un codazo a su fascia de Zuckerkandl sin vendar.

—No eres muy bueno en esto, ¿verdad? —observó Hube, con Versini hecho un ovillo a sus pies—. Sin embargo, tenemos que discutir esta idea tuya de que tienes el derecho de arrestarme. La pregunta que te hago es ésta: ¿por qué habría de dejar que me arrestaras? Te prometo que si logras persuadirme, con todo gusto me pondré bajo tu custodia.

Versini seguía en situación cuadrúpeda. No estaba acostumbrado a x) tener destruida su vida, y) que le zumbaran en las pelotas y que z) la gente quisiera irse a las manos dialécticamente. Dijera lo que dijera yo deseaba ardientemente que fuera breve. Pero su día había producido alalia (o bien las maldiciones de importantes oficiales de la policía no incluían maldiciones para disputar con maleantes bravucones).

—¿Se trata tal vez de que te crees mejor que yo? Probemos el temple de cada uno —dijo Hube—. Yo tengo una mano, que navega por el mundo para mí. —Hube sacó una navaja, la abrió con un chasquido, luego se acuclilló y puso el mango detrás de su rodilla derecha, de tal modo que al sentarse, la navaja quedó firmemente sujeta por sus muslos. Luego torció su mano al sesgo y empujó su palma contra la hoja.

Esto me hizo sentir más bien enfermo: no es lo que prefería uno ver después de una abundante

Cada uno según sus habilidades: Hube se disponía a desprenderse de la mayor parte del dinero.

—Quiero donarlo —dijo.

—Pero eso es mucho dinero —dije.

—Hay muchas caridades —dijo él.

Manumisión de las ratas

Me dieron detalles para liberar a *Tales*, de manera que la llevé a Cannes, la mayor alcantarilla de la que tengo noticia. Tal vez me haya vuelto ratista, o quizá *Tales* hubiera preferido ser liberada en un museo o en una sala de conciertos, antes que en un medio ambiente de corrupción y basura, pero eso fue lo que obtuvo.

Abrió la jaula; *Tales* olfateó el aire de la libertad y luego salió disparada como un zmutzin. No se daba cuenta de que si lo suyo era el queso de cabra y llenarse el buche, estaba cometiendo un gran error.

Paso mucho tiempo esperando el sonido de la puerta aporreada a mazazos o un disparo de fuego directo, pero las cosas están ridículamente tranquilas.

Horror espantoso

No me han golpeado, asaltado o disparado durante días. Inexplicablemente, me despierto temprano y con ganas de levantarme; mi humor es bueno, mi salud parece la de un zaruk de bailarines del limbo. Este estado de salud es una molestia, puesto que no me deja excusa alguna para no hacer algo.

En la mesa de la cocina, con pilas de armas, y componentes de armas, Hubert está sentado con la mirada vacía, como alguien que ha encargado demasiada comida y no puede comerla toda. Selecciona un ítem de vez en cuando y lo guarda dentro de una gran bolsa anaranjada.

—Tenía miedo —dice—. Eres el único a quien puedo decírselo.

Circunnavegamos el silencio hasta que, una vez que entendí a qué se refería, le respondí:

—No se notó. \par —Quizá sea eso, los valientes son los que gimotean en secreto. Los que pueden darse el lujo de tener un cuarto para la cobardía.

—¿Qué habría pasado si yo hubiese tenido algún dinero cuando trataste de robarme?

—Habría conseguido algún dinero, y ahora no sería nada.

—Lo que no comprendo es que yo recuerdo haber explicado en la recepción del hotel que no tenía un centavo. ¿Cómo no lo oíste?

—Quizá no quise oír.

Contemplamos algunos recuerdos en la pantalla del cráneo.

Adiós

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté. Nunca había visto a Hube sentado en una silla durante tanto tiempo.

—¿Después de una carrera tan larga en el robo de bancos? ¿Dónde podría ir un criminal encallecido como yo? Sólo hay un lugar: la cárcel.

No estaba bromeando. Su intención sin embargo era ir a la cárcel sin la asistencia tradicional de esa alimentadora de prisiones que es la policía. Su plan: entrar a la fuerza a Les Baumettes, una cárcel de máxima seguridad, y desafiar a Emile, el rey de los de perpetua, a un duelo, una pelea privada. Yo señalé la naturaleza poco acogedora de las cárceles de máxima seguridad.

—Eso es cierto —concedió Hube—, pero no importa lo que digan de la seguridad, el lugar está diseñado para mantener a la gente dentro, no fuera. Y de hecho yo conozco muy bien el sitio, no te olvides.

Después de encender la radio y ponerla a todo volumen, tomó una de las Mac-10 y apretó el gatillo, con lo cual perforó una vasta zona de la pared que separaba la cocina de uno de los dormitorios.

—Veamos qué tiene que decir Emile de esto.

—¿Por qué no te vas simplemente a alguna parte a pasártelo bien?

—No me queda mucho tiempo, y hay más gente a la que quiero decir adiós dentro que fuera. No quiero esperar al lado de una piscina. No, quiero ver la cara de Emile. Y quiero que sea una pelea justa, eso le destrozará. No, ver su cara y después reventársela, eso sí merece la pena. Si después de todo eso todavía estoy vivo, lo consideraré un indicio de que debería tomarme un descanso.

Traté de disuadir a Hube, pero sólo un poco. Francamente, al final, si uno decide blanquear los azulejos del baño o meterse a la fuerza en la cárcel para despachar al perro principal, es su elección.

Hube cerró la cremallera de la bolsa.

—Y cuando me atrapen, siempre puedo decir que estaba metiéndome dentro porque no se puede confiar en que lo haga la policía. Sólo para poder decir eso valdría la pena. A ver si puedes mejorarlo.

Hube metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda que con un impulso del pulgar la arrojó hacia mí, con un giro por el aire. Cosa bastante rara, la atrapé.

De una forma ligeramente irregular, reconocí una sexma, una aleación amarillenta de oro y plata con un león recostado mirando hacia atrás, un diseño típico de las primeras acuñaciones de Mileto. Su aspecto era impresionante para una moneda de más de dos mil quinientos años, una viajera del tiempo.

—Quizá la usaron los muchachos en persona —dijo Hubert—. Quise dejarte un *souvenir*, algo que se puede contrabandear dentro de la cárcel; algo que en una emergencia puede canjearse por un par de copas.

Tal vez fuera ésta la ganancia que Tales había obtenido con sus prensas de aceitunas; pudo ser el salario que escamotearon Gorgias y Protágoras, la remuneración que Sócrates eludió. Una moneda que tiraron maleantes jónicos: una región fértil para inventar moneda y pensamiento, para esclavizar el metal e imprimirle ideas. De un modo extraño, al sostener la sexma en mi palma, me sentí tan cerca de los creadores de las monedas como si estuviera estrechando sus manos.

Hube se remangó hasta arriba la manga de su camisa para revelar un gruesa Z negra en la parte alta de su brazo, un tatuaje tan sólido que Hube parecía estar sujeto a la Z más que la Z sujeta a Hube.

—La Z es por lo zetético —dijo sonriendo.

Z. La última letra de nuestro alfabeto, la séptima de los primeros alfabetos, el hebreo y el fenicio, la sexta del griego. La *zain* hebrea de la letra hierática *t* y vinculada al *zaino* del siríaco: armas. Descendiente posiblemente del signo sumerio del hacha de batalla, *zag*. Cuando los romanos conquistaron Grecia se vieron obligados a pedir prestada la letra Z. Permanece como una marca en la frente de la cultura romana, sirvienta y mozo de cuerda de la griega. Z, la letra elegida como el símbolo más importante, el símbolo del número atómico, el símbolo de los protones, el elemento de los elementos, las cosas que le dan carácter al universo. El uno y los muchos. Z, en el código internacional de banderas de señales significa «Estoy comenzando a remolcar» o «Listo para ser remolcado». Z, el numeral romano medieval para 2000. Podría seguir.

—Podríamos volver a vernos; cosas más extrañas han sucedido —dijo Hubert cuando se fue.

Partidas

Tan silenciosamente como había entrado en mi vida, Hube salió de ella. Las partidas en sí mismas pueden ser insulsas en extremo. Uno oye el ruido de los pasos que se alejan y con frecuencia no hay una sacudida. Las partidas rara vez revelan su significado de inmediato; por lo general uno no siente nada diferente un minuto después que un minuto antes. Son de acción retardada, se gestan. Hasta el más débil de nosotros puede soportar una pérdida durante unas pocas horas, unos pocos días, unas pocas semanas; son los meses los que nos enseñan lo que nos falta.

Intelectualmente Hube me deja en gran medida tal como me encontró: aunque con una selección de recuerdos divertidos, y algo que si no es optimismo, sería difícil diferenciarlo de él.

¿Un trocito de profundidad para esta página?

Quizá fue Hube quien me rescató a mí en el almacén de aceitunas más que yo a él.

Cosas que hacer

1. Mudarme a Normandía. Nadie va a buscarme seriamente allí. Toda una región semejante a Macclesfield, donde un inglés raro podría conseguir algún empleo en la enseñanza. ¿Nunca es demasiado tarde para cambiar?

Dedícate a los griegos. Prepárate.

2. Telefonar a Jocelyne.

3. Poner un poco de orden en la Filosofía Occidental. ¿Pura decoración de interiores? ¿Está minada la mente? Parece el más elemental de los disfraces, pero lo cierto es que, a medida que se envejece, cada vez es más difícil engañarse a uno mismo.

Pienso en

fabricantes de relojes, relojes de todo tipo, como Zak, Zacarías, Zacario, Zacau,

Zademak, Zagnani,

Zahm, Zahne,

Zahringer, Zanchi,

Zanker, Zanlich,

Zantner, Zantzig,

Zappeck, Zaringer,

Zaug, Zech (a quien se atribuye incorrectamente la invención de la espoleta)

Zehng, Zeissler,

Zeitermeier, Zeitz y Zucker.

Pero, como todos sabemos, la solución para un problema verdaderamente difícil es... dejarlo.

Algunas Z

zabuton: primo del sol japonés.

zacatón: hierba sudamericana que crece en las zonas áridas. *Zaj, Ivan*: (1832-1914). Compositor croata. *zakat*: (Islam) impuesto.

Zam-zum-mim: «los gigantes habitaban allí en la antigüedad; y los amonitas los llamaban Zam-zum-mim.» Deuteronomio 2,20.

Zama: batalla en la que Aníbal fue finalmente vencido por los romanos. 202 a.C.

Zamzam: pozo milagroso del templo de la Meca.

Zantedeschia: plantas tropicales de grandes flores blancas.

zaotar: antiguo sacerdote iraní.

zapódido: pequeño roedor que se desplaza a saltos.

zapote: tipo de árbol (*Achras sapota*) y su fruto.

zaptieh: policía turco.

zaqqüm: (Corán) comida de pecador.

zarf: portavasos o portatazas árabe.

zarpo: policía, en el Transvaal.

zaruk: embarcación árabe.

zasno: cruce de zebra y asno.

Zaufahl (pliege de): (anat.) plica salpingo-pharynea.

Zeami, Motokiyo: (1363-1443). Dramaturgo No japonés. *zeb*: (contrajerga) lo mejor.

Zechstein: sistema de rocas impermeables. *zechtour*: (alemán) hacer una ronda de tabernas.

zemaituka: raza fuerte de poneys.

Zemes mate: diosa de la madre-tierra letona.

zemi: espíritu tutelar.

Zenerd (cartas de): las usadas en la búsqueda telepática. *zensho*: torneo de sumo con un campeón imbatido. *Zet/zeteo/zetéico*: (del griego ΖηξεΑγ, buscar) investigar. *zigo*: (francés) tipo, hombre.

Zin: lugar bíblico.

Ziphiids: familia de ballenas. *zmudzin*: poney polaco. *znuzico, a*: helado, congelado.

Zoilo: crítico del siglo IV a.C. conocido por su aspereza.

zonítido: de la familia de los Zonítidos.

zónulas de Zinn: membranas próximas a la retina.

zonuro: lagarto.

zope: brema.

zori: sándalo japonés.

zozo: (francés) tipo, hombre.

Zuckermandl (fascia de): fascia retro-renal. *zuclopenthixol*: fármaco genérico antipsicótico.

zuihitsu: género literario japonés de notas sueltas. *zumbador*; colibrí sudamericano.

Zurvan: dios iraní del tiempo.

Zwaardemaker, Hendrik: (1857-1930). Fisiólogo holandés, creador del sistema para clasificar olores. *zygite*: remero de un birremo o trirremo. *zythum*: cerveza del antiguo Egipto.

zyzzogeton: insecto sudamericano que salta de una hoja a otra.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

27/10/2013